¿Puede un sueño cambiar la vida de alguien?

# SABRÁS PERDONARME

M. MARTÍNEZ

# Sabrás perdonarme

M. Martínez

M. Martínez

Primera Edición: Barcelona, Mayo del 2014

Foto de la portada: Muriel Toussaint

Todos los derechos reservados

Licencia en Safe Creative

Código: 1306285338272

Registro de la Propiedad Intelectual

ASIN: B00KHB7EMO

ÍNDICE

PREFACIO

EL PRINCIPIO *Ana cuenta su historia*

CAPÍTULO I *Iván. Un programa en el ordenador*

CAPÍTULO II *El desmayo*

CAPÍTULO III *Fausto y el silencio de Oliver*

CAPÍTULO IV *El mensaje de móvil*

CAPÍTULO V *La visita de su abuelo*

CAPÍTULO VI *El E-mail*

CAPÍTULO VII *Ana y Francesco*

CAPÍTULO VIII *La historia de Fausto*

CAPÍTULO IX *Llegada al parque (la otra parte de la historia)*

CAPÍTULO X *Recuerdos de una presencia y de un embarazo*

CAPÍTULO XI *La desaparición*

CAPÍTULO XII *Baile en el parque*

CAPÍTULO XII + I *He pensado ponerle Iván*

CAPÍTULO XIV *Los sueños de Francesco*

CAPÍTULO XV *Cansancio*

CAPÍTULO XVI *Regreso a Barcelona*

CAPÍTULO XVII *El silencio, y la visita del doctor*

CAPÍTULO XVIII *Identidad oculta*

CAPÍTULO XIX *Secreto de familia*

CAPÍTULO XX *Encuentro con Gabriel*

CAPÍTULO XXI *¿Quién es el asesino?*

CAPÍTULO XXII *La preparación*

CAPÍTULO XXIII *El silencio de Antonia*

CAPÍTULO XXIV *La investigación llega a su fin*

CAPÍTULO XXV *Visita a Oliver*

CAPÍTULO XXVI *Una obsesión*

CAPÍTULO XXVII *Caso cerrado*

CAPÍTULO XXVIII *Amor y secretos*

CAPÍTULO XXIX *El desenlace*

CAPÍTULO XXX *El parque de Bomarzo*

*El don de la rectificación* (Ocho meses después)

Existe en ti (como en mí)
cierta tendencia a equivocarte,
a enfrentarte a muros
que jamás derribas,
no al menos en tu admirable causa
que se forja en la penumbra,
("no hay más ciego que el que no quiere ver")
porque en la penumbra estás sola,
y dolor el mío cuando
te dejo intentarlo una y otra vez.
Dolor el mío porque sé
que no debo pararte,
porque aprendí que libre es el tropiezo.
Libre y voluntario
como tu coraje desmedido.
¿Cómo olvidarte?...,
si por más que me esfuerzo
en restarle importancia,
alimentas sin veleidad este alma que florece,
a tu lado.
Intensa es mi lucha de seguirte,
intensa mi sangre.
Y empero a tu ceguera aquí sigo
a modo de consuelo, intuyo.
Agarrado a la esperanza de que
un día sepas verme.
Soy uno más de tus tropiezos
en los que pareces obcecarte,
pero aprendí a borrar equivocaciones de mi piel.
Es por eso, mi dulce, que no me reconoces.
Mas no tengo prisa,
aunque duele tanto como alienta.
Sé que pronto me verás por dentro,
como ves mi sonrisa ahora y la compartes.
Tiemblas.
Ya no me miras, lo has entendido, ahora te beso...

Para ti

# PREFACIO

Si aquella mañana de marzo hubiese sabido lo que estaba por llegar quizá todo habría cambiado mucho antes. Él, el viaje, los sueños, mi vida en peligro… Todavía recuerdo sus palabras: “alguien quiere matarte”. Ahora, cuando pienso en ello, reparo en lo *joven* que era entonces, caprichosa, inestable, rebelde… Sin embargo, descifré mis pasos con gran certeza; una certeza que siempre llega tras un presentimiento, una intuición, pero que he aprendido a madurar primero. Y es que el tiempo no atiende a razones, todo empieza y todo termina llegado el momento, ¡bendito momento!, pues él me ha enseñado a vivir el ahora, sin prisas, sin precipitarme.

*“Una sola decisión puede marcar nuestra vida. Y ese momento existe para todos”.*

Tras la aventura, me decidí a escribir mi historia…

Empezaré resumiendo un suceso que viví un año antes del viaje, en aquel mes de marzo. Seguidamente, cómo era mi vida (y mi caos interno) antes de coger el vuelo. El Principio está escrito en primera persona, a modo de diario personal, pero a partir del Capítulo I será un narrador quien te cuente lo ocurrido hasta día de hoy. Algunas páginas te transportarán a mi pasado, necesarias para entender el clímax de la novela. Han sido tantos los acontecimientos en este último año, que a veces creo estar dormida y que él no pudo hacer nada para remediar mi muerte.

EL PRINCIPIO *Ana cuenta su historia*

Era una fría mañana de marzo de dos mil siete. La calidez del edredón invitaba a seguir entre las sábanas, pero, rechazando con pocas ganas el deseo, me levanté, me aseé, y me vestí con prisas en mi carrera diaria al trabajo. Diez minutos después, dejaba atrás la mansión de la Bonanova para sellar el mismo recorrido que empezase hacía dos meses, desde que me mudara a casa de mis suegros. Estaba más agitada que de costumbre, el descanso de la noche había sido escaso y un mal sueño me provocaba un mar de dudas que surgían una a una, incesantes, sin hallar el modo de pararlas. Mientras esperaba el tranvía, camino a la librería Calabuig, e incapaz de relajarme sola, resolví llamar a Lucía sin más juez que el de creer en consejos que devuelven mi calma. A los tres tonos, retando a una ciencia en crisis empírica, descolgaba el teléfono de su oficina esperando oír mi voz.

– Buenos días, hija, no has dormido bien, ¿verdad? –Sí, sabía que era yo. Y no porque saliese mi nombre en una pantalla digital que no existía, sino porque existe cierta conexión intuitiva entre una madre y su hija.

– Mamá, tengo que preguntarte algo, ¿por qué decidiste tenerme?

Permaneció en silencio unos segundos y, tras un pequeño suspiro que se preocupó en disimular, habló.

– Si te soy sincera, yo a tu edad no quería ser madre, me daba pánico la sola idea de pensarlo, pero cuando supe que estaba embarazada, que había un ser que crecía dentro de mí…, no se puede explicar con palabras, Ana. Tú y tu hermano llegasteis de rebote, pero ahora sois lo más grande que tengo, ya lo sabes.

No, no podía ayudarme, la decisión era demasiado importante como para tomarla alguien por mí, aunque ese alguien fuese mi madre. Sin otra idea mejor, me dispuse a escribir un diario con el anhelo de que esas páginas sofocasen mis miedos. Sentada junto a la ventana, esquivando el vaivén de las curvas, saqué un bloc de la mochila para redactar la batalla que acechaba mi interior. Algo tenía que hacer y, aunque soy inexperta en tomar decisiones sin ayuda de

nadie, creí que escribirle surtiría efecto. Sumida en una encrucijada de contradicciones, mi mano esperaba impaciente bajo las órdenes de un inventario de ideas que luchaban para ordenarse.

Empecé. Aún conservo esa hoja…

*¿Será que mis humildes letras pueden ayudarme a saber si quiero traerte a este mundo, y ser parte responsable de cuidarte para siempre? Qué puedo decirte, me dejaré llevar, como hecho siempre; seguramente no sea la solución, pero si no lo pruebo no lo sabré nunca. Dictarte desde adentro, el lugar donde creces, me ayuda a sentirte más cerca.*

*Traer un hijo al mundo no se decide "dejándose llevar". No es un trayecto a ninguna parte en el que da lo mismo dónde compro el billete y cuánto me costará. Tampoco puedo decirle a él que dudo si seguir adelante, pues la decepción podría causar un daño irreparable en nuestra relación. Quizá sean dudas pasajeras, quizá mañana esté todo más claro y ya no haya, ni quiera, tiempo a arrepentirme. ¿Pero si no es así? Pronto cumpliré tres meses y este viaje habrá empezado sin posibilidad al retorno.*

v

Un año y medio después de aquello, en noviembre de dos mil ocho, e ignorando que mi vida estaba a punto de dar un giro de ciento ochenta grados, salía de la librería Calabuig tras cumplir con mi jornada laboral. Eran las dos del mediodía, y había quedado a la tres en el Cafè de l'Òpera para verme con Claudia. Como tenía tiempo suficiente, me acerqué hasta la calle Pelayo a mirar escaparates de tiendas a las que rara vez entraba. De repente, me vi reflejada en uno de los espejos y lo que vi me resultó aburrido, monótono, un autómata carente de vida que intentaba hacerse hueco entre el gentío que adornaba las calles. Mi larga y oscura melena lisa de siempre; la misma mirada perdida con aire melancólico; la misma boca de siempre, pequeña, sin maquillar, y sin más movimiento que el de una desganada y perezosa línea recta. La misma ropa, las mismas bambas…, todo era lo mismo de siempre. Y sin más, a sólo veinte minutos de encontrarme con mi amiga, me di cuenta de que tenía un mal día. De pronto, todo era negro, de un negro que no me dejaba vislumbrar la salida por grande que ésta fuera. Entonces, por un impulso irracional, entré y gasté lo que no había gastado en meses. "Perdona Claudia me he entretenido, tardo diez minutos", le dije mientras esperaba en la cola de aquel absurdo momento.

Por la noche, cuando llegué a casa, me dediqué a cortar todas las

etiquetas de la ropa sin habérmela probado antes, vetando así la única posibilidad al predecible arrepentimiento. Acto seguido, mi pareja, Oliver, que estaba tumbado en la cama mientras presenciaba hipnotizado mi espectáculo textil, soltó la pregunta de rigor: "¿Ana, te pasa algo, te noto rara?". Y yo, una vez más, después de veinte "nadas", terminé por contestarle que tenía un mal día, que no sabía qué hacer con mi vida y que a lo mejor deberíamos darnos un tiempo para ver si nos echábamos de menos. Un tiempo, por otro lado, que ya nos habíamos dado en otras tantas ocasiones. Toda esa tragicomedia espontánea era recibida por el mismo novio que, horas antes, había escuchado de la misma boca: "hoy he amanecido con un positivismo extremo, e intuyo que haré grandes cosas en la vida". Y que él, el novio que ahora me escuchaba absorto, era el gran amor de mi vida. Claro está, después de tres años de relación estaba más que acostumbrado a mis repentinos cambios de humor, aunque eso no le ayudase a aceptar el porqué de los mismos. Acto seguido, la siguiente pregunta era de esperar: "¿Y qué te ha pasado si puede saberse?". A lo que le respondí un sin fin de motivos sobre el sentido de la vida, la metafísica, sobre lo absorbida que me tenía el trabajo y los estudios; sobre el caos que gobierna la humanidad… Pero ni en última instancia se me ocurrió responder que me había dejado llevar por un ataque de consumismo incontrolado y que ya no había marcha atrás. O lo que era lo mismo, que estaba cansada de actuar sin pensar, llevada por un impulso irracional para luego arrepentirme y, por mí, para entonces, tendencia fatalista y exagerada, ver cómo caminaba sin rumbo a ninguna parte. De ese inmaduro y caprichoso modo, ignoraba el desgaste existencial del cual era víctima y autora, de un teatro irracional en el que las emociones terminan venciendo a la protagonista. Y es que me negaba a aceptar que esa misma actitud la extrapolaba a otras facetas de mi vida (por no decir todas) que convertían mi día a día en una categórica confusión sin salida.

Lucía, mi madre, siempre ha dicho que: necesito crearme problemas insignificantes porque no quiero ver lo que realmente falla en mi vida; y que tengo que tranquilizarme, que la vida es más sencilla de lo que parece, que soy yo quien se empeña en complicarla (por aquel entonces, creo que tenía razón).

Pero a mí parecían gustarme esos estados nerviosos. Me consideraba una persona inestable emocionalmente a la que las cosas no podían salirle siempre bien. Pues si todo andaba en orden, un aburrimiento e incredulidad repentinos se apoderaban de mí. Era entonces, cuando, para superar ese aburrimiento, daba rienda suelta a una serie de consecuencias erróneas en las que "hundirme en un pozo

de agua para luego intentar salir”, podía ser más divertido que, “que no pasara nada, ni bueno ni malo”.

Mi peor enemigo en aquella época, sin duda era yo, yo y mi diálogo interno. Ese diálogo interno, junto con mi alto grado de imaginación, me hacían llevar cualquier situación, por simple que fuera, a un cuadro clínico de análisis en el que cada una de las mil hipótesis que me planteaba podían ser la respuesta a un enigma universal.

## V

Estudiaba segundo de Antropología tras haber cursado dos años de magisterio. Si todo salía según lo previsto, ese año tendría el doctorado. Vivía con mi pareja en una casa de campo en Caldes de Montbuí, conocido por sus termas romanas, a unos treinta kilómetros de Barcelona. La llegada a la casa fue acompañada de gran ilusión. Siempre había soñado con vivir en la montaña rodeada de árboles, y con muchos animales a los que cuidaría como si fuesen mis hijos. Poco a poco, mi sueño fue tornándose realidad, pese a durar mucho menos de lo previsto. Adoptamos a un perro macho y seguidamente a una hembra. Y al mes de tener los perros llegaron los dos gatos. Sus nombres respectivamente, Marte y Lilith, Micky y Burbuja.

A los cuatro meses de la mudanza, en diciembre de dos mil ocho, mi jefe me sorprendía con dos semanas de vacaciones. Su hija les había regalado un viaje a Praga a gastos pagados para él y su esposa y, al ser una librería pequeña, pero que funcionaba bien, decidieron darse el tan merecido descanso. Ahí empezó todo…

Ya no vivo en Caldes, y terminé mis estudios hace dos meses. Pero lo verdaderamente importante es la suma de todo lo sucedido durante y después del viaje, porque esa suma es lo que soy ahora.

## CAPÍTULO I *Iván. Un programa en el ordenador*

Una ciudad, muchas personas. Dos desconocidos. A pocos metros, Ana se despide de Claudia y coge el metro en Plaza Urquinaona. Por su lado, Iván, se dirige a casa celebrando que la maniobra ha salido según planeasen. Sin conocerse, el destino les reserva un encuentro, un viaje en vuelos distintos. Sueños, ciertas casualidades y demasiados nombres. Minutos más tarde, él, en la calle Aragón, abre la puerta de su apartamento. Ana, en Sagrera, espera el autobús destino Caldes de Montbuí con cara pensativa. Ignoran que la Vida está a días de cruzarles en otra ciudad. Iván feliz, ella caótica. Pero el final, sólo es el comienzo de nuevas glorias.

v

Iván también dice aquello de: “yo no veo la televisión”. Al llegar a casa, tras una dura jornada de trabajo, se tumba en el sofá del comedor y se fuma un cigarro mientras recuerda cada secuencia del día. Una vez consumido, en un cenicero que se niega a vaciarse mientras tenga espacio suficiente, va a su cuarto y se pone el pijama. Vestido ya con ropa más cómoda, entra en su despacho. Se sienta en la silla de escritorio color verde manzana con asiento reclinable, y enciende el ordenador para buscar algún artículo de interés que cultive su mente. Pasados escasos minutos, mientras se da impulso de derecha a izquierda para dar con la postura más cómoda, entiende que no está receptivo a nada de cuanto lee, y desiste en su intento de rendir culto a la inteligencia. Vuelve a google, y busca un pasatiempo más ameno que le ayude a conciliar el sueño. “Monólogos en castellano online”, escribe.

Su jefe le ha dispuesto un apartamento en el corazón de Barcelona, El eixample dret, al que se mudase hace tres semanas para cerrar el caso del que forma parte. Seis largos años combinando estudios y trabajo, no le han dejado tiempo para preocuparse en asuntos de corazón, motivo por el que dice no tener novia. Pero ese capricho del destino, en el que en condiciones inverosímiles aparece alguien para retar en pulso al deseo, está a pocos días de llamar a su puerta.

Tras pocos minutos de búsqueda, se decide por uno con subtítulos en español para practicar el idioma. El humorista del vídeo dice ser un nuevo fichaje.

*"…somos lo que comemos, somos lo que pensamos… ¿En qué quedamos? ¿Alguien sería tan amable de decirme quién soy yo? Por si acaso, mucho cuidado con lo que piensan porque a veces puede serles concedido. Si no, mírenme a mí. Mi madre siempre me decía: "no sabes más que decir payasadas, Federico. Como no te espabiles, te veo haciendo el tonto en la puerta de un circo para poder comer". Aquella frase me llegó hondo, tanto, que le di forma hasta moldearla a mi manera. Resultado: aquí estoy (risas). Y es que nuestra mente es poderosa, si no miren cuántas palabras terminan por "mente". ¿Casualidad? probablemente. Buenas noches".*

Termina el monólogo e Iván se va a dormir. El gran día está cerca, el encuentro inesperado también.

v

Es casi media noche cuando suena el teléfono. Su jefe, el señor Pere i Calabuig, al otro lado del aparato. Debe ser algo muy importante para llamarle a esas horas. Ana contesta un tanto preocupada, pero, disipando cualquier mala noticia, éste le comunica que tiene quince días de vacaciones porque cierran la librería un par de semanas.

– Así que, querida, aprovecha estos días porque has trabajado duro y te los mereces de buen grado. Disfruta tanto como puedas y nos vemos a la vuelta, que ya será Navidad.

– Lo mismo digo, señor Pere. Les deseo un feliz viaje.

Oliver, por su parte, que trabaja como transportista en una empresa de plásticos cerca de Caldes, está en plena campaña navideña con más pedidos que el resto de meses, motivo por el que le es imposible pedir fiesta.

– Estas vacaciones me cogen de imprevisto, ni siquiera he terminado las clases. Creo que me quedaré en casa con los animales y aprovecharé para descansar.

– Pues claro, ¿qué vas a hacer sino? Además, no puedes faltar a la universidad, ¿y los exámenes?

– Bueno, ése no sería problema, ayer hicimos los últimos, sólo faltan las notas y entregar un trabajo de Historia –añade pensativa. Mientras, sus ojos centelleantes no hacen más que delatarle. Oliver, que la conoce demasiado, opta por la directa.

– ¿No estarás pensando en irte tú sola?

– Yo no he dicho nada, aunque sería toda una aventura viajar por mi cuenta, la verdad. Me quedaré en casa, mis amigas también trabajan, todos trabajan estos días.

Termina la conversación y Oliver se va a dormir, el día amanece temprano para él. En cambio ella no tiene sueño. Por suerte, el chico está más cansado que de costumbre, si no, habría reclamado la presencia de Ana para satisfacer sus deseos más primarios. Hecho el

amor, sin ella tener ganas, se habría cerrado la noche sin acontecerse lo que ciertamente pasó luego.

v

Aterriza en Roma con poco equipaje. De las pocas cosas que ha aprendido en sus escasos vuelos es la de llevar únicamente lo necesario. Por dos motivos: uno, por evitar llenar la maleta de ropa que luego nunca utiliza; y dos, porque detesta facturar el equipaje y marearse viendo pasar las maletas de los demás por la cinta transportadora para que casualmente la suya sea siempre la última.

Dejando atrás el aeropuerto, se dirige a la estación de metro para ir al albergue, dejar la mochila, y organizar la estancia. Situado a ocho paradas del centro, tiene, según la web, una buena relación calidad-precio. El metro de Roma está compuesto por dos únicas líneas, la A y la B, que cruzan la metrópolis en forma de aspa, así lo indica el mapa que luce en la entrada del subterráneo. Busca su parada: La Reppublica, tiene que hacer trasbordo. Ya en el apeadero, mientras espera los dos minutos que descuenta el marcador electrónico, saca de su mochila la guía de conversación que ha comprado en el Prat anticipándose a cualquier tropiezo lingüístico, aunque más bien le sirve de distracción y para ojear algunas fotos pues la diferencia de idioma no le supone demasiado reto (hablado de manera lenta, el italiano es un idioma que un español puede, sino hablar, descifrar con gran acierto). De pronto, una sensación de euforia recorre su cuerpo, está en Roma, sola, ha logrado enfrentarse a los chantajes de su chico, si bien su cabeza sigue en Barcelona.

Con ayuda del mapa, y varias anotaciones que tomase de internet, llega al albergue sin problemas, apenas dos calles lo separan de la boca del metro. Parece acogedor. Desde la valla principal, que da al jardín delantero, se ven distintos árboles en una zona ajardinada con bancos de madera, varias bicicletas aparcadas, y un cuarto indicado con la señal de lavandería. Cruza el jardín, y entra en el edificio el cual está dispuesto en una única planta. Una vez dentro, comprueba que el lugar no es tan espacioso como parecía en las imágenes de la web. Por lo que distingue, sólo tiene cinco habitaciones, la sala tipo comedor, y otra terraza pequeña contigua a ésta, pero le acompaña cierto aire familiar. Una pareja en la sala de ordenadores, y otros dos jóvenes que comen en la mesa central, son los únicos viajantes que hacen uso de las zonas comunes en ese momento. Hecha la ojeada, espera en el mostrador a que el recepcionista cuelgue el teléfono. Mientras, éste no deja de observarla de arriba abajo sin mediar

palabra. Pasados unos minutos, que a Ana se le antojan demasiado largos, le indica cuál es su cuarto señalándole con la cabeza y sin despegarse el aparato de la oreja. “Vaya recibimiento”, se dice un tanto aturdida, a la vez que disimula su asombro con una mueca de sonrisa. Coge la mochila, que ha dejado apoyada en el mostrador, y entra. El dormitorio, por el contrario, sí que es espacioso. Ordenadas junto a la pared, siete literas con taquilla en frente y un aseo compartido conforman su interior. Todas las camas parecen vacías menos las últimas. Tres jóvenes de unos veintitantos años, están sentadas en una de las bajeras charlando amistosamente hasta que Ana cruza la puerta, entonces la miran y callan de golpe.

– Hola, vengo de Caldes, Barcelona –Interviene. Y con el comentario, cree distinguir un casi inaudible: “perfecto, se terminó la intimidad”.

– ¡Qué casualidad! Nosotras somos de Granollers –exclama la que parece más amable. Mientras, las otras dos la siguen mirando desafiantes sin articular palabra–. ¿Qué pequeño es el mundo, no? –Ana sólo acierta a sonreír tímidamente.

– Nos vamos, chicas, se hace tarde –rompe en tono imperante la que resulta la dirigente de las tres. Y la orden, se acompaña con la sumisión absoluta de las otras dos, incluyendo la que parece más amable, que ahora baja la mirada, resignada, y se despide con un adiós insonoro mirando a su nueva compañera de cuarto.

Ya sola en la habitación, tiene ganas de llorar, pero no puede, hace demasiado que no llora. Escoge una litera apartada, después de esa entrada es lo más apropiado. Se sienta sobre el colchón, abatida, sin ganas ni siquiera de preparar la cama, y deseando estar en Barcelona, en su casa, con sus animales…, con Oliver. Con la descortesía de sus compañeras, del chico de recepción y lejos de su tierra, un sentimiento de culpa la aborda. Oliver no le ha apoyado en su decisión de irse y, ahora, en la soledad de aquellas paredes, la tristeza invita al arrepentimiento. Sin más refugio que el calor de su mochila y la espera de que el móvil suene, decide llamarle para decirle cuánto le echa de menos.

v

Cuando Oliver se va a dormir, se tumba en el sofá del comedor junto a su adorable Micky. Va a encender la televisión, pero la falta de afición le echa para atrás. De lo poco que le gusta, un programa de

sucesos paranormales que dan los domingos en una cadena local. Llaman su atención todas esas historias de casas encantadas, personas que mueven objetos con su mente, o entes que se presentan para dar mensajes desde el más allá. Pero es jueves, no domingo, así que se dirige al despacho y se sienta frente al ordenador que, al parecer, Oliver ha dejado encendido. Permanece inmóvil en la pantalla una imagen de "Misterios del Milenio". Extrañada, está a punto de despertar a su chico para preguntarle cómo que ha visto un capítulo de ese programa que tanto dice aborrecer. Entonces, recuerda una conversación que tuvieran al respecto:

*– Sólo dicen estupideces que ni siquiera demuestran. Juegan con el sensacionalismo y se aprovechan de la buena retórica del presentador.*

*– Bueno, también en ciencia y filosofía existen axiomas que no necesitan demostrarse, y nadie los pone en duda.*

*– Sí, ¿pero no puedes ver otras cosas? Interesarte por lo que pasa en el mundo, las noticias, por ejemplo. Temas de actualidad, no estupideces de ese tipo.*

*– ¿Para qué? Acaso no está toda la televisión llena de teatro. Manipulan la información a su antojo, sólo enseñan lo que les conviene. Paso de ver desgracias –A sabiendas que dialogar con él no es acto de mayéutica precisamente, sino de perder fuerzas para nada, daba por zanjada la discusión."*

Dejando de lado el recuerdo de aquella discusión, entre tantas, le da al "volver a reproducir" de la pantalla con curiosidad casi escéptica.

"*Hoy hablaremos de un bosque, un bosque que algunos dicen que está encantado, habitado por recuerdos de un amor. Un bosque en el que un príncipe de la edad media mandó construir un parque para su amada. El Parque de los Monstruos, en Bomarzo. Un lugar insólito, poblado de figuras gigantescas, entre ellas dioses mitológicos y, a destacar, una casa de piedra inclinada que el príncipe mandaría construir así para que quien subiera a la planta de arriba, pudiese saborear el estado de aturdimiento y vértigo que sentía él cuando veía a su amada. Un parque en el corazón de un bosque, quizás encantado, con mucho que contar".*

El presentador habla de un bosque, de un parque, de una historia de amor de las de verdad. De un lugar misterioso poblado de leyendas… Ingredientes perfectos para conquistarla. Con quince días

libres por delante, pensar en visitar ese lugar es una idea loca pero ideal. “La locura siempre me seduce”, se convence. Mira vuelos por internet, vuelos baratos a Roma. Casi puede oler la fragancia del parque cuando se imagina corriendo sola la aventura. ¿Acaso es obra del destino que Oliver haya olvidado el ordenador encendido con un capítulo de ese programa que tanto detesta? Es la ocasión perfecta para romper las reglas de una rutina que tanto le aburre. Pensamientos que tiene en contadas ocasiones, ráfagas de ideas que le dicen: ¡déjate llevar! Una señal del universo, de su universo.

v

Sentada en la cama, con la única compañía de unas cuantas literas y paredes que no hablan, y un Oliver que no coge el teléfono, se dispone a darse una ducha. En su tarea de flagelarse, sigue atormentándose por el viaje. Enciende el agua, y espera a que coja la temperatura adecuada; quizás el baño consiga calmarla.

– *Ana, como sigas yendo a la tuya esto no va a funcionar. Ya son muchas las oportunidades que te he dado y no haces nada por cambiar.*

– *No empieces con tus chantajes, no te hago nada. Son mis vacaciones y quiero aprovecharlas, no creo que sea tan injusta. Así que no sigas.*

Bajo el calor de la ducha, el único existente desde que ha llegado al albergue, recuerda la conversación con Oliver cuestionándose si es cierto el egoísmo que éste siempre le critica. Haberse ido sin su aprobación dejándose llevar únicamente por su propio deseo; fracciones de segundos en los que toma una decisión sin apenas razonar para luego arrepentirse.

v

Apaga el ordenador. Excitada por la reciente idea, y embriagada con los enigmas que esconde la noche, despierta a su pareja para pedir su aprobación. Éste, que ya duerme profundamente, murmura en tono *in crecento*:

– ¿Qué? ¿Cuándo? Ana, tengo que madrugar, estoy cansado. ¿Por qué no te acuestas y hablamos mañana?

Marte y Lilith, que duermen a los pies de la cama, hacen el amago de despertarse. Ana le pregunta cómo que ha visto un capítulo de ese programa que tanto odia, a lo que él la mira absorto y sin mediar

palabra. Ella continúa con sus aclaraciones detallándole el parque, y las ganas que tiene de conocer Roma. Él, sin entender palabra, se limita a escuchar sin dar crédito a cuanto oye. Hecho el resumen, le comunica su decisión de visitar el parque de Bomarzo.

– ¿Cómo? ¿De qué capítulo hablas? Sabes que aborrezco ese programa. Tengo sueño, cariño, ¿no te puedes esperar a mañana?

Al ver que no, se incorpora en la pared y enciende la lámpara de la mesita de noche. Y con la luz, los dos perros terminan despertando. Lilith va a los brazos de su dueña y empieza a besarle las manos; Marte, suelta un par de ladridos con gesto de hombrecito furioso, porque le han sacado de su plácido sueño. Oliver lo acerca a él, a la vez que coge conciencia del escenario que tiene delante.

– ¡*Uf*! qué carácter tiene este perro, ¡por Dios! Al final va a ser cierto eso de que se parecen a sus dueños... –rechista sin pensar, pero con mirada de rabia a los dos–. Le haces más caso a él que a...

– ¡Ana, por favor! ¿Puede saberse qué te pasa? Me despiertas para decirme que quieres ir a no sé dónde, que has visto ese programa... – Mientras tanto, Marte ya juega con el brazo de su dueño.

– A Roma –le corta.

– Vale, a Roma, a ver un parque encantado... –añade irónico–. ¡No sé de qué demonios hablas! ¿Has tomado algo? –Oliver sigue sin dar crédito, mientras lucha por recuperar la manga del pijama que el perro, a modo de juego, le está mordiendo.

– ¿Que si he tomado algo? Últimamente no te reconozco, ya no eres el mismo… –Ese discurso gratuito que interrumpe su descanso, por parte de una novia que le mira increpante como si fuese su enemigo, realmente le coge por sorpresa. Ana permanece en el silencio unos instantes y cuando vuelve en sí añade–: Lo siento. Perdóname, Oliver, estabas aquí durmiendo y yo... Olvídalo, no iré a ningún sitio. Ya sabes que a veces no pienso lo que digo. Vamos a dormir, mañana será otro día.

– Sí, mejor. No sé qué te pasa, pero, por favor, son las dos de la mañana –dice rascándose los ojos y mirando el reloj digital de la mesita de noche–. Ya seguiremos con esta conversación. Sabes que estos días tengo mucho trabajo y que estoy muy cansado… Por cierto, ya me contarás lo de ese capítulo porque ni he visto ese programa ni

he encendido el ordenador en toda la tarde. Buenas noches, mi amor.

"¿Que no ha encendido el ordenador ni ha visto el programa? Está dormido, no sabe lo que dice. O a lo mejor sí que le gusta, pero no quiere reconocerlo. ¡*Uf*, consigue desquiciarme!..."

Y como el que no hubiese despertado nunca, al segundo ya respira profundo. De repente, Ana da un salto en la cama, es Miky, franqueando la puerta y rascando la pintura con sus uñas.

V

Termina la ducha y se viste. El mismo modelo de vaqueros negros que usa de ordinario, unas botas forradas de pelo, dos jerséis y un chaquetón de plumas aislante del frío. Sabe que en pleno diciembre la temperatura rozará las mínimas.

Antes de abandonar el albergue, le pregunta al chico de recepción, que ya parece estar disponible, si puede indicarle lugares míticos para hacer turismo. Éste asiente sonriendo y, haciendo alarde de un perfecto español, saca un mapa de la ciudad para explicarle con todo detalle.

– Roma está llena de lugares míticos para ver. Las ruinas romanas son lo más común, pero por eso no te preocupes, en el centro das con una a cada paso, así que te encontrarás con bastantes sin tener que buscarlas. Hay algunas paradas de Metro, como la de Pyramide, que llevan el nombre del monumento en cuestión, eso te facilitará dar con ellos. Cerca de esta parada encontrarás el cementerio romano, es precioso. En algunas épocas del año hacen obras de teatro dentro, pues como te digo es un lugar digno de visita. Puede que coincidas con alguna si decides ir. Está también la famosa Boca de la Veritá que a los turistas tanto les gusta ver y pedir sus deseos. Luego el impenetrable Vaticano –sonríe–, está muy cerca del Castillo Sant Angelo, así que si vas hasta allí puedes aprovechar y dar un paseo a la vista del río Tíber, que cruza justo al lado. Aquí tienes el anfiteatro –dice señalando en el mapa–, la Fontana di Trevi y muy cerca la Piazza di Spagna que es donde quieres bajarte. Verás que no te pierdes y puedes dar un buen paseo por el centro, hay muchos lugares cerca unos de otros. Y ya otro día, si quieres ir a tomar una copa pregúntame que te diré un par de sitios que valen la pena. Espero que te acompañe el buen tiempo y que tengas un buen viaje. Por suerte no hace tanto frío como otros años –vuelve a sonreír.

– Muchísimas gracias, ya te contaré mañana qué tal me ha ido. Por cierto, antes a la llegada no me has hecho ninguna ficha ni...

– ¡Perdón! Estaba con una llamada muy importante. *Mi scusi*… ¡Vaya recibimiento! –“Sí, eso mismo pensé yo…”, recuerda–. Si me permites te la hago ahora mismo.

– Cómo no. Ten, mi carné.

– *Mmm* catalana, de Barcelona. Yo estuve una vez de viaje y me encantó. Tengo un amigo que vive allí con su pareja. Ella también es de Barcelona, como tú.

– Sí, muchas personas van de visita y se enamoran de ella... ¡de la ciudad, quiero decir! –Ahora ríen los dos–. La mayoría acaban volviendo. A mí en cambio las ciudades grandes no me gustan demasiado.

– Pues Roma es bastante grande... –añade irónico.

– Sí, ya sé, me refiero para vivir. Me resulta estresante el ritmo vertiginoso que se respira.

– Ya, entiendo. Apuesto a que eres de las que prefiere vivir cerca de la naturaleza, alejada del ruido, ¿cierto? En una casita, con varias mascotas… Y con tu chico, ¿puede ser? –Asombrada por la correcta observación y eludiendo la última pregunta suelta un: "sí, eso creo"–. Bien, ya estoy. Ten, Ana, tu carné. Se cobra a la salida, si hubiese algún cambio en la estancia debes comunicarlo con la máxima brevedad posible, ¿de acuerdo? Y nada más, muchas gracias por elegir nuestro albergue, espero sea de tu agrado. Buen turismo, has elegido una hermosa ciudad.

Sale del albergue dispuesta a aventurarse entre los encantos de la ciudad. Al menos, la simpatía que el joven ha mostrado ahora le ha dejado un mejor sabor de boca que la descortesía de sus compañeras, y conseguido que recupere parte de su alegría.

El día promete soleado, pues a pesar del frío invernal el cielo luce claro y despejado. Mira la hora en su móvil, ya pasan las tres del mediodía y el hambre empieza a reclamar atención. Nerviosa por el viaje, no ha desayunado más que su necesario café y un zumo de naranja. Al lado del metro, un restaurante de comida rápida ofrece manjares de todo tipo: pizzas, pasta fresca, empanadillas caseras..., se decide a entrar. Tras unas cuantas dudas, más que razonables, ante tanta delicia culinaria, pide dos raciones de pizza vegetal y una copa de vino. Su primera comida en soledad y extrañando su casa, pero está tan hambrienta que la falta de compañía no es impedimento para disfrutar cada suculento bocado.

Cuando termina la pizza, que le parece irresistiblemente deliciosa, se levanta a pedir una segunda copa de vino.

– Perdón, ¿me presta un cenicero? –le pregunta a un camarero que recoge la mesa de al lado.

– *Perdonare, señorina*, me temo no va a poder fumar. *Non è consetito fumar all'interno* de los establecimientos, *scusa*.

– Oh, no lo sabía, lo apago enseguida.

– *Grazie mille.*

La va a beber de un trago, para dejar su vergüenza sepultada en el local, cuando le sorprenden las tres de Granollers cruzando la puerta.

– ¡Hola! –saluda la más amable.

– Qué casualidad encontrarnos aquí.

– Sí, el chico del albergue nos lo recomendó, sirven comidas durante todo el día y está muy bien de precio.

– Sí, lástima que no se pueda fumar, me he encendido un cigarro y…

– ¡*Uy*!, ¿no lo sabes? En Roma no se puede fumar dentro de ningún local, sólo en la calle y en las terrazas acondicionadas para el uso, aunque con este frío… –espeta orgullosa la dirigente del comando–. Ponen estufas, pero aun así como no te sientes muy cerca de una te congelas. Yo no fumo, el tabaco me produce nauseas sólo olerlo –añade con mueca de rechazo, y levantando la barbilla con semblante de orgullo.

De repente no es muda, parece recuperar el habla sólo para alegrarse de que Ana ignore la prohibición. Además de antojarse grotesca la arrogancia que emana. “Ni que trajese el discurso preparado”, piensa.

– Bueno, algo había oído –miente–, pero no sabía que era en todos los locales.

– Pues sí. Yo es que antes de venir estuve leyendo una guía turística de la ciudad. Hay que estar bien informado previo a viajar.

Ahora no contesta, sólo se indigna. Tratándola de ignorante por no

saber un detalle como ése, y dándoselas de culta por haber leído sobre Roma *previo* a volar. “Puede que sea el vino y que estás molesta porque no te han invitado a salir con ellas, intenta ser simpática” –se obliga.

– Eli, vamos a pedir, ¿tú que quieres? –interviene la de cara simpática en un intento de poner paz de por medio. Luego mira a Ana sonriéndole con dulzura como exculpándose por la antipatía de su amiga. Ana le devuelve la sonrisa en gesto de aprobación.

Finalmente se bebe la copa de un trago, y se levanta para cederles la mesa. Eli hace algo así como un visaje de arrogancia y, abriendo la boca no más de dos milímetros, esboza un “gracias” sin apenas mirarla.

– Voy al servicio, chicas –la otra, que aún no ha abierto la boca, le sigue como perro a su amo. La de cara simpática aprovecha la ausencia.

– Yo tampoco sabía que no se podía fumar dentro de los bares, y si lo sabía no quería creérmelo. También fumo y para mí es un castigo.

– Tendremos que usar las estufas –le contesta guiñándole el ojo en gesto cómplice, y sale del local. Se pregunta cómo un ser tan repelente como Eli puede dominar a sus amigas, a esas edades, hasta el punto de anular su personalidad.

Antes de bajar a la estación de metro, le escribe un mensaje a Oliver. Está más sensible de la cuenta, el vino y la disputa empiezan a hacer su efecto.

*E comido mi 1a. pizza italiana, y dsgustado mi 1er. vino de la región. T exo d -. M gustaría k estuvieses aquí conmigo. Ti amo mil. Besa a nuestros animals x mí. Ablamos a la noxe, ants t e yamado xro no lo cogías.*

Mientras, a escasos centímetros, él estudia cada uno de sus movimientos. Sin duda es ella; su melena, su cara, misma altura… Camuflado entre la marea que aborda la entrada al subterráneo, la sigue. Es fácil pasar inadvertido para alguien que no te conoce y que tan siquiera sabe de tu existencia. Por un momento, jura haberla visto antes en algún lugar, pero no alcanza a recordar dónde. “Demasiado bella, incluso más que en la foto”.

Saca el mapa que le ha prestado el chico del albergue. Cuando

coge asiento, dos hombres la miran y se dicen algo entre ellos. Le gusta imaginar que estén opinando algo cómo: “debe ser una turista y viaja sola, qué valiente. Parece muy joven, además de guapa”. Seguidamente, echa una ojeada a su alrededor. Siempre le ha gustado ese derroche de multiculturalidad que transporta los vagones de metro.

El trayecto transcurre rápido. Piazza di Spagna, se lee en el cartel, puede verla a lo lejos. A su vez, el chico gira la esquina atento a cada uno de sus pasos, unos pasos que Ana ignora puedan significar tanto para él.

## CAPÍTULO II *El desmayo*

Pasan por una crisis de pareja desde hace más de un año, cuando por un infortunio del destino ella se sintiese responsable de algo que no fue culpa suya. Tampoco de él. A los pocos meses del terrible suceso, decidían darse un tiempo sin retorno. Pero sus tiempos, aun de semblanza definitiva, no duran más de dos semanas. De algún modo, Ana tiene la convicción de que un cambio drástico puede ser la perfecta medicina dando fin a la rutina y recibiendo así una nueva aventura. El último había sido en plena búsqueda de hogar.

Una tarde, resolvió que la relación ya no funcionaba de ninguna de las maneras y que debían ponerle fin. Pese a la ruptura, él siguió buscando la casa de montaña. A las dos semanas la encontró, y a los dos días ella creyó que debían volver a intentarlo. No por interés, sino porque ahora Oliver le parecía un hombre con más iniciativa e independiente que podía fijarse en otra mujer y perderle para siempre; lo que traducido al argot de pareja es: sufrir de capricho y autoengaño.

Oliver trabaja doce horas al día, y Ana coge cada mañana un autobús en trayecto de una hora para ir a Barcelona. De lunes a viernes, estudia por las tardes en la universidad, y por las mañanas trabaja en la librería, sábado incluido; ese día, festivo para él, la acompaña con el Patrol.

La librería está en el Carrer Canuda, situada en pleno corazón barcelonés, a pocos metros de las Ramblas. Es un comercio familiar, propiedad de un señor de cincuenta y cuatro años y su mujer. Éste la heredó de su padre, un distinguido burgués de los años veinte conocido por su espíritu emprendedor. El matrimonio tiene una sola hija, Josefine. El nombre es Josefina, pero como a la muchacha no le agrada se hace llamar Josefine al estilo francés. Es de la edad de Ana, e irradia encantos por doquier. Tiene unos rasgos que le dan un aire indio, exótico, morena de tez, ojos negros, una melena larga y lacia de color castaño oscuro, cuerpo esbelto y piel fina. Sus gestos frágiles y

elegantes, y su voz dulce y melódica aumentan más su belleza. Algunas mañanas, ayuda en la tienda familiar y por las tardes estudia Bellas Artes en la pública de Barcelona. Va por el tercer año de carrera y ya pinta unos cuadros preciosos. En la librería, el señor Pere los luce con orgullo dándole un aire casi de museo al local. La joven vive en un estudio del Borne, barrio del casco antiguo, en la calle Montcada, muy cerca del Museo Picasso. Es un estudio pequeño en una finca antigua, bien decorado y equipado, que le permite vivir sola con su gato y disfrutar de la intimidad pintando sus cuadros. En sus horas libres, también gusta de leer novelas clásicas de la tienda de su padre que es todo un anticuario. Tienen libros de hace más de trescientos años, de todos los géneros y autores. Cualquier coleccionista de novelas puede encontrar sus obras más *fetiche* en la librería Calabuig, si no entre los clasificados de las estanterías bien por encargo. Josefine no tiene novio. Según le explica a Ana, no ha encontrado a nadie que le haga perder el sentido, menos aún su libertad, como para regalarle su tiempo. Para ella su tiempo es valioso y no puede malgastarlo con relaciones esporádicas sin sentido, que le resten energía y concentración en asuntos de interés. Si no está del todo enamorada, no pierde el tiempo con romances ilusorios. Ella espera que algún día llegue su príncipe azul, pero, mientras tanto, no le preocupa estar sola, aún más, le gusta. Cuando Ana la escucha decir esas cosas, siente una profunda y sana envidia mezclada de admiración. Ella siempre ha estado de relación en relación, parece no sentirse plena sin un hombre cerca. Si no comparte su vida con alguien, o por lo menos si no tiene a alguien con quien soñar, siente un vacío y desmotivación enormes. Aunque no acaba de hallar la plenitud con ninguno, ya que su carácter exigente la lleva a encontrar fallos a todas sus parejas. O quizás sea el afán de tener un compañero lo que la traiciona aferrándose a relaciones carentes de pasión. El caso es que, llegado a un punto del romance, normalmente al año y medio, empieza a plantearse si está o no enamorada. Le sucede con Oliver y en su día con Carlos, su anterior novio. Pero en el caso de Oliver, es una tremenda atracción física y kármica la que le mantiene atada a él, y les hace buscarse y repelerse al mismo tiempo.

Se habían conocido una noche de copas, ocho años atrás, por unos amigos en común. En un primer momento, Ana no se fijó en él, Oliver en ella sí. Al año, después de una noche de risas y confidencias, surgió la chispa, y ella se enamoraría locamente. Pero tras varios escarceos amorosos de poco menos que un año, él desapareció sin dejar huella. Desde entonces, ninguna relación le había funcionado. De los pretendientes que tuvo, sólo Carlos la hizo creer que le olvidaría, pero terminó no funcionando. Rendida ante sus fracasos, concluyó esperar

al único y gran amor de su vida.

v

Es grande, blanca y espaciosa. Le gusta que los edificios de alrededor estén tan separados unos de otros, pues aporta sensación de amplitud y convivencia con el cielo limpio y despejado. “El aire de Roma es más puro que el de mi ciudad, a pesar de haber muchos coches circulando. Quizás aquí el invierno es más claro y las fábricas están más lejos”.

El suelo también luce limpio y cuidado, parece una ciudad de mármol. Mármol gris y antiguo, pero mármol en todo caso. Le resulta aquel paisaje sacado de una postal de *souvenirs*. Sube las escaleras de la plaza para tener una vista más panorámica; parecen no terminar. El sol ahora radia generoso, y desde esa altura puede sentirlo más cerca. Como buena mediterránea, ama los días soleados, en cambio los nublados le resultan malos aliados para sus crisis de tristeza involuntaria. Definitivamente funciona con el sol, como las placas solares o las plantas en su fotosíntesis. Se sienta en el último peldaño. Observa a la gente cruzando la plaza, la elegancia de los edificios, las terrazas de los bares, las fuentes, los niños corriendo dejando atrás a sus madres, las parejas caminando abrazadas... Por un momento se olvida de su arrepentimiento, de sus animales, de su nostalgia por haber dejado a Oliver y se maravilla con tanta belleza frente a sus ojos. “Roma, te he encontrado. El amor y yo parecemos no entendernos”, se dice mientras observa a las parejas lucir el suyo libremente.

– *Lady, sveglia, ¿va bene*? –le despierta una voz de repente.

– ¿Por qué me haces esto? –susurra.

– *Perdono ragazza* ¿española?, no hablo bien español. ¿Está usted *bene*?

– ¿Qué pasa? ¡Mi mochila! ¡Ah, está aquí! ¿Qué me ha pasado?..., ¿quién eres?

– Hola, *sono* Ivan, me llamo Ivan, usted se ha mareado. Estaba en el suelo, la he visto caer. Hay sangre en el *piso*, por debajo de su cintura.

– No sé qué me ha pasado. Estaba mirando la gente y el sol

cuando..., no recuerdo nada más. Tengo sangre, estoy manchada. Me duele horrible el vientre, ¡he perdido a mi hijo!

– ¿*Incinta*?, ¿está usted *incinta* señora?

– ¿Embarazada? ¡No! No sé qué ha pasado. Solo estaba mirando el paisaje cuando caí al suelo y...

– Mira, *señorina*, tengo que irme pero no la quiero dejar así, llamo a una ambulancia. Mejor que no se mueva *molto*.

– No, gracias, estoy bien. Solo me he mareado con el sol, he comido poco. Y la sangre... son cosas de mujeres. De verdad, gracias por la preocupación pero estoy bien.

– ¿Seguro? Tengo prisa *ma* no me gustaría... Mire, le dejo el número de la ambulancia apuntado en un papel, tome. Si se encontrase peor llame, *per favore,* ¿tiene usted *mobile*?

– Sí, sí que tengo. No se preocupe, estoy bien, de verdad, gracias. Váyase o llegará tarde.

– No dude en llamar si se *trova* mal, quédese por aquí, es un lugar fácil para que pida *una* ayuda. He de irme, *scusa*.

La amabilidad del chico le ha provocado una extraña excitación. Se queda unos minutos allí tumbada, en las escaleras de Piazza Spagna, sin importarle nada, mientras se deja seducir por un derrame de fantasía que inunda su cuerpo. Hace un año que no tiene la menstruación, desde que un método anticonceptivo se la interrumpiera de un modo inusual. Desde entonces, su deseo sexual ha menguado considerablemente, lo mismo que su parte más femenina que parece mermar desde aquello. Por ello, tras la visita inesperada, ese chico, Iván, que la ha rescatado de un sueño inocente, forma parte en ese instante de unas fantasías morbosas en las que, a plena luz del día, se deja seducir por él en la escalinata romana. Introduce su mano por debajo de la cintura de Ana, y la transporta a un estado de relajación suprema mientras cura su herida. La toca suavemente, sin escrúpulo alguno, hasta conseguir que alcance la mayor sensación de bienestar que haya tenido en mucho tiempo. Después se despiden, sin darse el número de teléfono, ni una invitación para volver a verse… Y cada uno sigue su camino recordando el fortuito encuentro en la capital que al revés se pronuncia Amor.

## CAPÍTULO III *Fausto y el silencio de Oliver*

De pronto, una luz que apunta en su cara la ciega despiadadamente; debe ser el sol, que lanza uno de sus rayos con furia, casi violento. Intenta abrir los ojos y, en el intento, ve a una pareja pasando cerca, probablemente sean turistas. Otra mirada furtiva, casi sin abrir los párpados, parecen pesarle más que nunca, dos persianas de plomo. Y le busca… Ni rastro de Iván.

– Aquí, házmela aquí –la muchacha se dispone a posar, mientras el chico encuadra el objetivo.

Otra vez la luz; "flash", y acompañada del destello, Ana vuelve al túnel que separa pasado y presente. Un recuerdo la visita apremiante, transportándola a una edad temprana, una edad en la que su razón ya palpitaba con sed de curiosidad. Unos tiempos en los que la creyeron amante de la locura. "Flash…". La Plaza se convierte en un estudio fotográfico, una pasarela Cibeles, un festival de Cannes, gente, más gente… Y ella, entre el tumulto, sentada en el peldaño más alto de la escalinata, sin saberse dormida o despierta, reza para que nadie haya visto su desmayo, por lo menos, que hayan pasado de largo. "¿Iván? ¡La sangre!", recuerda. Con el recuerdo, llega otro sueño, sin darle tiempo a comprobar cómo está su herida.

*– ¿Mamá, existen los extraterrestres? porque el espacio es muy grande y hay sitio para muchas personas, ¿no crees? Una noche miré por el balcón de casa y vi una luz gigante que…*

*– ¡Ana, por Dios! Siempre con tus fantasías, ¿no puedes ser una niña de siete años que juega con muñecas? ¿Quién te enseña estas cosas?*

*– A veces las sueño…*

*– ¿A veces las sueñas? –resopla–. Mira, como sigas haciéndote esas*

*preguntas te volverás loca, porque hay preguntas que no tienen respuesta, y por lo tanto no tiene sentido que te las hagas.*

*– Pero, mamá, y la cámara de vídeo, ¿cómo graba las imágenes?, no lo entiendo…*

*– Hija –continúa Lucía aguardando paciencia–, no lo sé, para eso están los inventores que las fabrican. A ti no te hace falta saber cómo las hacen, sólo tienes que saber cómo funcionan.*

*– Pero para mí es necesario saber cómo hacen algo además de usarlo –le contesta con desánimo y una madurez impropia de su edad–. ¿Sabes qué?, que me gustaría tener una, así si un día veo un ovni podré grabarlo… –la madre se da por vencida.*

Despierta otra vez. Sigue en las escaleras, mareada, no termina de entender qué ha pasado, de dónde ha salido ese chico, Iván. Y los sueños…

v

Lucía se ha casado dos veces, y por el momento el segundo matrimonio dura ya veinte años. El primero, más que por amor, para salir de casa de sus padres. Aquel enlace prometía durar poco, y en cierta manera lo supo desde el primer día. Su ex marido, de moral floja, era de aquellos hombres con la virtud de hallar atractiva a cada hembra entablando poco más de tres palabras, todo un coleccionista de amantes desde el primer mes de casados. Infidelidades que Lucía siempre había sospechado.

Un viernes cualquiera, Lucía, que trabaja como interiorista en una de las tiendas de reformas de sus hermanos, le pedía a una de sus compañeras, una chica joven y un tanto inocente, cambiar de local al lunes siguiente para recibir a unos clientes. Al inicio de la semana, el marido de Lucía, Ricardo, la llamaba al trabajo como de costumbre para saludarla. Éste, que ignoraba el cambio de tienda que había pedido su mujer a la chica, al escuchar la voz de la joven, y tocado por la curiosidad más enfermiza que pueda tener un hombre de sus características, se dejó caer con el pretexto de recoger unos papeles que olvidase días atrás, mientras visitaba a su esposa. Llegó y, con tremenda excusa, empezó a buscar por los cajones del escritorio. Tras veinte minutos de falso registro, la joven, sentada en la silla de ordenador nerviosa y cohibida, no pudo más que permanecer inmóvil, deseosa de que el hombre encontrase rápido lo que estaba buscando.

De pronto, Ricardo la escuchó respirar de manera más agitada.

– Hace calor aquí, deberían arreglar el aire acondicionado – intervino picaresco.

– El aire *funcio*... funciona bien, de hecho está encendido. Lo puse a primera hora de la mañana, señor.

– ¿Señor? No me llames señor, mujer, soy Ricardo. Llámame Ricardo.

Ella sonrió tímidamente.

– Disculpe, Ricardo.

– Los jefes son sus hermanos, no hacen falta tantas formalidades, ¿no crees?

La chica, que apenas se había girado treinta grados para hablar con él, permanecía quieta en la silla colocando los papeles del escritorio, y dándole la espalda al otro. Terminado el primer asalto, se giró para regalarle una media sonrisa de cortesía y volver a su posición inicial. Éste aprovechó para echarle una rápida mirada a su angelical rostro y, seguidamente, a su seductor escote juvenil. Ricardo ya no lo pensó más, y con el arte de seducción del que hacía alarde, puso su mano de hombre encima del hombro izquierdo de la muchacha. Ella siguió sin moverse ni un centímetro, únicamente su pecho se hinchaba con las respiraciones que eran cada vez más rápidas.

– Ricardo yo... su mujer es muy buena compañera y sus hermanos, mis jefes, me tratan estupendamente. Lo que quiero decir es que este trabajo es muy importante para mí y...

– Disculpa, te estoy molestando. ¡Me doy por vencido!, no encuentro el papel que busco –fingió, haciéndose el interesante como si de pronto los encantos de la muchacha perdiesen efecto sobre él.

Ella se giró para mirarle, fijamente y en silencio; uno de esos silencios que Ricardo sabía identificar muy bien como un: “continúa, por favor”. Entonces, su mano empezó a descender desde el hombro hasta el pecho de la joven. Ella respiraba cada vez más fuerte. El escritorio, situado en el interior de la tienda, quedaba invisible a la entrada de la calle, y la puerta, que era eléctrica, no podía abrirse sin que la dependienta accionase el botón. Ambos sabían esos detalles, así

que conocían estar a salvo, en ese escritorio a plena luz del día fuera, entre el bullicio de una ciudad que tiene prisas por cumplir su jornada diaria. Sin embargo, para ellos, en aquel preciso instante no existían prisas ni jornadas. En ese mismo instante, sus relojes parecían detenerse. La chica, que ya gemía descontrolada por el placer, se inclinó un tanto en la silla y abrió sus piernas rompiendo la costura lateral de su falda. Ricardo acercó el asiento hacia él, con la furia de un caballo negado a ser domado; ella, avergonzada, mirando el suelo pero sin dejar de gemir, dejó que el galán de cunas la poseyera al completo. La excitación era tal, que los sonidos de placer nacían sin freno vocal. Le subió la falda, ella abrió más sus piernas, éste penetró la cavidad de la joven con sus dedos, pues sabía cómo hacer disfrutar a una hembra. En uno de esos movimientos ella dio un grito. Él le tapó la boca con su otra mano. Ella quiso morderle, pero no osó hacerlo. A cambio, la cogió y la puso en su pecho para que se lo tocara con fuerza mientras la penetraba. La chica, a punto del delirio, sacó la mano de él y, levantándose de la silla, introdujo la suya por el pantalón del hombre. El tamaño era perfecto. Sintió un deseo irresistible de probarlo, y así lo hizo. Instantes después, perecían los dos, ella encima de la mesa y él de pie, sucumbiendo a una lujuria primitiva que no atendía a razones.

*– ¡Mateo! ¿Me prestas tu cámara de video? Me gustaría colocarla en la tienda, quiero hacer un experimento. Es para ver cómo atiendo a los clientes, así perfecciono mis métodos –le explicaba Lucía a su amigo, tras pedir el cambio de tienda a su compañera.*

*– Qué ideas más raras tienes, querida. Sí, cómo no. ¡Qué mujer! ¡Ay Lucy!, con hembras como tú me cambiaba de acera –respondía éste mientras ella reía a carcajadas.*

Cuando Ricardo llegó del trabajo, le recibía sentada en el sofá mirando la televisión. Él se acercó por detrás y le dio un beso en la mejilla.

– Ven, siéntate –le decía impaciente–, te hecho un video, mi amor.

– ¿Y desde cuándo haces tú videos? Ay, mi mujercita, que no deja de sorprenderme, ¡por eso te quiero tanto!

v

Recuperada del desmayo, y de vuelta al presente, va a la terraza de un bar a tomar un *expresso* con mucho azúcar para reponer fuerzas y

meditar sobre lo sucedido. “Subí las escaleras de la plaza, me puse a observar a la gente, y ya solo recuerdo a ese amable chico, Iván. ¡La sangre!, ¡mi pantalón!”. Mira su entrepierna que, para sorpresa suya, luce seca e impoluta.

– ¿*Q vogliono prendere, signorina*? –la distrae el camarero.

– Un expresso, por favor.

– *Spagnola! Spagna è bella. Presto!*

Sigue los pasos del joven. Directa, pregunta por el servicio. Una vez dentro, incrédula, corrobora que no hay nada, ni rastro de herida, ni manchas. “¡Qué extraño! Cuando desperté vi la sangre, y ese chico, Iván, dijo que tenía mi cintura manchada”. Automáticamente recuerda el papel que le entregase con el número de la ambulancia. Lo busca en sus bolsillos, tampoco, ningún papel. “No puede ser, no lo he soñado, me he desmayado en esas escaleras”, se repite inquieta. Vuelve a la mesa en la que el camarero ya le ha servido el café. Se lo toma de un trago, después se lia un cigarro y empieza a revolver el interior de su mochila en busca del encendedor.

– ¿Me permite? –intercepta un hombre que la observa desde la mesa de al lado, vigilante, extendiéndole su brazo para darle fuego–. ¿Viaja usted sola? –continúa.

– Gracias. Sí, viajo sola –responde mientras inhala la primera calada.

– ¿Es la primera vez que viene a Roma?

– Sí, así es. De hecho es la primera vez que vengo a Italia, ¿qué le parece?

Sin lamentación alguna, maldice a ese hombre que la interrumpe para intentar ligar con ella, cuando está tratando de recapitular lo sucedido; pero su timidez le impide cortarle y levantarse de la mesa alegando tener prisa. De hecho, ¿por qué iba a tener prisa una turista que viaja sola? Podría haber inventado cualquier excusa, que está acompañada de alguien, pero que ese alguien está descansando en el hotel, por ejemplo, pero la improvisación no es su fuerte.

– ¡Bravo! Una española que viaja sola a Roma por primera vez. Soy Fausto Pietralunga, encantado. –De nuevo alarga el brazo, esta vez

para estrecharle la mano. Ana repara en sus manos, son grandes y cuidadas, sin duda subordinadas del intelecto; su ropa también le delata.

“¡Mierda!, ya no me lo saco de encima ¿por qué tendré que dar siempre explicaciones a gente que no conozco de nada? Ahora lo próximo será decirme en qué trabaja, que está divorciado, y que aprovecha sus momentos de tiempo libre, que son pocos porque la multinacional que dirige se los resta demasiado, para tomar café tranquilamente en las terrazas de la ciudad mientras observa a la gente; no sin antes pedir permiso para sentarse en mi mesa y charlar un poco. Qué bien, ya no hay quien le pare. Vale, dile que muchas gracias por su amabilidad pero que tienes que irte”.

– Encantada, yo Ana –responde con falsa cortesía, haciendo caso omiso a su monólogo interno.

– La estaba observando desde aquí cuando subió las escaleras de la plaza para ver la panorámica. Espero que no le moleste que hiciese tal cosa, sólo que me gusta observar lo que tengo enfrente y usted me llamó la atención. Frecuento una empresa de gran envergadura internacional que me obliga a estar demasiado tiempo fuera de casa y cuando viajo aprovecho para visitar el lugar. El caso es que, como le decía, de pronto la vi y me despertó la curiosidad, intuí que era usted española.

– ¿Ah sí?, sí que es buen observador. Y no se preocupe, ¿por qué iba a molestarme que estuviese mirándome? –contesta sarcástica e ignorando el breve resumen de su vida. Claro que le molesta que estuviese mirándola, más aún que tenga la osadía de reconocérselo con tal descaro.

“¡Ah!, habrá visto mi desmayo –resuelve de pronto–, por eso se dirige a mí, para saber cómo estoy. Qué mal pensada soy, solo pretende ser amable”.

– La verdad, no sé qué me ha pasado –continúa sentenciando su teoría–, sólo recuerdo cuando me desperté y ese chico tan amable que salió de no sé dónde para prestarme su ayuda, Iván.

– Perdone, no sé de qué me habla. La he visto subir las escaleras, me pareció curiosa su indumentaria, parece una actriz de la Antártida. Disculpe, no quiero abusar de su confianza, tengo un sentido del humor demasiado rápido. Viste usted muy bella, si me lo permite. El

caso es que enseguida intuí que era usted turista y española. No sé, su rostro, su aspecto... sólo que me resultó extraño verla sola. Las personas observadoras como yo y que hemos viajado tanto nos fijamos en todos los detalles, sabe. ¿Es usted observadora, señorita?

– Ana, me llamo Ana. Pues sí, y bastante, pero el caso no es ese, el caso es que...

– El caso es que, como le estaba diciendo, me la he quedado mirando todo el tiempo y, disculpe que le diga, pero usted no se ha desmayado. Estaba espléndida mirando todo a su alrededor, hasta que de pronto se detuvo, alzó su cabeza y se puso a mirar el cielo. El sol, diría yo, sí, eso mismo, retó a la luz del sol. Es más, aunque desde esta terraza no podía verla del todo bien, añadiría que pasados unos segundos cerró los ojos y sonrió. Acto seguido, se sentó en una de las escalinatas, y por unos instantes permaneció inmóvil con la cabeza alzada, como recargándose de energía. Como hacen las plantas, ¿comprende? Estaba espléndida, parecía usted un ángel.

– Pero señor...

"Juraría que antes de desmayarme estaba pensando en la energía solar, y en cómo parece recargarme igual que a las plantas. ¿Pero este hombre de dónde ha salido?"

– Fausto –le corrige con educada sonrisa–. Mi nombre es Fausto.

– Fausto, se habrá usted confundido de persona porque yo acabo de sufrir un desmayo y ese chico tan amable que le digo ha estado a punto de llamar a una ambulancia. Aunque no logro entender por qué mi pantalón está limpio si me lo he manchado de sangre al caer, y por qué demonios no encuentro el número de teléfono que me dio.

– Tranquilícese, estamos en esta hermosa plaza y usted está bien, eso es lo importante. No hay muchas chicas que vistan, cómo diría, como una esquimal de Hollywood. Así que no la confundo. Además, no he dejado de mirarla ni un solo instante, y le aseguro que ni se ha caído, ni se ha desmayado, solo se sentó afablemente. Eso es cuanto pude ver desde aquí, ¿por qué iba a engañarle en algo así?, no tiene sentido, ¿no cree? Quizás sueña usted despierta. No sé por qué insiste en eso. ¡Ah! ya sé, es usted actriz, una actriz importante que ha venido a rodar a Roma y está improvisando conmigo, ¿cierto? Aunque bien pensado muy famosa no puede ser, porque no reconozco su cara...

La conversación con aquel estúpido hombre empieza a exasperarla. En primer lugar, la interrumpe cuando se dispone a tomar su café a solas recapitulando lo sucedido, y luego le pone en duda que hace tan sólo unos minutos ha caído desplomada en las escaleras de esa plaza a causa de un repentino desmayo, pudiendo haberse herido de gravedad. Aquel humor extravagante y atrevido le parece totalmente fuera de contexto y de un poco gusto desmesurado.

– ¿Me toma usted el pelo? Oiga, podría haber rodado por esas escaleras y haberme abierto la cabeza, ¿y a usted solo se le ocurre bromear con mi absurdo parecido a un esquimal de Hollywood?, además de darme a entender que no sé ni lo que digo –el tono de Ana sube de repente–. Muchas gracias, señor, por el fuego, deseo que le vaya bien con sus observaciones pero he de irme, quiero aprovechar la tarde y la luz que queda para seguir visitando la ciudad, así que ¡*arrivederci*!

Enfurecida, se levanta de la silla, coge su mochila y busca el monedero.

– Fausto, señorita Ana, mi nombre es Fausto Pietralunga y siento haberla molestado. Por favor, no pague el café, déjeme invitarla por las molestias.

Le mira fijamente con la cartera en las manos, y concluye.

– No hay de qué, señor Pietralunga –Y lanzándole una mirada como si estuviese perdonándole la vida, deja dos euros en la mesa y abandona el lugar.

– De acuerdo, otra vez será. Una joven española con temperamento –dice mientras la observa alejarse.

Aquel hombre y sus aclaraciones le han sacado de quicio; además del café que, más que colmarla de energía, parece subir y bajar por el esófago interceptando las bocanadas de aire que entran y salen aceleradas. Necesita hablar con alguien, una opinión objetiva que le ayude a entender lo sucedido. “Si esto no fuese Roma le pediría a cualquiera que me escuchase unos minutos, la opinión de un desconocido, ajeno a la historia, a veces es la acertada. Quizás el chico del albergue. No, deben haber cambiado ya de turno”.

– ¿Mamá?

– ¿Cómo estás, hija? ¿Has llegado bien? Me tenías preocupada, te dije que me llamases en cuanto llegaras –le reprocha.

– Lo sé, iba a enviarte un mensaje pero me he puesto a hacer cosas y se me ha pasado.

– Siempre se te pasa tu madre. ¿Cómo estás, cariño? ¿Es bonita Roma? ¿Qué tiempo hace? Abrígate, no te hagas la valiente. Aquí en Barcelona hace un frío que pela...

– Sí, mamá, voy abrigada, ¡tampoco estoy en el polo norte!, hace un sol espectacular. ¿Sabías que no se puede fumar en ningún bar?

– ¿En ninguno? ¡Qué desperdicio de café italiano! Bueno, mejor, así fumas menos que un día de estos te da una bronquitis crónica. Y qué, ¿te gusta todo aquello?

– Mama, me ha pasado algo... ha sido muy raro, pero no te preocupes, estoy bien.

– No me asustes, Ana, si es que mira que irte tú sola.

Como si retornase a su infancia, cual niña desamparada, le explica con todo detalle desde que se encontrase a las tres chicas del albergue que no se habían dignado a invitarla a salir con ellas, lo del extraño mareo y el encuentro con el tal Fausto. El contratiempo de mancharse la ropa, pero que luego no tenía sangre, y lo del chico que supuestamente la había ayudado. Lucía, preocupada como todas las madres, le pregunta más de siete veces si está bien, aconsejándole que no haga caso al tal Fausto.

– Ése estaba intentando ligar, ya sabes la fama que tienen los italianos. Se hacía el interesante para camelarte, en blanco y en botella, lo que yo te diga. Qué mal gusto por eso, bromear en un momento así... ¡te podrías haber abierto la cabeza! –Ana asiente–. Mira que te lo tengo dicho, hala, te pones a hablar con cualquiera como si lo conocieras de toda la vida. Si es que nunca me haces caso, hija. –Hace una pausa. Lo de la sangre sí que le preocupa, nadie se equivoca con algo así–. Ahí sí que me pierdo, quizás te confundiste. Y lo del teléfono, seguro que se te cayó del bolsillo al levantarte.

– No me confundí, mamá, vi la sangre, Iván también la vio, él mismo me lo dijo.

– Habrá sido un efecto óptico de esos, ¿no dices qué había mucho sol? –improvisa–. Además, ¡si hace más de año que no te viene la regla! Oye, si no estás bien compras un billete y te vuelves. ¡Es que mira que irte tú sola y para estas fechas! –le reprocha de nuevo–. Comes poco, Ana, no me extraña que te marees.

– No sé, demasiadas rarezas juntas…

– Lo importante es que estás bien, podría haber sido un disgusto, ¡madre mía! Lo que tendrías que hacer es volverte y pasar las vacaciones con tus amigos y Oliver, como haría cualquiera.

Lucía disimula su preocupación cuando recuerda aquellas alucinaciones que tuviese su hija tiempo atrás, y teme que vuelvan de nuevo. "Justo ahora que está sola en Roma. Dios mío, no dejes que le pase nada… –reza en silencio, olvidando que no es creyente–. No tendríamos que haberla dejado ir".

– Bueno, ya hablaremos, mamá, un beso.

A pesar de no darle una respuesta que palie sus dudas, el hablar con su madre la tranquiliza. Ahora comparte el extraño suceso con alguien, como, si de algún modo, el saberlo otra persona la protegiese. Resuelve dar un último paseo para que le dé un poco el aire. Ese aire que le ha parecido tan limpio en la insólita plaza. Cogerá la ruta que le ha marcado el chico en el mapa para llegar lo antes posible y echarse a descansar, pues con el vuelo y tantos altercados está más exhausta de lo normal.

Dejando atrás la Piazza di Spagna, se fija en el tráfico. Siempre oyó decir a su prima Miriam, que había vivido dos años en Roma, que el tráfico allí era espantoso, que la mejor opción era el transporte público o la bicicleta. No sabe concluir si estaba en lo cierto, quizás por no tener carné de conducir, pero sí puede comprobar que los coches utilizan el claxon desmesuradamente y que no hay tantos semáforos como en Barcelona. Sigue por una ancha avenida hasta dar con la Cripta de los Capuccinos sita en Via Veneto, lugar que le señalase el chico de recepción. A pesar del cansancio duda si entrar y echar un vistazo, pues el joven le ha contado que las paredes y el techo están decorados con los huesos de varios capuchinos muertos entre el S. XVI y XIX d.c. Llamada finalmente por la curiosidad, se acerca hasta la puerta; una placa metálica indica que el horario de visita termina a las seis de la tarde y ya son casi las siete; puede volver otro día. De nuevo entre la marea de gente, mira el mapa

asegurándose que va en la dirección correcta. El aire consigue calmarla, aun así no quiere demorar en llegar, su única imagen ahora es el confort que otorga una cama. Se cruza con dos caravinieri en servicio que, al verla mapa en mano, la saludan inclinando el cuello. Unos pasos más adelante, se maravilla con un hombre que dibuja el suelo con tizas de colores, es una pintura semblante a las que Miguel Ángel hiciera en la Capilla Sixtina. Se queda asombrada con tan impresionante resultado, el dibujo lleno de relieves que ilustra la acera parece cobrar vida. "¿Cuántas veces lo habrá pintado? Seguro que puede hacerlo con los ojos cerrados". Busca en su bolsillo una moneda para ofrecerle; éste, que conversa de pie con un amigo, le agradece el gesto invitándola a fotografiarse con él. Ella acepta encantada, y aprovecha para hacer un par de fotografías al improvisado lienzo.

– ¡*Grazie mille, ragazza! ¡Boun viaggio*!

– De nada, ¡un placer!

"Y pensar que Miguel Ángel terminó el Juicio Final con casi setenta años. Cómo cambian los tiempos".

Anda casi dos horas entre avenidas y monumentos, se pierde un par de veces por las calles del centro; fatigada, sopesa coger un Metro, pero rechaza la falta de oxígeno. Finalmente, un par de indicaciones en un italiano imperfecto la ayudan a llegar. Rozan las ocho cuando cruza la verja que da al jardín delantero. Rendida ante la excitación del día sólo piensa en tumbarse, y ahora se arrepiente de no haber dejado la cama preparada. En recepción hay otro chico de semblante más serio, hablando en un tono inaudible con una chica pálida y delgada como él. En el comedor, cuatro jóvenes de distintas nacionalidades charlan amistosamente, disfrutando de un banquete desprovisto de toda organización a base de pan, algún embutido, caramelos y botellas de vino. Uno parece brasileño por su aspecto y acento. Habla enérgicamente con otro, que por sus rasgos e idioma aparenta ser portugués. Los otros dos, bien son nórdicos si no vecinos. Cuando retoman la conversación entre los cuatro, lo hacen en un inglés perfecto.

Con el estrépito de la puerta al cerrarse, uno de ellos se gira, mira a Ana y le hace un gesto con el brazo invitándola a tomar asiento. Recordando una vez más la antipatía de las tres de Granollers, se acerca fingiendo cortesía y saluda tímidamente. El *portugués*, autor del intercepto, le pregunta de dónde es. "Barcelona", suelta con una

mueca semblante a una sonrisa.

– Hablo un poco español, soy de Lisboa. Siéntate, y come algo con nosotros.

En un intento de ser amable, pero con ganas de que termine el día, le da las gracias y se disculpa con un “en otra ocasión, he llegado hoy y estoy muy cansada”. Éste, haciendo caso omiso al comentario, le hace una rápida rueda de presentaciones. Tal y como sospechase, él es portugués y su compañero brasileño, de Río de Janeiro, ambos viajan por separado. Se han conocido en el albergue afianzándose una buena amistad gracias al idioma que comparten, le explica. Los otros dos son canadienses, y según le cuenta están visitando Europa con el interrail.

– Pero come algo, estos embutidos son riquísimos –insiste.

– No, gracias, además, soy vegetariana.

Uno de los canadienses, empeñado en no cerrar los ojos hasta que el vino le permita, coge el turno de palabra con tono embriagado.

– *You're vegetarian? I have many friends who are too.*

– Perdón, no hablo inglés, *I don't speak english* –contesta ralentizando en la secuencia inglesa.

– Dice que él también tiene varios amigos que son vegetarianos.

Ana siente vergüenza, tanta, que se execra por no haber entrado al cuarto directamente. Un idioma tan universal y ella, con sus treinta ya cumplidos y sin saber hablarlo. Automáticamente, se promete aprenderlo sea como sea, si es necesario mudarse a un país de habla inglesa lo hará. Hecha la promesa, se despide dando gracias de nuevo y corre a protegerse en su habitación. Está sola, las tres de Granollers no han llegado todavía; se quita la chaqueta, hace la cama en poco más de diez segundos y se acomoda para llamar a Oliver. Va a marcar, cuando recuerda que en la habitación no hay cobertura. “Mierda, bueno, es la excusa perfecta para fumarme otro cigarro”, se dice. Mientras abre la puerta del dormitorio, reza para que los jóvenes del banquete no la detengan de nuevo.

En el jardín de la entrada el frío romano parece no llegar a su cúspide aún. Se sienta en un banco de madera, cierra su chaqueta hasta el cuello y, con el gesto, se queda mirando el cielo. La eterna

dama blanca, amante de insomnes poetas, vigila a las estrellas que brillan celosas unas al lado de otras. Sonríe, pues aquel cuadro, además de belleza, significa que el día amanecerá despejado.

Busca el nombre en la pantalla del móvil. Tres tonos, cuatro, cinco… "Cuelgo, o saltará el buzón", se dice. Un tono… seis, siete, ocho: "el número seis, cinco, cero, cuatro, nueve tres, uno, dos está a pagado o fuera de cobertura en estos momentos. Deje su mensaje después de la señal, o inténtelo de nuevo más tarde".

– ¡*Joder*! A ver si se quita ya el buzón de voz. Qué manera de regalar dinero a las compañías telefónicas –exclama.

La rabia por no saber inglés y su novio que no contesta, la transportan en vuelo directo al mal humor, robándole la fugaz sonrisa. Mira la hora, las nueve y media. "¿Irse a dormir sin llamarme?, no puede ser. Además, no me ha contestado el mensaje que le he enviado al mediodía". Lo intenta otra vez, siete tonos… nada. "En la habitación estoy sin cobertura, si me llama saldrá apagado; me tumbaré a leer y de aquí a una hora salgo a fumar otro cigarro. Si me llama llegará el aviso, a lo mejor se está duchando y no se entera. ¡Ya le vale! ¿Tan enfadado está?"

Los cuatro jóvenes siguen en el comedor, pero el portugués y el brasileño se levantan para despedirse del resto. Entra directa al cuarto, casi sin mirar. Se tumba en la litera luchando con el cansancio para mantenerse despierta, mientras lee un libro de la librería Calabuig, el Kibalyon, editado hace más de veinte años. Trata sobre el hermetismo, una antigua religión egipcia de hace milenios, la cual sostiene la ley de causa y efecto siendo éste el principio de la ley de atracción. Según dice el libro: "el TODO es Mente, el universo es mental". Mientras lee, recuerda que ha de ser positiva, que los pensamientos negativos no llevan a ninguna parte. Seguro que Oliver la llama y tiene un buen motivo para no haberlo hecho antes. "El problema es que la rabia es difícil de sofocar", se contesta.

## CAPÍTULO IV *El mensaje de móvil*

El jefe de Ana gusta de ir a ferias por toda España y comprar libros en puestos de antigüedades, algunos para uso personal y otros, habiendo hecho una lectura previa, los pone a la venta. Su jefe, el señor Pere i Calabuig, es un ser bonachón. De esos hombres con cara y mirada aniñada, en un rostro más bien redondo, bien afeitado y pelo engominado con raya al lado. Su sonrisa es grande y noble, como la de un chiquillo cuando es sorprendido con un juguete esperado. Siempre va bien vestido, algo anticuado, pero elegante. De estatura media y regordete, luce una barriga generosa que delata su gusto por la buena mesa.

Una tarde, cuando Oliver fue a buscarla a la tienda le dijo: "¡Tu jefe viste como un caballero de los años treinta!". A lo que Ana le respondió en tono serio: "Lo hace para ir a juego con la librería, ayuda a los clientes a transportarse a un estado hipnótico, como si estuviesen en una máquina del tiempo. ¿No te has dado cuenta?". Ana rió para sí cuando vio a Oliver cerrando un poco los ojos como imaginándose en esa máquina.

Siempre viste con traje, aunque de diferente color pantalón y chaqueta. Bajo la chaqueta, conjunta la camisa con un chaleco estampado, o de cachemir o bien de seda en distintas tonalidades. Su corbata o pajarita, según el día, las lleva tan apretadas que parece vayan a ahogarle, además de dibujarle una doble barbilla. Una cadena de plata, de la que cuelga un anteojo, le da un aire más intelectual y elegante, acorde con la refinada librería. Ana apuesta que lo lleva para darse un aire de distinción, ya que en contadas ocasiones cuando algún cliente le pregunta por un libro, se lo coloca acercándose el

volumen con la otra mano y dice: “Sí, éste mismo, aquí lo tiene, de la editorial... espere, qué letras más pequeñas...”. Entonces, moviendo un poco el anteojo, añade: “Sí, ya la leo, editorial El escudo”. Mientras, ella, que le observa de no muy lejos, se percata de que se lo ha colocado al revés. “¡O lo lleva para verse más elegante, o es el efecto placebo!”, piensa mientras ríe sola.

Ana conoció a Pere Calabuig trabajando en una cafetería del *carrer* Santa Ana, colindante al *carrer* Canuda donde está la librería. Calabuig era cliente habitual del local. A media mañana y por las tardes, iba a tomar su café solo sentado en la barra. Ana, que era de esas camareras que gustaba de conversar con los clientes, le cayó bien el señor Pere desde el primer momento, pues nunca se mostraba grosero ni irrespetuoso y se veía en su cara, espejo del alma, que era un trozo de pan. Durante seis meses entablaron conversaciones de unos veinte minutos al día, diez minutos por café. La chica le contaba anécdotas de su día a día, de sus ilusiones, de lo que quería hacer en la vida, y éste, lleno de júbilo, la escuchaba con toda atención.

Cuando Ana terminaba de hablar, el señor Pere i Calabuig, que es de esos hombres con educación innata y lenguaje de la post-guerra, le respondía muchas de las veces con un discurso similar que Ana casi sabía de memoria, pero que gustaba de escuchar.

*– Cuando yo era joven teníamos menos donde escoger, nuestros sueños eran casarse, tener un buen trabajo y sustentar a la familia, pero creo que éramos más felices. Ahora tenéis tanto para elegir que os cansáis sólo de pensarlo, y terminái igual de desalentados que el de letras cuando no resuelve la ecuación de primer grado. Pierden ustedes el tiempo, señorita Ana, porque empiezan algo y antes de terminarlo ya les interesa otra cosa. Y no tienen ustedes la culpa, es la televisión y el ordenador que les enseña mucho y muy rápido. Mi padre, en paz descanse, diría que están ustedes confundiendo la libertad de escoger con la pereza, pero yo no soy tan anticuado, yo soy un hombre más bien moderno que se renueva con los años, ¿sabe usted, señorita Ana? –Ana asentía con media sonrisa, a sabiendas que el hombre intentaba ser cortés con aquella afirmación–. Aunque puede que mi difunto padre algo de razón tuviese, en Gloria esté. Es como el dicho ése de “aprendiz de mucho, maestro de nada”, eso es lo que les pasa a muchos jóvenes de su quinta, y eso, querida, créame, al final termina a uno por desanimarle. No quiero descorazonarla, más bien lo contrario, la animo a que aproveche la sola oportunidad de vivir haciendo cuanto desee, siempre y cuando le sea de provecho. La vida pasa rápido, cuando quiere uno darse cuenta su pelo ya se ha vuelto blanco, ¿entiende?*

Un par de veces al mes, cuando salía del trabajo, se acercaba a la librería del señor Pere a ojear libros. No cerraban al mediodía. Allí conoció a su hija Josefine, cuando ayudaba a su padre en el negocio familiar junto con su esposa. Cierto día, la esposa cayó enferma de una degeneración ósea, motivo por el que el señor Pere necesitaba contratar a alguien a jornada completa dado que su mujer, que era quien se encargaba del mostrador y de ordenar los libros, no podría seguir con el trajín que aquello suponía. Pues el médico le había recomendado absoluto reposo por varias semanas y no hacer muchos esfuerzos cuando estuviese curada. Josefine, que para entonces estudiaba en la facultad de Bellas Artes, sólo acudía al negocio familiar alguna que otra mañana, y no podía hacerse cargo del trabajo de su madre. Aquello suponía para Calabuig tener que buscar asistencia indefinidamente, ya que la recuperación de su esposa sería por varios meses, además de que no podría pasar tantas horas ni de pie ni sentada en la silla del mostrador cuando mejorase. De ese modo, fue como Calabuig ofreció a Ana trabajar con él. Le aclaró que el sueldo no sería muy elevado, aunque justo y algo mayor que el de la cafetería. Y que allí sería tratada como una más de la familia. Ana no dudó demasiado en aceptar. Estaba cansada de trabajar de lunes a domingo con solo un día de fiesta, que además era entre semana como todos sus anteriores trabajos en hostelería. El cambio sería muy positivo para ella, rodeada de libros que adoraba, vestida con ropa normal y no con el ridículo uniforme de cafetería con gorrita incluida que tanto aborrecía. Un trabajo menos cansado, menos físico, y a su parecer, más digno para ella.

En ocasiones, cuando no hay mucho tráfico en la tienda, aprovecha para leer sus novelas preferidas. Pere i Calabuig está encantado con el trato de Ana hacia sus clientes, y los clientes también con ella. Sin saber muy bien por qué, es consciente de que no pasa desapercibida entre la gente de edad adulta. Existe entre empleada y cliente un trato tan cercano que da pie a grandes charlas, creando entre Ana y sus clientes una reciprocidad de intereses literarios y filosóficos que otorgan un aire casi de “museo de las ideas” al negocio familiar. Ven en ella una mezcla de madurez e inocencia, y una inteligencia y saber estar, que cautiva a los más mayores. Además de tener don de gentes, parece ser una comercial innata; quizá sea un talento heredado por genética. El caso es que, casualidad o no, la caja duplicó sus ingresos desde que Ana empezase su trabajo allí, lo cual significó un aumento de sueldo para la joven. Por lo mismo, el trato jefe empleada empezó a ser tan cercano que algún domingo la chica va a comer a la residencia Calabuig junto con el matrimonio y en ocasiones la hija de

ambos. En un principio, Josefine, una joven reservada e introvertida, de mirada penetrante y poco habladora, le hacía sentirse un tanto cohibida en su presencia, pues Calabuig recibe a Ana con el cariño y devoción de una hija más pudiendo ocasionar celos de la otra hacia su persona. Una rivalidad que ni desea imaginar. A fin de cuentas, pasa más horas ella con el matrimonio Calabuig que Josefine. Pero para su suerte, poco a poco fueron intimando hasta hacerse grandes amigas. Por otro lado, la enfermedad de la señora Calabuig parecía mitigar pasados seis meses, pero, aun así, decidió dedicarse más a las labores del hogar y estar en la librería sólo eventualmente. Más que para trabajar para acompañar a su marido, salir un poco de casa, y acallar algunos comentarios de clientes ociosos que cubren su falta de labores inventando más de la cuenta. Pues alguna tarde, camino a la librería, la señora Calabuig había oído en boca de alguna alcahueta que su marido y ella iban a divorciarse porque éste, de tentación fácil, cortejaba a la nueva dependienta.

"¡Pero qué barbaridades inventa la gente, por Dios!", se decía la señora Calabuig completamente indignada.

Al año de trabajar allí, Ana empezaría la facultad; tenía entonces veintisiete años. Había tenido los estudios aparcados largo tiempo, hasta que Josefine, ferviente estudiante, la animase a retomarlos. Para entonces, Josefine cursaba el primer año tras haberle supuesto dos pasar la prueba de nivel requerida para acceder a la pública. Los padres le aconsejaron que mientras tanto iniciase otra carrera, pero ella se negó en rotundo. Era de ideas fijas, sólo quería ser pintora. Nada le interesaba tanto como pintar, y no quería estudiar algo a lo que no prestaría el esfuerzo necesario para aprobar y con ello desmotivarse. Prefería dedicar esos dos años a mejorar su lienzo de forma autodidacta, y asistir a alguna clase como oyente de vez en cuando.

Ana empezó las clases una tarde de setiembre de aquel año. Se matriculó en horario nocturno, para que no afectase a su jornada laboral. Fue allí, en la facultad, donde el destino le reservaba la recompensa a sus esperas. Oliver estudiaba Historia del Arte en la misma facultad que ella, deseaba ser marchante o trabajar en algún museo a horario parcial, y hacer manualidades los ratos libres. El encuentro se dio en la biblioteca de la universidad, una tarde de marzo. Pasados los meses, Ana podía recordar aquel encuentro, casi olerlo, como si sucediese en ese preciso instante. Iba a entrar a la biblioteca cuando, todavía desde afuera, sus ojos se detenían en la espalda de un joven que estaba sentado dentro. Se quedó inmóvil,

cada músculo de su piel parecía engarrotarse uno a uno. Detenida como una estatua de las Ramblas, le observaba perdido en un libro y mareando el bolígrafo con su mano izquierda. No podía creerlo. Sintió un tremendo escalofrío recorrer su cuerpo, fue como si el tiempo de pronto detuviese su curso. Hacía cinco años que no le veía y que no había vuelto a saber de él, pero pudo reconocerle al momento sin necesidad de ver su cara. Apenas un cuerpo escondido tras la silla y un cabello que ya no era el mismo, le devolvían el rostro de su amado. Sin duda era él, Oliver. El mismo que no había conseguido olvidar durante todo ese tiempo, el amor de su vida, al que se prometiese recuperar en la soledad de un piso en Tarragona. El chico de súbito se giró, como si un presentimiento le robara la concentración. Miró hacia afuera, donde estaba Ana observándole de pie. Al cruzar sus miradas, ambos parecieron petrificar la escena. Ésta sonrió, él se puso de pie, casi tirando la silla, y salió directo hacia ella. Ana notó como las piernas de él temblaban. Ella, sin otra ocurrencia mejor soltó un: "Oliver, estás amarillo." Él no acertaba a hablar, tan solo un: "estaba estudiando, pero no podía concentrarme". Seguidamente, la chica tampoco pudo decir más que: "yo también estudio en esta universidad, no sabía que estabas en Barcelona". Oliver, aún con cara de asombro, le explicó que había vuelto de Toledo hacía más de un año, donde trabajase en un taller de madera. Su afición por la artesanía le llevó a interesarse por el arte en general y a su vez por las esculturas de cerámica. Una afición alentó a la otra, y fue de ese modo que quiso estudiar Historia del Arte. Motivo por el que había vuelto, para matricularse en la pública; "y para encontrarnos", pensó ella. Ana le habló de su trabajo en la librería y cómo, aconsejada por la hija de su jefe, había retomado sus estudios. Ninguno de los dos daba crédito a aquel encuentro. Era todo un capricho del destino. Esa tarde olvidaron sus clases, hasta que el anochecer les devolvió todas sus palabras.

v

Ha pasado poco más de media hora. Sale al jardín de la entrada y espera unos segundos hasta que el móvil coge cobertura; se enciende el cigarro que ha liado previamente en la habitación, y marca.

– ¡Suena, hombre, suena! –exclama moviendo el aparato cual sonajero, como si de ese modo fuese a hacerle caso.

Nada, medio cigarro y ningún aviso. Busca en la agenda, comprueba el número que se lo sabe de memoria y teclea dígito por dígito añadiendo un treinta y cuatro delante. "El número marcado no existe". Re-llamada, da señal, ocho tonos, cuelga; empieza a enervar.

Ya no es sólo la rabia de que Oliver no se haya puesto en contacto con ella en todo el día, ahora le preocupa que pueda haberle pasado algo. No es normal que su chico no la llame ni le conteste el mensaje, por más enfadado que esté. Baraja la posibilidad de hablar con alguna amiga para tranquilizarse, o llamar a su madre para averiguar si sabe algo de él. Luego cae en la cuenta de que Lucía la habría avisado. Ya más preocupada que enfadada, piensa en contactar con su casera, que vive puerta con puerta, quizás pueda decirle si hay luz o si le ha visto, pero no lo cree oportuno, demasiado precipitado. Finalmente se inclina por su amiga, que por lo menos podrá consolarla. A los dos minutos de confidencias, oye el tono de un aviso, ansiosa por saber si se trata de Oliver se despide de Claudia. "Por fin, me llama". Para su decepción, sólo es un mensaje de texto.

*Ola Ana stoy bien, no sufras. No stoy enfadado. Tienes derexo a disfutar d tus vacaciones. Los animales ok, xro t echan de menos. Ablamos pronto. Disfruta tanto como puedas.*

En el último verbo vuelve el enfado.

– ¿Pero por qué no llama? ¡Quiero hablar contigo! –musita ya fuera de sí.

Marca una vez más, buzón de voz. Otra, apagado. Son las once de la noche y él suele acostarse a esa hora. "Perfecto", se dice. Terminado el segundo cigarro, entra al albergue. Sólo queda uno de los chicos canadienses bebiendo una copa de vino. Al verla, hace una mueca de simpatía levantando el brazo con el vaso en la mano, lo que Ana traduce como una invitación. "No vamos a entendernos, yo no hablo inglés y él no tiene idea de español. Me sentaré un rato y beberé, puede que el vino me ayude a no pensar tanto". Acercándose y simulando estar tranquila, se sienta frente a él. Permanecen en silencio varios minutos, mirándose y dibujando sendas sonrisas insonoras que opacan cualquier intento de comunicación verbal. El chico le llena un vaso y se lo acerca asintiendo, ella le agradece con un gracias que no llega a pronunciarse más que con un mover de cuello. Le da un trago, sin dejar de pensar en por qué Oliver no contesta a sus llamadas; el canadiense, que la observa a intervalos de reojo, debe estar repasando su viaje mentalmente recordando que mañana coge un tren para seguir su visita europea, y recapitulando los lugares visitados y por visitar. Puede, también, que intente averiguar cómo ligar con una chica en pocos minutos, con una copa de vino tinto, y que no habla su mismo idioma. Mientras, en la mente de Ana sólo circulan posibles hipótesis, su maestría innata. Entre tantas, se le

ocurre que quizás sí le haya llamado, pero al estar en otro país el móvil no registra las perdidas. Ante la idea, decide hacer la prueba.

– Claudia, soy yo otra vez, hazme un favor, ¿puedes llamarme al móvil? Lo tendré apagado…

Mientras espera, pide a todos los santos que ninguna señal rompa el silencio. Pasados dos minutos, vuelve a encenderlo. Desafortunadamente, un mensaje la informa de que Claudia ha intentado ponerse en contacto con ella. La exasperación intimida cada músculo de su cuerpo, empezando por la mandíbula que empieza a contraerse. En otro intento, lo apaga espera unos minutos más y vuelve a encenderlo. Ningún mensaje tardío con llamada de Oliver. Ya de carácter obsesivo, ahora, entre el vino y la falta de noticias siente que el alma le sale del cuerpo. Prueba otra vez, desconectado. De pronto, mira al chico canadiense al que parece haber olvidado y, que, a su vez, la observa con cara de sorpresa. “Vaya, debe pensar que estoy chalada”. A falta de más hipótesis por sopesar sobre una llamada que quizás no llega por un error de la línea, se lanza al desespero. “Me está engañando, seguro. Me hizo creer que le molestaba este viaje pero en realidad se alegró, así puede estar con su amante. Seguro, en mi propia cama”.

– *Cabrón, hijo de puta*… –exclama sin pensar.

El canadiense, que lleva rato observándola ensimismado en el monólogo gesticular de la joven, se azara de súbito levantando las manos a modo de “yo no he hecho nada”.

“¿Por qué será que todos los guiris lo primero que aprenden son los insultos? ¡Maldita Torre de Babel y todos los idiomas juntos! Sólo es una llamada no pasa nada, ya hablaré con él mañana. Debe ser el *jet lage* que me está afectando”.

– *Sorry! I'm speaking* sola –interviene. “¿Cómo narices se dice sola en inglés?” –. *I* hablar *singer*! *sorry*!

– *Singer? Interesting! You're a Singer? Rock?* –responde el muchacho resucitando la escena.

Ana, que de inglés entiende lo que un banquero de tornillos, traduce *singer* en lugar de *single*; a lo que el chico, con unas cuantas copas de más, muestra gran interés sentenciando que la chica gesticula sola mientras tatarea una de sus canciones más gamberras. “¿Pero qué

le he dicho para que reaccione así? ¿Sola no se dice…? no, *singer* es cantante, ¡mierda!”

– Tú *girl* interesante, *vegetarian and singer*!

“Da igual, total, no le voy a ver más en toda mi vida...”

– *Yes, I'm singer. Than'ks very much* por el *wine* y ¡*good night*!

Y sin más preámbulo, deja la silla encajada en la mesa y se va a la habitación. Necesita que el día llegue a su fin, y con el agotamiento que arrastra le será fácil conciliar el sueño.

– *Good night baby. Sex, drugs and rock and roll forever*! –concluye el joven.

Cuando se gira para decirle adiós de nuevo, se percata de que el canadiense sonríe y mueve sus labios de forma insinuante. Sin más ganas de guerra, vuelve la cabeza al frente en su desfile hacia al cuarto. En otra situación aquel gesto le habría parecido grosero e inapropiado, pero en el estado de confusión que se encuentra casi le ha resultado excitante; al menos anestesia la indiferencia de Oliver.

Ya en la habitación, va directa a la cama. Las tres de Granollers siguen sin aparecer, es el cuadro perfecto para relajarse en la intimidad de sus sábanas. Cuando termina, una sensación de sosiego conocida se ampara en el pecho, y ya casi dormida recuerda una conversación que mantuviera con su ex novio Carlos cuando eran pareja.

– *Ana, ¿por qué crees que a los hombres nos gusta más el sexo que a las mujeres?*

– *Pues siempre he oído decir a mis amigas que porque sois unos salidos mentales, pero no lo creo. Más bien pienso que es porque todos los hombres cuando lo hacéis terminái en orgasmo, y, ¿eso a quién no le gusta? Sin embargo las mujeres no. Un sesenta por ciento diría yo, cuando lo hacen o bien lo fingen o directamente no lo tienen y punto. Motivo por el cual termina por apetecernos menos que a vosotros. Otra idea sería la de que, el hombre normalmente tiene a su cargo una parte más activa, más dominante, por el hecho de entrar y salir, ya me entiendes, y a mi parecer, cuando uno comanda una acción, ese cargo de poder en sí mismo ya le produce satisfacción. Es un rol dominante que os ha impuesto la sociedad, os hace sentiros más machos, más fuertes...*

*Aquella respuesta espontánea les hizo pensar a ambos. ¿Podía ser cierta su teoría? Si las mujeres siempre que hiciesen el amor llegaran al orgasmo seguramente les gustaría más practicar sexo. Y si fuesen parte más dominante puede que también. Parecía una sencilla ecuación a un dilema universal. Pues saber que un final va a ser satisfactorio, empuja al comienzo del mismo.*

*– Lo que muchos hombres ignoran –era más oportuno hablar en tercera persona–, es que si se esfuerzan en que el final sea satisfactorio para ambos, aun siendo más cansado aunque menos egoísta, a la larga la satisfacción será mayor para ambas partes y les unirá más. Pues cuántas parejas serían más felices si se comunicasen y escuchasen más. Y tuviesen mejor sexo. Nadie dijo que lo importante en esta vida se construya en dos días. Siempre tras el sacrificio y el esfuerzo llega la recompensa; y es la recompensa la que vale la pena. Para ello se ha de romper patrones de comportamiento y dejar en cuarentena lo que damos por verdad irrefutable sólo porque así nos lo han enseñado; es aquello de desaprender lo aprendido. Muchos hombres son egoístas en el sexo, no piensan en la mujer, pero en parte no son culpables pues es socialmente correcto. Ya te he contado en más de una ocasión que antes aceptaba mi condición de frígida consumada, y que cuando la pasión empezaba a declinar me daba por vencida. Pero un día me di cuenta que tenía un problema siendo así, pues me estaba conformando con ser una infeliz en mis relaciones de por vida, hasta que me dije que tenía que cambiar y así lo hice. Siempre seguimos aprendiendo, Carlos. Saber lo que uno desea en esta vida y hallar el modo de conseguirlo es lo que le hace libre. La sinceridad empieza por conocerse uno mismo.*

## CAPÍTULO V *La visita de su abuelo*

*El teléfono empezó a sonar, robándole el tiempo que le restaba. Imploró a su madre que no lo cogiera, necesitaba que la escuchase.*

*– Cariño, es por tu bien, ¿no lo entiendes?*

*– Mamá, por favor, un segundo, vamos a hablar.*

*A los dos tonos, Lucía se levantaba del sofá en un intento fallido de contestar, pero Ana llegaba primero para impedirlo.*

*– Sólo te pido unos segundos, por favor, déjame que te cuente. Te prometo que luego llamo yo –dijo dejando el aparato descolgado con un pulso aferrado a no temblar. Necesitaba silencio, más tiempo, que el mundo exterior no la interrumpiese. Lucía, abatida y sin fuerzas, se daba por vencida–. Mamá, no estoy loca, ni sueño despierta, tienes que creerme. Todo lo que os cuento es cierto. Yo soy la primera que no entiende lo que me pasa, pero sé que es real. Por favor, necesito que me creáis, si no, sí que enloqueceré. Necesito vuestro apoyo, saber que confiáis en mí, ¡por favor! –le pedía a su madre entre llantos y abrazos–. Si estuviese loca no estaría razonando así contigo, ¿no crees?*

*– Hija, nosotros no podemos ayudarte, no sabemos qué hacer, por eso te decimos que debe tratarte un especialista. Ana, tienes dieciséis años y cada día entiendo menos lo que dices. Al principio creí que sería algo pasajero, cosas de la edad, pero cada vez va a más. Tú también tienes que entendernos a nosotros, lo estamos pasando mal –seguía Lucía abatida.*

*– ¿Y quién me entiende a mí, eh? Claro, si a ti te dicen que esta mesa es blanca para ti es blanca y punto, ya está, no le das más vueltas, pero yo no soy así, yo necesito saber por qué es blanca. Es una necesidad vital para mí, igual que respirar. Es como cuando estás hablando de algo y de repente no te acuerdas de un nombre y hasta que no lo recuerdas no puedes dejar de pensar en eso, ¿verdad?, pues es algo parecido.*

*– Pero eso no es bueno, hija, no puedes obsesionarte con cualquier detalle. Las cosas pasan por algo, pero no todo tiene una explicación del tipo que tú quieres que la tenga. Mira, Ana, vamos a llamarle y hablamos con él.*

*– Joder, mamá, por favor, no lo hagas, si lo haces no te lo perdonaré nunca. Esas voces me hablan y me dicen lo que va a pasar, ¡tienes que creerme! No tengo esquizofrenia ni nada por el estilo, sé diferenciar lo que es real y lo que no; no pierdo el norte, ¿entiendes? Pero eso es lo que más me fastidia, que penséis que no sé lo que digo.*

– ¿Ana?, Ana…

– ¿Eh?, ¿qué pasa? –contesta aún dormida.

– Ana, soy Lucía, la chica de Granollers, tu compañera de habitación.

– Ah… ¿Lucía? Sí, la que tampoco sabía que no se puede fumar en los bares de Roma –sonríe– no sabía que te llamas así, como mi madre.

– Sí, yo misma, desde hace veintiocho años –añade con esa sonrisa que parece perenne–. ¿No te lo había dicho? El día que nos conocimos las presentaciones fueron un poco frías…

– *Mmm*… Ya…

– Perdona por despertarte así, pero es que estabas teniendo una pesadilla que debía ser horrible. El chico de recepción te estaba

oyendo y al verme entrar al cuarto me ha pedido que le dijese qué pasaba, que alguien llevaba más de diez minutos gritando y llorando. ¿Estás bien?

– Sí, sí, estoy bien. Dile que sólo era eso, una pesadilla, ¡qué vergüenza!

– Por lo visto hablas en sueños, a mí me cuesta recordarlos. Es una lástima, creo que algunos son premonitorios.

– Sí, yo también lo creo –contesta cómplice e incorporándose en la litera.

– Bueno, pues voy a decirle que está todo bien; no sé, pero su cara era de preocupación... Me ha hecho gracia cuando me ha preguntado: "¿está bien la catalana?", parece tenerte simpatía, quizás le gustes, es bastante guapo –opina riendo de nuevo.

– ¿Gustarle? ¡No! Ayer me estuvo explicando un poco el turismo de la ciudad, sólo eso. Además, es joven, debe tener unos veintiocho.

– ¿¡Cómo yo!? Bueno, ahora que lo dices puede ser, pero es tan alto y tiene una voz tan varonil que parece más mayor. Ana, pues si estás bien te dejo, Eli y Verónica me esperan fuera, sólo entré para coger la cámara de fotos. Por cierto, nosotras nos vamos dentro de tres días, ¿tú?

– He reservado para una semana, pero ya veré, porque tantos días... –"sola", va a decir, pero se muerde la lengua, no quiere reclamar clemencia a ser invitada.

– Ya, pues a ver si antes de que nos vayamos podemos hablar un poco, no nos conocemos, pero me caes bien.

– Gracias, Lucía. Sí, estaría bien, aunque no tengo pensado estar mucho tiempo en el albergue, prefiero pasear y aprovechar el día, ya veremos. Si quieres antes de que os vayáis te paso mi correo.

– Claro, al fin y al cabo somos casi vecinas.

– Pues esta noche te lo doy. Bueno, no te entretengo más que te esperan. Que pases un buen día, y gracias por despertarme.

– De nada, me ha sabido mal, pero es que gritabas bastante fuerte

–añade en tono más bajo.

Ya en la puerta del cuarto y con la cámara entre sus manos, busca a Ana otra vez.

– Por cierto, ¿puedo preguntarte algo? Vas a pensar que soy un poco infantil, pero...

– Dime –de espaldas a ésta, se gira para mirarla y espera que no tenga relación con el sueño de la noche.

– ¿Qué horóscopo eres? –Ana sonríe aliviada.

– Leo, ¿por?

– ¡Lo sabía!, yo también. Es que tengo afición por la astrología y no puedo evitarlo, cuando conozco a alguien tengo que preguntárselo –aclara la joven con satisfacción.

– Pues acertaste. A mí también me gusta, otra casualidad. Mi abuelo era astrólogo aunque no le conocí, murió antes de conocer a ningún nieto…

– Lo siento, perdona si te he hecho recordar algo triste.

– No, tranquila, si él está conmigo, lo supe cuando cumplí trece años. Ves, cada cual con sus cosas...

– ¡Interesante! También yo he tenido alguna que otra experiencia y, la verdad, cuando conozco a alguien que habla mi mismo idioma me gusta compartirlas. Bueno, me voy ya, si no al final entrarán a buscarme.

– Sí, ve, será mejor... –añade con picaresca–. Nos vemos, Lucía.

De nuevo en la intimidad, se pone la chaqueta encima del pijama para salir al jardín a fumarse un cigarro. Tiene todo el cuerpo empapado en sudor, el sueño ha removido recuerdos que tenía olvidados. “¡Qué extraño! Hacía años que no tenía esta pesadilla”. Abandona el cuarto, la recepción está vacía y en el comedor algunos desayunan y otros se ensimisman en internet, como el primer día. Se sienta en el mismo banco de la noche anterior y, de manera inercial, mira el cielo buscando las estrellas que parecieron cobrar voz. En su defecto, el sol brilla con furia; sonríe, sus amigas no le han engañado.

Mira el móvil, ninguna llamada despistada enciende la luz del aparato. Un suspiro recoge la primera ráfaga de aire puro, pero la calada del cigarro llega seguidamente. Son las once de la mañana, sus dedos tocando uno a uno el pulgar le anuncian que ha dormido doce horas.

"*Uf*, me duele la cabeza horrible, ¿cuántos vasos de vino bebí ayer?, uno o dos con el chico canadiense... Debe ser el sueño de esta noche".

Termina el cigarro y entra de nuevo. El chico de recepción se incorpora en el mostrador que la mira fijamente, parece ansioso por hablar con ella.

– ¿Catalana, estás bien?, has estado como diez minutos gritando.

– Sí, sí, he dormido estupendamente –responde mirándose de arriba abajo y arreglándose la coleta con una mano. Él sonríe.

– Me alegro. Es que piqué a la puerta pero no contestaba nadie. Es una habitación de mujeres, no me parecía correcto entrar. Me ha dicho la chica que era una pesadilla.

– Sí, eso mismo, siento haberte asustado. ¡Qué vergüenza! ¿Tanto se oía?

– No te preocupes, no ha entrado nadie, solo tu compañera de cuarto y desde el comedor no se oye, tranquila. ¿De fumar, no? Estúpida ley anti tabaco, ¡nos han *irritato* a todos!

El chico de recepción tiene una sonrisa y un modo de hablar peculiar, una peculiaridad que le resultan características de un…

– Oye, tú eres acuario, ¿verdad? –le cuestiona motivada por la reciente y fugaz conversación astrológica.

– Sí, así es. Vaya, ¿tanto se me nota? Así que te gustan esos temas, ¡chica interesante!

Ana sonríe orgullosa, y sin más pretexto, entra a la habitación directa a darse un buen baño. Éste se la queda mirando pasmado y frunciendo el ceño, meditando sobre la espontaneidad de la joven. "Francamente es rara la catalana".

Apoya el neceser en la pica, se desnuda y deja el pijama en el

suelo, que parece haber encogido con los parches de sudor. De pronto, siente un escalofrío recorrer su cuerpo, a pesar de que el ambiente se mantiene caldeado gracias a la calefacción. Extrañada, se abraza asiendo los hombros; las piernas, desprotegidas, empiezan a temblar. Entra en la ducha, abre el grifo, y, alejada del chorro todavía, espera a que la temperatura se regule. De repente, la presencia del alguien le hace estremecer. Mira desde la mampara sin distinguir más silueta que el reflejo de la suya. Con la calma interrumpida, termina rápido, olvidando el pelo y, con cierto reparo, vocaliza un tímido "¿hay alguien?". Nadie contesta. Se cubre con la toalla y sale al cuarto que continua despoblado, sin embargo siente que no está sola. "Tonterías", se dice. Se viste rápido, seguramente alguno de los calcetines se los habrá puesto del revés, sino la camiseta o el jersey, pero no le importa. Acto seguido, revisa la mochila de mano comprobando llevar lo necesario. Dispuesta a salir, una voz detiene su paso.

– Ana...

Mira hacia el baño, el sonido procede de allí. Camina despacio por la moqueta verde hasta llegar a la puerta, sigilosa y casi cerrando los ojos la abre lentamente. Busca el interruptor que no ha cambiado de sitio, la luz se enciende con normalidad, aunque se le antoja que tarda demasiado. Con el destello, vuelve a comprobar que no hay nadie, todo anda correcto. "Esto es ridículo, claro que no hay nadie", se condena. Sólo un pequeño detalle consigue despistarla, el grifo de la pica presume estar abierto y derrochando agua sin sentido. Dudando si entrar, entra, y lo cierra; de nuevo la voz.

– ¿Ana? ¿Me oyes?

La chica da un salto y, tapando su boca automáticamente para evitar que la oigan, libera un grito de sobresalto. Esta vez el sonido procede de la puerta, y con él, se siente presa de un juego inútil que consigue marearla. Se acerca cuidadosamente, volviendo la vista hacia atrás a cada paso. Ya junto a la misma la abre, esperando ver a alguien al otro lado. La sujeta desde el interior, y asoma su cabeza buscando a una Lucía que merodee la entrada porque quizás ha olvidado algo. "Debe haber sido ella", se obliga.

– Catalana, ¿*tutto bene*? –le pregunta el chico de recepción.

– Sí, sólo quería... ¿tenéis toallas?, la mía está húmeda desde ayer, ¡con este frío!

– *Corso di ragazza*, en principio no entran con el alojamiento, pero yo te dejo una. ¿Hace frío en la habitación?, la calefacción está encendida.

– Sí, ya se nota –improvisa–, la temperatura es excelente, solo que mi toalla... es que cuesta que se seque ¿sabes? –añade confrontando la sonrisa del joven.

Mientras el chico va a buscar la toalla al almacén, Ana medita lo sucedido. “He oído mi nombre, estoy segura”. Todavía junto a la puerta, se gira para mirar el interior de la habitación, y en ese instante una sombra con forma de hombre cruza las literas fugazmente. “Debe ser mi imaginación, tranquilízate, Ana. Quizás mi madre tenía razón cuando me pedía que hablase con aquel *doct*... ¡Claro, el sueño de esta noche!”. El chico aparece de nuevo, interrumpiendo sus pensamientos.

– Aquí tienes, catalana, limpia y doblada.

– Muchas gracias. Y soy Ana, Ana la catalana –añade burlona. Se acerca a cogerla cuando un portazo pronuncia un crujido estridente.

– ¿Tenéis la ventana abierta?

– Claro, qué torpe, la costumbre, en mi casa siempre las abro para ventilar. –Una vez más, sonríe en su afán de mantener la postura, pero su corazón parece haberse pellizcado con la puerta.

– Bueno, catalana, problema resuelto, ya puede usted ducharse tranquila.

– Ana, soy Ana la catalana…

– *Sí è bene, io sono* Francesco, para servirla, y acabo mi jornada laboral a las cuatro en punto. ¿Quiere la *ragazza* que la acompañe a hacer turismo por la ciudad? Piénsalo, no conocerás a muchos chicos tan simpáticos como yo durante tu estancia, y que hablen tan bien el español. ¿Qué me dices?

Sin apartar la mirada sopesa la proposición; éste, a su vez, le sonríe con brazos abiertos como si fuese un regalo esperando a ser abierto. “No entraba en mis planes ir de paseo con un chico a solas, pero... ¿cómo ha dicho que se llama?... Francesco. Francesco parece buen tipo, aunque seguramente pretenderá ligar conmigo, creo que será fácil hacerle entender que no me interesa en absoluto como hombre y

que tengo novio. Aunque podría servirme como amigo de viaje. Estoy sola, y el día de ayer no fue de lo más divertido. Además, necesito desconectar, desde que he llegado no dejan de pasarme…”

– Está bien, iré contigo, pero tienes que saber algo de antemano – Francesco emana confianza, o puede que el par de años de ventaja también influyan–. Tengo novio y no pretendo ligar con nadie. He venido a conocer la ciudad y un parque que vi en un programa de televisión, en Bomarzo. Pero por otro lado, no me irá mal algo de compañía así que, acepto.

Aclarados todos los puntos, Francesco saca el móvil de su pantalón que debe estar en silencio. Contesta en un italiano acelerado, apenas diez segundos más tarde cuelga.

– Perdón Ana, pero no va a poder ser, me ha surgido un imprevisto. ¡Lástima!, quizás otro día –resuelve; ella lo mira inquisitiva.

– Claro, ¿y ese imprevisto no se llamará novio de la catalana, por casualidad? –pregunta indignada. Francesco ríe a carcajadas.

– ¡Chica lista!, claro que sí, tenías que ser catalana. Estaba bromeando, quería ver tu reacción y, la verdad, me ha encantado. No me ha llamado nadie, sólo fingía.

“Y tú tenías que ser acuario, gracioso e inventivo. Me irá bien reír con alguien”.

– *Mmm,* ya. Bueno, ¿entonces quedamos?

– A las cuatro le espero en recepción, voy a ser el mejor guía turístico que pueda imaginar.

Sin olvidar el altercado, y sin darse por vencida, añade:

– Por cierto, antes, cuando he salido, ¿me has llamado desde fuera por mi nombre?

– *Má* no, ¿a qué te refieres?

– Nada, déjalo, nos vemos a las cuatro.

Francesco se la queda mirando, mientras ella vuelve a abrir la

puerta que la separa del cuarto. Esa joven le resulta de una rareza altamente atractiva. Como buen observador, rápido en resolver ciertas conjeturas, se ha percatado enseguida de que la toalla no había sido más que una excusa.

“Acaso cree que no he oído el ruido de las tuberías mientras se duchaba y que tiene mechones de pelo mojados”.

Se sienta en la cama, alegrándose una vez más de la soledad del cuarto.

– ¿Abuelo? ¿Eres tú? Has sido tú quién ha encendido el grifo, ¿verdad?

De súbito, otro ruido enorme rompe el silencio y le eriza la piel. Mira a su alrededor reparando que la puerta de su taquilla está abierta y su equipaje tirado en el suelo. Vuelve a preguntar en tono más alto agitada e inmóvil junto a la cama.

– Abuelo, ¿eres tú? ¿Has abierto tú mi taquilla? Respóndeme, por favor.

Aun sin recibir contestación apuesta por el sí, pues, de pronto, una increíble paz se apodera de ella. “Si vuelvo a oír un ruido en menos de dos minutos, o se cae algo, eres tú”. En ese instante, la puerta de la habitación vuelve a sonar, y se abre poco más de tres centímetros. Espera que entre una de las chicas de Granollers, o una nueva viajante, pero no aparece nadie. Se acerca y la cierra. Vuelve a la litera y se sienta. Nada.

– ¡Has sido tú, abuelo! –afirma conmovida–. ¡Cuánto tiempo! Gracias, gracias por hacerme la señal. ¿Anda todo bien? ¿Sucede algo? ¿Cómo puedo saberlo, abuelo? Quieres comunicarme algo, ¿verdad?

Impaciente por una respuesta, cierra los ojos mientras se aprieta las sienes con ambas manos. Se repite a continuo que su abuelo le hable, como hiciese años atrás, como antes en el baño, pero no consigue oír nada, ningún mensaje. Desiste, pero permanece serena, llena de ternura, su abuelo está cerca y le hace revivir recuerdos casi olvidados; de cuando tan sólo era una niña y empezaba a sentirse diferente, señalada…, juzgada porque nadie la entendía, “los fantasmas no existen, déjate de bobadas”, le decían. Cansada de esos comentarios, dejó de hablar al respecto. Tan sólo un par de compañeras de clase llegaban a tiempo para que las burlas de éstas se

sumasen a las de sus primos; y a las de otros. Menos Marisa, su amiga, ella no hablaba; ella estuvo delante, lo presenció todo, pero borró el suceso de su mente sellando palabras incoherentes para muchos, creyéndose así mejor callada. Con los años, Ana y ella cambiaron de colegio, de barrio, hasta perder el contacto; y aquella historia, "pura fantasía de niñas", como decían algunos, quedó olvidada.

– Abuelo, estaré atenta a todo cuanto suceda. Confío en ti, sé que me proteges y que si algo fuese a salir mal lo prevendrías. ¡Te quiero, te quiero mucho!, gracias por estar a mi lado.

La ternura que le ha producido la presencia de su abuelo, ha sido suficiente como para creer que sus ojos rompen en lágrimas, pero, por el contrario, sólo un fino velo de cristal los empaña tímidamente. Es un regalo que después de tantos años aparezca para confirmarle que ella no está loca, ni sueña despierta.

Cuando sale del cuarto, Francesco le guiña un ojo levantando cuatro dedos de su mano, ella asiente sonriendo, su cara tiene ahora una luz especial, el chico parece notarlo.

Pasan la una del mediodía, decide caminar por la zona, elegir un buen local con terraza climatizada, beber un buen vino y hacer tiempo hasta recoger a su guía; no sin antes tomar su necesario café matinal. No muy lejos del albergue, avista una terraza climatizada por estufas. Le resulta el lugar idóneo, pues el día vuelve a prometer soleado, y no sólo en el cielo. El caso es que ahora todo le resulta idóneo, el albergue, Roma, su soledad... La visita ha cambiado su humor, y se siente segura y optimista. El camarero sale para atenderla al poco de sentarse. Viste un uniforme en traje negro y camisa blanca, y una servilleta de tela que cuelga elegantemente del antebrazo izquierdo. Haciendo gala de un italiano improvisado, pide un: "*caffe latte, per favore*".

– ¿Grande o *pícolo*?

Relacionando el tamaño pequeño con un cortado y el grande con una taza de tamaño medio, contesta: "grande". Cuando el camarero trae el pedido, comprueba su exquisita equivocación. Es un vaso enorme de cristal, con dos dedos de crema de leche y galleta de regalo. Lo toma con el gozo de un paladar hecho a medida, sin duda, el mejor café con leche posible en el mundo. Embriagada por el delicioso brebaje, decide, en ese mismo instante, que durante su estancia en Roma tomará el primer café del día en ese bar, sentada en

la terraza, envuelta en calor y con la llama de una estufa que impide el frío romano. Esperanzada, se convence de que nada malo puede pasarle; su abuelo está con ella, protegiéndola de cualquier contratiempo que pueda acontecerse. Sólo debe limitarse a disfrutar, dispuesta a entregarse al destino de su viaje. Una turista sola, en una ciudad bañada de historia, con dos semanas que le pertenecen de principio a fin y una juventud que se le antoja ahora caprichosa, para empezar un nuevo camino en busca de la felicidad.

v

La terraza está en una plaza con funciones de glorieta y junto a la carretera, se mantiene la boca de Metro Reppublica. Personas que la cruzan para ir de un lado al otro de la calle, la mayoría con paso firme y a contrarreloj. Sonríe, pues ése es un misterio que sólo conocen quienes han vivido en la ciudad; gente que desfila con prisas a ninguna parte. Un tiempo que parece implorar que no le malgastes, que te prohíbe el paso corto, mucho menos detenerte. Un lunes, un domingo, no existe diferencia. Que te impide oler la verdadera fragancia de toda existencia humana, la serenidad.

Refugiada en un café que ya gobierna su mente, decide nombrarse dueña de su destino, del presente y del que sople en cada aliento de vida, sin miedo al reto cara a cara. Aquella idea la convierte en vencedora, pues no existe la derrotada, sino el placer de dirigir su propia vida, su batalla. Aceptando que el final, obra inacabada, escapa de sus manos. Ahora, allí sentada, bebiendo el mejor café con leche del mundo, se regocija en su elección de volar; de liberarse de sus miedos y sus culpas, que la paralizan física y mentalmente robándole las grandezas del Universo. Escoge vivir, desechar la falsa seguridad que ofrece la rutina. Y esa idea, en ese instante romano, la envuelve con el impenetrable escudo de la certeza, de su certeza. “El ahora es lo que tengo y ahora decido vivir”.

Casi ha olvidado la ausencia de Oliver. Fuera ya de toda ensoñación, coge una vez más su teléfono, mira el reloj de la pantalla y marca. Es su momento; apenas hace dos horas que ha despertado, insuficientes para que el desgaste neuronal se apodere de ella. El móvil del chico sigue apagado, restando el buen sabor que le ha prestado la cafeína, y dando pie a la impaciencia. Ahora sólo quiere que Oliver dé señales de vida, que responda al otro lado y le dé una explicación que la convenza. Firma la patente a mil hipótesis sonámbulas: algo sucede, y no sólo que está enfadado, falta saber el qué. Tal comportamiento de su chico no es normal y, cegada de

nuevo, se dice dispuesta a coger un vuelo con fecha de mañana si Oliver no descuelga el teléfono. Hecho el decreto, como si el Universo alertara al joven en distancia Roma-Caldes de Montbuí, el móvil despierta con un mensaje.

*Ana, t scribo pq no soy capaz de hablar contigo, no ahora. E conocido a alguien, t juro que no estaba planeado. Tú ya no estás enamorada de mí y lo sabes, xro no kieres aceptarlo. Y yo no consigo ser feliz únicamnt teniéndot cerca si t siento tan lejos. Lo siento, xro e aprendido a aceptar que ya no me amas. Y lo acepto. Disfruta tanto como puedas de Roma y d tu parke. Ablaremos a la vuelta. Visítalo, fotografialo y demuéstrale al mundo lo valiente que eres. No t rindas, ¡azlo!*

Sin más crédito del que ofrece una broma de mal gusto, Ana muere con unas letras que le apuñalan directas al corazón. El café duplica su efecto, y el aire se hace insuficiente. Esas frases abreviadas sin más acento que el de una tilde ortográfica, le resultan imposibles. "¿Oliver con otra? ni en el peor de mis pesadillas". Tira el cigarro, apenas encendido, y posa sus manos sobre su pecho en un intento de no perder el habla. "¿Con otra?". Le llama al vuelo, da señal; ocho tonos, nada. Acciona una y otra vez la re-llamada enérgicamente, sin más razón que la de quien no entiende a razones. "Cuelgo, odio el buzón de voz", se dice temblorosa sin terminar de creer lo que ha leído. "Me da igual el buzón, quiero que contestes, tienes que cogerlo". Vuelve a llamar; ocho sonidos, nada. Otra vez, ocho, nada. Otra, apagado. "¡*Hijo de puta*, cobarde!". Está como loca, no sabe qué hacer, si intentar llorar, si gritar, si aferrarse a una posible venganza por haberse ido sola. ¿Quién puede ser esa otra? Se levanta de la silla, vuelve a sentarse. Se alegra de que no haya nadie en la terraza, y de que los camareros estén dentro, con suerte, sin alcanzar a verla. "Vaya, al menos la soledad se pone siempre de mi parte. No puede ser, no es verdad, me está dando una lección; cómo se puede ser tan retorcido; está hecho una furia. ¡Maldito vuelo y maldito programa! Cuando recupere las fuerzas me conecto a un ordenador y compro un billete. Me da igual el parque, ¡a la mierda el parque!"

Empieza a dolerle el corazón terrible, la estaca del mensaje la desgarra sin piedad. Otro dolor en el pecho aumenta la sensación de asfixia. De nuevo intenta llorar, lleva tiempo sin hacerlo, demasiado, más de un año. No puede. Hace fuerza contrayendo la cara, es inútil, ni una sola lágrima. Sólo una sutil humedad nubla el paisaje. "¿Qué hago?, quiero morirme". Coge el móvil que reposa en la mesa, exhausto por el combate. Sin más amparo que el de su madre, marca.

– Mamá, no puedo creer lo que ha pasado, me muero...

– ¿Qué pasa, Ana? ¡Hija, no me asustes! –impera Lucía, iniciándose al ataque de nervios.

– Oliver... –Lucía respira tranquila–. No ha contestado a mis llamadas desde que llegué, le escribí un mensaje al mediodía sin respuesta. Le llamé por la noche y tampoco lo cogió. Al rato, él me escribió uno explicándome que los animales estaban bien y que no debía preocuparme por nada. Volví a llamarle y tampoco... –desconsolada, le narra la historia desde el principio, pasando por alto que ya se lo contase ayer por la tarde.

– Tranquila, hija, todo eso ya lo sé, pero dime, ¿qué ha pasado ahora?

– Esta mañana, hace diez minutos, le he vuelto a llamar y tampoco contestaba. Estaba enfadado conmigo por el viaje, pero… –coge aire–. Luego por la mañana hablamos y pareció entenderlo mejor, yo no tengo la culpa de que él no tenga vacaciones –escupe cada detalle, dándose tiempo a asimilar lo que viene luego–. Mamá, me ha escrito un mensaje hace cinco minutos para decirme que está con otra, que hablaríamos a la vuelta. ¿Te ha llamado? ¿Sabes tú algo?

– No, no sé nada, ¿qué voy a saber? Decirte algo así por mensaje…, podría habértelo contado cuando llegases a Barcelona. Ana, compra un billete y te vienes, este viaje ha sido un error.

– ¿Cómo ha podido hacerme esto?

– ¿Escribirte un mensaje para contarte algo así estando tan lejos?, no es propio de Oliver, mucho tienes que haberle cabreado.

– ¡Ya lo sé!, pero te recuerdo que ha sido él quien me ha puesto los cuernos. ¡*Uf,* no me lo creo!, no puede ser verdad. ¡*Joder*!, quiero morirme…

– Por Dios, Ana, no desvaríes; mira, hazme caso por una vez en tu vida, compra un billete y te vuelves. Seguro que tiene una explicación y terminái solucionándolo. Me extraña tanto que no te coja el teléfono.

– Ya, yo tampoco me lo creo, necesito pensar. ¡Todo esto es una locura! Pensar que ha besado a otra... Habrán estado juntos en mi

cama, con mis animales. ¿Llevo dos días en Roma y ya se acuesta con otra? ¡Lo sabía!, sabía que me estaba engañando. Te prometo que cuando no cogía el móvil me lo imaginé, y además... ¡claro! por eso esta mañana el *abue*... –interrumpe lo que va a decir, ya no dialoga con la madre, sólo piensa en voz alta.

– ¿Qué?, ¿que esta mañana qué?

– Pues que esta mañana me he levantado con un mal presentimiento –disimula.

– Ana, Oliver está locamente enamorado de ti, eres tú la que no sabes lo que quieres. Vente, por favor, ya verás como todo se soluciona. Todo esto me parece muy raro... ¿quieres decir que no lo hace para darte una lección? Ya sabes cómo es, no le hace ninguna gracia que vayas tanto a la tuya. Es que…, hija, ponte en su lugar, se va él solo a Roma en vísperas de Navidad y le lías la de San Quintín. Cariño, hazme caso y vente.

Cuelga el teléfono más cabreada que triste, tranquila de haberse desahogado, pero sentenciada y cabreada. “Si encima tendré yo la culpa”. Respira hondo, se levanta, paga el café y abandona el bar. Empieza a caminar sin rumbo fijo. Son las dos del mediodía, piensa en comer algo, pero no tiene hambre. Su estómago ahora es un hervidero de nervios, no un estanque para placeres del día a día. Negándose a la incertidumbre vuelve a probar. Apagado. Medita apagar el suyo, pero es incapaz, ¿y si la llama para explicarle lo sucedido? Del cabreo pasa a la rabia. “Embustero, hipócrita... hacerme esto y decírmelo así por mensaje, sabiendo que estoy aquí sola, ¡*cabrón*! No se merece que sufra por él. No voy a llamarle más, que me llame él si quiere y a ver si se lo cojo. No puede ser…”.

Camina desorientada, ajena al tumulto de una ciudad que apenas conoce. El incipiente deseo de tomarse una botella de vino la arrastra en busca de una tienda. Si no es el alcohol para heridas del alma, al menos, las anestesia durante un rato.

## CAPÍTULO VI *El E-mail*

– *Joder*, Ana, cada día estás peor, tú y tus sueños. Pero ahora resulta que has soñado que me acostaba con otra, ¿por eso ni me miras a la cara? ¿Por un sueño? También soñaste el otro día que te echaban del trabajo y lo que pasó es que te aumentaron el sueldo.

– Eso es distinto, a veces sueñas cosas negativas que suceden justo al revés, pero mira cómo sabía que iba a pasar algo.

– Ana, de verdad, tienes un problema, ves fantasmas donde no los hay. También un día me dijiste que intuías sería un gran marchante de arte y que mi nombre sería reconocido, y al final dejé la carrera a los dos años porque acabé harto de tanto libro y tanta historia. Si dices que a veces las cosas negativas que sueñas pasan al revés, ¿por qué no piensas lo mismo de este sueño? A lo mejor eres tú quien…

– ¡*Uy*, Oliver! ¡Sacas las cosas de quicio!, me pones de los nervios. Yo no te dije eso porque lo hubiera soñado o fuese una premonición, te lo dije porque era lo que deseaba en aquel momento –replicaba furiosa–, que fueses un gran crítico de arte. Pero éste es distinto, sé diferenciar cuando son reales y cuando no, y te aseguro que éste lo era. Os besabais de manera apasionada y era como si os conocierais de toda la vida. Lo he pasado fatal... ¡era tan real!

– En serio, Ana, o haces por cambiar o nunca serás feliz. Hago todo lo posible para compartir mi vida contigo, pero tú te empeñas en complicarlo. Necesitas ayuda de un profesional. Esos sueños tuyos, el tema de las voces... no digo que para ti no sean reales, pero a mi entender si no buscas ayuda de un experto pueden terminar

volviéndote paranoica. Yo te quiero solo a ti, con tus miedos y locuras, te quiero porque eres tú, mi Ana, y como tú no hay nadie más en este mundo. Te elegí hace mucho tiempo atrás, pero a veces creo que tú no has elegido todavía. No siento tu amor como antes, como al principio. No sé qué hacer, tienes la casa, los animales... me decías que con eso serías feliz, pero por lo visto nada consigue llenar ese vacío tan grande que tienes. Sé que lo que nos pasó marcará nuestras vidas para siempre, pero tenemos que estar unidos, juntos lo superaremos. Ana, esos sueños tuyos, esas pesadillas, son obra de tus miedos, ¿no te das cuenta? Igual que lo de las voces; estás empezando a perderte y eso me preocupa, por ti y por mí. Necesitas ayuda, si no al final lo perderás todo –"puede que incluso a mí..."

– Pero esta casa... –añadía pensativa, como si no hubiese escuchado nada de lo que decía–, la casa es preciosa, a mis animales los amo con locura, pero este pueblo fantasma… ¡este pueblo lo odio!, es pequeño, oscuro, seguro que ni sale en los mapas. Además, sólo pasa un autobús cada hora y tardo casi dos en llegar a Barcelona. Pero claro, como tú tienes coche te da igual.

El chico suspiró intentando cobrar la paciencia.

– Pero si cuando llegaste dijiste que te parecía idóneo, pequeño, familiar... de verdad, no hay quien te entienda. Creo que lo único que hay de fantasma son tus recuerdos, los mismos que te atormentan y no te dejan llevar una vida normal. Lo del autobús, ya sabías que había ese pequeño *handycap* cuando nos mudamos. Aprovecha para sacarte el carné, quizás esto te motive –sugería intentando tranquilizarla–. A veces pienso que lo que te sucede es que no me amas, que todos estos años que según tú estuviste esperándome eran solo una obsesión más de las tuyas, y ahora que me tienes aquí, en carne y hueso, no sabes valorarlo. Parece como si quisieras condenarte a ser infeliz.

– Bueno, bueno... no desvíes el asunto cambiándome de tema, siempre haces lo mismo, eludes mis preguntas, ¡como si yo fuese la única persona del planeta que tiene problemas! Entonces, ¿te gusta o no te gusta? He visto como la miras, o mejor dicho, como no la miras porque te pone nervioso –le culpaba en tono desafiante–. Y no me digas que son mis celos, sabes que soy muy intuitiva, puedo olerlo en el ambiente.

– ¡Ana, paso!, no quiero discutir más, haz lo que quieras. Quédate, vete, déjame... ¡ya no sé qué hacer! Tú, tus malditos sueños y tus paranoias mentales. ¿Qué más quieres que te diga? Si no es ella es la

secretaria, tienes un problema de celos aunque no quieras admitirlo. Puede que sea un trauma de tu infancia, no lo dudo, miedo al abandono, pero tampoco pones remedio para solucionarlo. Al final vas a conseguir que sea yo quien desconfíe de ti, ya me haces dudar.

– Sé que te gusta. En el sueño hacíais el amor como dos desesperados, y era muy real, nuestra cama, el comedor… ¡hasta salía Lilith!

v

Pasando por alto el lingotazo de vino, decide entrar al locutorio que tiene delante. Quizás tenga algún correo que le dé una pista, otro detalle, una explicación con más letras. La desesperación lapida uno a uno los fragmentos de la absurda comedia, que se le clavan en el alma amenazando asfixiarla. “No puede ser, no, por más que lo intente no puedo creerlo”. Compra el mínimo de tiempo para conectarse, pues lo que lea, si es que hay algo que leer, lo hará rápido. Y una vez leído, aquel lugar estará carente de todo oxígeno. Abre el correo, cruzando los dedos y rezando a santos en los que no cree. Ni huella de Oliver. En su lugar, un remitente desconocido. Hace cuarenta minutos que lo han enviado, igual que el mensaje que la mata por dentro. Lee.

*Hola Ana, como entenderás enseguida, no puedo revelar mi identidad. Seré rápido y conciso, ¿qué harías si te dijeran que alguien quiere jugar contigo? Que formas parte de un juego que desconoces pero del que, sin embargo, eres la protagonista. Es un juego con mucho poder, en el que tienes que ser rápido, muy rápido, si no pierdes la partida. Y el que pierde, pierde mucho, más de lo que imaginas. Así que tú eliges, ¿quieres jugar y salvarte, o prefieres continuar ignorando? Te daré una pista, su nombre es “Hacer justicia”. El tablero ha sido abierto, cuidado con las casillas, todas tienes su razón de ser. Puede que en unos días vuelvas a tener noticias, o puede que no. Quizás sea demasiado tarde. El juego es veloz, desmesurado, y el final está cerca.*

*P.D.: No te molestes en contestar, esta dirección no existe. Sólo elige donde pisas. ¿Cómo vas a hacerlo? Disfruta tu estancia en Roma, no podías haber elegido lugar mejor. Los segundos pasan… Yo ya te he avisado.*

La pantalla de ordenador parece helarse, como ella. ¿Es una broma? ¿Otra broma de mal gusto? Aquel remitente sabe su nombre, que está en Roma, además parece sincronizado con Oliver, pues el mensaje de éste la descubría a semejante hora. Temblando, sudando,

cegada… escribe en Google la dirección del correo que ha recibido. No da con nada, solo letras y números semejantes a un código binario. Un escalofrío recorre su cuerpo, siente miedo. Miedo real, no imaginaciones de su mente que amenazan confundirla. Si aquel mensaje es obra de algún conocido que se adelanta al veintiocho del mes ha conseguido asustarla. Si no lo es, si no es una inocentada con prisas por llegar, ¿qué explicación tiene? Cualquiera puede abrir una cuenta sin necesidad de dar sus datos. Averiguar la identidad de su autor, es igual de improbable que entender el Corán sin saber idiomas. ¿Cómo descubrir quién es? "¿Será Oliver?"

v

De pronto suena el móvil. Es la segunda vez que la llaman desde su llegada, la primera cuando su amiga Claudia la ayudase a comprobar si quedaban reflejadas las *perdidas*. Enerva, es la madre de Oliver.

– Ana, perdón por llamarte de esta manera; no quiero preocuparte, pero es que no sabía con quien hablar. Mi marido me dice que llamemos a la policía, pero no quiero ni pensar que haya podido pasarle algo –hace una pausa y rompe a llorar–. Oliver lleva desde ayer sin aparecer por el trabajo; le he estado llamando y no contesta o le sale apagado. He hablado con su jefe y dice que tampoco le localiza. Ahora mismo está Joan camino a vuestra casa. Ana, hija, ¿le habrá pasado algo? No es propio de Oliver que haga esto –le dice Carmen desesperada–. ¿Sabes tú algo?, ¿te ha llamado?

– Tu hijo está bien. Me ha escrito dos mensajes, uno anoche y otro esta mañana.

– ¡Gracias a Dios! ¿Y dónde está?, ¿qué hace? ¿Por qué no ha ido a trabajar?

– Bueno, siento decírtelo de esta manera, pero soy la primera sorprendida en saber que ni se digna a ir al trabajo… – "¿No tenía tantos pedidos?", se pregunta irritada–. Tu hijo está con otra y me temo que sé quién es. Sí, Carmen, me hizo creer que estaba loca cuando se lo insinué, y al final yo estaba en lo cierto –"mis sueños no fallan".

– ¿Cómo? ¿Con otra?, ¿a qué te refieres? ¿Cómo sabes que está con otra? ¿Habéis discutido?

– No exactamente; no le hizo ninguna gracia que hiciese este viaje,

pero… por lo visto se ha preocupado de no perder el tiempo. Me escribió para decirme que había conocido a alguien y me animaba a seguir en Roma –“maldito insolente”.

– Pero ¿cómo te has enterado?, quiero decir, ¿estás segura? – pregunta la madre ya sin llorar. Las tornas de sorpresa cambian de lado.

– Así que es ella, ¿no? Mira, Carmen, si lo del trabajo es una broma…

– Ana, no es ninguna broma, llevo desde ayer noche sin localizarle, y en la fábrica tampoco saben nada. Compruébalo tú misma, llama a la empresa si quieres. Hija, ¿estás segura?, ¿no será un arranque tuyo de celos? Puede que te haya dicho eso porque está dolido. No puedo creer que Oliver se vaya con otra, y menos que te lo diga de esa manera.

– ¿Celos? –resuelve en tono irónico–. Él mismo me lo ha confirmado. No tengo que comprobar nada, para mi tu hijo ya no existe, lo siento. Sólo espero que sea feliz, no le deseo ningún mal, pero con el tiempo se dará cuenta de lo que está haciendo, estoy segura –“aunque para entonces será demasiado tarde” –. Adiós, Carmen.

Los nervios empiezan a mitigar. Ahora siente una extraña sensación, como si a pesar de la nefasta secuencia ella fuese la gran vencedora. “Al menos mi intuición sigue funcionando. Odio que me mientan, pero no me equivocaba. Tengo que aprender a descifrar los mensajes que recibo en sueños antes de que sucedan, ahorraría mucho tiempo. Lo mismo con las voces, si mi primera reacción no fuese la de asustarme seguro que me hablarían con más frecuencia”. Retomando el gélido aliento de la calle, pues parece, de pronto, como si el sol hubiese dejado de existir, busca un lugar donde sentarse. Ahora tiene algo más importante en lo que pensar; ahora da lo mismo si Oliver la llama o no. Ahora lo importante es su vida. Si aquel e-mail no es una broma, si realmente alguien quiere jugar con ella, no puede asegurar estar a salvo sola, en una ciudad en la que nadie le conoce. De repente, un recuerdo no lejano le da alguna esperanza. “Abuelo, ¿tú no permitirías que me pasase nada, verdad?”

## CAPÍTULO VII *Ana y Francesco*

Joan, más tranquilo que su mujer, llega a la casa de Caldes donde espera encontrarse a Oliver durmiendo la mona, o regalándose unos días de descanso por cuenta propia. Aparca el coche junto a la valla trasera del jardín y, saltando la verja de entrada, sube las escaleras hasta la puerta principal. Pica. No oye nada, ni siquiera a los perros correr a la desesperada dando acto de presencia. Tanto silencio le extraña. Las persianas están bajadas, sólo una del comedor se mantiene medio abierta. Se acerca para asomarse y lo poco que distingue es un sofá vacío y ni un alma pululando el lugar. Vuelve junto a la puerta y, con cuidado de no romper el cristal, la golpea enérgicamente.

– Oliver, o abres la puerta o la tiro abajo... ¡Venga! No tiene gracia.

En el tercer golpe Carmen le llama.

– Joan, acaba de escribirme al móvil. ¡Gracias a Dios! Dice que ha salido unos días fuera, que volverá pronto. Por lo visto ha ido a ver a

un amigo suyo que está en Francia, creo que el tal Juan. Se ve que le llamó porque ha tenido problemas con su novia y le ha pedido por favor que fuese a verle. También dice que ha avisado en el trabajo. Supongo que por eso le sale apagado, no tendrá cobertura allí.

– Ahora mismo estaba picando a la puerta. ¿Y a los perros también se los ha llevado?, porque no les oigo –replica incrédulo el padre.

– Y claro, no les iba a dejar solos, ya sabes cómo quiere nuestro hijo a sus animales.

– Mira, Carmen, no empieces que te conozco. Ahora no me vengas con lo bueno que es el niño y que se muere por ayudar a los demás. Es un irresponsable, eso es lo que es. Éste no va a cambiar nunca.

– Bueno, pero ya podemos dormir tranquilos, tenía el alma en los pies. Pensaba que le había pasado algo. ¡Madre mía, ni pensarlo quiero! Anda, vuélvete para casa y hablamos mejor.

– Lo que usted diga, mi señora, usted a mandar y yo a servir, como siempre.

v

No cesa de caminar, perdida, sin orden… Con tantos altercados está más exhausta que de ordinario pero, por otro lado, su cuerpo reclama movimiento. Pasea durante más de una hora, sin freno, una vía de escape. Y la relajación llega, aunque entrecortada. Finalmente, en tal situación de angustia en la que su cuerpo parece no obedecer a ningún estímulo que apacigüe la furia, siente la necesidad de sentarse y meditar. De otro modo, cree que puede desmayar en cualquier momento. Su corazón reclama reposo, su mente no enloquecer. Pasa por delante de una pequeña plaza, está solitaria, tan sólo algunas personas despistadas desfilan mirando al frente. Escoge uno de los bancos al azar, vacío, como el resto. Se sienta y mira el reloj del móvil, todavía no son las tres de la tarde, faltan dos minutos y una hora para su cita con Francesco. Intenta respirar profundamente con los ojos cerrados, dejando que el sol ilumine su rostro, pero el diálogo interno no cesa. No obstante, cerrar los ojos y advertir cómo su respiración coge un ritmo adecuado, le transportan a un estado de mayor serenidad. Vuelve el recuerdo del mensaje, si es que ha llegado a irse en algún momento. Un escalofrío destempla su cuerpo, no consigue acertar quién y por qué está detrás de aquello. Se siente desamparada. “¡El vino!, quiero beber vino...”. Junto con el deseo, un

hombre de unos cuarenta años, no demasiado bien vestido, aunque de apariencia limpia, se acerca al banco. La pulcritud del forastero descarta que sea un mendigo, más bien es alguien que ha despertado sin ganas de conjuntar sus galas, pues la piel y expresión de su tez son las de un hombre cuidado, casi coqueto, además de atractivo. Alto, delgado, ojos oscuros, brillantes, y abundante melena teñida con la sutileza de algunas canas.

– ¿Puedo? –pregunta.

Ana lo mira frunciendo las cejas, cree reconocer su rostro.

– ¿Su cara...? Usted es el hombre de ayer, sí, ¿cómo era?... Fausto, eso es. ¿Me está usted siguiendo? Mire, es de día y la calle está repleta de gente si no gritaría aquí en medio. Diga, ¿me persigue? ¿Qué hace así vestido? –espeta sin titubeo alguno.

– Sí, ya veo que recuerda mi nombre, señorita Ana –sonríe–. Pareces algo nerviosa o triste hoy. ¿Has llorado?

– Oiga, no sé qué hace usted aquí, ni siquiera entiendo por qué va así vestido cuando ayer iba como un pimpollo, pero… Hoy me he llevado una de las peores e incoherentes noticias de mi vida así que ya no me sorprende nada. Sólo me faltaba encontrármelo a usted; le advierto, como vuelva a encontrármelo por casualidad gritaré. Aunque bien pensado no se moleste demasiado en buscarme, porque mañana mismo me vuelvo a mi ciudad.

– ¡Barcelona! La mágica Barcelona. Puede que me vaya contigo, tengo ganas de volver. Toma, bebe –dice sacando una botella de vino de su abrigo, cubierta con una bolsa de papel marrón. Su tono es más amistoso, más cercano, incluso se anima a tutearla–. Yo tampoco he tenido un buen día, necesitaba un trago. Este vino es de importación, tinto del bueno, de La Rioja señorita Ana, tu país. Bebe un poco, te devolverá el aroma de tu tierra, tus costumbres. Ten, te tranquilizará.

Ana le mira extrañada y, sin mediar palabra y estudiando cada gesto del hombre, coge la botella para darle un buen trago, no sin antes limpiar el borde con las mangas de su jersey, a pesar de estar llena hasta arriba. “La habrá abierto justo antes de verme”.

– Apuesto que los viñedos de España son los mejores –continúa Fausto mientras recoge la botella que Ana le devuelve–. Siempre que viajo a tu país aprovecho para traer unas cuantas. Prefiero el tinto, sí,

es mi preferido, sin lugar a dudas. –Hace una pausa, y la mira inquisitivamente–. Sé que no te fías de mí, entiendo. ¿Te importa que te tutee?

– Lleva rato haciéndolo. Siga –aquel generoso trago, sin nada sólido que amortigüe el golpe, tiene un efecto fulminante.

– Sí, pero hasta ahora no habíamos hablado tan en serio. Yo también preferiría que me tuteases, voy a depositar mucha confianza en ti. Guardo varios secretos, a lo largo de mi vida me he convertido en un experto de guardar secretos. Y ahora tengo dos que te conciernen a ti. Uno de ellos, el más importante, también a mi indirectamente. Anoche no pude dormir, tuve una pesadilla, una que hacía años no tenía, desde que era niño. ¿Quieres que te la cuente?

Su cuerpo se estremece, y un escalofrío lo cruza de arriba a abajo. Lucha para no exteriorizar su importuno nerviosismo, pero sus manos, en clara desobediencia, se atreven a sudar. Mira a un lado y a otro, para comprobar que la noche no llega antes de tiempo, y que en la calle sigue pasando gente con prisas de nada. El paisaje la tranquiliza lo suficiente para seguir hablando con aquel hombre que, a pesar de resultarle familiar, no es más que un completo desconocido con aires de chiflado, el cual abusa de una confianza que nunca le ha dado. Vacila ante la inopinada idea de que pueda atacarla. Fausto nota su estado y, con intención de evitar la evidencia, le entrega de nuevo la botella. Ana la acepta en silencio y bebe. De pronto, asombrada, cae en la cuenta. Ese hombre le habla de un mal sueño, uno que hacía años no tenía. “¿Una pesadilla pasada? ¿Justo hoy?, está loco, juega a asustarme, ¿o acaso puede leerme la mente?; ¡no, qué tontería! No le he visto en mi vida, sólo ayer. Desconoce quién soy, tampoco le di demasiados detalles en Piazza Spagna. ¿Me conocerá de algo? ¿Y el vino? Quería beber vino…”

– Sé lo que estás pensando, tranquila, no me sucede solo contigo, nací con ese don. Y no, no nos conocemos. La primera vez que nos vimos fue ayer, en la Piazza, al menos en persona. Como te decía, lo que tengo que contarte es un asunto muy delicado. Mucho. Y no puedo hacerlo aquí y ahora. Necesitamos tranquilidad, más importante, necesito que no grites ni salgas corriendo. ¿Crees que podrás?

La joven ya no da crédito a nada de lo que está sucediendo.

– ¿Pero de qué demonios habla? ¿Cómo que sabe lo que pienso? ¿Y

qué es eso de no salir corriendo? Explíquese, explíquese o le juro que grito aquí en medio.

Ana sucumbe al delirio; de pronto, imagina que Fausto saca un cuchillo de su abrigo y se lo clava sin piedad alguna, a plena luz del día, delante de los ignorantes que cruzan la plaza. Entre el vino, sus fantasías, lo que no son fantasías, lo extraño del encuentro y sobre todo el e-mail con remitente desconocido, plantearse esa posibilidad no es una idea tan descabellada. De manera casi automática, cambia su posición en el banco, alejándose cuanto puede de él.

– Mire, usted… –quiere decirle que tiene miedo, que desde que llegase a la ciudad le han pasado un sinfín de extrañezas, que su presencia la confunde más todavía, y que tan sólo desea poner fin al viaje y recuperar su vida. Pero no acierta a hacerlo–. Usted… –calla, no sabe cómo continuar.

– Háblame de tú, te dará más confianza, créeme, el lenguaje tiene su poder.

– ¡Está bien, da igual! Tú y yo no tenemos nada que contarnos. Me parece que Roma no es tan grande, yo misma volví ayer andando hasta el albergue y tampoco está tan lejos. Me perdí un par de veces, normal, no conozco las calles. Debe darse la casualidad de que vives cerca de aquí, puede que estés tomándote unas largas vacaciones o hayas reunido ya el dinero suficiente para vivir sin trabajar. O puede que hoy no te apeteciese arreglarte porque desde que perdiste la motivación por tu trabajo, tu vida ha dejado de tener sentido, y no sabes qué hacer con tu nueva libertad. Tomas cafés en terrazas del centro para observar cómo los demás van con prisas porque llegan tarde a las obligaciones que tanto odian, mientras tú ya no tienes prisas de nada porque nada ni nadie te esperan. Puede, incluso, que ayer me persiguieras y ahora sabes dónde me hospedo, pero no me importa. Vine sola de vacaciones porque mi novio – “mi ex desde hace unos minutos” – y mis amigos trabajaban, pero ni busco ligar ni quiero compañía. Así que ahora mismo voy a levantarme y me iré. Y no te molestes en buscarme, porque esta misma tarde reservo un vuelo.

Fausto la mira y sonríe.

– En algo has acertado, aunque te equivocas en el tiempo. Todavía eres joven y tienes la mente algo caótica, lo desordenas, Ana, desordenas la información. Pero cuando aprendas a relajarte todo

cambiará. Con tu edad me pasaba lo mismo, aunque más que con el tiempo me equivocaba con las personas. Por caprichos de la vida, ahora con ellas nunca fallo. No obstante, primero he de verlas, mirarlas fijamente a los ojos. Muy seguro, tú serás una maestra en fechas pasados los años. Sólo otro apunte, quizás me ves como un ricachón engreído acostumbrado a poseer cualquier absurdo que le plazca, ahí te equivocas. Detesto el dinero más que cualquier otra cosa en este mundo, pero he aprendido a sobrevivir con él, hace años me arrebató lo que más quiero –concluye.

Esa respuesta, tan carente de lógica, apenas esclarece ninguna de sus dudas. En su contra, la curiosidad va en aumento aunque prefiere evitar el interés. Le mira nuevamente, preguntándose qué edad tendrá. Ciertamente, debe rondar los cuarenta y cinco, a pesar de que en su primer encuentro hubiese jurado que tenía más; quizás por la educación con la que hablaba, o por la indumentaria típica de un alto cargo dirigente. De pronto, en aquel banco, no a una mesa de distancia, constata que su mirada es profunda, si no sincera, más de lo que le pareciese a primera instancia. Acompañada de ese aire de misterio que realza más el atractivo de cualquiera.

– Me está empezando a poner nerviosa –añade, mientras baraja que el correo sin nombre pueda ser obra de él–. No sé qué busca de mí, le advierto que no quiero nada. No soy ninguna... ya me entiende. He de irme, tengo que estar en un lugar a las...

– ¿A las cuatro?, –le corta–. Afortunada la persona que pase la tarde contigo. De hecho, he venido hasta aquí para proponerte algo. Tú y yo, mañana, en un bar que conozco que estoy seguro de que te encantará. Allí empezaré a contarte algo, pero continuaremos en otro lugar. Si me lo permites, primero me aseguraré de que vienes sola y que no llevas cámara de fotos ni grabadora. Puedes estar segura que cuando nos despidamos te alegrarás de haber venido.

“¡Si piensas que voy a verme contigo es que estás loco de remate! Yo mañana por la tarde estaré en Barcelona, recuperando mi vida. Pero, ¿cómo ha sabido que tengo una cita a las cuatro?, habrá sido casualidad. Y antes lo de la pesadilla, el vino… ¡Mierda!, demasiadas casualidades juntas. ¿Quién narices es este tío?”.

– Ana, no le des más vueltas, la única forma de esclarecer tus dudas es aceptando mi cita. Mañana, en el “Caffe 'della Pace”, 5 Via della Pace. No te preocupes por fumar, disponen de terraza climatizada. Ahora no hay tanto turismo, así que podremos charlar

tranquilamente. Estaré esperándote, a las cinco en punto de la tarde, como escribiera el maestro Lorca.

Hecha la mención, Fausto se levanta del banco y se va. Ella permanece inmóvil, duda si seguirle para averiguar dónde vive y qué hará el tiempo restante del día. Desiste. Fausto, por su lado, entra al metro despidiendo la mirada de Ana. Se lia otro cigarro, es lo único posible que puede hacer cuando no sabe qué hacer. La botella de vino reposa junto a ella, la misma a la que Fausto no ha dado ningún trago; la coge en la última calada, levantándose para buscar una papelera y tirarla. Es entonces cuando ve la nota escrita en el papel que la cubre.

*"Recuerda, a las cinco en punto de la tarde. Caffe 'della Pace, 5 Via della Pace. No la bebas toda, es temprano, seguro que estás en ayunas. La compré para ti, mi dulce esquimal de Hollywood. Conserva la dirección, sé que lo harás".*

Así lo hace. Corta la parte escrita y la guarda en su chaqueta; claramente, el encuentro con Fausto no ha sido casual. Sopesa el llamar a Claudia, su mejor amiga y única desde que llegase a Roma, y explicarle lo sucedido, pero le da una pereza enorme empezar desde el principio. Es mejor llamar a su madre, que sólo desconoce la última parte. A segundos de dar a la re-llamada, detiene el impulso. "Si le explico lo que ha pasado me exigirá que vuelva, y, ahora mismo no sé si es lo que quiero. Sólo conseguiré preocuparla más. Me enfrentaré sola a esto; ya es hora de cortar el cordón umbilical".

v

El móvil marca las cuatro menos dos minutos, Francesco debe estar esperándola en el albergue. Agiliza el paso. Él puede ser su antídoto, un joven simpático que la hará reír, dispuesto a enseñarle una Roma sin secretos. Como habiendo contado los minutos, cruza la puerta a las en punto.

– *Picolla* Ana, listo para servirla –grita desde el mostrador al verla entrar, mientras se pone la chaqueta. El muchacho que le releva ya está en su lugar.

– *Shhh*… Vamos, salgamos fuera.

Francesco emana entusiasmo, de esas personas que se resignan a creer en la tristeza. Sin embargo, ella, desde que pisase suelo italiano, es todo lo contrario: novia del pánico y amante del fastidio. Sí, es la

elección correcta, salir con Francesco disipará parte del mal sueño. Necesita ordenar su cabeza antes de apresurarse a su tendencioso extremismo. Se cuestiona si será capaz de contarle a aquel chico, de hilaridad crónica, lo que está sucediendo, quizás es un asunto demasiado serio. El mensaje de correo electrónico, la visita de Fausto, la ruptura con su ex novio... Reconstruyendo cada escena mentalmente, le resulta todo tan rocambolesco que se cree dentro de un sueño. Un sueño en el que los personajes cobran vida sin ser creados. Todo surge de la nada, y de la nada surge todo. Aquel escenario es un pulso a la rutina que tanto odia, aunque demasiado escatológico para sentirse orgullosa. Demasiados excrementos en poco tiempo. Una película de ficción, en la que puede suceder cualquier contratiempo bajo órdenes de un director invisible, sin nombre. Desde una órbita alejada no de Roma, sino de cualquier espacio infinito, aterriza a puertas del albergue constatando que todo es real, al menos eso parece. Está despierta, Francesco existe, Roma también. No es un sueño, ni una pesadilla. Dejando atrás la puerta de entrada y atravesando la otra, el muchacho rompe el silencio.

– Pues sí que eres vergonzosa, no lo parece, si te soy sincero yo también lo soy. Pero tranquila, Toni apenas habla español o eso dice él, porque parece que ni hable italiano. Es un poco raro el chico... Sólo habla con su novia, y es como si lo hicieran en silencio. Se comunican con señas. Si no fuese porque le he visto atender a clientes pensaría que... –carcajada de nuevo–. Bueno, déjalo, además ni yo soy profesor de Universidad ni tú mi alumna, ¿qué tiene de malo que salgamos juntos?

Su sentido del humor es rápido y continuo, en un cuerpo de metro noventa, delgado, ojos negros, tanto, que el iris parece naufragar en las pupilas. Pelo rizado, oscuro, a la altura de las orejas. Aunque en un primer contacto no le pareciese demasiado guapo, ahora, de cerca, y con esa aura de soledad que proporciona la primera cita aunque haya más personas alrededor, empieza a verle una belleza especial. A pesar de sus facciones imperfectas, la nariz más bien aguileña, los dientes algo grandes aunque blancos y bien alineados, demasiado flaco para el metro noventa…, pese a ello, el conjunto es envidiable para unos cuantos.

– Vamos –afirma cogiéndola del brazo.

Francesco camina rápido, como sus gestos, también rápidos y exagerados. Tomando la iniciativa, le habla del trabajo de hoy. Le cuenta que han llegado un grupo de viajeros providentes de Noruega,

tres chicas y tres chicos. Hacían su entrada en manga corta, algo que casi parece un ritual en la gente del norte. Afirmaban haber reservado una habitación mixta para los seis, cuando el albergue no dispone de esas habitaciones. Al descubrir su error, y después de que Francesco les aclarase que no quedaba ninguna libre, le ofrecían al joven pagarle cien euros bajo manga si arreglaba la situación. “Con cien euros no puedo construir una habitación aquí dentro, lo siento. ¿Puedo hacer algo más por vosotros?”, les había dicho.

Mientras Francesco le narra el pequeño altercado como si los tuviese aún delante, Ana le sigue el paso un tanto aturdida pues no le dice a dónde van; sin embargo, camina directo, y sin dar lugar a las preguntas. “Qué chico más rarito, actúa como si me conociera de toda la vida”.

– Ya estamos, este es mi coche, ¿qué te parece?

Es un Audi A3 de color gris oscuro metalizado. Lo primero que piensa Ana es que el color no le gusta demasiado. “El gris no es nada, ni blanco ni negro”, se cuestiona como buena extremista.

– Es muy bonito. Y el albergue, ¿es tuyo?

– No, por qué lo dices, ¿por el coche o por la chaqueta?, –bromea Francesco–. Es algo provisional. Sólo ayudo al dueño, un buen amigo. Yo trabajo en una empresa norteamericana, soy ingeniero, pero he cogido dos meses de vacaciones que me debían. Pensaba irme de viaje al Tibet o a algún país exótico, pero le pasó lo de la pierna a Vincent y me ofrecí a ayudarle. ¡Tuvo mala pata el pobre!, se va un fin de semana a la montaña a hacer piragüismo, era la primera vez que iba, le había invitado su chica por su cumpleaños, y se rompe la pierna nada más llegar. Tenían alquilada una cabaña en los pirineos y recién dejaban las maletas, cuando van a dar un paseo en bici y tropieza con una roca fracturándose la tibia y el peroné. Al final ni piragua ni cabaña. Pasó el fin de semana ingresado en el hospital, y, claro, la novia haciéndole compañía. Compró el albergue hace unos años, y tal como está ahora el trabajo me supo mal que tuviese que contratar a nadie. María es peluquera y trabaja todo el día, así que me ofrecí a cubrirle un par de semanas. Nos conocemos desde que jugábamos a las canicas, puedes imaginar. Ahora me alegro de mi decisión, si no, no te habría conocido –le aborda con guiño de ojo incluido–. ¿Subes?

De pronto, Ana se siente incómoda. Subir al coche de un chico al que apenas conoce, en tal estado de alerta por todo lo que está

aconteciéndose, es una idea que no la seduce demasiado.

– ¿No podemos caminar? –evita, a la vez que aguanta la puerta del copiloto.

– Pero estamos en un barrio alejado del centro, quiero enseñarte Roma entera. Venga, sube, prometo no correr.

– Si no es porque corras, es que imaginaba que iríamos a pie o en metro y, la verdad, apenas nos conocemos... Me han pasado cosas muy extrañas desde que llegué aquí, Francesco.

– Anda, sube y me cuentas. ¡Venga, catalana! El coche tiene calefacción, te dejo fumar dentro, ¿qué me dices? Seguro que no es para tanto.

Se siente avergonzada. No llevan más de diez minutos juntos y ya impera la desconfianza, además de tenerle esperando de pie como un pasmarote con el frío que hace. Sube. Es de día, están en una ciudad llena de curiosos, ¿qué puede pasarle? Si nota cualquier movimiento sospechoso siempre puede saltar por la puerta. Maquinar soluciones en casos extremos le otorga cierta tranquilidad o confianza.

– ¿Quieres conducir tú?

– No, si no tengo carné.

– Qué casualidad, yo tampoco... –dice en tono impasible, y abandona el aparcamiento en poco más de tres segundos.

– ¿Qué? ¿Es una broma no?

– Demasiado tarde, catalana, ahora eres mía... –continúa orgulloso, viendo el ademán de la chica que intenta bajarse del coche.

– Para, por favor, para que me bajo…

– Pero mujer, ¡que estoy de broma! Hace más de ocho años que me lo saqué. Lo siento, no quería asustarte.

El corazón va a salírsele del pecho, opta por relajarse o muy probablemente no tendrá otra salida que coger el primer vuelo. Por un momento, le viene a la cabeza la idea de que Francesco y Fausto se conocen y que éste la va a llevar a un descampado donde estará el

otro esperando; la intentarán violar y luego, quién sabe, puede que vendan parte de sus órganos. Corren muchos mensajes por la red avisando de ese tipo de sucesos.

– Perdona, Francesco –añade avergonzada, aunque aún carente de confianza-, ya te he dicho que me han pasado cosas, cosas que no logro entender ni quiero creerlas –Ana intenta controlar su histerismo. Se ruboriza por tener pensamientos de tan mal gusto, pero su mente va a mil por hora.

– ¿Qué cosas?, mira, voy a llevarte al mirador del paseo San Angelo. Desde allí verás las mejores vistas de Roma; luego pasearemos y tomaremos algo en una terraza. Y si estamos a gusto y se nos hace tarde te llevo a cenar. ¿Qué te parece?, quiero verte feliz. ¿Podré conseguirlo?

De nuevo la sonrisa de Francesco consigue tranquilizarla, y a medida que éste habla se siente más mujer. Una mujer que después de tres años vuelve a tener una cita, dispuesta a dejarse seducir junto a sus dotes femeninas para la conquista. Circulan por las calles repletas de gente, monumentos históricos alumbrados con la luz amarilla de unas farolas que empiezan a remplazar la solar. Edificios majestuosos como los que viese el primer día, un cielo presumiblemente abierto para ser observado, pura elegancia llena de leyendas. Todo aquel escenario, en suma a la compañía de quien tiene al lado, la transportan a un estado de libertad en el que es dueña del instante. Deja de ser la Ana comprometida, con un novio que la ha dejado de un modo impensable, y pasa a ser alguien con autodeterminación, sin compromisos y con otro idioma en sus labios: el de la atracción. Con perspicaces armas en su boca, y gestos de muñeca delicada, le hace un resumen de lo sucedido. Empezando por la ruptura con Oliver, continuando con el encuentro del tal Fausto y concluyendo con el despliegue de su vida sentimental. Éste, mirándola sin perder la eterna sonrisa, le interrumpe en alguna ocasión para explicarle la historia de las calles y monumentos que ven desde el coche. En paseo de una hora, pone el freno y aparca. Francesco ha estudiado Roma de principio a fin, ella, los misterios que guardan la noche junto a su nuevo compañero.

– Voy a llevarte a comer algo, seguro que tienes apetito –y mirándola de arriba abajo añade–: Estás muy delgada, ¿comes bien?

Ana oculta la alegría que le provoca el comentario, pues esa afirmación es un piropo casi para cualquier chica.

– Sí, no me privo de nada, sólo que soy vegetariana.

–Vaya, otra sorpresa. No hay problema, aquí en Italia tenemos pasta para todos los gustos.

El lugar rebosa encanto; las farolas trabajan ya en solitario, recibiendo con deleite a su eterna compañera blanca. A lo lejos, la sublime estructura de piedra gris, el castillo Sant Angelo. Bajo el puente, orgulloso de su grandeza, baila el río Tíber, apenas con furia, otorgando más belleza al lugar.

– Detrás del San Angelo está el Vaticano. No voy a llevarte, lo dejaré a tu antojo. Esa ciudad es una elección personal –Ana le mira asintiendo, aquel lugar es una Guerra Santa oculta tras la buena apariencia de sus súbditos.

Se sientan en una terraza con lonas de plástico que resguardan del frío, a la par de sus fieles compañeras las estufas. Toda Roma es una estufa, pues la abundancia de bares y las terrazas son ya un único esqueleto. Piden dos pizzas y una jarra en litro de cerveza.

– Respecto a lo del hombre ese, el tal Fausto, no debes hacerle caso. Seguramente sea un loco borracho que juega a seducirte. Le habrás gustado, normal –añade con pícara sonrisa–, y puede, como tú dices, que o bien vive por la zona o el otro día te siguiera. Demasiadas molestias para alguien en su sano juicio. Te aconsejo que si vuelves a verle te alejes de él cuanto puedas. Hay mucho loco suelto y mucho cuerdo encerrado. –Ciertamente, Francesco duda que aquel hombre sea un loco borracho, pero tomarlo por un enfermo quita hierro al asunto–. Por lo del correo –continúa–, no eres la primera persona que me cuenta algo parecido; con tantas redes sociales que saben tanto de nosotros, son muchos los graciosos que se dedican a ir asustando gratuitamente. Y si dices que avisaste en tu perfil de Facebook que venías a Roma, me extraña menos todavía. Ya ves, no tienen nada mejor para divertirse. No le des más vueltas, ¿qué puede pasarte? Lo de Oliver, entiendo que la manera en cómo te lo ha dicho es muy dura, pero con el tiempo todo se cura y se pone en su lugar, no lo dudes. Te contaré algo, puede servirte como ejemplo. En una ocasión, una amiga me explicó cómo hacer torta seca, típica de Uruguay, su país natal.

– ¿Qué es torta seca?

– Es una tarta de manzana.

– ¿Y por qué seca? –insiste como una alumna de P4 a su maestro.

– Déjame que te cuente. Coges una manzana verde y la cortas a rodajas. Luego, separas una ración de harina en una taza, en otra una de azúcar con canela, luego bates dos huevos y por último separas dos de leche. Listos los ingredientes, pones la manzana en la base del molde y añades el resto. Lo introduces en el horno y a esperar.

– ¿Y no mezclas la leche, el huevo…? –pregunta dando por seguro que el joven ha olvidado esa parte.

– No hay que mezclar nada. He ahí la sorpresa, el horno pone todos los ingredientes en su lugar. Resultado, una tarta exquisita.

– ¿En serio? ¿Sin juntarlos primero?

– Sí, *ragazza*, sin juntarlos primero. Me gustaría que aplicaras la receta cuando no sepas cómo actuar frente a una situación. A veces el tiempo o el destino, o como prefieras llamarlo, te echa una mano cuando más la necesitas. Cuando no es el momento de tomar decisiones o sacar conclusiones, es mejor pararse a meditar mientras sigues con tus quehaceres cotidianos. No siempre hay que estar en continuo movimiento para sentir que haces lo correcto, y mira que te lo dice alguien hiperactivo –sonríe–. Es entonces cuando suena el timbre y te dice “ahora es el momento”. Se puede notar, algo dentro de ti te despierta del letargo en el que estabas y actúas. En el caso de Oliver, “el horno” será el “tiempo”, el perfecto salvador. Todo se pondrá en su sitio, no lo dudes. Por lo que me cuentas, creo que no estás enamorada de él, pero es muy difícil terminar con una relación de tanta intensidad, para bien o para mal, aunque no imposible, me hago cargo. Quién sabe, puede que dentro de unos meses pienses que te hizo un favor yéndose con otra. Yo estuve casado seis años, me divorcié hace uno, y también sufrí mucho. Me negaba a aceptar que mi vida se desmoronaba. Con el tiempo todo duele menos, créeme. Pero entiendo que es demasiado lo que te ha pasado en un solo día, cualquiera se hubiese indigestado o vuelto paranoico. Quédate tranquila, Ana, terminarás solucionándolo. Y de veras, haz esa torta porque está riquísima.

Entre bocado y cerveza, se explican anécdotas de todo tipo. Están tan cómodos el uno con el otro que las horas se tornan minutos. Cuando quieren darse cuenta ya son más de las once de la noche. Los

efectos del alcohol han menguado su tristeza y en su defecto crece la simpatía hacia Francesco y la amable generosidad que éste le transmite. Además de sentirse hipnotizada por su personalidad, la divierte, le hacía reír, la escucha, y lo más importante, hace que se sienta admirada. Se le olvida el avión. Quiere que la noche surja larga, sin prisas ni horarios. Sin límites a la pasión, sucumbiendo al deseo que lee en sus labios. Terminan de cenar, y se hace un silencio. Ambos se miran fijamente, ella aparta la vista, ruborizada, pero él la recupera cogiéndole la mano. Aparta las copas y la jarra con delicadeza, y, desafiando el pudor de la joven, se acerca lentamente soñando sus labios. Sólo unos centímetros prohíben el encuentro, cuando el camarero irrumpe inoportunamente.

– *Sigore, l' account.*

El chico suelta su mano, y la extiende al camarero para darle la tarjeta de crédito.

– Hoy invito yo, estás en mi ciudad. Y quiero que te sientas como en casa.

– Gracias, Francesco. La tarde ha sido perfecta, has conseguido hacerme feliz esta noche, como querías, pero son más de las doce y el albergue cierra a la una.

– ¿Crees en la magia?

– ¿Perdón? Eres experto en sorprender con preguntas.

– Y tú con respuestas –sonríe–. Hacemos buena pareja.

Ana se da por vencida.

– Pues sí, me encanta la magia. Hace un año estuve en un espectáculo de Anthony Blake, fue una pasada. ¿Le conoces?

– Así es –afirma convincente.

– Me fascina, ese hombre es increíble. Pero dime, ¿por qué lo preguntas?

– Observa…

Francesco saca un llavero de su bolsillo y se lo muestra. Cuelgan

varias llaves, una de ellas destaca por ser amarilla. Seguidamente, lo guarda en su puño izquierdo sin tocarlo con la otra mano.

– ¡Sopla! –Ana sopla.

Cuando abre la mano todas las llaves reposan fuera de la argolla menos una, que ha desparecido.

– ¡Impresionante! ¿Cómo lo has hecho?

– Mira en el bolsillo de tu chaqueta.

Ana introduce su mano en el bolsillo; dentro hay una llave. Al sacarla, la reconoce enseguida: es la amarilla.

– ¿Pero cómo lo has hecho? ¡Esta llave es la que estaba con las otras! –exclama, casi tirándola al suelo asustada–. Increíble… Francesco, dime, ¿cuál es el truco?, por favor, o no podré dormir –impera cual niña de diez años.

– No hay truco, solo magia, me has dicho que crees en la magia, ¿no? Esa llave abre el albergue, así que no te preocupes por nada, la noche es nuestra.

Ana se muestra complacida, pero, aun así, quiere el secreto.

– Por favor, cuéntamelo.

– ¿Olvidaste que trabajo allí? La metí en tu bolsillo cuando estábamos paseando. ¡Picaste!

– No mientas, esta llave estaba con las otras. Además, están todas fuera de la argolla.

– O no, puede que estuviesen fuera desde el principio. Quizás las vistes juntas porque tu lógica así lo decía. La vida es una caja de sorpresas, princesa. Te ha gustado el juego, has participado y has sido feliz esta noche. El “cómo” no importa, tan solo el “es”, y yo digo ¡sea!

– ¿Juego?… –le cuestiona recordando de pronto el mensaje de correo electrónico.

– ¿Acaso no es un juego la magia? ¡La vida entera es un juego! –Exclama mientras le coge la mano–. Ana, olvídate del mensaje y

disfruta del momento, ¿no creerás que te lo envié yo? Sí, busqué tu dirección en internet quería gastarte una broma, ya sabes que me pierden.

– No tiene gracia, Francesco…

– Pero catalana, estabas feliz y de pronto te ahuyentas, sin más.

Ana vuelve en sí, a la terraza, la cena, y coge su otra mano a modo de disculpa.

Mientras, la noche propicia caricias fugaces para unos, eternas para otros. Algunos partirán sin pedirlo, dejando sus huellas junto a la dama que ilumina las calles. Su turno habrá terminado. Para Ana y Francesco no ha hecho más que empezar. Abandonan la mesa, y se desfilan por el puente de San Angelo. El castillo es cómplice de sus pasos, dormido entre luces naranjas. Y detrás, a pocos metros, refugiado por los años, yace perenne el Vaticano, la ciudad prohibida. Ana se detiene un instante para mirar el río que baja en silencio. Francesco la abraza por detrás, protegiéndola del viento y, ladeando su cuello, reposa su rostro junto al de la chica. Ella cierra los ojos, y deja que sea el capricho quien termine el momento.

## CAPÍTULO VIII *La historia de Fausto*

Por la mañana, Francesco ocupa su lugar en el mostrador de recepción con cara de haber dormido poco. Son más de las dos del mediodía, Ana sigue en la cama. Cuando despierta, no está sola, junto a su litera, Lucía busca un jersey en la taquilla.

– Ana, has dormido como un ángel hoy. En lugar de gritar reías a carcajadas. Qué curiosa tu manera de dormir, ¡eres todo un espectáculo! –le dice con cara simpática como es costumbre.

– *Bon día*, Lucía, ¿qué hora es?

– *Uf*... son las dos y media. Ayer estuviste de fiesta, ¿verdad? Te estuve esperando un rato despierta para darte mi correo y charlar un poco, ten –le entrega un papel con sus datos personales.

Ana lo mira rápidamente, deseando ver el número de móvil, pero sólo se lee el nombre y la dirección de correo electrónico.

– *Mmm*, gracias, en cuanto me conecte te haré una invitación. Por cierto, podrías darme tu móvil también, así si un día estoy cerca de tu pueblo puedo llamarte.

– No te lo he apuntado porque justo antes de venir al viaje lo perdí, con todos mis contactos.

– Vaya, espero que recuperes tu número al menos –"Tengo que pensar algo..."

– Sí, eso sí –y cambiando de tercio sigue con sus indagaciones–. Pues anoche cuando vi que no llegabas pasada la una pensé que te habías ido, pero como estaba tu saco de dormir... ¿Cómo entraste? –añade extrañada.

– Bueno, es una larga historia, puede que te la cuente más tarde.

Tumbada en su cama todavía, y estirando cada uno de sus músculos al estilo gatuno, esboza un suspiro de satisfacción. "¡Ya lo tengo!"

– ¿Ana, tienes novio?, porque esta mañana mientras dormías no hacías más que repetir un nombre… Iván.

– ¿¡Iván!? –espeta, a la vez que se incorpora de un salto en el cabezal de la litera mirando a Lucía con rostro serio; mientras, la otra, pone una mueca a modo de: “he metido la pata”.

– Perdona, quizás pregunto más de la cuenta, es que me trasmites confianza, ya te lo dije.

– No tienes que disculparte, tranquila, sólo me extraña que me oyeras decir ese nombre. *Uf*, he descansado como una reina, y eso que ayer me acosté tarde. Pasé una noche mágica –“nunca mejor dicho…”

– Pues cualquiera diría que saliste con el chico de recepción, ¡porque tiene una cara el pobre! O ha pasado mala noche o se pegó una juerga de las buenas. Ya verás cuando salgas.

Ana la mira sonriendo, eludiendo que acaba de dar en la diana.

– ¿Puedo pedirte un favor, Lucía?

– Sí, supongo que sí. ¿De qué se trata?

– Hoy a las cinco dan una película en un cine del centro, en versión original, más bien es un documental, y dura cuatro horas. Me gustaría mucho ir, parece muy interesante y está relacionada con mis estudios. El caso es que mientras esté dentro no puedo tener el móvil encendido, pero estoy esperando una llamada y tengo que tenerlo activo de seis a diez sin excepción. Tienen que llamarme para una encuesta, es una agencia de publicidad con la que trabajo eventualmente. El caso es que, si pudieses guardármelo sólo tendrías que cogerlo y contestar unas preguntas haciéndote pasar por mí. Son cuatro apuntes, nada complicado, te lo dejaría todo anotado. ¿Podrías hacerme el favor? Entiendo que lo que te pido es demasiado teniendo en cuenta que apenas nos conocemos, por lo que he pensado en pagarte por hacerme de secretaria durante una tarde. Mi secretaria de Roma –ríe–. ¿Qué me dices?

– Bueno… tiene que ser interesante la película. ¿Contratar una secretaria y dejarle tu móvil personal?, tiene gracia el asunto. La verdad es que sí que eres un poco rara… –sonríe–, pero ya te dije que me caes bien. Vale, pues explícame lo que tengo que decir. En cuanto

a lo de pagarme, tranquila, acepto que me invites a unas cervezas cuando estemos en nuestro pueblo.

Según le explica, es un trabajo bien remunerado y si no está disponible se arriesga a que dejen de contar con ella. Sólo serán cinco minutos, a lo mucho diez, y como ya le han pasado las preguntas de la encuesta por e-mail, Lucía sólo tendrá que responder lo que Ana le deje anotado.

– Si no llego antes de las nueve al albergue llama desde mi móvil a un número que te daré. Vendrá él a buscarlo, se lo das. Es de confianza, un chico muy amable, ya verás. Puede que le conozcas... –añade guiñándole el ojo.

– ¿El chico de recepción? O sea que estuviste con él anoche –le cuestiona satisfecha–. ¡Lo sabía!, ¡sabía que le gustabas! Pues el pobre no ha dormido nada. Por eso has podido entrar más tarde, ¿verdad? –Ana asiente–. ¿A las nueve dices?, si no has llegado le llamo... Está bien. ¡Qué misterio!

– Lucía, te invitaré una cena mejor.

Ana le deja instrucciones de todo lo que debe hacer y le pide un segundo favor: que no le diga nada a sus amigas. Para su suerte, parece que Lucía siempre olvide algo en el cuarto en el momento justo y necesario.

– Un último apunte, sólo contesta si llama un número terminado en seiscientos quince o con destinatario oculto, será la oficina. Cualquier otro no lo cojas, podría ser mi madre desde el trabajo u otra persona, así te evitas dar explicaciones.

Se dirige a pie hasta el lugar de su cita, tiene tiempo suficiente. Durante el trayecto, para en la tienda de telecomunicaciones que le dijese Francesco. Allí recoge el móvil que, como le escribiera él en un mensaje de texto esa misma mañana, termina en seiscientos quince. El dependiente le hace pasar a la trastienda para colocárselo dentro del jersey, y le explica cómo usarlo con total discreción si tiene algún problema. En el bolsillo de su chaqueta, llevará un pequeño mando con botones en relieve para reconocerlos sin haber de mirarlos, los cuales corresponden a las teclas del aparato: llamada, colgar, y tres botones para grabar teléfonos. En uno de ellos, graba su número de móvil. Si tiene que llamar a Lucía sólo con darle al botón estará marcando. En otro, el de la policía romana. Al parecer, aquel tendero

tiene experiencia en artilugios de camuflaje. “Un colega de la facultad, así somos los ingenieros”, le dijese Francesco de madrugada.

v

Antes de despedirse en el albergue, y con unas cuantas copas de más, le explica a Francesco la invitación de Fausto y cómo éste le ordenaba ir sola, sin cámara, ni móvil. Bajo la preocupación de ella, le recomienda no ir sin, al menos, tener algún modo de contactar con él en caso de que el tipo pudiese hacerle algo. Por la mañana, antes de incorporarse en su puesto de trabajo, Francesco encarga el teléfono en la tienda de un conocido para que Ana pueda llevarlo consigo sin ser descubierta. El aparato contiene un dispositivo gps sincronizado al de Francesco para que él pueda saber la situación exacta de ella en caso de tener que ir a buscarla. En ese contexto de noche romántica llena de confidencias, aquel gesto resultó para Ana un plan perfecto y digno de todo agradecimiento. La idea de darle a Lucía su móvil personal, es un plan alternativo y espontáneo que calculase apenas despertaba.

De nuevo, esa noche sus sueños le han hablado; ella está a salvo, motivo por el que decide acudir a la cita. Pese a ello, cree oportuno estar en contacto con alguien ajeno a la historia, en este caso Lucía y la policía, por si sus cálculos no son del todo exactos. Siempre puede llamarles para pedir ayuda, aunque sospecha que no será necesario.

Son las cinco en punto de la tarde. En la terraza del bar, tal como pronosticase Fausto, no hay más que un par de parejas tomando café. Mira el nombre en la entrada, cerciorándose de estar en el café correcto. Caffe 'della Pace. Entra. En el interior, no hay mesa libre para elegir, rebosa al completo. El café es de un gusto exquisito. Columnas de piedra blanca, réplicas romanas de antaño, mesas redondas dispuestas con sillas a juego de color verde hoja talladas en madera. Relojes de pared, con distintos horarios universales. Estatuillas de músicos de jazz decoran algunos rincones y, a su vez, una tarima en la que un pianista ofrece sus melodías en directo. Las paredes forradas por la mitad con una tela de estampados verdes parecen bordadas en filamentos de oro. La barra, acompañada con copas de todas clases, resguarda sus mejores licores en vitrinas de cristal satinado, dando un toque de finura acorde con el resto. Todo es elegancia y glamour. Una luz tenue, pero suficiente, otorga un ambiente más acogedor, acompañada con lamparillas que descansan en las mesas y que los clientes encienden y apagan a su antojo. Ana se mira de arriba abajo y, por primera vez en todo el viaje, se siente ridícula con su indumentaria. Rodeada de aquellas personas tan

acicaladas, siente desentonar sobremanera. “Prometo vestir más femenina –se dice sedada por la elegancia que envuelve el lugar–. Si mañana sigo en Roma me voy de compras”. El reloj de cucú que cuelga en una de las columnas, marca las cinco y diez. Sale de nuevo a la terraza, no sin antes ir al servicio, mirarse en el espejo del tocador de cerámica, y decirse:

– Sal ahí fuera, y haz el mejor papel de tu vida, ¡artista! –“¡Guapa!”, se convence, en un intento de aumentar su autoestima para la ocasión.

De camino al exterior, desde las ventanas de la entrada, busca el rostro de su acompañante en la terraza. Ahí está, bien vestido, como el primer día, aunque no tan elegante; le acompaña un look más jovial, tejanos y un abrigo con capucha verde militar. Antes de cruzar la puerta, se dirige a un camarero.

– Perdón, estamos fuera, *grazie*.

– *Sì signora ora mi*.

Sin apartar la mirada, se acerca hasta él. Éste, a su vez, esboza una sonrisa, mientras se pone de pie para recibirla.

– Hola, Ana, siento el retraso, he tenido problemas para aparcar.

– Tranquilo, tenemos tiempo.

Él la mira orgulloso, a la vez que le acomoda la silla.

– ¿Tiempo? –pregunta.

– Gracias. Sí, tiempo para ir a Bomarzo –aclara–. He estado informándome en internet y la carretera hasta el pueblo es bastante buena, sólo tardaremos media hora si corres un poco. Luego tendremos que subir otra de montaña asfaltada durante siete minutos aproximadamente y habremos llegado. Estoy emocionadísima, éste era el motivo de mi viaje, visitar ese parque, y tú vas a ayudarme a realizar mi deseo, ¿quién lo hubiera dicho, verdad? Espero que no te moleste acompañarme, la entrada corre de mi cuenta, serás mi invitado. Tómalo como un regalo de tu amiga esquimal. –Fausto frunce el ceño.

– Ya me sorprende, de grata manera, que hayas aparecido, llegué a

dudarlo. Pero lo de ir a Bomarzo, eso sí me coge por sorpresa. Francamente, no pensé que tendrías planes para el día de hoy, quiero decir, para conmigo.

– Bueno, anoche me costó dormir, si no hubiese sido el segundo día que paso en el albergue habría pensado que extrañaba mi cama; pero no era eso, puesto que la primera caí al segundo. Así que me puse a meditar y me dije: por qué no compartir esta experiencia con alguien. Estoy sola y, a fin de cuentas, tú siempre has sido amable conmigo. El encuentro en la plaza fue algo insólito, has de admitirlo... –hace una pausa–. Pero según dijiste ayer tienes un secreto, el cual estoy ansiosa por saber. Ayer me encontraste en el peor de los momentos y tu extraña presencia terminó por ponerme más nerviosa todavía. Pero hoy amanecí de buen humor y me he propuesto disfrutar del viaje. No se viven experiencias emocionantes cada día, así que cuando se tiene la oportunidad hay que aprovecharla. ¿No es así, amigo?

– Así lo creo. Sinceramente, me alegra estar escuchándote, eres una joven más especial de lo que crees, lo supe cuando te vi observando aquel paisaje en la *Piazza*. No siempre el destino nos brinda la oportunidad de conocer a alguien como tú, alguien que posee un gran don, aunque no termines de entenderlo. Está bien, imagino que estás ansiosa por saber lo que tengo que contarte. Siempre me ha gustado ser directo, me molesta el exceso de detalles para terminar explicando algo que puede resumirse en pocas palabras, lo encuentro señal de inseguridad, sino de engaño, y la inseguridad no es buena compañera. –Coge aire, mientras descubre una confianza en los ojos de la muchacha inexistente hasta el momento–. Intuyo que empiezas a entender, ¿es posible?

– Es posible –responde tajante.

– Entonces, estarás de acuerdo conmigo en que hoy es uno de los días más emocionantes de tu vida.

– No sé si el más emocionante, pero puede que el primero de un largo viaje.

– Aprendes rápido, instintivamente diría. Estás empezando a dominar tus pensamientos, a esquivarlos, seguramente has entrenado para la ocasión y lo haces fenomenal.

– ¿Puedes ser más directo? –le corta irónica.

– Tienes razón, excusa. Ahora mismo podrías estar en cualquier lugar y sin embargo estás aquí, conmigo, en esta maravillosa terraza y eso me llena de satisfacción, más aún porque quizás dependa de mí que así sea. Ana, tu vida está en peligro. –Hace una pausa, esperando que la muchacha añada algún comentario, pero sólo le mira fijamente. Prosigue–. El caso es que una persona me alertó de tu viaje. Me enseñó una fotografía y me dijo el tiempo exacto que tenías pensado quedarte. Averiguar el resto fue algo más complejo, tuve que hacer mis propias investigaciones para saber de ti; pero tenemos internet que aligera bastante el proceso. Cuando miré tu fotografía no vi nada especial, fue en Piazza Spagna cuando lo sentí todo. Como te dije ayer, es cuando estoy frente a alguien cuando no me equivoco. La vida me ha convertido en una especie de psicoanalista con dotes de videncia. Mi siguiente paso era planear un encuentro inesperado, algo así como un desconocido que tropieza con una señorita y empiezan a hablar. En primera instancia me pareció una idea poco original, una escena muy común de típica película americana, así que decidí explorar hasta dar con otra mejor. Para mi sorpresa, esa excusa la pusiste tú cuando apareciste en aquella terraza. Al verte me sorprendió tanto lo ocurrido, que cambiaron mis pretensiones por completo.

– ¿Qué viste?

– El ser más brillante y dispuesto a TODO. Mientras mirabas el sol y la gente pasear, lo que sufriste no fue un desmayo exactamente, fue un encuentro con uno de tus guías; en el transcurso de tu vida te cruzarás con varios. Puede, por lo que me contaste, que tú lo vivieras como un desmayo en el que un chico que decía llamarse Iván aparece de la nada para salvarte, pero no fue así. En ese instante entendí que tu vida vale más que la palabra, incluso que la mía propia. Tenías el aura más blanca y brillante de las que he visto hasta ahora, te sentí como un ángel, un ángel destinado a ayudar a cuantos le rodean, pero que se castiga injustamente a sí mismo. Aunque tranquila, porque está a punto de cambiar tu suerte, de hecho ya está cambiando. Graba en tu mente lo que voy a decirte: yo no soy un asesino, nunca lo he sido, sólo alguien que está solo y que su vida tiene un precio tan alto que nada puede afectarle demasiado. Estoy en deuda con alguien desde hace muchos años, tantos, que apenas recuerdo la fecha exacta; aunque recuerdo cada palabra y cada escena con claridad. El caso es que, quien recibe órdenes de proceder, hasta hace unas horas era como un jefe para mí. He vivido todos estos años con el temor de que, cualquier día, se me diera la peor de las sanciones, pero nunca imaginé la magnitud de la misma. La muerte de alguien que me acerca

a mi meta... no, eso no formaba parte de mis planes. Ese jefe del que te hablo, ha podido conocerte bien y entender que tu vida es más valiosa de lo que muchos de tu entorno creen. Él también lo sabe, ¿cómo matar a un ángel, entonces? Te debe costar seguir el hilo de mis aclaraciones, me hago cargo, pero dame tiempo y terminarás entendiendo. Por el momento te he contado suficiente, no puedo darte nombres, aunque vuelvo a sospechar que intuyes alguno. Empiezas a tener Fe. Y la Fe te acerca a la verdad, mi querida amiga.

Ana escucha atónita el relato de Fausto, apenas pestañea, los ojos se le humedecen, pero sigue sin poder llorar. La cara del hombre refleja un rostro sincero, apenado, que sin decirle le pide a gritos que le no juzgue, no hasta escuchar toda la historia.

– La cuenta, *per favore* –pide al camarero–. ¡Nos vamos!, se nos hace tarde. Comienza a oscurecer y quiero llegar con algo de luz.

– Sintiéndolo mucho, Ana, no va a poder ser. Conozco ese parque y la última visita en invierno es a las siete. Aun corriendo mucho no llegaríamos a tiempo.

– Lo sé, ya te dije que me he informado, pero he de llegar allí hoy mismo, me da igual que podamos entrar o no, tenemos que ir. Creo que después de todo podrías hacerme este favor, ¿no? He venido hasta aquí sola, sin móvil ni grabadora, tal como me pediste –le dice palpando sutilmente el mando en el interior de su chaqueta–. Me dijiste que luego iríamos a un lugar más tranquilo, imagino que tienes pensado cuál, pero a ese lugar podemos ir otro día. Tengo una semana por delante y eso suma muchas horas. He quedado con alguien luego, un amigo, pasará a recogerme por donde le diga; espero que me prestes tu teléfono. Si gustas, puedo presentaros, seguro que os caéis bien. No temas, él no sabe nada, solamente vendrá si recibe mi llamada, no de otro modo. Tampoco sufras por el número, sé cómo hacer llamadas sin que quede reflejado. Bueno, ¿vamos?

Fausto calla, estudiando cada gesto de la chica.

– De acuerdo, me parece un trato justo, seguiremos hablando en el coche. Has confiado en mí, te lo debo.

Pagan la cuenta y van hasta el coche, con destino Bomarzo. La luz empieza ya a escasear, apenas un rayo de sol desaparece por el oeste. El camino transcurre en silencio, Fausto entiende la inapropiada tranquilidad de la joven, está empezando a creer; ella, por su lado,

sólo desea no equivocarse en sus cábalas y que realmente Fausto no sea más que un loco que juega con ella gratuitamente.

– Este es mi coche, ¿qué te parece?

Es un Chevrolet clásico de color verde botella, una gama muy elegante. De pronto, se le antoja que quizás los italianos tienen por costumbre preguntarle a su invitado qué les parece su coche.

– Muy elegante, me gusta el color –responde sinceramente.

El tráfico anda espeso a esas horas, más de veinte minutos para salir de la ciudad. La noche amenaza tener prisas, pero el reloj marca los minutos a la velocidad de siempre. No le importa llegar tarde, necesita oler el lugar, estar atenta a cada mensaje que puedan darle los árboles... Esa noche ha soñado, y ha descubierto el poder de aquel bosque sumido en una leyenda imborrable. Calmando su exasperada impaciencia, y evitando dar media vuelta hasta la fastidiosa rutina, está dispuesta a llegar al final, sea cual sea el precio a pagar. Barcelona no va a desaparecer, su gente tampoco, ante tal ciencia exacta sólo tiene una elección: llenarse de coraje y arriesgarse a jugar. Fausto parece hablar en serio, si su vida corre peligro y él puede ayudarla no tiene otra salida que la de escuchar.

Tras esperas de semáforos y pasos de peatones interminables consiguen abandonar la ciudad.

– Me siento afortunado de haberte conocido, lástima que nuestros caminos hayan tardado tanto en cruzarse, más en estas condiciones. Aún he de explicarte mucho, Ana, y mientras antes sepas mejor.

v

Alejados ya de Roma, y adentrándose en carreteras montañosas, Fausto empieza su historia. De pronto, la escasez de farolas y aquel paisaje casi tenebroso la hacen entrar en pánico, aun sin exteriorizarlo. Por un momento siente ganas de bajar del coche y salir corriendo, pero es inútil. Respira en silencio, piensa en su abuelo, y le pide para sí que por favor la proteja. Seguidamente, recuerda que quizás ese hombre pueda leer sus pensamientos, si no todos, parte de ellos, por lo que se limita a escuchar y confiar en su suerte.

– Hace mucho tiempo ya, a punto de cumplir los veintiuno, mi hijo de dos años estuvo a punto de perder la vida. Una larga enfermedad

de once meses le dejó prácticamente sin defensas. Los médicos tardaron mucho en dar el diagnóstico; era una de esas enfermedades minoritarias, de las cuales se sabe muy poco. En aquella época estaba sin trabajo, y no tenía medios para pagar la operación que le mantendría con vida. Mi mujer falleció en el parto, entenderás que para entonces cayese en una fuerte depresión, de la que me costó paño y lágrimas salir. No tenía nada por lo que luchar, sólo un hijo que necesitaba una ayuda, la cual únicamente sanaba el maldito dinero. Fue a partir de aquello que me prometí hacer todo lo posible por reunir una fortuna. Nunca más sería ese el impedimento. Y llegó, pero demasiado tarde. Me sentía terriblemente culpable, el tiempo no mermaba mis males, y me hice responsable de la muerte de mi esposa. Me repetía a diario que si hubiese dado a luz en un hospital, y no en casa con una comadrona demasiado mayor, habría sobrevivido. Pero mis ahorros no alcanzaban a pagar el ingreso, decidiéndonos por esa opción. Algo debió fallar. Ahora sé que no soy causante de lo sucedido, pero me ha costado mucho asimilarlo. Con mi hijo no quería pasar por lo mismo; fue entonces, cuando me vi obligado a llamar a mi hermana con la que hacía cinco años que no tenía relación. Antonia había contraído matrimonio con un tal Josep, un empresario catalán de clase burguesa, que frecuentaba los mejores locales de la ciudad, y en los que todos le conocían por su apellido. Aquel enlace la distanció, más de lo que ya estaba, de quienes éramos su sangre. El dinero y el poder la cambiaron por completo. Siempre fue muy ambiciosa, soñaba con tener un buen estatus y todas las comodidades materiales que pudiese desear. La última vez que la vi había sido en el entierro de Isabela, mi mujer. Ni siquiera volvió a llamar para saber de mí y de mi hijo después del terrible suceso. Dudé muchísimo antes de implorar su ayuda, pero no hallé otra salida. Los bancos no me concedían crédito alguno, pues apenas podía subsistir con un trabajo a media jornada y costeándome los estudios que tuve que dejar. Finalmente la llamé. Le expliqué que no tenía tiempo para reunir el precio de la operación, obviando las míseras condiciones en las que vivía. Al terminar mi relato, resolvió vernos y discutir el asunto cara a cara. Aquel día lo recuerdo como el segundo peor de mi vida. El primero ya debes imaginar cuál fue. Sentía tanta vergüenza de verse con su propio hermano a plena luz del día por temor a ser vista y que la pudiesen relacionar con un simple obrero, que nos reunimos en un parque desierto en la zona del Tibidabo a largas horas de la noche, evitando ojos ajenos. Cuando te digo que el dinero la cambió por completo no es del todo cierto, más bien sacó a la luz su verdadera naturaleza, la de alguien ruin sin sentimientos, fría y calculadora. Estoy convencido de que no ama a su marido, lo único que amó desde el primer día fue el lujo de su cartera. Nos citamos, sus palabras las

tengo grabadas en mi mente.

*– Muy bien, hermano, te haré el favor, pero debes entender que hablamos de una cantidad muy elevada de dinero. Aunque si le pido a mi esposo que ceda a ayudarme, lo hará. Como entenderás, no puedo esperar que me lo devuelvas, porque, claro, a la vista está que ni puedes asegurarte la comida de mañana; sintiéndolo mucho, mi querido Fausto. Yo siempre fui más inteligente que tú, he sabido aprovechar las oportunidades que me brinda la vida. Es por eso que no siento lástima por ti, hermano, podrías haber elegido mejor, pero no, te conformaste con ser un perdedor enamorado de una pobre mujer a la que no supiste hacer feliz, ni mantener en vida. Pobre Isabela…*

Fausto hace una pausa para coger aire, su cara es de rabia e impotencia.

*– Pero a pesar de todo eres mi sangre y ese niñito no debe pagar los platos rotos de un padre fracasado. Tu hijo será operado en brevedad, yo lo pagaré.*

*Empero a todas las puñaladas procedidas por su hermana, Fausto creyó ver la luz con aquella respuesta. Sus ojos lloraban de alegría, y sus brazos se abrían para abrazar a la que tenía delante.*

*– Gracias, Antonia, te juro que algún día te devolveré hasta el último céntimo, te lo prometo por este aire que respiro y que respirará mi hijo sano y salvo gracias a ti.*

*– Aparta –le interrumpió la hermana cuando quiso estrecharla entre sus brazos–, podrías haberte aseado mejor para venir a verme, de verdad, Fausto, eres un auténtico desastre. En fin, creo que no has terminado de entender lo que quiero decirte. Ese niño es de mi sangre, sin embargo, ¿no creerás que vaya a ayudarte gratuitamente?*

*– ¿A qué te refieres? Dime, qué puedo hacer, estoy dispuesto a lo que sea con tal de salvar la vida de mi pequeño.*

*– ¿Lo que sea?*

*– Lo que sea.*

*– De acuerdo. Este es mi trato. Desde hoy le cuidaré yo, ciertamente me hubiese gustado ser madre, pero en eso Dios no ha sido justo conmigo y puestos a barajar la adopción mejor criar a alguien de mi linaje, ¿no crees?*

*–Fausto empezaba a no dar crédito a lo que oía, quiso salir corriendo y no tener que escuchar lo que seguía, pero sin otra salida que el dinero de Antonia, permaneció en pie, mirándola con compasión y secando su última lágrima–. Ese niño es mi sobrino, y si recibe una educación adecuada como la que podemos ofrecerle Josep y yo, llegará lejos en la vida, ¿entiendes, Fausto? Es lo más justo para todos, para mí, para ti, y para ese niño que tiene toda una vida por delante. Pagaré la operación y tú, a cambio, dejarás que me haga cargo de él. Un día de estos puedo necesitar algo de ti, en ese caso te lo haré saber en garantía de mi amor por ese niño. Conmigo tendrá el mejor de los hogares, no le faltará de nada. El día de mañana contará con un camino a seguir, no como tú, hermanito, que vas sin rumbo por la vida. Imagino que no es lo que habías pensado, pero es mi oferta. No dispones de tiempo para buscar más, ese pequeño debe ser operado con urgencia. Aun así, puedes pensarlo el tiempo que estimes necesario, esperaré impaciente tu respuesta. Aunque espero la aceptes antes de que sea demasiado tarde, y que no permitas otra muerte. Tú eliges.*

*Se la quedó mirando sin acertar a decir nada. Ella se levantó del banco sacudiéndose el vestido y, dando por hecho el sí de su hermano, se dispuso a marcharse. Fausto no podía hacer otra cosa que perder el habla y mirarla sin reconocer a una hermana. Deteniendo el paso, volvió a hablar.*

*– Se me olvidaba lo más importante –añadía con tono imperante–, si aceptas mi proposición, he de pedirte que nadie sepa lo sucedido hoy, es decir, si decides que yo me haga cargo de él, llevará mis apellidos y no estará al corriente de lo que hemos pactado en este banco. Sólo estos árboles serán testigos. En cuanto a mi marido, le diré que te has ofrecido a la adopción, sin más. No te negaré que le veas, siempre y cuando estemos ambos de acuerdo. Pasarás a ser un tío de la familia para él, un tío que no tuvo suerte en la vida y quedó viudo muy joven. Eso es todo.*

Ana escucha incrédula, es inhumano maltratar de semejante modo a nadie, menos a un hermano. Por un momento, parece que Fausto pierda fuerza y seguridad en sí mismo, tornándose un crío débil y desamparado a merced de un lóbrego destino a veces tan despiadado.

– Después de hablarle de mi hijo y de cómo creí perecer tras la muerte de Isabela, no mostró ni el más mínimo gesto de sentimentalismo. Una vez más de tantas, me rechazaba, me dejaba en segundo plano, me desterraba. Y esta vez de la peor de las maneras. Si quería que mi hijo viviese, me veía en la encrucijada de aceptar un trato despiadado, propio de un corazón como el de ella infectado por la avaricia de un mundo material sin más valores que el del poder. ¿Pero qué podía hacer, Ana?, si no operaban a mi hijo con urgencia

moriría, y después de lo sucedido con mi esposa ese sería mi fin. Ha sido la decisión más dura que he tomado nunca. Terminé aceptando el trato, no tenía más opción. No podía arriesgarme a perder a otro, y ya único ser querido. Así fue como mi hijo continuó con vida y yo morí como padre.

Ana no aparta la vista de Fausto durante todo el relato. Le parece Antonia un ser tan perverso que, por un momento, duda si aquella historia es real o forma parte de un teatro improvisado. Pero no, Fausto no miente, sus ojos son los de un hombre que no cuenta más que la verdad, con el mismo dolor en su rostro de cuanto pudo sufrir aquel día.

– Pasó el tiempo y mi hijo fue operado, su salud era la de un niño sano y fuerte. Mi hermana estaba dichosa, por fin tenía el hijo que Dios no le había dado, el mismo que a mí me arrebataba. Dios no es justo con todos; mientras hayan verdugos siempre habrán víctimas, pero los débiles de ayer pueden ser los fuertes de mañana. Antonia apenas me permitía visitarle los primeros años, se avergonzaba de su hermano pobre. Las visitas eran concertadas en un parque al que acudía con la nodriza familiar después del colegio. No duraban más de treinta minutos, tiempo que mi hermana ordenaba suficiente. No puedes imaginar lo duro que es tener a un hijo delante y no poder decirle que eres su padre. Llegué a idear un plan por día. Pensé en raptarle y desaparecer, pero ¿a dónde? Mi economía no mejoraba y, a fin de caso, él tenía unos padres, un colegio del que recibía una educación correcta, además de todas las comodidades que pudiese necesitar. Hubiese sido egoísta despertar aquel engaño, entregándole a la miseria y pobreza en las que yo vivía. Sólo rogaba que le diesen el cariño necesario, si no mi hermana, su nodriza, que parecía tratarle con la dulzura de una madre. Llegué a calcular decirle quién era, sólo eso, pero ¿qué iba a conseguir?, que mi hermana lo negara por completo inventando algo como: “tu tío es un loco borracho”, a suma de negarme las visitas para siempre. Estaba desesperado, hasta el punto de pensar en quitarme la vida. El sufrimiento era más fuerte que yo. Bloqueaba mis recursos, mi energía, mi coraje para aferrarme a la vida e idear una salida con la que abandonar la miseria en la que estaba inmerso. Finalmente, una mañana como otras, cansado de aquella desdicha cegadora, y con la única motivación de que llegase la visita mensual que me acercaba al pequeño, me encorocé para cambiar mi suerte. Conseguiría ser alguien, alguien con dignidad suficiente para que él se sintiese orgulloso de mí, aunque fuese como tío. Conseguiría que el mismo motivo que nos había separado, el maldito dinero y la ambición manipuladora de una hermana, pasasen

a ser mis aliados. Debía intentarlo, no tenía nada que perder, absolutamente nada. Si conseguía tener una posición honrada, le diría quién era sin que hubiese de avergonzarse de mí, dándole todo lo necesario. En igualdad de posiciones, sería elección suya elegir con quién seguir creciendo. Mi cometido era tener un buen trabajo ganando un salario digno, y ofrecerle todos los recursos de los que disponía Antonia. Pasé interminables días barajando el cómo empezar mi empresa. A las semanas conseguí un puesto en un viejo taller de restauración a jornada completa, pero el jefe, un hombre mayor y viudo con poco más que su negocio, no podía pagarme demasiado; lo justo para mantener el techo en que dormía. Le dedicaba todo el día, sin permitirme hacer nada más de provecho. Pasados más de dos años, entendí que de ese modo me estaba alejando de mi sueño, de todas las fantasías en las cuales recuperaba a mi hijo. Prefería dormir en la calle antes que eso. Así que volví a la caza de ideas, y se me ocurrió una algo arriesgada. Empecé por comprarme un traje y unos buenos zapatos, luego una navaja para afeitarme cada día. Frecuentaría lugares donde se moviese alta burguesía, esperando una casualidad del destino que me permitiese hacerme un hueco en esa esfera social que tanto odiaba, pero que podía salvarme. Terminada mi jornada del taller, iba hasta un café colindante al *Portal de l'Àngel* en el que se reunían empresarios de altos cargos. Me arriesgué demasiado. En prácticamente tres meses llegué a gastar casi todos mis ahorros en betún para zapatos, brillantina para el pelo, espuma de afeitar, y consumiendo el agua mineral con rodaja de limón que me concedía tres horas de barra leyendo periódicos. Uno de los días, un hombre que se reunía cada noche en el café para echar una mano de pócker, estaba solo tomándose un whisky. Vacilé largo rato el arrimarme a él ofreciéndome a su compañía, pero mis nervios eran tales que detenían cualquier intento. Necesitaba un buen motivo, un pretexto para dialogar con él y causarle buena impresión. Tantas noches dejando mi huella solitaria en aquel bar y, cuando aquel hombre, siempre acompañado, se convertía en mi oportunidad, no se me ocurría nada. Todos los discursos que inventase mientras trabajaba en el taller, pasaban por mi cabeza como láminas en blanco. De pronto me miró, y levantando el brazo al estilo victorioso, me eclipsaba con su ademán de acompañarle. Luché en un intento de no sudar ni temblar. Era mi entrada en escena, mi posible adiós a la tristeza. Entonces, sopesando qué historia contarle, ninguna me resultó tan útil como la verdad. Me acerqué tímidamente y le di las buenas noches. El hombre me invitó a sentar, y me ofreció un puro de los grandes. A pesar de no ser fumador, rehusé negar la invitación. Lo encendí con el Zippo que me prestó a continuación, dándole una primera calada sin apenas soltar humo. Por suerte para mí, de lo poco que sabía sobre puros, era que el

humo no tiene por qué tragarse. Me dijo que llevaba un tiempo observándome en aquella barra sin mediar más palabra que la comanda y buenas noches con el camarero de turno. Por lo visto, llamó su atención el verme siempre solo, abriendo la puerta a las nueve clavadas cada noche. Me confesó que le había preguntado a sus colegas si sabían algo del tipo que pasaba más de dos horas en la barra consumiendo café o agua con gas y devorando cuantos periódicos hubiese a su alcance. Ninguno supo responderle. Aquella noche, aquel hombre llegó antes de lo habitual y con la ausencia de sus colegas se animó a invitarme. Tiempo después, me confesaría que esa soledad no había sido casual. Quería conocerme.

Estuve más de media hora explicándole desde que mi mujer falleciese, haciendo hincapié en mi hijo que ya tenía cinco años de edad, y concluyendo los motivos por los que asistía al local. Cuando terminé, él, que había estado escuchándome sin interrupción alguna, se quedó un rato observándome hasta decidirse a hablar. El rato de espera, que no llegó a más de un minuto, se me hizo eterno. Creí haberlo echado todo por la borda, incluyendo los ahorros de dos años. Todo perdido en no más de treinta minutos. Todo por no saber actuar. A sorpresa mía, quedó maravillado con mi acertada retórica. Ese hombre, acostumbrado a codearse con gente de negocios rebosantes de dinero, se dejó seducir por un don nadie, sin nada en la vida por lo que luchar, excepto un hijo de cinco años. Fue entonces cuando quiso ayudarme. Todavía recuerdo claramente su sonrisa, y su cara de no pasar hambre.

*– ¿Acaso crees, amigo mío, que no me había fijado en que llevas tres meses con el mismo traje, los mismos zapatos secos del betún, que solo pides un agua mineral en toda la noche y que tus manos son las de un carpintero que echa poco al estómago y más horas que un reloj? No eres el primero ni el último que se compra un buen traje y entra a cafés de nombre a la caza de una oportunidad. Pero a estos los ves venir, pues llevan escrito en la cara que son unos mangantes de tres al cuarto sin otra cosa que hacer que robar habanos y carteras calientes. Otros más carabelas, rezagados en las labores, entran como el señorito de bien vivir, y a los pocos días te están suplicando que les des un puesto en tu empresa. Pero tú, amigo mío, eres de otra calaña. Se te ve en la cara ser un hombre honrado, espejo del alma, de honor si lo permites, y eso me gusta, pues ya está el mundo infectado de chorizos. Creo que podré hacer algo por ti.*

## CAPÍTULO IX *Llegada al parque (la otra parte de la historia)*

– Aunque no terminé mis estudios porque me casé muy joven y tuve que ponerme a trabajar en una maldita fábrica que odiaba, mi coeficiente era alto y mi esfuerzo también, por ello me decidí a terminar la ingeniería. Quizás de ese modo conseguía tener alguna idea innovadora, llevarla a cabo y hacer una fortuna. Así viví los siguientes cinco años. Trabajaba por las mañanas en la hacienda de un empresario millonario que me ofrecía vivienda y comida gratis, a cambio de cuidar sus tierras de siete a cuatro. Cuando terminaba la jornada, me dirigía en camioneta hasta la facultad todos los días, de lunes a viernes. Ese hombre era un buen hombre y sabía que la vida me había tratado mal. Ese hombre, una noche vio en mí a un pobre desolado, vistiendo un traje que se le resistía, con unos zapatos ya pegados y sosteniendo periódicos con rostro preocupado. Y una noche cualquiera, después de treinta minutos escuchando, encendió la vela de mi esperanza.

– *Amigo, eres todo un genio y sería una pena que lo desaprovecharas. La mitad de hombres con los que me ves cada tarde aquí reunido, no son una cuarta parte de lo valiente que eres tú. Sabes aguantar el tipo, y no te das por vencido. Esas virtudes son de hombre inteligente y eso es bueno, amigo mío. La vida ha sido injusta contigo, pero no es tarde para que cambies tu dicha. Puede que no hayas sabido coger oportunidades al vuelo, o quizás eres un romántico, de los pocos que quedan, pero no desistes ante tus sueños y eso me gusta. Pues si te quedas a puertas de intentarlo, la vida pasará por tus narices riéndose en tu cara. Mírame a mí, un empresario millonario y ni siquiera terminé la facultad. Hijo, cuando las circunstancias nefastas son constantes en tu vida, ciertamente crees que nada tiene solución, pero a todos puede cambiarnos la suerte. Sólo mueve una ficha en acierto y empezarás a crecer. Los grandes cambios empiezan por los pequeños, pero hay mucho gandul suelto. Pero ese no es tu caso. Necesitas ayuda para dar el salto, y yo necesito un hombre hábil y de confianza que me ayude en mi finca. Si así lo deseas, podrás trabajar en mis tierras el tiempo que haga falta. No te faltará cama ni comida y tendrás las tardes libres para retomar tus estudios, que no hay mejor inversión que esa. Esta es mi oferta, tú dirás si es suficiente.*

– Claro que era suficiente. Era mucho más de lo que tenía y podía esperar por el momento. A los pocos días me despedí del taller,

dándole infinitas gracias aquel dueño que envejecía por momentos. En ofrenda a mi agradecimiento, le presenté a un muchacho de dieciocho años que vivía con su madre y tres hermanas huérfanas de padre. A duras penas la familia sobrevivía con la pensión del difunto, así que ese trabajo les llegaba caído del cielo. Se lo presenté al anciano, le pareció un buen fichaje. Aún recuerdo al muchacho corriendo a zancadas hasta la casa, le faltaba tiempo al pobre para informar a la madre. Asimismo, ya no tuve que volver a ese café cada noche fingiendo ser alguien que no era. Se acabaron las mentiras. A partir de ese momento me presentaría al mundo como lo que era, un hombre con pasado y un sueño por delante, que lucharía hasta conseguirlo.

El señor Carles Clenxé me llevó a su finca. Estaba en el campo, a las afueras de la ciudad. Desde la mañana al mediodía me ocupaba de trabajar las tierras, cuidar los animales, sembrar los cultivos y del mantenimiento de la casa. Me pagaba un pequeño sueldo cada mes, que me servía para ahorrar y costearme los estudios. Tenía a mi disposición la furgoneta que podía utilizar siempre que me fuese necesario, fuera de horario laboral. Para entonces rondaba los veintitrés años. Habían pasado tres desde la operación y me había costado más de dos conseguir esa oportunidad, pues como te dije, el desánimo no me dejó actuar antes. Tras largas deliberaciones, decidí dejar de visitarle. Me prometí llegar donde me había propuesto, solo entonces volvería a saber de mí. Fue duro tomar la decisión, pero verle media hora una vez por semana sin poder decirle quién era, fingiendo ser un tío que no existía, lo era más todavía. Ten en cuenta que para él era un hermano de su madre que iba una vez por semana a la salida del colegio, con pocas historias que contar ya que su vida era toda una mentira. Ni siquiera podía sorprenderle con un juguete, apenas le podía llevar unos caramelos de tanto en tanto, que para un niño con todos los lujos que él tenía, era como darle una goma de borrar. Los ratos que pasaba con él nos los perderé nunca, para mi fueron lo único valioso que tenía. En cambio él, muchas de las veces eludía a ese tío raro que no vestía bien y apenas hablaba, y se ponía a jugar con otros niños a pelota. Y no le culpo, nada más lejos de eso, sólo que sufría pensando que mi presencia pudiese causarle vergüenza. Una tarde llamé a mi hermana y le expliqué que me había salido un trabajo fuera de la ciudad. Le dije que no podría seguir con las visitas y que esperaba se hiciese cargo de él, tal y como me hubiese prometido. Aseguré llamarla con regularidad para saber de él. La respuesta no me cogió por sorpresa.

*– Sigues sin saber hacer frente a tus responsabilidades, pero en fin, siempre has sido así. Por otro lado me alegro, prefiero que mi hijo no tenga*

*mucho contacto contigo, podrías influenciarle negativamente.*

A sus ataques me había acostumbrado, pero odiaba escucharla llamándole “mi hijo”. Ni qué decir que le oculté mis verdaderas intenciones. Todo tenía que ser hecho desde la calma y con total meticulosidad. Cuesta creer que haya personas como Antonia, pero por desgracia las hay, y a mí me tocó como hermana.

Realmente la finca estaba cerca de la ciudad. Cada tarde, camino a la facultad, me detenía junto a la escuela y esperaba a que saliese para observarle desde lejos. Así podía comprobar cómo crecía y se convertía en un muchacho fuerte y sano.

– ¿Pero por qué dejaste de ir a verle, no era mejor estar con él aunque sólo fuese media hora? Entiendo tu dolor, ¡pero le abandonaste, Fausto! Todo este tiempo has comparado el amor de un padre con el dinero... ¿crees que a tu hijo le hubiese importado que su padre fuese pobre? Podrías haber dejado que tu hermana pagase la operación y luego marcharte con él muy lejos, a un lugar donde nadie os hubiese encontrado. No se merece respeto una mujer así.

– No podía hacer eso, Ana, Antonia siempre ha sido muy lista, y antes de la operación me hizo firmar un papel ante notario en el que yo le entregaba la custodia absoluta del pequeño. Si llego a fugarme con él me hubiesen detenido por secuestro. Aun así, como te dije antes, barajé esa opción innumerables veces, pero no creí oportuno convertir a mi hijo en un fugitivo. Y no valoro más el dinero que el amor de un padre, solo quería ofrecerle todo lo que necesitase, para que lo que nos separó no volviera a interponerse en nuestro camino. Tampoco dejé de ir a verle porque no le amase más que a nadie en este mundo, no es tan sencillo. No puedes imaginar cómo me sentía a su lado, escuchándole hablar de cómo le iba el colegio, hablándome de cuán buenos eran sus papás con él, y de todos los juguetes que le compraban. Aunque, según decía, les veía poco porque su papá trabajaba mucho fuera de casa y su mamá siempre tenía cosas que hacer. Ana, se me rompía el alma cuando le veía marchar con la niñera y esa inocencia de niño, ignorando lo que sucedía a su alrededor. Escucharle decir papá al marido de mi hermana... –suspira– no puedo explicar con palabras lo que se siente. La semana antes al día de visita no conseguía pegar ojo en toda la noche, pensando en qué le diría y en lo que me contaría él a mí. Era un infierno. Entendí que a veces duele más estar cerca de alguien a quien amas más que a tu propia vida fingiendo algo que no es real, que dejar de tenerle cerca. Por eso mismo, ahora cuando siento algo por alguien, sea amor

u odio, no reparo en decírselo. No comparto esa afición que tienen muchos jóvenes hoy en día de esconder sus sentimientos por miedo a sufrir, fingiendo que nada les conmueve. ¡No saben cuánto se pierden!

Ana le mira con tristeza, y toca su hombro a modo de disculpa.

– Perdón, Fausto, continúa.

Queda poco para llegar a Bomarzo.

– Por cierto –apunta–, antes dijiste Tibidabo, ¿acaso hay una montaña en Roma con ese nombre?

– No que yo sepa. Todavía desconoces mucho, mi querida esquimal. Nací en Barcelona, tu ciudad, igual que mi hijo –la joven le mira extrañada, pero con cierta sonrisa de satisfacción, una sonrisa que significa: “me lo imaginaba”.

– Fui a despedirme. Le expliqué que había encontrado un trabajo lejos, que algún día volveríamos a vernos. Fue muy duro. Por suerte, mi labor en la finca y los estudios me ayudaron a no pensar tanto. Me esperaba como siempre, al lado de la niñera y mirando de un lado a otro para verme llegar. Le di un juego de bolos tallado en madera que hube fabricado regalando horas al taller, y un balón de fútbol comprado con lo poco que tenía.

– *Tío, te echaré de menos. ¿Volverás? Prométeme que sí, te estaré esperando aquí, en el parque* –me dijo.

– *Te lo prometo.*

Me fui con la tristeza de que no sería yo quien jugase con él. Me alejé rápido, no quería que me viese llorar. Ese niño tenía mis valores, no le compraba el dinero. Aun habiendo creído que se avergonzaba de mí, pude reparar aquella tarde que no estaba en lo cierto. Quería a su tío por lo que era, por haber ido a visitarle durante meses, y no por regalarle aquellos juegos y unas cuantas golosinas en tres años.

– ¿Y cuánto tardaste en volver a hablar con él?

Fausto tiene la mirada fija en la carretera, pensativo.

– Más de lo previsto –vuelve a guardar silencio–. Ana, este pueblo que ves es Bomarzo. Aquí está el camino que sube hasta el parque.

Estamos llegando, lástima que sea de noche, pierde toda su belleza. No podremos entrar, sin embargo insistes en ir; dices haber quedado con alguien luego. A veces las personas llegamos tarde a la cita más importante de nuestra vida –añade en tono más bajo–. Tan tarde, que prefieres dar media vuelta y no volver jamás. Aun así iremos, te lo debo. Sólo te he explicado la primera parte de la historia, pero hay mucho más. No he sido tan valiente como pensaba el señor Clenxé. Luchar en solitario es complicado. Tu cabeza cambia, y con ella el rumbo de los acontecimientos. He aprendido que vivir con odio y rencor es la peor de las medicinas. Ahora siento como si mi vida llegase a su fin, si no terminó hace ya mucho tiempo. Le arrebaté a mi hijo el amor de un padre a cambio de su vida, curiosa paradoja. Como te decía, cuando pasas mucho tiempo solo, en ocasiones crees enloquecer. Conseguí licenciarme en ingeniería industrial con veintiochos años, pero el deseado invento que pudiese hacer de mi alguien importante llegó tarde. Llegaron cosas peores. Cuando me hube graduado, me ofrecieron un puesto en una empresa italiana. Me vine aquí a vivir, decidido en reunir esa fortuna y así recuperarle. Las ganancias no fueron tantas, aunque vivía bien. Tenía más de lo que muchos sólo pueden desear. A los dos años, ocupaba un alto cargo dentro de la empresa. Pude comprarme una casa, un buen coche, varios trajes, en resumen, vivir sin preocupaciones económicas. Pero no era feliz, me faltaba lo más importante. Ya habían pasado siete años desde aquella tarde que nos despedimos en el parque. Para entonces, él tenía doce años, yo treinta. Nunca dejé de llamar. Mi hermana me informaba de cómo estaba. Era un estudiante ejemplar. Por lo visto, de los mejores de su clase. Me gusta pensar que heredó mi inteligencia –sonríe–. Jamás tuve el valor de pedir a Antonia que me dejara hablar con él. Me había vuelto inseguro en lo que respecta al pequeño. Tenía un miedo atroz de que, accediera a hablar conmigo y me dijera que no quería volver a verme por haber tardado tanto. Me convertí en un cobarde sin límites. No encontraba el momento de ir en su busca. Me engañaba creyendo que no había reunido el dinero suficiente, o que el niño no querría estar conmigo. Ahora debes estar pensando que al final sí le abandoné, porque cuando pude no fui a buscarle. Y en parte tienes razón, pero no es tan sencillo, repito. El tiempo iba pasando, me hice a vivir con mi dolor.

Nunca amé a nadie más; aunque te cueste creerlo, y creo que no lo harás, mi mujer fue la última persona con la que he estado en la intimidad. Me convertí a la castidad sin ser creyente. Desde que murió Isabella renegué de Dios, de la iglesia y de cualquier institución vinculada al dogma católico. Renegué tanto, que creí ser un justiciero del Diablo. No mal interpretes esto último. Hubo una época,

trabajando en la finca, a los tres años de los cinco que pasé allí, que tuve miedo de perder el juicio. Pasaba demasiadas horas solo, pensando en mi único objetivo. Cuando quedaba menos para conseguirlo, me invadió la angustia de haber fallado en todos mis cálculos. Tenía la sensación de que mi hijo iba a desaparecer; me obsesioné con aquella absurda idea. Por más que llamase a Antonia y me dijese que el chico estaba bien, algo no dejaba de concomerme por dentro. No sé por qué, pero estaba ofuscado con la idea de que debía protegerle. Con los años, confirmaría que fue un presagio. Un día, sin más, aquella sensación desapareció y volví a concentrarme en el trabajo y la universidad; hasta que una noche, antes de mudarme a Roma, soñé que jamás volvería a verle. El pánico me tuvo secuestrado durante semanas. Siempre he dado cierta importancia a los sueños, algunos son premonitorios. Ya instalado en la capital, desde hacía cinco meses, y trabajando en la multinacional, recuperé la cordura dejando de lado aquellos episodios de oscuridad. El tiempo pasaba y, a pesar de ganar cada día más dinero como ingeniero, mis miedos y soledad volvían para acecharme con fuerza. De pronto me di cuenta de la obviedad negada hasta entonces: podía ser que nunca estuviese preparado para contarle la verdad. Me engañaba creyendo que el ganar dinero sería la solución, aun cuando nunca fui materialista. Lo que me paralizaba realmente era hacerle daño al desmontar la gran mentira en la que vivía; la misma en la que su padre había contribuido para llevarse a cabo.

Una mañana no pude levantarme de la cama, no quería ir a trabajar, ni salir de mi cuarto. Pensé que había llegado mi hora, que me moría. Llamé a mi médico particular para que me visitase en casa. Los últimos análisis habían salido bien; su diagnóstico fue principios de depresión y estrés acumulado. Tenía treinta y cinco años, él diecinueve, el tiempo pasaba rápido. Ya hacía trece que no le veía, ni hablaba con él. A los pocos días, un arrebato me llevó a comprar un vuelo e ir en su busca. Así lo hice. Vuelo directo a Barcelona. Hacía años que no pisaba la ciudad condal. Me dirigí hasta la facultad donde estudiaba. Esperé en la puerta más de tres horas, de pie, sin pestañear, únicamente mirando la entrada y salida del edificio, hasta que saliesen los muchachos. Llegó la hora. Uno a uno, me fijé en los que se parecían a él y que tenían alrededor de su edad. Le hubiese reconocido a kilómetros de distancia, pese al tiempo transcurrido, pero no le vi. Esperé hasta no quedar nadie. Cuando ya hubieron cerrado las puertas llamé a mi hermana; quizás no era ese el campus, tal y como me indicase.

*– Antonia, estoy en Barcelona por negocios, me gustaría verle.*

*– Fausto, me temo que no va a poder ser.*

*– Sólo serán unos minutos, sé que debería haberte avisado antes, pero…*

*– No está aquí. Se fue hace dos días, el día de su cumpleaños. No sabemos dónde, no dijo nada. Todavía no ha regresado. Hemos llamado a la policía, llevan desde ayer buscándole, pero seguimos sin rastro.*

Ese día fue el primero tras muchos años que escuché a mi hermana llorar. Desde entonces, el intercambio de llamadas se hizo más frecuente. Tanto, que uno de los días me pidió perdón por todo el daño que me había hecho. La pérdida de nuestro pequeño había ablandado su corazón de piedra, o por lo menos, fue lo que creí entonces. Volví a Roma al día siguiente con aquella tormentosa noticia y recordando la noche de insomnio anterior al vuelo. Tres semanas después de aquello, me trasladé a Barcelona para estar cerca de Antonia y de mi hijo cuando regresara. Vendí las dos empresas de Roma, que forjara tiempo atrás, y me compré una casa en las afueras de Barcelona, en Bellaterra. Sólo me importaba recuperarle. Pasó un año, la policía seguía sin decirnos nada de su paradero. Mi hermana envejeció de golpe. Creo que fue entonces cuando enloquecí del todo. Empecé a viajar durante cuatro años por todo el mundo, en su busca, no di con nada, ninguna pista. Por su parte, mi hermana y su marido pusieron anuncios en el periódico, por radio… Incluso, perdiendo toda su dignidad tan arduamente cosechada, Antonia acudió al plató de un programa televisivo que buscaba a personas en paradero desconocido, ofreciendo cualquier tipo de recompensa. Aquella busca mediática se daría durante los dos primeros meses a su desaparición. Cierto día cesaron en su intento. Ya sólo nos quedaba la policía y Carolina.

Pasados cinco años empezamos a aceptar que jamás volvería; de eso hace cuatro. Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados. Me introduje en sectas intentando hallar salida a mi desgracia. Probé varias religiones que hiciesen frente a mi dolor, entre ellas la budista, pero nada conseguía salvarme. Jugué con fuego hasta quemarme. Perdí el rumbo otra vez, convencido de que ésta vez sería para siempre.

v

Llegan al parque, ya es de noche. Tan sólo la luz de la luna y las estrellas alumbran suavemente el recinto. Se vislumbra la entrada de piedra y una serie de árboles gigantescos que dan cierto aire lúgubre

al lugar, en medio de la oscuridad nocturna. Están solos.

– ¿Y qué tengo que ver yo con esto?, ¿por qué me cuentas esta historia? Antes me has dicho que mi vida está en tus manos, todavía no me has aclarado nada al respecto. Quiero saber qué está pasando y qué viste en mí el día que nos conocimos. ¡Quiero que me lo cuentes!, si no tendré que pedirte el móvil para decirle a alguien que venga a buscarme.

– Enseguida, mi esquimal. Después de su desaparición ya te he dicho que enloquecí. Me daba todo igual. Cuando me cansé de viajar e introduje en todas esas sectas, perdí una vez más todo lo que tenía. Incluyendo todo mi dinero. Pude mantener mi casa de Roma, la de Barcelona, mi coche y todos mis trajes, que aun siendo un patrimonio elevado, no lo era en comparación a cuanto llegué a tener. Esto fue hace solo unos meses. Ya han pasado nueve años desde que fui a casa de Antonia... ¡Cómo pasa el tiempo! No me preguntes de qué modo, pero me ofrecieron un trabajo. Ganaría mucho trabajando poco, sería una especie de detective privado. Acepté, a pesar de no terminar de gustarme la idea. Nunca me ha parecido ético robar la intimidad de las personas, menos aún por dinero. Puede que con todo lo que te he contado te cueste creerlo, pero así es. El primer encargo fue hace sólo tres meses. Un psicólogo gallego, afincado en Roma desde hacía años, que había dejado en la calle a uno de los socios fundadores de su bufete, temía por su vida. Desde hacía unos meses, vivía con la sensación de que alguien le vigilaba. Sospechaba de su antiguo socio, quizás por venganza. Mi labor era protegerle, y en caso necesario disparar a su asesino. Existen más trabajos de los que sabemos en los que la vida humana sólo vale un talón lleno de ceros. Mi cliente no se equivocaba, planeaban su muerte.

## CAPÍTULO X *Recuerdos de una presencia y de un embarazo*

Era verano, julio exactamente, Ana se alegraba de poder salir antes del trabajo. En aquellos días, la tienda rebosaba orgullosa sin tiempo a oxigenarse de la multitud que entraba y salía ininterrumpidamente, ni siquiera podía ausentarse dos minutos para fumar un cigarro en la trastienda. Extranjeros que elegían Barcelona para gozar días de playa, paseos por el casco antiguo, visitas a la Sagrada Familia y noches de fiesta incansables, revivían cada rincón y local de la ciudad, por pequeño que fuera, otorgándole el anhelo de no ser olvidado. Cuantos pasaban por la librería Calabuig se dejaban seducir por un cartel que se leía en la puerta.

"Classic literature in all lenguages from 7 euros"

Algunos de ellos, sin vacilar demasiado, entraban a curiosear reclamando paso entre la multitud que adornaba el interior. El señor Pere i Calabuig, negociante de primera, sabía sacar provecho de su tienda durante todo el año; y en verano, era el turno de los turistas.

– Señor Pere, he de salir ya, si no llegaré tarde.

– Descuida, ve tranquila, hija. Josefina te releva, ella me ayudará con los compradores –respondía sin dejar de sonreír a los recién llegados.

Eran las once y media de la mañana y tenía hora a y cuarenta y cinco en el CAP del distrito, a cinco minutos del comercio Calabuig. Caminaba deprisa, no por llegar tarde sino por ser ese su paso habitual; algo así como si la estuviesen persiguiendo. Era su carácter nervioso lo que la impulsaba a llevar ese trajín, aunque vivir en una ciudad despierta a todas horas también contribuía a ello.

Cuando hubo llegado al CAP subió hasta la consulta número ocho,

planta dos. Doctor Sánchez, se leía en la puerta. Se sentó a esperar su turno, observando aquella sala que parecía impaciente por cobrarse vidas. Era curioso ver la cara de algunos cuando la enfermera salía de la consulta, hoja en mano, leyendo el nombre del siguiente y éste, orgulloso, gritaba el "yo" como si estuviese cantando "bingo", o el "sí quiero"; mientras, los no premiados ponían cara de *pócker* porque otro más les robaba su turno.

Siempre tenía que esperar más de veinte minutos, pero, aun sabiéndolo, no ajustaba demasiado la hora pues si se le pasaba podía tocarle la sesentona vestida de domingo, a la que habiéndole rogado que le dejase pasar, ésta, indignada por el atrevimiento, contestaba un: "mira, niña, llevo aquí más de cuatro horas, *cuaa-troo*, así que tendrás que esperar hasta el final a que te cojan, como hacemos todos". Todavía no satisfecha con la bronca, se arrimaría a la que tuviese al lado, alguna señora de aspecto remilgado calentando silla como tantas otras, para decirle: "esta juventud, se creen que nosotros los mayores no tenemos nada qué hacer. Desde luego, no tienen ética alguna". La otra, que apenas oiría a sus más de ochenta años, asentiría dando la razón y aumentando el orgullo de la portavoz si es que no tenía ya suficiente.

Mientras esperaba oír su nombre, se prometía, con la absurda convicción de muchos jóvenes de que ellos nunca repetirán los hábitos de sus mayores, que cuando ella envejeciese su distracción no sería echar la tarde en la consulta del barrio. En parte se solidarizaba con ellas, pues a muchas de las allí presentes nadie les escuchaba más de lo que lo hacía el médico de cabecera; el banco del parque sentía más su ausencia cuando no iban a visitarle, que no algún familiar, o amigos que ya no existían. Ver la tarde pasar frente al televisor, recordando unos tiempos que parecían borrados. Recuerdos de juventud y de un amor de los de entonces, fragmentos de una película sin estrenar..., amores que tuviesen hacía ya demasiados años. "Cuando sea mayor me gastaré mi pensión, si es que la tengo, en viajar por todo el mundo –divagaba mientras miraba aquel circo de los dolores– aunque espero poder hacerlo antes de…"

– ¿Ana Alcobas?

– Sí. –"Veinte minutos de retraso, podría haber sido peor".

– Siéntate. Dime, Ana, ¿qué te trae por aquí?

– Bueno, verá, últimamente he estado un poco nerviosa por los exámenes de la universidad y por el trabajo, acumulación de faena, y me ha costado dormir; cosa que me extraña porque no acostumbro a tener problemas de sueño. Y cuando despierto me duele la cabeza horrible.

Después de varias preguntas por parte del médico, sobre si fumaba, si tomaba algún medicamento…, y otras tantas respuestas en boca de ella, se tumbó en la camilla para que la auscultase y le tomase la tensión.

– A doce y a seis estás bien, para tu edad y constitución es lo correcto. Voy a hacerte un volante para que te hagan una resonancia magnética y miren de qué vienen esos dolores tan fuertes. Seguramente será acumulación de estrés, pero no está de más hacerte unas pruebas. A partir de los resultados buscaremos el tratamiento correcto. Mientras tanto, sigue con el ibuprofeno.

Pasados dos meses le hicieron las pruebas, y a las dos semanas tenían los resultados. No hallaron nada extraño. Su cerebro y sistema nervioso andaban con normalidad. El riego sanguíneo, la masa muscular, los tejidos fibrosos... todo parecía estar correcto. Diagnóstico: acumulación de estrés.

## V

Para octubre de aquel año, Ana y Oliver llevaban dos meses instalados en Caldes de Montbuí. En un principio el lugar resultó ideal. La casa estaba situada al final de una calle en pendiente, rodeada por otras, una colina y un prado enorme; y justo detrás, a pocos metros, resistía una ermita de piedra medio en ruinas considerada monumento histórico del pueblo. La casa constaba de dos plantas y un pequeño jardín al que embellecía un sauce llorón. Y el rincón perfecto, en el salón, una chimenea a leña que incentivó la decisión de alquilarla.

Era lunes, la noche anterior el señor Pere i Calabuig la llamó para

comunicarle que cerraba la librería todo el día por motivos personales, la primera vez que lo hacía desde que trabajara con él. Al parecer, su mujer se encontraba peor que de costumbre y éste decidía quedarse en casa para cuidarla. Ana se tomó el día libre eludiendo también las clases de la universidad. Despertaba a las diez de la mañana. Hacía un día estupendo, el sol presumía fúlgido desde la ventana de su habitación. Fue al lavabo a asearse y acto seguido, se preparó un tazón de café con leche como era costumbre. Lilith y Marte ya esperaban vigilantes a que les abriera la puerta para salir al jardín. Se adentraron campo a través para dar un paseo, hasta llegar a la ermita. Ana se sentó en una roca de la entrada con su cigarro y su café, mientras Marte y Lilith competían amistosamente a ver quién era el más rápido. La zona estaba tranquila, apenas un coche se oía a lo lejos cruzar la carretera y algún pájaro ofreciendo su serenata matinal. De pronto, unos pasos que sonaban cerca de ella la sobresaltaron; se giró de golpe a ver quién era, pero, para sorpresa suya, no vio a nadie. Quizás hubiese algún animal escondido dentro de la ermita, buscando algo con lo que llenar el estómago. Después de algunas dudas, y ayudada por la seguridad que ofrece la luz del sol, se decidió a entrar; pues, según contaban algunos vecinos del pueblo, aquella ermita estaba habitada por un ente extraño que en ocasiones había asustado a algún que otro vecino. Al parecer, más de un curioso con problemas de sueño se había acercado por la noche dando un paseo y, muerto del susto, tal como llegaba corría pradera abajo. Contaban que una voz de mujer, con cierta cadencia melódica, les había llamado por su nombre y les invitaba a entrar para hacerle compañía. Haciendo caso omiso a la leyenda y armada de valor, echó un vistazo a cada rincón de la estructura. Por su lado, Marte y Lilith seguían jugando ajenos a cuanto le sucedía a su dueña. Dentro no había más que roca, maleza seca y algunas ramas de árbol mal cortadas. Volvió a la entrada y, una vez fuera, siguió sin ver a nadie, aunque a pesar de la ausencia tuvo el absurdo convencimiento de que la espiaban. Sin más lógica que la de unos pasos perdidos en el campo, un miedo atroz inundó su cuerpo. Como de la nada, volvió a escuchar las pisadas a la vez que un aire frío soplaba en su oído izquierdo, bajándole por la nuca y terminando en el cuello. El sobresalto fue tal que, sin titubeo alguno, se dirigió corriendo hasta la casa.

– ¡Marte, Lilith, nos vamos!

Estos, concentrados en su recreo, torcieron la cabeza y miraron a la joven con expresión de asombro e indignados por tener que irse tan pronto. Cruzó la valla del jardín, a los pocos segundos entraban los

perros. A salvo en su refugio, permaneció plantada unos instantes observando la ermita. Por primera vez desde que llegase al pueblo, aquel monumento en ruinas se le antojó maldito, tenebroso, falto de toda seguridad. Barajó la posibilidad de que, cuando hubo escuchado los pasos, ese alguien estuviese en el lado opuesto a la iglesia caminando campo abajo, y, camuflado entre los árboles, no había podido verle. Aunque las pisadas las había oído demasiado cerca, como si por un momento el visitante sin rostro se sentase a su lado. “Habrá sido un animal que merodeaba por las ramas y no me ha dado tiempo a verle. Nadie se ha sentado a mi lado, son sólo imaginaciones mías”. Caso cerrado. Entró a casa y se sentó en el sofá a terminar el café que apenas había probado. Miky se lanzó en su busca.

– ¡Qué sustos me das! Ven aquí.

En lo que Ana volvía en sí, Marte y Lilith ladraban al unísono desde el jardín. Parada junto a Micky, esperó impaciente a que los perros se tranquilizasen para asomarse a ver qué pasaba; un pánico irracional detenía cualquier reacción inmediata. Los ladridos cesaron y con el silencio llegó la decisión de levantarse. Ambos perros subían aprisa los peldaños de la escalera.

– Marte, Lilith ¿qué pasa? –preguntó todavía desde adentro–, ¿por qué ladráis así?

– ¿Hola, hay alguien? –interrumpió una voz. Ana cogió a Lilith en brazos, que no dejaba de besarle la cara.

– ¿Sí, quién es?

– ¿Ana?, soy Carmen ¿puedo pasar? –preguntó la casera.

– Pasa, Carmen, estoy en el salón.

– Hola, he imaginado que tú u Oliver estabais cuando he visto la puerta del jardín abierta. Quería preguntarte si tenéis luz, en mi casa se ha ido.

Ana la miró fijamente, recordando los ruidos en la ermita.

– Sí que tenemos –afirmó, mientras accionaba el interruptor del pasillo.

La casera no hacía más que ojear el interior de la vivienda como buscando algo, y como si Ana no estuviese presente.

– Vaya, entonces no es general. Bien, te dejo con tus cosas. Ya nos veremos en otro momento. Perdón por molestarte.

– Carmen, ¿puedo hacerte una pregunta?

La casera, que ya cogía el pomo de la puerta para abrirla, se giró de golpe dibujando una media sonrisa.

– Claro, tú dirás.

– ¿Has ido hoy a la ermita? Hace un momento estaba allí sentada y de pronto me ha parecido oír a alguien. Y he mirado a mí alrededor, pero nada.

– Pues no. Acabo de salir, iba a hacer un recado, pero al ver la puerta del jardín abierta he aprovechado para preguntarte lo de la luz.

– ¿Dices que estaba la puerta del jardín abierta?

– Sí, así es, por eso deduje que estaríais en casa, siempre que os vais la cerráis. Por los perros imagino.

– Sí, eso mismo, pero ahora que lo pienso, recuerdo perfectamente haberla cerrado cuando he entrado.

– Pues estaba abierta de par en par.

– No lo entiendo, qué raro... ¿No habrá alguien que ronde por las casas? ¿Algún vecino?

– Nunca estoy por las mañanas, por lo que no sabría decirte, pero creo que no tienes que darle mayor importancia. El pestillo de esa puerta no es muy seguro y hoy hace viento. Ahora, si me lo permites, te dejo, tengo que hacer unos recados. Que tengas un estupendo día, Ana.

Cuando Carmen se hubo ido, bajó para cerrar con llave. De repente, unos pasos similares a los que escuchara en la ermita sonaban detrás de las ramas que cubren la valla.

– ¿Quién anda ahí?

Abrió de nuevo y, rápidamente, se dirigió al lado del jardín del cual provenían las pisadas. Finalmente, unas ramas secas sonaban no muy lejos y a pocos metros, una silueta delgada se perdía a prisa por el arbolado.

– ¡Tú, no huyas! Espero no volver a verte, ¿me oyes?, ¡no vuelvas por aquí!

Un sentimiento de asfixia en el plexo solar la obligó a apretarse el pecho con ambas manos, su respiración parecía desvanecerse. Subió las escaleras ayudándose con el brazo izquierdo, mientras con el otro seguía presionándose. Ya dentro de casa, cerró la puerta también con pestillo. El pánico que sintiese por un momento la había dejado exhausta, como en un combate cuerpo a cuerpo. Habiendo recuperado la energía y algo de calma, encendió el portátil para intentar olvidar lo sucedido. Miró el correo electrónico: “No tiene mensajes nuevos”. Seguidamente, escribía en el buscador de Google: “El Periódico online”. Una noticia que hablaba sobre la nueva compañera de Susi, la elefanta del zoológico de Barcelona, llamó su atención por el titular:

(*1) “Tras la depresión de Susi a causa de la muerte de su compañera Alicia, la elefanta del zoológico de Barcelona vuelve a sonreír con su nueva amiga.

## V

La tarde que Ana y Oliver se reencontraron en la biblioteca de la universidad, se alegró enormemente de que él también fuese vegetariano. Pues ella, de rápida fascinación, consideró aquella casualidad como una señal más del destino de que Oliver era el hombre de su vida.

Un noviembre, cuando ella aún vivía en la Plaza Real y Oliver en casa de sus padres, discutieron por desigualdades de opinión. Ana, como otras tantas ocasiones, decidía poner fin a la relación. Casi se había convertido en un entretenimiento de ésta el separarse para luego volver con él. Afirmaba que una discusión con reconciliación a tiempo ayudaba a recuperar la pasión perdida. Pero aquel día de noviembre la pasión cruzó los límites al encuentro del alba. Ese día sintió miedo real. Miedo de que el chico se cansase de sus juegos, y por ende le dijera no haber ya marcha atrás. En un ataque de pánico, rozando la medianoche, fue en su busca. Cogió el último tranvía del día, arrepentida por lo sucedido y dispuesta a pedirle otra oportunidad.

– Oliver, no sé qué me pasa. Cuando estoy a tu lado soy feliz, siento que eres el hombre de mi vida, pero en la distancia, cuando no nos vemos, vuelven los recuerdos del pasado para atormentarme y me provocan una ciega desconfianza hacia ti. No logro entender por qué me rechazaste tanto tiempo. Fue muy duro. Te llamaba sin tener respuesta, quedábamos y no aparecías... ¡me hacías sentir como una auténtica mierda!

– Ya hemos hablado de eso muchas veces. Éramos dos críos que llevaban una vida loca y no sabían lo que querían. No le des más vueltas, ahora es distinto. Olvida el pasado; si no confías en mí esto no va a funcionar. Lo importante es estar bien ahora, da igual lo que pasase hace años, pero está claro que si cada dos por tres vamos a estar así no tendremos futuro. Como no cambies el chip, mucho me temo que un día de estos será la definitiva.

– No se trata de confiar en ti, lo que sucede es que no puedo olvidar aquello. Eres la misma persona que entonces, aunque haya pasado el tiempo y digas que has madurado. ¿Cómo puedo tener la

certeza de que algún día no harás lo mismo? Si al menos supiese el motivo... Oliver, necesito que me expliques por qué me rechazabas.

Sentada a los pies de la cama que ocupaba Oliver con ademán de llorar, sin haberse sacado la chaqueta todavía, luchaba por seguir en aquel cuarto a expensas de una explicación, o tener el valor suficiente para dar media vuelta, salir por esa puerta que tantas veces había cruzado y no volver nunca más. Después de casi un año desde que se encontraran en la biblioteca de la facultad, aquellos recuerdos de un Oliver que tantas veces la había despreciado, humillado, abandonado en una plaza contando minutos para ver a alguien que nunca llegaba…; momentos clavados en su mente, escondidos en los más recónditos poros de un corazón que se niega a aceptar la derrota. Un corazón que, cuando creía soportar los golpes de un sueño ya olvidado, volvía a despertar alertándola y sumiéndola de nuevo en un dolor que la desangrase tiempo atrás. Y en ese instante, por más días que hubiesen llovido desde entonces, ella seguía viendo el mismo rostro del que en innumerables ocasiones la invitase a sentir el mayor abismo de la incertidumbre: el de no saber por qué, el de no tener la respuesta a tantos desprecios.

Oliver la observaba en silencio, con aquella mirada que parecía franquear los pensamientos de la joven.

– Está bien, Ana, puede que tengas razón, tú ganas. Ya veo que si no te cuento la verdad no estarás nunca tranquila. Te mereces una explicación. Hubiese deseado no tener que contártelo porque me duele recordar, y la verdad... me avergüenza. También por miedo a que mal interpretes mi postura. Has de pensar que yo era un crío, pero quiero que lo nuestro funcione, sea cual sea el precio a pagar, créeme.

El rostro de la satisfacción dibujó su cara. Quizás había conseguido que Oliver le revelara por fin un gran secreto. Llena de júbilo, se quitó el abrigo y tomó asiento recostando la espalda en la pared.

– Ana –continuó Oliver–, cuando tú y yo nos conocimos me gustaste desde el primer momento. Me pareciste un ángel, distinta a todas las chicas a las que había conocido antes. Aquella noche que estuvimos hablando en la terraza de la discoteca, la misma que dices que fue donde te fijaste en mí, aquella noche terminé enamorándome

de ti por completo. Cuando me dijiste que yo te gustaba no podía creer que fuera cierto. ¿Que te hubieses fijado en mí? Siempre he sido un tipo tímido e inseguro, así que en vez de reaccionar como lo hubiera hecho cualquier otro, me entró el miedo y empecé a evitarte.

– ¿Pero por qué? No lo entiendo, yo te abrí mi corazón.

– Lo siento, Ana. La verdad es que siempre he sido así, un tío raro e introvertido. El caso es que no sé si por ponerte a prueba o porque se me fue de las manos, pero empecé a ignorarte. Cuando te ofrecía citarnos, días antes, no dejaba de pensar en ti, en aparecer y hacerte mía, pero luego, en el último momento, mi cabeza me lo impedía, tenía miedo de enamorarme locamente y sufrir. Pero tú seguías ahí, insistiendo, intentándolo... y yo caía de nuevo. A veces las personas dejamos de hacer cosas por miedo, hasta que un día es demasiado tarde para cambiarlas. Con el tiempo, tú, aunque seguías buscándome, empezaste a fijarte en otros. Yo te observaba, Ana. Sé que no está bien lo que hice. Aquello, el verte reír o bailar con otros, me ponía enfermo; siempre he disimulado muy bien.

– Pero si hacía eso era para darte celos. ¡No me lo puedo creer! ¿No me estarás diciendo todo esto para arreglar lo nuestro, verdad?

– ¡Ana, por favor! Yo no tengo tanta imaginación como tú, demasiado me está costando confesarme. El caso es que me imaginaba que flirteabas con otros para darme celos, aun así no me gustaba. Empezó a cambiar la imagen que tenía de ti –apuntó haciendo una pausa.

– ¿Qué? Esa imagen la creaste tú. ¿Y ahora te quejas? Si no hubieras pasado de mí... ¡no me lo puedo creer!

– Te puse a prueba, lo siento; y me fallaste.

– ¿Qué te fallé? Eras un cobarde.

– Puede –continuó él sin perder los nervios–. Aquello, el que hubieras tonteado con otros, te lo hubiera perdonado, en cierto modo,

como tú dices, lo provoqué yo, pero lo que vino después no.

– ¿Lo que vino después? –Oliver la miró desafiante.

– Sé lo que tuviste con Raúl, él era mi mejor amigo.

Todavía duda si fue un capricho de su mente materializando un deseo, o una premonición acertada, pero al despertar, tras una noche de confesiones y reconciliación, sintió cómo una vida crecía en su interior. Al mes del encuentro, el test daba positivo.

Absorta en la pantalla del portátil, recordaba aquella noche apenas olvidada. Pensando en su condición vegetariana, en el médico que visitó en verano, en Susi la elefanta del zoológico de Barcelona, volvían uno a uno aquellos recuerdos fugaces que la cubrían de tristeza. “Es curioso cómo vuela la mente humana”.

Cuando supo que estaba en estado su primera reacción fue de alegría. Aquel bebé no era buscado, pero podía sentir cómo una vida crecía dentro de ella. Una vida minúscula que iría nutriéndose poco a poco de su ser, fruto de una noche de pasión y de un amor que parecía resistirse a su final.

v

Tumbada en el sofá, una trágica fecha, acaso reciente, ocupaba ahora sus memorias. Se asomó por la ventana del comedor para despejarse, y vio a su vecina comprobando la luz; encendía y apagaba la bombilla de su habitación.

– Ya funciona –le dijo de ventana a ventana.

– ¿Se había ido?

– Ha sido por una factura devuelta, estos del banco...

De vuelta al sofá, recuerda que cuando saliese camino a la ermita con Marte y Lilith había visto a los sobrinos de Carmen jugando en el jardín. “¿Por qué no ha ido a casa de su hermano a averiguar lo de la luz? Nunca aparece por aquí”. De pronto, un terrible dolor de cabeza la dejaba apenas con aliento. Tras semanas sin tener ninguno, éste era tan fuerte que cayó desplomada al suelo. Cuando hubo despertado, se encontraba tumbada en la habitación de un hospital, rodeada de tubos y máquinas. Oliver reposaba a un lado de la cama, y Lucía descansaba en la silla de las visitas.

– ¿Qué día es? ¡Tengo que ir a trabajar!

– Ana, ¿cómo te encuentras? Tranquila, hija, estás bien. Creen que ha sido un desmayo, tienes anemia. El doctor dice que deberías comer aunque fuese pescado.

– A la mierda. ¿Qué hora es? Quiero irme a casa. Es mi día de fiesta. Mañana trabajo y he de madrugar. Vámonos, estoy bien.

– No vas a ir a ningún sitio –añadía Oliver.

Dispuesto de pie, junto a la cama, la miraba apenas en silencio con aquella mirada penetrante que tanto le caracterizaba.

## CAPÍTULO XI *La desaparición*

Son más de las siete, el tiempo escasea. No ha calculado que tardarían casi media hora en salir de la ciudad con el coche.

– ¿Y qué pasó? ¿Mataste al asesino?

– Mi labor era proteger a mi cliente, me pagaba para eso, pero lo de matar..., no imaginé que sería tan difícil cuando acepté el trabajo, aunque se tratase de un sicario sin escrúpulos. No me sentía capaz de terminar con la vida de nadie. Como te dije antes, no soy un asesino.

– Pero dime, ¿le mataste? –insiste.

– No, no le maté. Estudié el caso exhaustivamente. Una mañana desperté con la intuición de que esa noche era la noche. Por lo visto, el plan era esperar a que mi cliente llegase a una mansión alejada de la ciudad, donde vivía con su familia. Cuando el asesino le viese apretaría el gatillo de la muerte y se iría sin dejar rastro, asegurándose de que las balas habían cumplido su parte. Al anochecer, fui hasta su casa para esperar la llegada del verdugo. Como te he dicho, según mi premonición, ése era el día; dudé haberme equivocado, pero algo me repetía a continuo que no, que esa noche la peor de mis sanciones estaba por llegar, aun sin entender el porqué. Muy a mi pesar, no me equivocaba. Por ello, por si mi visión fallaba, decidí no alertar al hombre y actuar sigilosamente. Me escondí cerca del lugar. Mi cliente llegó con su Mercedes a la hora prevista, el blanco del asesino era perfecto. Sólo tendría que apuntar correctamente con el L96/AwM de mira telescópica que seguramente le habrían asignado. Era el momento. Mi cliente accionaría el botón del mando que abría la verja automática, y desaparecería del marco. El tiempo se agotaba, ambos teníamos que actuar. La imagen cobraba vida de nuevo en mi cabeza, estaba seguro, no me equivocaba, pero no lograba dar con la posición del sicario. Podía ver el coche, sentir el disparo... El tiempo escaseaba, y las huellas no aparecían. De pronto “vi”, y lo que vi me pareció imposible, sin lugar a dudas, mi mente me jugaba una mala pasada. No podía ser. En ese instante me creí aliado con la locura.

– ¿Pero qué viste?

– Antes de continuar he de aclararte algo, cuando vives tantos infortunios como lo he hecho yo, aprendes a simplificar o a magnificar la importancia de los hechos según más te convenga. En ese instante tuve que simplificar. Y justificar. Di con el punto exacto donde estaba el verdugo, podría haber disparado con la total certeza de darle y todo habría terminado. Yo habría cumplido mi parte de forma exitosa y la sangre habría hecho justicia junto a tantos años de historia. No me condenarían por muerte alguna, estaba protegido por los servicios de inteligencia y espionaje italianos. En un marco legal, era como un agente de policía disparando a un agresor, pero esto ya te lo contaré en otro momento.

– ¿Así que eres un espía de la policía?

– No exactamente. Déjame que siga, me limitaré a la parte que a ti concierne.

Aquel apunte hace que le vea de otro modo. Por lo que cuenta, es alguien con algún tipo de poder especial para "ver" lo que otros de manera convencional no alcanzan ni a imaginar. "Quizás es por ese don por lo que decidieron contratarle. ¿Entonces será cierto? ¿Puede saber lo que sucederá en el futuro?"

– Como te decía, sólo debía apretar el gatillo, la bala se ocuparía del resto. Pero no pude.

– ¿Por qué no?, iban a matar a tu cliente, él confiaba en ti. Te contrató para eso. Le traicionaste. No digo que una muerte justifique a otra, pero te comprometiste a protegerle. Eres un cobarde, Fausto, abandonaste a tu cliente igual que a tu… –calla. "Hijo".

– ¡No te permito que digas eso, Ana! –le corta–. ¡Eso no! Recuerda que has tenido suerte de caer en mis manos, si no ahora estarías muerta. Tú y yo buscamos algo y estoy convencido de que no somos tan distintos. Así que no me juzgues. Hice lo que debía para salvar la vida de mi hijo. Todo lo he hecho por él. ¡Todo!

Ana se asusta cuando ve a Fausto perder los papeles por un momento, hasta ahora tan paciente y educado. Y vuelve a caer en la cuenta de que su vida está en peligro y que quizás él es el único que puede evitarlo.

– Perdona, no era mi intención decirte eso. Tienes que entender mi

estado, acabo de saber que alguien quiere sacarme de en medio; sigue, por favor.

– Con el tiempo verás que no puedes dar nada por seguro, ni siquiera quién eres. No debes fiarte de nadie, Ana. Las películas de acción que nos venden cada día en los cines, de mafiosos, asesinos y juegos de poder, no son una invención cinematográfica, para desgracia nuestra forman parte de nuestra realidad. Tienes suerte de tener ese "don" que aún desconoces, te ayudará de aquí en adelante. Cuando empieces a creer te salvará de muchas situaciones, te lo aseguro.

Fausto ya le ha mencionado ese "don" que supuestamente tiene más de una vez, pero aún no le ha detallado al respecto. Puede intuir a que se refiere, aunque no está del todo segura que exista.

– Bien, ¿por dónde íbamos? –continúa recuperando el aliento–. La verja. Cuando debía disparar, el pánico me hizo preso de él. No podía hacerlo. Si lo que acababa de "ver" era cierto, aquel disparo se convertía en la broma más pesada que me gastase la vida. Entonces, una luz de esperanza se posó frente a mí. Pude sentir que aquel asesino no quería hacerlo, porque no era un asesino. Seguramente era su primer trabajo y, allí, en ese escenario macabro, se cernía sobre él la culpa de haber aceptado el trabajo. ¿Cómo matar a un inocente? Podía sentir el sudor frío que cubría su cuerpo dentro de mí. Aposté todo a una carta. Me arriesgué a creer que no tendría el valor suficiente, que daría marcha atrás. Ese chico necesitaría ayuda, pues los hombres que contratan a estos sicarios no se andan con tonterías y si no cumplen el trato son piezas que sobran. Aun así aposté: no iba a hacerlo.

El tiempo de disparar se le agotaba. En pocos segundos mi cliente habría entrado y la verja automática se cerraría. Miré por la mira telescópica de mi arma buscando el rostro del muchacho. Llevaba un pasamontañas que me impedía distinguirlo, pero me alcanzó para ver que estaba temblando. Se hallaba atemorizado. Yo estaba en lo cierto, no era un asesino. Recé con todas mis fuerzas para que mi cliente entrase ya, dando fin a aquella broma maldita. Inmediatamente llegó el fatídico desenlace. Cuando la verja empezó a abrirse y el acelerador del coche sonó impaciente, me quedé inmóvil esperando su entrada y apuntando al sicario. "Entra ya, maldita sea", me repetía una y otra vez. La duda empezó a acecharme. No sé si por curiosidad de disparar aquel rifle, por miedo a que le estuvieran vigilando, o porque quizás sabía que aquel hombre iba a salir en ese instante y su parte más irracional de ser humano quería hacerlo a voluntad de otra persona, el

caso es que disparó al techo del automóvil. Sentí como la bala nacía del pánico y empapada de dolor. Si algún espía de su jefe le estaba vigilando por ser ese su primer trabajo, podría declarar que su puntería había fallado a causa de los nervios. Si era por curiosidad de accionar el rifle con silenciador, aquella bala acabaría en el suelo sin ruido alguno y sin llegar a matar a nadie. Con suerte, al día siguiente la encontrarían junto a la entrada y yo debería comunicarle a mi cliente que estaba en lo cierto, que querían matarle y era conveniente aumentar toda medida de seguridad. Si el asesino había disparado porque su parte más perversa deseaba dar muerte a aquel hombre, tendría que aceptar que había dejado morir a mi cliente injustamente; aun así, mi conciencia descansaría tranquila. Entonces vino la sorpresa, mi cliente iba a morir y su asesino se iría por donde había llegado. La partida estaba cerrada.

Cuando el sicario disparó, no al hombre si no al techo del coche, el azar le regaló su muerte. Mi cliente salía del Mercedes, y la bala atravesaba su sien derrumbándole al momento. Me quedé allí inmóvil, incrédulo, a la vez que consternado, observando la escena en primera fila. Por lo visto, la valla electrónica se había encallado y mi cliente debió salir a comprobar por qué no se abría. De manera automática fui hasta mi coche a esperar que el verdugo marchase con su parte cumplida, y seguirle las espaldas. Pude ver cómo corría furioso sin mirar atrás. Encendí mi coche y bajé con las luces apagadas por la carretera que daba a la principal.

v

Aquella noche, cuando llegué al hotel que había reservado, estuve en estado de *shok* durante horas. Cuando subí a la habitación, habiendo ganado la batalla al tiempo, no pude encender la televisión, ni disfrutar de la bañera de hidromasaje, ni abrir el mini bar para dar un trago que sedara mi furia. ¡Nada!, no pude hacer nada; me tumbé en la cama y permanecí quieto, pensando, esperando a que el sueño se apiadara de mí. “No puede ser verdad, es una broma del destino”, es lo último que recuerdo haberme dicho. Desde aquella noche no consigo descansar bien; llegada la hora de dormir, las imágenes se me repiten sin piedad. Las pesadillas me persiguen...

– Fausto, sigo esperando tu respuesta. ¿Por qué no le mataste?

– Ana, en mi lugar hubieses hecho lo mismo.

A la mañana siguiente recapitulé lo sucedido. La familia del que era mi cliente no se puso en contacto conmigo ya que no sabían de mi existencia; desconocían que padre y marido estuviese escoltado. A los dos días, con las pocas fuerzas que me animaban a hacerlo, acudí al entierro. Desde una esquina del cementerio pude ver a una mujer y a unas hijas destrozadas, llorando como alma en pena. Por un momento tuve ganas de presentarme, decirles que él era un buen hombre, que temía por su vida, motivo por el cual había contratado mis servicios. Les miraba repitiéndome de continuo que yo había permitido aquel funesto escenario. Pero no lo hice, no les dije nada, tan siquiera me vieron. Respecto al trabajo, omití ciertos puntos de lo sucedido aquella noche, y pedí mi baja voluntaria en los servicios de espionaje. Aún con mi reciente ingreso en los mismos, argumenté no poder seguir con la responsabilidad asignada. Como motivo, mentí, diciéndoles que mis dotes facultativos estaban fallando, que no había sido capaz de salvar la vida de mi cliente porque no supe ver que “aquella noche era la noche”. Les engañé inventado mi propia coartada, les dije que la noche del asesinato estuve en casa estudiando cómo dar con el plan perfecto. Sin forma alguna de comprobar mi testimonio, creyeron cada una de mis palabras. A fin de cuentas, por qué iba a mentirles dejando en tela de juicio mi profesionalidad, y más importante aún, afirmando que el don por el cual me habían contratado empezaba a fallar. Me hicieron jurar ciertos votos de confidencialidad, además de entregar mis armas y credenciales. Después de dos meses de tribunales dentro del cuerpo, confirmaron mi

baja del departamento sin mancha alguna en mi expediente. Solo han pasado tres meses desde aquella noche, pero no consigo olvidar la cara de aquella familia inmersa en la desolación. Tampoco el momento en el que “vi” el rostro del verdugo.

– ¿Pero entonces viste su cara?, me has dicho que llevaba un pasamontañas y que...

– Lo “vi” de otra manera, Ana –le corta Fausto.

– ¿Cómo de otra manera? ¿Cómo supiste lo que iba a pasar? ¿Acaso tienes poderes o algo parecido? ¿Por qué no mataste al asesino? Dime, ¿por qué arriesgaste tanto, Fausto?

– Hice lo que debía.

– ¿Lo que debías?, lo que debías era proteger a tu cliente, no ponerte del lado contrario. ¿Por qué tengo que creerte? Esta historia es… me supera, Fausto. ¿Seguro que no fallaste?

– Eso es lo que me vi obligado a contar, que fallé, pero no es la verdad.

– ¿Y conmigo? ¿Qué pasará ahora conmigo? ¿Soy yo el próximo trabajo de ese asesino sin escrúpulos y lo has averiguado?, ¿qué vas a hacer? ¿Fallar en el último momento y dejarme morir?

Fausto guarda silencio y, agachando la mirada, se apoya en el volante del coche detenido junto a la entrada del parque.

– ¿Cuándo se supone que debo morir? ¿Cuánto tiempo me queda? Di. ¿Lo sabes? ¿Te lo han dicho tus premoniciones? –pregunta agitada.

– No va a ser hoy, tranquila. La que me preocupa no es tu vida, es la de otra persona. Tú estás a salvo. “No vas a morir”, se dice.

V

– Cuando viajé a Barcelona para ver a mi hijo, me encontré con la peor de las noticias: había desaparecido. Al terminar de narrarme mi hermana lo sucedido, le pedí citarnos. La conversación que mantuvimos al teléfono ya te la he contado. Esta vez le dio igual que fuese de día y en un parque cualquiera. Sabía que mi posición social era ahora igual o mayor que la suya, además con la pérdida del pequeño su carácter frío e insufrible parecía haberse tornado más compasivo. Me explicó lo sucedido en detalle.

*– Ha sido una tragedia, Fausto, desde que se fue no consigo dormir. Estoy desesperada. No sé qué hacer, dónde acudir, a quién pedir ayuda. Mi marido se ha puesto en contacto con todos los comisarios de Barcelona. Han dado órdenes en la frontera francesa de que si ven a un chico de sus características cruzar la zona lo detengan y nos lo comuniquen al momento. Lleva un coche blanco, modelo Ford descapotable; fue su regalo de cumpleaños por haber aprobado el carné de conducir. Se lo dimos hace un mes, estaba ansioso por conducirlo. Les hemos dado la matrícula y todos sus datos, pero todavía no saben nada –le explicaba Antonia nerviosa.*

*– Antonia, debes tranquilizarte, no puede haberle pasado nada. Ni te plantees un accidente de coche, a estas alturas ya lo sabrían y te lo habrían comunicado. ¿Y su móvil?*

*– Apagado desde hace dos días.*

*– ¿No os dijo nada?, si tenía pensado hacer algún viaje, ir a ver a algún amigo, si tenía novia… algo, no sé, alguna sospecha. ¿Ni una nota?*

*– No, hermano, nada. He pensado en eso a todas horas. En intentar dar con algún indicio que me ayude a saber su paradero, pero no recuerdo nada importante que pueda servirnos de ayuda. No tiene novia. Iba mucho con un amigo suyo, un tal David, pero él tampoco sabe nada; no le ha llamado ni le comunicó nada de su partida. Al pobre le han estado interrogando durante dos horas seguidas por ser un posible sospechoso, ¿sospechoso de qué? Pobre David, está igual de preocupado y consternado que nosotros. Podrían habernos detenido, Fausto, si no fuese porque mi marido tiene contactos. ¿Te lo puedes creer?, nosotros sospechosos de su desaparición. ¡Es una locura!*

*– Antonia, relájate, no perdamos los nervios. Tenemos que contratar a un detective privado. La policía hace sus investigaciones, pero nos limitamos solo a sus vagas especulaciones y a su método arcaico. Necesitamos más puntos de vista, más manos en el asunto, alguien que se implique al cien por cien –"y eso se consigue o movido por las emociones o por dinero", piensa"–. Tenemos que agotar todas las opciones posibles. Un detective profesional estudiará todos los detalles: el carácter del chico, las relaciones que mantenía, cómo era en su vida privada... no dejará hueco alguno. Puede que encuentre una pista que nos acerque a él. Hay que hacer todo lo posible. Me trasladaré a Barcelona hasta que demos con él, no voy a moverme hasta que regrese nuestro hijo. Quiero estar cerca y al corriente de todo cuanto sucede. Pasado mañana volveré a Roma y dejaré mi empresa a cargo de mi socio de confianza, vendré lo antes posible.*

*– Fausto, hay una cosa que no te he contado. Ayer, cuando nos estuvieron interrogando en casa a Josep y a mí, nos pidieron todo tipo de documentación y datos sobre el niño. Intenté ponerme en contacto contigo para explicártelo pero no cogías el teléfono.*

*– Ayer tuve el móvil apagado, pasé mala noche. Y el de casa lo desconecté. No quería estar disponible para nadie. Mi viaje no ha sido por negocios, Antonia, tuve el impulso de venir a verle. Sé que he estado años desaparecido para él, pero... me olí que algo no andaba bien.*

*– Sigues con tus sueños... Fausto, les he mentido –continuó Antonia rompiendo a llorar–, les dije que Josep y yo somos sus padres. Como le pusimos nuestros apellidos en el Registro Civil, en su documentación constamos como padres legítimos. Ahora tengo miedo de que investiguen y descubran que les he engañado. Podrían detenerme por ello, por ser una posible sospechosa.*

*– ¡Pero qué dices, mujer! Además, tu marido tiene contactos en el cuerpo. Olvídate de eso, no saquemos las cosas de quicio, entiendo tu desesperación pero no perdamos el norte. Debemos mantener la cabeza serena. Tampoco hay que ponerse en lo peor, podría aparecer de un momento a otro. Dices que sólo lleva dos días desaparecido y está en una edad complicada. Quizás sólo ha sido una rebeldía adolescente y vuelva arrepentido con una explicación.*

*– Ojalá, Dios te oiga. Fausto, si llegan a saber que tú eres su padre biológico y el chiquillo vuelve en unos días no quiero arriesgarme a que descubra nuestro secreto, ¿entiendes ahora?, me siento entre la espada y la pared.*

*– ¿Por qué iban a averiguarlo? Sólo consta en la partida de nacimiento que sus padres biológicos somos Isabela y yo, ¿para qué iban a mirarla?, no tiene sentido. Insisto, en unos días todo esto habrá acabado. Mi hijo va a volver, en el caso de que no sea por voluntad propia el detective que contratemos lo encontrará. Si me pregunta la policía les diré que soy su tío y punto. Es cuestión de días. Lo único importante ahora es dar con él. Además, después de tantos años fingiendo he llegado a creer que realmente es lo que soy, su tío –mintió, para ganar su confianza.*

*– Ten cuidado con lo que dices, no me gustaría que pudieras ser sospechoso de algo y te detengan; a pesar de todo eres mi hermano.*

Siempre supe que la preocupación no era por mí, sino por ella. Volví a Roma; vendí mi empresa y las acciones de bolsa a mi socio. Le conté lo que sucedía, pero sin demasiados detalles. Aceptó. Para él era una gran oportunidad. Era más joven que yo, con una familia a su cargo y la oportunidad de heredar una empresa pionera en el mercado industrial. Tardé tres semanas en dejarlo todo listo, tres semanas en las que Antonia seguía sin saber nada de él.

Aterricé en Barcelona el primero de marzo. Alquilé un piso en el Borne para estar más cerca de Antonia, pequeño, pero suficiente para mí; la casa que había comprado en Bellaterra me quedaba más lejos del centro, y no quería perder ni la más mínima posibilidad de, inclusive, cruzarme con él por la ciudad. Investigué durante una tarde entera para dar con el detective adecuado, no quería cualquiera, tenía que ser el mejor, aunque supusiera perder un par de días. Al día siguiente llamó mi socio desde Roma para darme el número de uno que, según decía, era el más prestigioso de Cataluña. Había estado informándose desde Italia para ayudarme en agradecimiento a mi trato con él. Le correspondí enormemente por aquel gesto: tenía a su cargo todos los derechos de empresa. Llamé al número que me facilitó. Para mi sorpresa atendió una voz de mujer. Por su tono deducí que contaba con unos cuarenta años de edad, poco habladora, lo justo, y muy profesional. Cuando la conocí en persona me trasmitió total confianza. Estaba seguro de que era la adecuada. Siempre he creído que las mujeres tenéis mayor sensibilidad e intuición que los hombres, y eso sería idóneo para encontrarle. La policía que investigaba el caso, paralelamente, me localizó. Se presentaron un día en casa con una orden de detención. Habían hecho las investigaciones pertinentes y decían saber que yo era el padre del niño. Según ellos, aquello me convertía en posible sospechoso. No me sorprendió la visita, pues sabía que tarde o temprano vendrían a por mí. Estuve dos días incomunicado en un calabozo sin saber nada de lo que pasaba en el

exterior. Hasta que la noche del segundo día me soltaron. Al parecer, mi hermana había confesado la verdad de nuestro secreto por miedo a que pudiera pasarle algo. Fue ella quien pagó la fianza para sacarme de allí. Quedé absuelto y sin cargos. Una vez más, Antonia me hacía pasar un mal trago y terminaba solucionándolo con su dinero. Llegué a pensar que se había propuesto joderme la vida, pero en ese momento no tenía ni buenos ni malos sentimientos hacia ella; mi única ambición era encontrar al pequeño. Más tarde confirmaría que la policía no había investigado lo suficiente, y que Antonia había omitido ciertas verdades, de lo contrario, hubiesen dado con la cesión de custodia voluntaria que me obligó a firmar años atrás. Mi hermana me había delatado por miedo a ser detenida, además de pagar una generosa suma por el silencio de aquellos fantoches uniformados.

v

– Carolina, después de mi mujer, se convirtió en la hembra más bella con la que he compartido parte de mi vida. Llegué a enamorarme de un modo del que no me creía ya capaz. Era hermosa, dulce, comprensiva, inteligente… reunía todos los requisitos que únicamente había conocido por separado. En ella lucían fértiles e inmediatos. Me duele decirlo por si Isabela me oye esté donde esté, pero apuesto que entenderá que sobre el corazón nadie manda. Es el órgano más libre e independiente que poseemos y sin embargo somos sus eternos esclavos. Lo que emerge del corazón nadie logra detenerlo, Ana.

Ambos quedan en silencio unos instantes. Él recordando sus vagos episodios de amor, ella saboreando un beso en el Puente de San Angelo. Entonces, recuerda que Francesco espera su llamada, casi lo ha olvidado. Desprovista de todo aparato a los ojos de Fausto, resuelve pedirle el suyo.

– Tengo que hacer una llamada ¿me prestas tu móvil?

Absorto en la historia que está narrando, recordando días que se antojan más lejanos que nunca, le pregunta sin pensar:

– ¿Cómo sabes que tengo móvil?

– Por favor, Fausto, no veas fantasmas donde no los hay, menos a estas alturas del cuento… todo el mundo tiene móvil.

Fausto sonríe y mira a Ana con orgullo. Son las ocho y veinte, hora

en tiene que llamar a Lucía para que contacte con Francesco. No ha sido sincronización, sólo la hora que marca el Chévrolet verde. Sale del coche, sin reparar en la temperatura exterior. La noche acecha fría en la altura de la montaña; en el cielo bailan los astros, con la única melodía de unas ramas de árbol luchando cuerpo a cuerpo con el viento. Marca delante el dígito que ha buscado en internet para que el número salga oculto.

– ¿Lucía?

– Ana, ¿eres tú?

– Sí, yo misma.

– ¿Qué tal el cine? ¿Te gustó la película?

– La película genial, ya te contaré. Lucía, ¿puedes llamar al número que te di?, el de Francesco. Dile que venga a recogerme ya, por favor.

– Vale, te oigo un poco mal ¿Cuándo voy a verte?

– Si tienes tiempo en menos de una hora. Puedes acompañarle si quieres.

– ¿Yo? ¿A dónde? Ana, llamaron dos veces, no lo he cogido, creo que ponía...

-Da igual, Lucía –contesta pensando en Oliver–. ¿Vendrás?

Entra de nuevo al coche muerta de frío, y le entrega el teléfono a Fausto, que lo recoge sin preguntar nada sobre la llamada.

– No sé qué piensas ahora mismo después de todo lo que te he contado. El don que poseo sólo funciona cuando me concentro para que así sea, si no sería una auténtica locura, saber a continuo lo que piensan otros, ¿imaginas? Hay ciertos ejercicios mentales que he aprendido con los años para controlar este capricho que Dios me ha dado. Como te dije ayer, es sobre todo cuando tengo delante a la persona cuando lo que “siento” gana claridad. A veces son sólo imágenes que llegan a su antojo; éstas no tengo modo de controlarlas, al menos por ahora. Aún quedan cosas por contarte, Ana, aunque por el momento han sido más de las que pensé ayer en primera instancia cuando te ofrecí citarnos. No quiero dejarme detalle alguno, mereces

estar al corriente de lo que sucede. No podía llegar y decirte: “hola, me llamo Fausto, sé que alguien quiere matarte, pero voy a impedirlo”. Hubieses salido corriendo o me hubieras tomado por loco. Tan siquiera me preocupa que hayas llamado a la policía y vengan ahora hacia aquí. “Sé que no lo has hecho”, piensa. Seguramente aún no confías en mí, pero vas a ver que no te miento en nada.

– En algo sí. Me dijiste que no habías vuelto a estar con una mujer desde que falleció tu esposa. ¿Y Carolina?, la detective privada.

– No te he mentido, no he vuelto a estar con nadie, al menos en la intimidad más íntima.

– Vivíais juntos! Tenemos una hora, sigue, por favor.

– Carolina y yo estuvimos compartiendo mi piso del Borne, pero nunca hubo nada sexual entre nosotros, a pesar de ambos desearlo. Ella es una profesional ante todo y yo demasiado romántico, me temo. Durante meses hizo exhaustivas investigaciones, habló con todas las personas que habían tenido contacto con él. Descubrió más de lo que hubiese imaginado, pero no su paradero. Pude ver fotos suyas, vídeos, escritos que hacía en clase, exámenes... Tuve que pedirle que reservara ciertos puntos para ella, no quería robar la intimidad de mi propio hijo. Aun así, era una mujer inteligente y sabía que antes de enseñarme cualquier dato gráfico, primero sopesaría que no fuera a impactarme demasiado. Alguno de esos vídeos, celebrando la Navidad, un cumpleaños, sus obras de teatro..., me acercaron a él más de lo que había estado nunca en aquel parque. ¡Cuántos años perdidos! Años que nada ni nadie podrá devolverme. Toda mi vida luchando por alguien que sólo alcanzaba a tener en mi recuerdo y en unas fotos de papel. Ahora debe rondar los treinta, tu edad.

– Seguramente sabes más de mí de lo que imagino...

– Puede. Naciste un veintiséis de julio de 1.980, en la maternidad de Barcelona. Hija de José Luís y Lucía. Tienes un hermano siete años menor que tú. Estudias en la Universidad Pública de Barcelona Antropología, y vives en un pueblo a unos treinta minutos de Barcelona en coche, aunque no tienes carné de conducir. Trabajas en una librería y tienes novio desde hace unos tres años, pero la relación no funciona del todo bien porque lucháis en bandos contrarios. Eres una chica con un don que puede ayudarte a hacer grandes cosas y ayudar a otros, pero como no crees en él, no sabes utilizarlo. Aunque como te dije en el bar, sospecho que empiezas a tener Fe.

– Tienes buena memoria, sigue, por favor.

– Lo que más me sorprende es que llegado a este punto sigas aquí escuchándome en silencio, sin insistir en que te dé el nombre de quién quiere matarte, y sin mostrar el más mínimo comportamiento de miedo hacia mí. Sé que eres una chica sumamente desconfiada, por ello no logro entender cómo te muestras tan tranquila. Más sorprendente aún es que llegases al lugar de la cita y me dijeras de venir a Bomarzo, después de nuestro extraño encuentro en una plaza de Avenida República. Ana, puede que a otra persona hubieses logrado confundirla, no dudo que aprendes rápido, pero conmigo juegas en desventaja. Apuesto a que esta noche volviste a soñar... Quizás seas tú ahora quien tenga algo que contarme.

– Pero después debes responder a mi pregunta... ¿por qué no le mataste?

## CAPÍTULO XII *Baile en el parque*

– La tarde que nos vimos en la plaza cerca del albergue donde me hospedo tenía una cita a las cuatro. Una cita con un chico que conocí hace tres días. Lo pasé genial. Fue un guía estupendo tal y como me había prometido. No dejó que ninguna calle se resistiera a su AudiA3, cruzamos toda Roma en coche, mientras me explicaba anécdotas de ciertos lugares y me nombraba los monumentos que cruzábamos a ambos lados. Cenamos en un restaurante cerca del Castillo San Angelo que, para mi sorpresa, juraría haber visto antes. En un sueño, puede. Bebimos cerveza, una jarra de litro y acompañando al postre un licor de limón, *Limonchello*, exquisito. Cuando bebo con problemas suelo decirme que el alcohol cura las heridas del alma, quizás por eso ayer no bebí tanto: la compañía de mi amigo disipaba mis males. También ayuda a hablar más de la cuenta, le resumí media vida en poco más de una hora. Terminada la cena, no sin antes cruzar el puente, fuimos a tomar unas copas a un barrio que no recuerdo el nombre, muy conocido en Roma…

– ¿El Trastevere?

– El mismo. Aquel día me había llevado una mala noticia, mi novio Oliver me enviaba un mensaje de móvil para decirme que estaba con otra. No quería creerlo, todo pronosticaba a que sería yo quien le dejaría, pero ya ves, las probabilidades a veces fallan. Supongo que aquel mensaje ayudó a que me decidiera a quedar con el chico, en otra situación no hubiese aceptado su invitación; ¿o sí?, quién sabe. Soy mujer de una sola persona, puedo fantasear con otros, pero no soy infiel. Aunque dejarme por mensaje y a kilómetros de distancia… ¡por favor!, ni al peor de tus enemigos. Eso hizo que me dejase llevar –Fausto asiente–. He de añadirte que hace un tiempo entendí cierta premisa: “Si amo a alguien le amo con el corazón, no con la cabeza”. Todos somos diferentes, con fallos y virtudes, y yo demasiado exigente. ¿Quién soy yo para cambiar algo que no me pertenece? Nada es exclusivamente nuestro. He aprendido a adaptarme, a intentar que me guste lo que tengo, como mínimo a respetarlo. El

problema es que hace meses perdí la ilusión por amar a Oliver, por luchar a contra corriente, por intentar ver en sus defectos rarezas que le hacían diferente al resto... He de asumir que mi amor por él ha llegado a su fin, y hasta hoy me negaba a verlo. Después de leer aquel mensaje, mientras tomaba el mejor café con leche que he probado nunca, yo, al igual que tú, creí enloquecer. Me puse a caminar como una histérica sin paso firme, desorientada, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Concluí frenar en un locutorio en busca de alguna respuesta que descansara en mi correo y me diera más detalles. Para desilusión mía, topé con algo peor. Desprovista ya de toda esperanza, anduve de nuevo hasta parar en un parque. Allí la presencia de alguien me sacó de mis amargos pensamientos, tú. En un principio no te reconocí, tenías un aspecto... cómo decir... diferente. La conversación en el banco ya la sabes. Luego volví al albergue, tal y como dijiste tenía una cita a las cuatro. Era él. Entré. Allí estaba, esperándome, como hacía tiempo no me esperaba nadie, con su tiempo vendido dispuesto a gastarlo conmigo. Cuando llegamos al bar del Trastévere, nuestros cuerpos fluían más cerca; un beso selló la herida sobre aguas del Tíber, arrebatándome la absurda convicción de que no sería otro que Oliver quien robase mis labios. Entre abrazos que no podría describirte, sino como algo celestial que escapa a las palabras, un fluyente de energía recorrió mi cuerpo como una descarga eléctrica. El aire se detuvo en mi pecho, dos materias que dejaban de ser sólidas unificadas entre sí, con el único deseo de que la noche no borrase la vibración de sus almas. Un nirvana de sentimientos que todos hemos sentido alguna vez, y sabemos que no permanecerá eterno. En la última copa, mi amigo dijo algo que de pronto rompió la magia: “a veces dormimos con nuestro enemigo y no queremos darnos cuenta; aprende a escuchar los mensajes que te da el viento”. También me dijo que “el amor está en el aire, solo hay que aprender a olerlo”. ¿Entiendes a qué se refería?

– Desde luego esas frases salen del corazón. Están hechas para ti, y sólo tú puedes entender su significado, mi pequeña esquimal. Te diré que, yo también tengo cierta premisa: “un mismo escenario puede ser visto de distinta manera según quién lo mire o el ángulo desde el que se haga”. Lo mismo sucede con ciertos proverbios; todas las interpretaciones pueden ser correctas según quién las haga y en qué momento de su vida se encuentre. Por eso, nadie mejor que tú puede entender esas frases. El equilibrio del Universo reside en cada detalle, Ana. A veces, algo que rechazas contribuye al nacimiento de lo que estabas esperando. El sólo hecho de que suene una canción que no te gusta en la emisora de radio, puede llevarte a cambiar de frecuencia y justo en ese instante sonar en otra la que tanto deseabas escuchar. Por

ello, hemos de entender que lo malo es a lo bueno, lo que lo bueno a lo malo. Y para que el principio de la causalidad exista, debe existir el bien y el mal, la diversión y el aburrimiento, lo feo y lo bonito... las dos caras de una misma moneda. En el azar hayamos la magia del simbolismo, imagino que habrás estudiado sobre el tema en tu carrera. Dime, ¿qué pasaría si no sintiéramos dolor y permaneciéramos apoyados sobre un fuego?, sufriríamos quemaduras de tercer grado. Así que debemos agradecer a la Vida el darnos la Bendición de sentir dolor, pues nos permite estar alerta. En ocasiones, ciertas situaciones o personas aparecen en un determinado momento de nuestras vidas para regalarnos una lección que no olvidaremos jamás. Cuando eso sucede, podemos sentirnos en privilegio, pues la gracia de Dios ha caído sobre nosotros. Mira, Ana, según el momento de tu vida en el que estés, una misma frase puede parecerte muy distinta según quién te la diga y cómo te la diga. Lo mismo pasa con las imágenes, los sonidos, los olores… El Mundo está en continuo movimiento y nosotros nos movemos con él. Así que nunca des nada por absoluto. Hay mensajes que no te hablan durante años y, de pronto, un día los recuerdas y es como si despertase una parte de tu cerebro que estaba dormida. De repente, entiendes su significado y te revelan un gran secreto. Te aconsejo que escuches todo lo que te dice tu interior antes de seguir almacenando respuestas de afuera. Sócrates ya dijo aquello de: “Sólo sé que no sé nada”, y en cierto modo tenía razón. La verdad es que no podemos definir el Universo, pero las personas necesitamos respuestas, explicaciones... entender, que nos convenzan, si no sería el caos de la ideas. Imagínate vivir en un mundo en el que nada estuviese definido, que todo fuese relativo, vacío, carente de sentido, de dogma... No podríamos sobrevivir, aún menos coexistir. Así que, mi pequeña esquimal, no vivas sólo pensando, vive también sintiendo. A veces es igual de importante la respuesta que la pregunta.

Ana permanece en silencio, baja el asiento del coche para estirar las piernas y se queda inmóvil, casi perdida, mirando el cielo estrellado desde la luna del coche. Por unos instantes, le parece que lo sucedido hasta ahora carece de importancia. Se le antoja la vida tan real como los sueños, y exenta de toda realidad pierde el aplomo incesante que hasta ahora la ha mantenido en alerta. Todas las historias transcurridas desde que llegase a Roma, pierden su peso en el aire, y le devuelven la inocencia que se tiene al nacer, cuando no existe otra verdad que la de un infinito entero por explorar, sin traumas, sin miedos…, con todo aún por aprender.

Pasados los minutos, incorpora de nuevo el asiento.

– Sí, puede que esa frase no pueda entenderla nadie mejor que yo, pero no excluye que alguien me ayude a hacerlo; de otro modo, quizás no estaría aquí contigo. Lo más gracioso fue que después de decirme aquello me invitó a dormir con él y, claro, me pareció una broma de mal gusto, "¿dormir con mi enemigo?", pensé. Me propuse no descansar hasta descifrar el significado de aquel juego de palabras, pero la excitación mental dispersaba mis energías en el intento. Desarmada ante el cansancio que me ordenaba cerrar los ojos, me limité a pedir que la noche hiciese el resto. Me tumbé en la cama, y sin más aliento que el de la pronta mañana, me dejé envolver por un coma profundo a expensas de que mi abuelo viniese a ayudarme. Hacía años que no sabía nada de él hasta que el segundo día a mi llegada a Roma se presentó en la habitación. Me resultó suficiente analogía la frase de mi amigo con aquella visita sorpresa. Sin duda tenía que ser él, un guía que reside en el viento. Ha sido el encuentro más maravilloso que he tenido en años. Y de nuevo, en esa habitación de albergue, con tres compañeras de cuarto que ya dormían, la revelación del enigma me fue concedida tan clara como el agua. Tuve un sueño precioso.

*Jugábamos en un parque rociado de amapolas y otras flores silvestres que conferían al lugar un manto de tinte y aroma exquisito. Un capricho de belleza natural. Era de día, me cogía en sus brazos y alzándome al aire me daba vueltas guardando equilibrio en aquella espléndida tierra. Me hacía reír, me abrazaba, me besaba. Me dijo que estaba esperándome en un lugar donde siempre hay paz, pero que la espera sería larga, pues así debía ser. Fue entonces cuando supe que mi muerte no está cerca, armándome del valor que había olvidado estos días. Me habló de amor y ruptura. De sangre porque se hacía justicia; quizás por eso el campo lucía rojo, preferiblemente. La persona que había creído durante años ser el amor de mi vida podía estar engañándome, añadió, porque en su consciente más profundo no lograba perdonarme por algo que sucediese hace ya demasiado tiempo. Pero no debía estar triste, pues otra persona en su lugar me haría más dichosa. Lo que me animó a acudir a tu cita fueron sus últimas palabras: "Mi dulce Ana, un hombre te revelará un gran secreto, puede cambiar tu vida, pequeña. Debes escucharle con gran atención y estar atenta a los detalles. Ve tranquila, él no quiere hacerte daño".*

Dado el contexto en el que me encuentro, ese hombre eres tú. Antes de despedirse me preguntó: "¿Por qué has venido a Roma?" Me quedé pensando. "Para visitar un parque, abuelo, un parque que está en Bomarzo". Al menos, eso creía hace unos días. Entonces, me cogió de nuevo y elevándome una vez más recitó con entusiasmo su último

verso: “¡Y a qué estás esperando! ¡Vuela! Ve hasta allí y escucha todo lo que te diga; no sólo él, también los árboles. Ve hoy mismo, mi dulce Ana, no hay tiempo que perder. Visita ese parque, pequeña.”

Quizás éste sea el “don” del que tú hablas, que puedo comunicarme mediante sueños con quienes ya no están entre nosotros. Mi abuelo murió antes de conocer a ningún nieto, incluyéndome a mí; preso del desánimo, decidió terminar con su vida a los cincuenta y seis años. Apenas sabía más de él que lo poco que me contase mi madre, y ciertos hilos de información rota que me entretenía a hilvanar en reuniones familiares, cuando alguno de mis tíos escapaba cierto comentario sobre él. Las fotos eran pocas, suficientes para tener una que vela mis noches junto a la cama, a la que siempre miro y beso antes de dormir.

v

– Una tarde, a la salida del colegio, cuando tenía trece años, fui a casa de mi amiga Marisa y sucedió lo inesperado. Estábamos las dos en el salón, y, no teniendo nada mejor que hacer, cogimos el tarot de su madre para preguntarle si a fulanito y menganito les gustábamos. En una de las respuestas, sentí una voz respondiendo un “sí”. Muerta del impacto, con el miedo que se siente a esas edades, le pedí a mi amiga dejar el juego. Lo grande pasó luego. Puedo asegurar haber borrado aquel suceso de mi mente durante años, hasta que un día, sin motivo aparente, lo recordé sin tener la certeza de que fuera cierto. La única manera de contrastar mis dudas era con ella, con Marisa, a la que hacía mucho que había perdido la pista. Una mañana, nueve años después del incidente, pude cotejar la veracidad de mis recuerdos. Marisa cruzaba un semáforo de la Meridiana con sus dos hijos de la mano de los cuales no tenía constancia. “¿Madre de gemelos?”, quedé asombrada. Tras una rápida puesta al día de cuánto nos había sucedido durante esos años, le pregunté.

*– ¿Recuerdas lo de mi abuelo, lo que pasó en tu casa cuando íbamos a octavo de E.G.B.?*

*– ¡Ostras, sí, qué fuerte!, lo había olvidado, pero ahora que me lo recuerdas tengo la escena aquí metida –dijo señalándose la sien con el dedo índice.*

*– ¿Entonces no son imaginaciones mías?*

*– ¿Imaginaciones? ¡Pues no fue grande el susto que pasé yo ni ná!*

*– ¿Tienes tiempo para un café?, podrías refrescarme la memoria.*

*– Te paso la escena enterita si quieres –Adornada en un salero andaluz, tocaba su frente y luego la mía.*

Cansadas del oráculo, y tras el pequeño susto, encendimos la televisión. Acomodadas ya en el sofá, con un jovencísimo Will Smith de fondo en un inolvidable príncipe de Bel-Air, volví a escuchar la voz que escapaba a mis oídos. Más bien era una melodía que vibraba dando tumbos en mi cabeza. Acto seguido noté la presencia; se manifestó primero en una sombra gris, a un metro del suelo, hasta formarse una silueta en la que pude distinguir el busto de un hombre que portaba sombrero. Lo que recuerdo claramente, pues enfrentaba a las leyes de la lógica, es que a diferencia de cuando oí aquel "sí" en nuestro invento del tarot, esta vez no tenía miedo alguno. Pero a pesar de aquella insólita calma, no lograba entender qué estaba sucediendo; creí que mi imaginación se disparaba sin freno, pero, de repente, no sabría decir por qué, supe que aquella presencia era la de mi abuelo materno. No fueron sus fotografías las que me ayudaran a saberlo, pues la silueta, que yo recuerde, no pinceló facción alguna, más bien era una certeza instintiva. La voz nombró a mi abuela, a mi madre, mis tíos... Asombrada por aquel discurso que ya fluía con naturalidad expresa, me atreví a preguntarle por qué me había elegido a mí si no me hubo conocido en vida; su respuesta fue: "porque eres la única que no tienes miedo". O quizás era la única que creería en aquello. Intentando dar crédito a lo que oía, le pedí que me hiciese una señal, a lo que respondió: "las cartas". "¿Las cartas?", repetí yo en voz alta. Antes de empezar a jugar a las brujas con el tarot, estábamos en la habitación de Marisa leyendo unas cartas que nos escribíamos entre amigas cuando empezamos el instituto. "¡Las cartas que hemos dejado encima de la cama!", dijo Marisa. Fuimos hasta su cuarto y para asombro de ambas, aquellas hojas llenas de letras que dejásemos en la cama sin orden alguno, lucían colocadas en forma de cruz. No recuerdo muy bien, la verdad, pero imagino que se nos pondría la piel de gallina cuando vimos aquello. De vuelta al comedor, le di las gracias por la señal. Seguidamente, el ruido de un libro que impactaba en el suelo volvió a sobresaltarnos. Cayó de uno de los estantes de la librería. No sin cierto reparo, me acerqué a cogerlo. Era una monografía de Elvis Presley. Con el libro ya entre mis manos, mi abuelo habló de nuevo: "a tu tío el mayor, de joven le decían que se parecía a Elvis Presley". Yo, que ignoraba aquel detalle, me lo tomé como otra señal; si es que acaso la anterior no había sido más que suficiente.

Marisa, en su carrera por refrescarme la memoria, me añadió que cuando dejé de hablar con él me dieron ganas de ir al baño y ella se ofreció a acompañarme porque le daba miedo quedarse sola en el comedor. Según me contase, surgió un olor a puro de la nada que en menos de un minuto perfumó todo el cuarto. Ésta, si con más miedo del que ya tenía y en un intento de fuga, se peleó con el pomo de la puerta que se negaba a obedecer; encallada o lo que fuere, estuvimos poco más de dos minutos turnándonos las fuerzas hasta que por fin pudimos abrir. Cuando le expliqué a mi madre lo ocurrido, se negó en rotundo. Se dedicaba a torcer el cuello de derecha a izquierda, mientras repetía un aburrido: "que no, te digo que no"; siempre ha mantenido que sufro de fantasía. Pero al decirle lo de mi tío se le cerró la boca de golpe, y creo que el corazón se le hizo un pellizco. Supongo que tener una hija que hablase con fantasmas no era plato de orgullo, precisamente. Una semana después de aquello, aburrida en una clase de instituto, la puerta del aula se abrió y cerró sola, a pesar de no haber más viento que el bostezar de algún descarado. Algunos miraron de golpe, dando por zanjado el asunto cuando a un atrevido se le ocurrió decir: "El gracioso del 2B, seguro". En cambio, yo, supe que era mi abuelo que venía a despedirse. Desde aquel día no volvió a aparecer, por lo menos con la misma claridad de entonces o siendo yo consciente, hasta ayer en el albergue. Con lo ocurrido, me volví más sensible e introvertida. Entre mis amigos, cuando salía de fiesta y bebía una copa de más, era una chica alegre y comunicativa, pero en círculos más cerrados o con gente de menos confianza me mostraba como una simple observadora que calculaba y analizaba cualquier detalle por simple que éste fuera. Fue como si un canal de percepción, distinto al que utilizamos de ordinario, se abriese dentro de mí pasando a ser igual o más real que el otro. No sé cómo explicarlo, pero creo que puedes entenderme. Una tarde, a puertas de dejar los quince y en plena crisis de adolescencia, sufrí un ataque de ansiedad y terminé ingresada en un hospital, en la planta psiquiátrica, donde estaría dos semanas. Cuando el doctor me preguntó el porqué de mi estado, le di un sin fin de motivos sobre el pesar que suponía sentirme incomprendida, los cuales sólo revelarían una crisis existencial de adolescente. A las veinticuatro horas de hablarles sobre mis divagaciones paranormales, como oír voces, sentir presencias o la necesidad de buscar respuestas a cualquier enigma que se me antojase importante, recibí mi diagnóstico: "trastorno mixto de la personalidad con tendencias obsesivas compulsivas". Aunque según el médico debía medicarme de por vida, decidí hacer caso omiso a su propuesta, pero aproveché la coyuntura para saltarme algunas clases con el pretexto de padecer episodios de estrés. Alguna vez sí me planteé no estar del

todo cuerda, pero me resultaba más propicio definirme como diferente a la media; pues al contraataque, tenía a mis maestros regalando los oídos de mi madre: “lo de su hija no es otra cosa que déficit de atención por exceso de inteligencia”. No sé, yo más bien creo que ni una cosa ni otra, pero puede que sea cierto aquello de que “genio y locura *pasean juntos* de la mano”. Muchas veces mi intuición ha acertado con la precisión de un reloj suizo siempre en hora, detalle a detalle; otras, aunque menos, reconozco haber errado por completo. Como consecuencia, mi mundo interior medró tanto que a veces creo confundir la realidad con la fantasía. Mi alto grado de sensibilidad me ha entregado el don de la empatía, pero, a su vez, mi intuición hace que vea ciertos rasgos en personas de mi alrededor que preferiría obviar por miedo a equivocarme con mis juicios, y ofuscarme en una idea que quizá no puebla más allá de mi cabeza. Al iniciar mi relación con Oliver, mi círculo social disminuyó aceleradamente día a día, tanto que Oliver pasaba a ser el centro de mi Universo. Era mi único amigo, mi compañero y consejero. Creo que fue algo mutuo porque él apenas tiene amigos. Cuántas veces he recordado el consejo de mi prima: “Ana, estés con el chico que estés, no permitas que esa persona se convierta en el único pilar de tu vida, porque si algún día ese pilar te falla sentirás que lo has perdido todo. Tu vida se derrumbará”. Para mi suerte nací guerrera y sé salvar mis propias batallas, si no ahora estaría arrepentida por la razón del consejo. A pesar de perder parte de mis amigos, jamás dejé mis aficiones de lado; hace mucho que no vivo sólo para alguien.

Hace una pausa para encenderse un cigarro. Abre la ventana. Él, enfrascado en las memorias de Ana, cree tener un ángel a su lado rebosando bondad que, al igual que él, ha tenido que aguantar los duros golpes que le diese la vida. Aferrados a un futuro incierto que les otorgará la medalla del que tropieza y se levanta hasta llegar a su meta.

– Esta mañana amanecí renovada, algo así como una flor marchitada que renace para florecer con más fuerza. Y todo ello, gracias a un sueño y a una persona, Francesco. “Ahora también gracias a ti y a este viaje”, piensa. Cuando he salido del cuarto y le he visto sentado en recepción, he entendido el sueño de esta noche. Ha sido como despertar en ese instante.

– Francesco, bonito nombre... Y es él con quien has quedado luego, imagino.

– No tardará más de media hora. Puedes irte antes de que venga o

esperarte, tú decides. El tiempo se agota, y tenemos que cerrar esta historia.

– Lo de ese chico es amor, y no me cabe la menor duda de que ahora sientes que tu corazón le pertenece, pero recuerda que apenas os conocéis y que el juego del romance es a veces caprichoso. Si ha de ser para ti, será, no lo dudes, pero no te precipites en tus conjeturas. Existen ciertos puntos de nuestro camino que se decretaron mucho antes de ver la luz, y normalmente con las personas sucede que nadie se cruza por azar. Puede que no tenga experiencia en amores, pero sé de lo que hablo. También sé que cuando alguien nos marca demasiado, seguimos buscando el mismo tipo de calor en otros brazos. Repetimos patrones equivocados, absortos en una estúpida ceguera que nos impide ver más allá de lo que nuestros ojos quieran. Olvida tu pasado, Ana, ciérralo, y deja que quien venga después acaricie una piel sin cicatrices. Reconcíliate con tu pasado, perdónate, aprende a amarte, pero sobre todo ten Fe, mi pequeña esquimal.

– Cuando nos hemos ido del bar, creo haberte dicho que hoy empieza mi nueva vida, ¿cierto? Bien, espero que así sea.

– Harás grandes cosas, no lo dudes.

– Fausto, si he venido hoy hasta aquí es porque sé que estoy a salvo. Estoy triste, no voy a negarlo, pero no por mi sino por otra persona. Puedo sospechar quién es, quién quiere que mi vida acabe, lo soñé hace dos semanas. Aquel día no supe descifrar bien el sueño, pero ahora lo entiendo. También sé que alguien desaparecerá, no porque yo quiera, sino porque juega con fuego y se está quemando. Así que no voy a sentirme culpable por ello, es su decisión. Cuando esta pesadilla termine no volveré a ser la misma, y eso también me asusta. Tendré que dejar atrás una vida que me separará forzosamente de personas a las que amo con todo mi ser, pero estoy preparada para hacerlo. Nunca he sido cobarde ni me he dado por vencida fácilmente. Me gusta luchar y arriesgarme. La vida de por si es un riesgo, y así ha de ser, sino de qué nos sentiríamos orgullosos. Sólo tú eliges si quieres seguir jugando o no, y yo elijo seguir. Todavía soy joven para rendirme, mi abuelo aún no tiene espacio para mí allí arriba. Fausto, la noche antes de volar a Roma me quedé más de cinco horas pensando, sentada en el sofá de mi casa. En ese sofá mis pensamientos parecían descabellados y sin sentido, tuve miedo de haber cruzado la barrera de la locura, pero ahora sé que aquellas “voces” me alertaban de lo que está por venir. Eran reales y no se equivocaban en absoluto.

– Intuyo que te acercas al final. ¿Cómo remediar que parte de los personajes no salgan perdiendo? Cierto día, leí una frase en un muro con la que estoy desgraciadamente de acuerdo, dice así: “la libertad de unos termina donde empieza la de otros”. Nunca llueve a gusto de todos. A veces no se puede tener todo y te ves obligado a elegir. Todavía no te he contado el desenlace, en él reside la clave a este entramado. Antes, en el café, te dije que me gusta ser directo, pero he de estar totalmente seguro de que puedo confiar en ti antes de seguir explicándote.

– Creo haberte demostrado que puedes, así que adelante. Ahora mismo, mi asesino puede estar cerca, vigilándonos ¿no es así?

Fausto vacila unos segundos, y la mira sin contestar hasta añadir:

– Muy bien, Ana, estamos juntos en esto.

– Todo lo que me has contado… intento no ponerlo en duda. Tú también has tenido suerte de dar conmigo; otra chica en mi lugar ya te hubiese tomado por un loco psicópata y hubiese llamado a la policía. Yo no lo he hecho, ni voy a hacerlo. Pero hay una parte de tu historia que no me encaja. Volviendo a tu pregunta de antes, la respuesta es sí, estamos juntos me guste o no, pero necesito que me cuentes toda la verdad, sin agujeros negros, si no me marcharé y…

– Ana, hay respuestas que no deben darse hasta llegado el momento. Sólo pido que pase el tiempo y olvidar lo sucedido, porque me duele pensar que todo esto sea real. Muchas noches, desde el incidente que te he contado, me despierto por la mañana deseando que nada sea cierto, que no sea más que una pesadilla, pero para desgracia mía no lo es. Está a punto de llegar tu visita sorpresa, acepto tu invitación, me quedaré a conocerle. No debes explicarle nada de lo que hemos hablado, imagino que lo entiendes. Una cosa más, quizás la pregunta que más te ronde por la cabeza no sea la más importante. ¿Qué pensarías si te dijese que tu asesino está de tu lado? Te parecería una broma de mal gusto, ¿cierto?, un trabalenguas sin sentido. Y si te confirmase que es así.

– No sé a dónde quieres llegar, pero lo que sí sé es que Francesco está al caer. Nos quedan quince minutos, a lo mucho. Obviamente no le diremos nada de lo nuestro, tan sólo tengo ganas de verle, sólo eso. Ahora, Fausto, no quiero hablar más, necesito estar en silencio hasta que llegue. Quiero salir a escuchar los árboles ¿o tienes algo más que decirme? –Fausto niega con la cabeza–. Si lo que queda de noche no

volvemos a estar a solas, mañana a media tarde estaré esperándote en el café. Entonces acabarás tu historia.

Fausto guarda silencio, tan sólo la observa cómo sale del coche y empieza a caminar por los alrededores del parque. La luna luce llena, es la fase ideal para ella. Empieza a dar vueltas manteniendo un pie clavado en la tierra e impulsándose con el otro, danzando con los brazos abiertos y tatareando una canción que su madre le cantaba de pequeña. Su danza surge ligera, tanto que parece vaya a elevarse en cualquier momento. Fausto, más que nunca, la ve como un ser divino lleno de gracia y encanto, con mucho amor por dar.

"Eres un ángel, ojalá te hubiera encontrado antes. Es tan fácil caer en brazos ajenos cuando se demanda tanto cariño como tú lo haces –se dice mientras contempla su danza con el viento–. Pero tranquila, porque tu suerte está cambiando, mi dulce esquimal de Hollywood".

Mientras, Ana improvisa su baile fundida en la esencia del paisaje, musitando ideas que surgen de la inspiración que brota de las ramas de esos árboles.

"La familia... esa palabra me hace pensar en Italia, en las películas de mafiosos, en Al Capone... Pero su familia no era siempre de sangre, más bien alianzas entre amigos. Amigos que son igual o más importantes que un consanguíneo. Recuerdo cuando mi psicóloga desistió en su intento de armar mi árbol genealógico; por lo visto, tenía demasiadas ramas y no conseguía unir unas con otras. ¿Por qué? ¿Por qué no supe ayudarla?". *"Escucha a los árboles, Ana, ellos te darán las respuestas"*, recuerda. "¿Por qué el mensaje de mi abuelo? ¿Por qué los árboles? Sus ramas se mueven en esta ventolera noche y algunas no se tocan entre sí, todo y formar parte del mismo tronco. Parecen ignorarse, repelerse... Cada una crece para un lado como si quisieran alejarse unas de otras. Sin embargo, no es así. Me recuerda a mi árbol, tan desestructurado que no pudo completarse. Puede que la clave sea la Familia..."

Acompañando su baile encantado, recita una poesía que escribiera su prima cuando eran adolescentes:

No llueve eternamente,

pero sólo el mal desvía la lluvia hacia la muerte.

Color pálido y labios oscuros le separan de la gente,

y sólo una cosa le hace volver,

el amor de una dama que perdió la vida también.

Su venganza será terrible,

sus ojos y sus manos no perdonarán.

¿Qué creen que han hecho?,

¿qué bien han encontrado?

que han secado tu mundo y os han separado.

Busca el oscuro cuervo,

venga a tu dama fúnebre

y escribe con lágrimas del mal:

el verdadero amor nunca muere.

Cesa su danza y, sin dejar el escenario, busca a Fausto a lo lejos desafiando la oscuridad de la noche. Y en el preciso instante en que sus miradas se unen en un punto invisible, Ana le dedica una respuesta que apenas puede descifrar leyendo sus labios des del coche:

– Me han hablado los árboles. De Amor, de Familia…, de Muerte.

## CAPÍTULO XII + I *He pensado ponerle Iván*

Carmen había preparado una comida familiar para celebrar el embarazo de Ana. Para entonces, Oliver vivía con sus padres desde que volviese de Toledo hacía tres años, y dos semanas después se mudaría ella para estar juntos durante el embarazo. Aquel caserón en pleno barrio de la Bonanova constaba de tres plantas habitables dispuestas en dos cientos metros cuadrados de terreno. El ingente jardín, rodeaba la casa destacando más generoso en la parte trasera. Lo vestían varios árboles, algunos plantados por el padre que decía ser un manitas de la jardinería. Y en el centro, imperando ante el resto, una piscina construida bajo antojo de su esposa, y que brillaba un celeste cristalino en verano y un verde más bien oscuro el resto del año. Carmen, natural de Galicia, llegó a Barcelona con dieciséis años para buscar trabajo como era menester en la época. En la fábrica donde empezase de cocinera, conoció a Joan. Éste, de buen comer y seducido por su estómago, se atrevió a robarle las vergüenzas prometiendo amarla y respetarla hasta que la muerte les dejara. Joan,

catalán de médula, nacía en el Arboç, un pequeño pueblo cercano a Tarragona conocido por su réplica de la Giralda. Cuenta la leyenda, que un empresario catalán cayó enfermo de amor por una chiquilla sevillana desterrada en prados catalanes; el hombre, un apoderado de la zona y con fiebres de amor gitano, mandó construir una Giralda para que a su dueña y señora dejase de atormentarla la añoranza. La otra versión, menos romántica, es que ambos eran catalanes pasando la luna de miel en Sevilla y prendados del monumento encargaron hacer una en el pueblo catalán.

El día de la comida, la pareja eran los grandes protagonistas. Todas las miradas iban al vientre de Ana y simultáneamente a los ojos de Oliver, para ver la expresión satisfecha del futuro papá. La noche antes, Carmen decidía confesar sus miedos a su nuera.

– Me preocupa Oliver, siempre empieza cosas y luego no las termina. Cuando se fue a Toledo, según él, tenía un trabajo estupendo en un taller donde aprendía muchísimo. Luego, de repente, un día nos llama para decirnos que se vuelve a Barcelona y que si le podemos acoger en casa porque quiere estudiar una carrera de arte en la universidad. ¡Hasta Toledo fuimos a buscarle!, si es que el Joan un día de estos me manda a paseo. Cuando empezó los estudios estaba encantando de la vida y con ganas de hacer cosas. Pero una tarde, sin haber pasado nada extraordinario, dijo que dejaba la carrera porque estaba harto. ¡Y ahora sin trabajo! Ana, hija, yo no le entiendo, ya me dirás tú a mí de qué vive. ¿Te pide a ti dinero?

– No, para nada. La verdad, pensaba que eran sus ahorros.

– ¿Ahorros?, dudo que Oliver tenga ahorros. Hay que hacer algo, así no puede seguir este hijo mío. Tiene ya casi treinta años, no está para perder el tiempo. Menos ahora que estáis esperando una criatura.

v

Todos disfrutaban con el banquete. Si cocinaba para cuatro parecía lo hiciese para diez. Si algo no faltaba en casa de Carmen, eso era la comida. En mitad de la reunión sonó el móvil de Oliver, tras cinco tonos optó por silenciarlo.

– ¿Quién es?, ¿por qué no lo coges?

– Es para que me cambie de compañía, ¡no te dejan en paz!

– ¿Y te llaman un domingo?

– Pues por lo visto sí. Esta gente no descansa –contestaba con la mirada perdida y adivinando la desconfianza de su chica.

– Ya claro, siempre te llaman de estos números raros… ¡qué casualidad, a mí no me llaman nunca!

– Ya estamos ¿quieres que te lo enseñe? –y, repitiendo la misma pregunta de la cual sabía la respuesta, se atrevía a seguir con un–: si te vas a quedar más tranquila te lo enseño, siempre desconfiando.

– No, a mí no tienes que enseñarme nada, tú sabrás lo qué haces con tu vida privada.

Mientras ellos discutían, el resto brillaba en la exageración, unos seguían comiendo alegremente llenando el estómago para las próximas tres semanas, otros hablando a su ritmo pero en conversaciones que parecían no tener fin. Y los más jocosos, pasados ya de tuerca en un maratón de chistes, se reían con muecas de histrión sin dar respiro a las mandíbulas que parecía fueran a desencajarse. Todos concentrados en sus pasatiempos menos Montserrat, la hermana de Oliver, que observaba a la pareja con cara de pocos amigos. Ana, que de pronto se dio cuenta, le hizo una mueca de sonrisa como quitando importancia a la riña.

Con los dos meses y medio de gestación llegaban los primeros síntomas: más sueño de la cuenta y algún antojo de vez en cuando. Era pronto para faltar a sus clases o pedir libre en el trabajo pues se encontraba con la vitalidad de siempre, aunque ciertas dudas se cernían sobre ella restándole parte de su energía. La decisión de ser madre, que había llegado sin premeditación, era un cambio de ciento ochenta grados en su vida. Por una parte ayudaría a que toda aquella insatisfacción que sentía por la fastidiosa rutina pudiese saciarla su maternidad y cuidar del bebé junto a su pareja. Sería una excusa perfecta para decirse a sí misma “que ya no tenía tiempo para hacer otras cosas de provecho en su tiempo libre, puesto que el bebé le ocupaba demasiado”. En cuanto a su relación con Oliver sería un salto enorme, camino a la familia estable y socialmente correcta, con una casa, un trabajo, hijos y un amor por el que luchar. Pese a ello, aquel hijo no llegaba en el mejor de los momentos. Ella con trabajo estable desde hacía dos años y una carrera en su vértice medio que apuntaba a terminar; en cambio, Oliver, hacía más de un año que estaba parado y aunque hubiese hecho algunas entrevistas, algunas de ellas

augurando un buen resultado, no parecía encaminado hacia su madurez tardía. Como le dijese Carmen, desde que volviera de Toledo se mostraba inestable, reticente a hablar con nadie sobre lo que le sucedía, y algo desmoralizado en cuanto a sus planes de futuro. Sin embargo, cuando Ana quedó en estado, parecía resucitar y unas ganas horribles de trabajar, buscar un piso para los dos, y rendirse de nuevo a la felicidad, le sacaban de aquel estado de letargo en el que dormía desde hiciese más de un año. En aquella tesitura de un novio que volvía a nacer y una suegra que la abordaba con súplicas para ayudar a su hijo, las dudas a puertas del tercer mes de embarazo la acechaban sin piedad.

## V

Una noche después del festín celebrado en la Bonanova, Ana sucumbía sin freno a la angustia de sus dudas. Se había tumbado en la cama junto con Oliver que ya dormía, siéndole imposible conciliar el sueño. Salió al jardín, la noche caía fuerte aquel primero de mayo de dos mil siete, y se acercó al columpio del cerezo a meditar sobre lo que se estaba acaeciendo.

"¿Un hijo? ¿Con Oliver?, no sé... ¿y si no es el hombre de mi vida? ¿Qué haré si esto no funciona? No es un capricho, es un hijo, una vida que dependerá de mí hasta que sea mayor y por el que yo viviré hasta el día que me muera. ¿Acaso quiero esa responsabilidad? Mi libertad estará perdida, supeditada a las necesidades de un bebé que reclamará mi tiempo. Si algo sale mal, si luego no soy feliz y me dan ganas de cambiar mi vida o viajar para conocer mundo, o lo que sea, todo se verá impedido y frenado porque ya no seré yo sola, seremos dos, mi hijo y yo. A Oliver le quiero, le quiero muchísimo, pero no sé si él es el padre adecuado, ¡a veces tampoco sabe lo que quiere! Ahora está aquí, ahora allí, ahora trabaja, ahora no... demasiada inestabilidad para criar a un bebé juntos. ¡No sé, no sé qué debo hacer! Por favor, abuelo, ayúdame a decidirme. Me siento culpable por tener estos miedos, pero es como me siento; no puedo evitar tener dudas. Este niño que nace dentro de mí es un soplido de vida que lucha por crecer. Su única preocupación ahora es hacerse grande, esperar unos meses, alimentarse de su mamá... y recibir todo el cariño de sus padres. Y yo, su madre, la que le llevo dentro, la que está alimentándole, la que le habla por las noches convencida de que le escucha, la que permite que nazca dentro de ella, es la misma que no sabe... –cerró los ojos con fuerza intentando eludir el pensamiento, pero no lo consiguió–, es la misma que no sabe si quiere que así sea. Me siento fatal por pensar estas cosas, horrible, como un monstruo,

¡pero tengo miedo!... Soy muy joven, y no sé si estoy preparada para tener una familia, un marido, una casa, un mismo trabajo... ¡ni siquiera sé si querré eso nunca! Me da pánico repetir la vida de esas parejas que toman algo en la terraza de un bar con el carrito del bebé al lado sin mirarse el uno al otro, e ignorando a su hijo mientras llora como si fuese el culpable de esa unión que ambos desearían romper, pero que ninguno se atreve a hacerlo. Más miedo me da, llegar a mi casa después del trabajo y que esté mi marido en el sofá bebiendo cerveza y viendo el fútbol, dispuesto a preguntarme ¿qué hay de cenar?, así noche tras noche. ¡Yo no quiero esa vida! Pero puede que no sea esa la vida que me espera..., quizás Oliver y yo estemos siempre unidos, viajemos con nuestro hijo, o vivamos en una comunidad huyendo de la rutina. Quizás tengamos una vida maravillosa llena de sorpresas, de cambios, haciendo de cada día un día nuevo... ¿Pero si no es así? No estoy segura de que Oliver sea ese tipo de persona; o quizás soy yo la que no soy como creo ser. Soy una cobarde. No debería pensar que voy a repetir la vida de todas esas parejas la cual rechazo, cuando, además, desconozco el grado de su felicidad. No lo sé, no sé qué pensar. Por favor, Universo, abuelo, voy a dormir, os pido una vez más que me deis una señal, un consejo para no estar así, os lo ruego, por favor, necesito vuestra ayuda... Habladme por sueños. Sé que soy una cobarde, una insegura, que este asunto es serio y delicado y que debería ser yo quien tomase una decisión de forma madura con mi pareja, pero no sé cómo actuar...”

Cuando hubo cesado de hablar con la noche, bajó del columpio. En ese instante, una ráfaga de aire con más intensidad de lo normal soplaba en su oído derecho. Se giró de súbito a mirar hacia el lado del que venía, entonces, un gato saltaba de uno de los árboles maullando en un tono y volumen que le resultaron escalofriantes. Negro, con las pupilas resplandecientes en aquel cielo tan sólo iluminado por una luna que parecía más cercana. La miró fijamente, para luego desaparecer entre las hectáreas de césped saltando el muro que protegía la casa. En ese mismo instante en el que Ana volvía a la soledad de aquel jardín, miró hacia la ventana de su cuarto comprobando que la luz se encendía y apagaba a la vez. Suspiró profundo y empezó a correr hacia la puerta de entrada llevada por una repentina sacudida que recorría su cuerpo. Estaba cerrada. Casi temblando, miró a su alrededor extrañada, pues recordaba haberla dejado entornada al salir con la certeza de que la poca brisa que corría no podría cerrarla. Pensó en llamar al timbre, pero no quería despertar a la familia que ya dormía ajena al silencio de su discurso. Al momento, como si esperase al otro lado de la puerta, abrió Montserrat.

– ¿Qué haces así? Descalza, en tu estado.

– No podía dormir y he salido a tomar el aire… el cerezo me relaja.

– Ya, pues yo he perdido el tren, me quedo a dormir. Pasa, y tomamos un té.

Acorralada con la invitación de su cuñada, pasó al interior. Mientras Montserrat preparaba las infusiones, Ana cogió asiento en el banco de la cocina.

– Dime, ¿estás contenta?, sé que mi hermano y tú no estabais buscándolo.

Ya con la taza de té entre sus manos, se arrepintió de no haber rechazado la invitación a tiempo. "¿Habré pensado en voz alta? ¿A qué viene esta pregunta?"

– Pues sí, estoy contenta –respondía a la vez que decidía si cuestionarle el porqué de la pregunta–. ¿Por qué me lo preguntas? –"Tendría que haberme callado", se increpó inmediatamente.

– Es una pregunta como otra cualquiera. Pero vaya, no olvides que tener un hijo por primera vez sólo pasa una vez en la vida –añadía Montserrat con sonrisa cortada–. Es una decisión muy importante. Pero que si tú y mi hermano estáis felices por ello, pues yo también. No siempre los hijos son buscados, y la verdad, nunca he oído decir a una madre que se arrepiente de haber dado a luz. Aunque también las habrá que sí, imagino; y otras que no se atrevan a reconocerlo. En este mundo hay de todo, ya sabes. Así que me alegro de que estés decidida, todo será mucho más fácil, traer a un niño al mundo sin estar segura puede ser la peor de las equivocaciones, ¿no crees?

"Intuye algo"

– Bueno, si te soy sincera algunas dudas he tenido, supongo que es normal, como tú dices es una decisión muy importante. Aunque más que dudas supongo que es respeto, ya que me va, nos va, a cambiar la vida por completo. Pero yo le amo, ambos deseamos tenerlo, así que todo irá bien.

– Sí, a ver si lo de ser padre le hace responsabilizarse un tanto más, porque últimamente está bastante perdido. Desde que llegó de Toledo

no es el mismo. No sé qué le pasaría estando allí, o al llegar aquí, pero me cuesta reconocerle. Ahora parece que está un poco más centrado, supongo que por el embarazo... a ver lo que le dura. Ya tiene casi treinta y un años, no está para perder el tiempo, más ahora que va a ser padre. Sinceramente, entre tú y yo, no veo a mi hermano muy preparado para afrontar esta faceta, aunque puede que me equivoque y sea el mejor padre del mundo. Ojalá me equivoque, pero le veo muy inmaduro todavía. Vas a tener que ayudarle a "ponerse las pilas", si no te veo a ti sola cuidando del niño por las noches cuando llore. En fin, no me hagas demasiado caso, estoy cansada... ¡Pobre hermano!, seguro que no, seguro que todo marchará estupendamente y de aquí a pocos meses solo viviréis por y para vuestro hijo. Retiro esto último, discúlpame.

Ana intentó disimular su enojo luciendo sonrisa de comprensión, pero ciertamente le habían molestado sobremanera las insinuaciones de su cuñada. Pudo percibir en sus palabras cierto mensaje oculto con el que intentaba provocarle más dudas de las que ya tenía.

Montserrat acabó de hablar a la vez que bebía el último sorbo de té, y miró fijamente a Ana para luego dedicarle una sonrisa extravagante que la incomodaría más todavía.

– Bueno, Montserrat, ya veremos, seguro que todo va a salir bien, tu hermano y yo somos fuertes, y sabremos hacer de todo lo mejor. Si no te importa me voy a dormir. La infusión parece haberme relajado y empieza a entrarme el sueño. Nos vemos mañana si estás por aquí. Buenas noches...

– Que descanses, Ana, hasta mañana.

Ana entró en la habitación, donde Oliver ya dormía. Lo observó unos minutos con la luz de la mesita más tenue, poniendo un pañuelo encima para suavizarla y no despertarle. Se tumbó en la cama, con la certeza de que le iba a costar largo rato poder dormirse. Aquello de que el té la había relajado no había sido más que una excusa para no seguir escuchando a su cuñada. Por el contrario, su cabeza parecía haberse disparado de golpe, y los pensamientos no cesaban de correr de un lado a otro produciéndole una ansiedad incontrolable. La charla con Montserrat la había hecho plantearse ya no sólo su embarazo sino su relación con Oliver. Desde bien pequeña había aspirado a encontrar al hombre de su vida, casarse, y tener hijos con él. Aunque con los años, no tenía tan claro que fuese realmente eso lo que la haría feliz. Una parte de ella quería seguir soñando con el cuento de la

Cenicienta, pero otra lo detestaba. Si tenía aquel bebé con su chico, podía ser indicio de que él era el hombre de su vida. Si no era así y terminaban separándose, se convertiría en una mujer soltera con un hijo que le recordaría continuamente haber fracasado en su sueño. Además, ya sería tarde para pensar en hacer cambios, retomar los estudios, o elegir el tipo de trabajo que más la interesase. Si lo segundo sucedía, las posibilidades de cambio se verían considerablemente reducidas, y pasaría a ser presa de su propio destino. Si lo segundo sucedía tal y como ella imaginaba, más bien debería contentarse con el primer trabajo que encontrase para sustentar a su pequeña familia, y recibir de brazos abiertos al próximo pretendiente que le jurase amor eterno. “La vida está llena de esos riesgos, conscientes o no, pasamos la vida eligiendo y tomando decisiones. ¿Pero cuántas he tomado yo sola sin ayuda de nadie? Me temo que muy pocas…”. Volvió a mirar a Oliver y, ésta vez, con más fuerzas que nunca, deseó no haberse equivocado en su decisión y que ese chico que dormía plácidamente a su lado, ignorante de todos sus quebraderos de cabeza, fuese el compañero de vida que tanto tiempo había esperado.

Por la mañana cuando hubo despertado, Oliver ya no estaba. A diferencia de otros días, en los que Ana amanecía con él para darle un beso de buenos días, esa noche un mar de dilemas filosóficos no la habían dejado dormir hasta altas horas de la madrugada. Se levantó de la cama, olvidando no mover su cabeza hasta haber recordado su velada onírica, como le enseñasen tiempo atrás en un seminario de sueños. Sabía que su abuelo le había dado un mensaje, pero en fracciones de segundo desvanecía en su memoria.

Era su día de descanso semanal, y tenía pensado pasarlo tranquila en casa. Se dio una ducha, desayunó y abrió su correo de internet. Una amiga le había enviado una fábula, la leyó:

(*2) Unas ranas concursaban para ver cuál de ellas daba el salto más alto hasta llegar a la copa de un árbol que había en un lago. Las concursantes saltaban y saltaban, pero ninguna conseguía llegar al pico. El público que observaba el concurso con fervor, las desanimaba gritándoles que no iban a conseguirlo, que ninguna llegaría tan alto. Poco a poco, las concursantes fueron desistiendo, cansadas de intentarlo y desanimadas por los gritos del público que las abucheaba a continuo. Finalmente, sólo una seguía con la hazaña sin darse por vencida. Después de varios intentos, logró subir hasta la copa del árbol. El poco público que quedaba, ya que los otros fueron abandonando el lugar porque creían que aquella era una rana loca y

estúpida que no conseguiría el reto, quedó asombrado. Cuando ésta bajó para recibir su premio, un nenúfar mágico que la protegería durante todo un año, le preguntaron cómo que no había desistido al igual que las demás, que aquel reto era imposible. Fue entonces cuando descubrieron que la rana era sorda.

"Escucha tu interior. No tengas miedo a equivocarte, confía", esa era la señal. El universo y su abuelo le daban la respuesta con aquel cuento: sólo tú mejor que nadie sabrás qué hacer con tu futuro. No tengas miedo, nada es imposible". Por una de esas coincidencias telepáticas que tenían madre e hija, estaba a punto de marcar cuando sonó el móvil. Era Lucía.

– ¿Cómo estás, hija?, me he despertado pensando en ti. El otro día cuando me llamaste para preguntarme aquello de por qué había decidido tenerte, me quedé preocupada... ¿Anda todo bien?

– Iba a llamarte ahora mismo. Pues no lo sé mamá, estoy confundida, debe ser el embarazo que empieza a notarse en mis cambios de humor.

– Eso es normal, Ana, son las hormonas. Hija, hoy me he amanecido con la sensación de que debía contarte algo. Es algo que no te he explicado nunca porque no lo creía necesario, pero curiosamente esta noche he soñado con algo que me ha hecho recordar...

– Entonces hazlo, seguro que es importante para mí. –"Puede que mi abuelo y la noche se hayan equivocado de cama..."

– Antes de que tú nacieras, cuando todavía vivía con el *capullo* de tu padre, me quedé embarazada. Entonces tenía veintitrés años y toda una juventud por delante que llegaba tarde porque tu abuelo no me dejó disfrutarla cuando tocaba, cosas de la época. Aquel embarazo me aterrorizó. Yo estaba muy enamorada de tu padre por entonces, todavía no quería ver lo *capullo* que era. Pero las mujeres, más que los hombres, sentimos cuando algo no va a funcionar aunque el presente diga lo contrario. Parece que tengamos el don de la profecía. Siempre supe que tu padre no sería el hombre que me haría feliz, aunque en su día me negase a verlo. Y tener un hijo con él no entraba dentro de mis planes, por lo visto, en los suyos tampoco. Una tarde, cuando volvía del trabajo, me sorprendió con un viaje a Londres los dos solos durante un fin de semana. Era un viaje relámpago, pero mejor eso que nada. Lógicamente, acepté la invitación con desmesurada ilusión. Llegué a creer que quizás el romanticismo le hacía enfermar de amor,

pero no. Cuando llegamos, un viernes por la mañana, estuvimos hablando de nuestra relación en la cama del hotel. Recordando cómo nos habíamos conocido, nuestras anécdotas… Una vez más, y con la estúpida convicción de que había madurado y estaba hasta los huesos por mí, y queriendo ser yo la fría que alardeaba de sentirse segura de sí misma, le recordé que el motivo de haber empezado con él había sido porque tenía unas ganas horribles de salir de casa de mis padres y que para ello necesitaba casarme. Aunque no a cualquier precio. Pero la verdad era que a los pocos días de noviazgo consiguió enamorarme. Llegué a convencerme que era la persona que estaba buscando. Horas después, vino el fatídico regalo, y el sueño de princesa duró poco. ¡Tremendo *hijo de puta*! El muy *cabrón* –añadía disculpándose ante su hija, pues a fin de cuentas era su padre biológico, el mismo que no veía desde los dos años– me había llevado hasta Londres para decidir si quería tener o no a nuestro bebé. En aquel tiempo el aborto en España era ilegal, pero allí no, había reservado hora en una clínica privada para quitarme a nuestro hijo. No me exigía hacerlo, decía estar de acuerdo con ambas decisiones fuese la que fuese, pero era mentira, su arte de persuasión seguía tan latente como siempre. Por un momento le odié más de lo que había odiado a nadie. Tu padre siempre ha tenido mucha verborrea, y ha sabido hacer de la cosa más horrible del mundo una causa justa. Me convenció sutilmente, prometiéndome que si decidía interrumpirlo, más adelante, cuando los dos deseáramos de corazón ser padres, tendríamos aquel hijo. Al final aborté, y dos años más tarde llegaste tú. A veces pienso que eres el alma de aquel bebé que volvía insistiendo porque estabas destinada a nacer, y porque me habías elegido a mí como madre. No voy a decirte que vivo atormentada por aquello, a fin de cuentas, te tengo a ti y a tu hermano. Ana, no te cuento esto para hacerte daño, ni para que odies a tu padre. Nunca te aconsejaría que abortases, es algo que no recomiendo a nadie si no está muy segura. Lo que quiero decirte es que decidas lo que decidas, lo decidas tú. No dejes que te convenzan con discursos vacíos y sin saber lo que dicen. Es una decisión solo tuya y de Oliver, en este caso. Únicamente de los dos, pues tienes la suerte de que él sí te quiere y quiere ser el padre de vuestra criatura. Las dudas son normales, creo que muchas madres las hemos tenido en el primer embarazo.

Una sonrisa dibujó su cara. Y daba gracias porque el consejo había llegado sin tener que pedirlo, no al menos directamente.

– Oliver y yo nos queremos, lo demás vendrá solo, aprenderemos juntos. Gracias por contármelo, mamá. Y no te culpo de nada, ni a él, el miedo le pudo… como las noches en las que no podemos dormir –

añadía pensativa–. No sé cómo lo haces, pero siempre apareces en los momentos que más te necesito.

– Estamos conectadas –añadieron a la vez; ambas rieron.

– Hay cosas que forman parte de nuestro destino, hija. Tenemos el poder de moldearlas o frenarlas, pero si tienen que llegar, llegarán. Y tú tenías que llegar, y me alegro de eso todos los días de mi vida.

Cuando Oliver llegó a casa, Ana le esperaba ansiosa para hablar con él. Quería transmitirle sus miedos, reconocerle que apenas había dormido presa de la cobardía. Dispuesta a reconocer su culpa, éste la recibía cantando y sonriendo; y la cogía entre sus brazos levantándola medio metro del suelo.

– Cuidado…

– Cariño, tengo trabajo. Me han cogido en la fábrica de Lliçà. Empiezo mañana. Ahora lo próximo será buscar una casa cerca para que vivamos los tres. Tú, yo y… –tocó el vientre de Ana y sonrió–. Estoy tan contento, empieza nuestra nueva vida.

Ella le correspondió con un abrazo y un beso, y selló aquel secreto para siempre. Sólo la noche, su abuelo y su madre, sabrían de aquellas dudas.

– He pensado que si es chico me gustaría llamarle Iván. ¿Qué te parece?

– ¿Iván?, me gusta. Y si es chica, ¿Ivana? –contestaba el joven entre risas.

Los dos siguientes meses fueron llenos de alegrías. Ana estaba casi de cinco meses, la barriga no era muy grande, y apenas tenía nauseas ni mareos. Podía seguir en el trabajo y asistiendo a clase normalmente. Exceptuando algún día que hubo de pedir fiesta porque estaba más mareada que de costumbre. Aun así, rechazó todas las ofertas que su jefe, el señor Calabuig, le hiciese para coger la baja por maternidad. Por su lado, Oliver, trabajaba de transportista en la empresa de Lliçà y parecía haber madurado y renacido con más rapidez que nunca. Decidieron seguir en la casa de la Bonanova por el momento, allí estaban a gusto, en la intimidad de una planta baja acomodada para ellos, y así Ana podía estar más atendida durante el embarazo. Las dudas de la chica desaparecieron para siempre, por el

contrario, estaba feliz con la idea de ser mamá.

v

Una mañana de agosto sentada en el tranvía, feliz porque en tres días eran sus vacaciones de verano, un dolor incesante en el vientre la movilizaba. Dobló su cintura tanto como su barriga, ya más generosa, y el asiento de delante le permitieron. La señora que estaba a su lado se apresuró a pedir ayuda. Sin más fuerzas para hablar que unos gemidos cada vez más altos, la miró rabiando de dolor. Un líquido surgía de repente, mojando su entrepierna. Era demasiado pronto para romper aguas, sólo estaba de seis meses. Asustada, rezó para que no fuese sangre.

– Rápido, esta señorita está rompiendo aguas, que alguien nos ayude, por favor.

Una chica de unos veinte años, sentada a dos filas de distancia, sacaba su móvil ipso facto para llamar a una ambulancia. El conductor frenó. Mujer y joven, bajaban con Ana abrazada y la sentaban en un banco esperando a la ambulancia. A los pocos minutos la chica era trasladada al Vall d' Hebron, para ser intervenida en estado crítico. Oliver, avisado por Lucía, corría desde el trabajo con los nervios al volante. Carmen, Joan y la madre de Ana ya esperaban en silencio. Joan y Carmen sentados, Lucía dando vueltas por el pasillo ansiosa a que el médico les diera alguna noticia. La intervención duró casi dos horas. Por fin, al poco de que Oliver llegara, el doctor apareció con rostro cansado.

– ¿Son ustedes la familia de Ana Alcobas? –todos asintieron con Oliver a la cabeza–. Ha sido complicado, esta chica tiene anemia, no debería haber llevado este ritmo en su sexto mes de embarazo.

– Ya se lo decía yo que cogiese la baja o al menos aparcase las clases... ¡si es que a quién se le ocurre! –musitaba Carmen con total indulgencia, observada por una Lucía que la miraba increpante.

– ¿Pero cómo están, doctor? –interrumpía la madre.

– Es una chica fuerte. Ha sufrido una hemorragia que por poco le cuesta la vida. Hemos hecho todo cuanto hemos podido.

Oliver, que aún no había soltado prenda, miró al médico con cara de indignación y se acercó con una mirada como perdonándole la

vida.

– ¿Y mi hijo?, diga…

– De tal palo tal astilla, supongo… –contestaba retando la figura del joven a pocos centímetros–. Su estado es crítico, podría haber muerto, como ella, pero está entubado con el ritmo cardiaco estable. En unos minutos podrán verlos a los dos. Enhorabuena.

El suspiro fue generalizado. Carmen abrazaba a Oliver, mientras Lucía y Joan se felicitaban guardando las posturas.

A las dos semanas Ana salía del hospital recuperada, pero con el alma en pena. Y con el castigo que se auto-concedía por haber obviado los consejos de quienes le decían: “tómate un descanso, si no lo haces por ti hazlo por el bebé”.

Iván jamás vería la luz del día que le esperaba ansioso; ni llegaría a dormir en los brazos de un padre que volvía a morir por dentro aunque no por fuera, pues parecía refugiarse en el trabajo como si aquello le recordase la fuerza de un sueño truncado. La criatura dejaba de luchar un funesto quince de agosto en la incubadora del hospital, mientras la multitud barcelonesa celebraba unas fiestas de Gracia y las noches más largas del año. El veinte del mismo mes, toda la familia lloraba en el tanatorio de Collserola, todos menos Ana, que parecía haberse secado por dentro para siempre.

## CAPÍTULO XIV *Los sueños de Francesco*

Robando la intimidad que el parque les otorga, de pronto se acerca el coche. Las luces de xenón deslumbran al completo la danza improvisada de la joven y la admiración de su espectador. Francesco llega solo, sin la chica de cara simpática. Ana y él cruzan la mirada, y aunque éste le regala una sonrisa espléndida, ella, por el contrario, le mira como si fuese un completo desconocido. Su baile la ha transportado a un estado de trance hipnótico en el cual nadie conoce a nadie porque todo es diferente. El chico sale del coche con el móvil en la mano, alzándolo como príncipe que desenvaina su espada al encuentro de su amada.

– ¡Princesa!, aquí traigo un recado para vos; mis ojos están alegres de volver a verla. Su caballero aquí para servirla.

Ana vuelve en sí, y se acerca para fundirse entre sus brazos con dulce gesto de agradecimiento.

– Mi señor llega solo por lo visto, pero hay alguien que debería hablar con vos. No me pregunte usted nada, sólo deme un abrazo y deje que la luna ilumine nuestros corazones inquietos con su hechizo, para que esta noche sea la primera de muchas otras.

– ¿Así que en esa carroza está nuestro invitado? Y… ¿es hombre de honor, entonces?

Ana afirma reclamando su abrazo, a escasos metros de aquel

parque encantado, fruto del amor de un príncipe y una princesa; y sellan así unos lazos que sólo el capricho del destino maneja a su antojo. Ese antojo nacido a orillas del Tíber parece ser corto.

– Con este abrazo, sello el veneno que nos une y nos separa… que la vida decida por nosotros. Que Así Sea, mi fiel caballero –le dice esbozando una enorme y cálida sonrisa.

Mientras, Fausto presencia la escena desde el asiento de su coche, espiando aquel delirio de confidencias por el retrovisor del auto. La escasa luz del escenario no le impide ver el rostro del recién llegado, pues él, igual que los gatos, no precisa de luz para ver en la oscuridad de la noche. De súbito, el corazón parece que ha dejado de latirle, algo le dice que el final está cerca.

“Que Dios se apiade de mi alma”, piensa.

Cuando contaba con cuarenta años de edad, tras un chequeo médico rutinario, le diagnosticaron una infección pulmonar que le serviría para dejar radicalmente su tardía afición al tabaco; pulmonía crónica. Aquella enfermedad hubiese sido más común en un fumador empedernido, pero ese no era su caso. De esa patología, desencadenaría un asma que, en situaciones de mucha tensión, no le permitía respirar a penas más que el mínimo oxígeno requerido. Había ido en varias ocasiones de urgencias para ser ingresado junto a un respirador artificial, hasta recuperar el estado de salud. Pasados dos años, los médicos le dieron como única posibilidad de cura un trasplante de pulmón. Era el derecho el que tenía más afectado pero con el tiempo podían ser los dos. Si no intervenían pronto, se quedaría sin capacidad pulmonar y tendrían que hacerle una traqueotomía. Durante los meses siguientes, no hallaron donante alguno por incompatibilidad sanguínea, y la traqueotomía era la última de las opciones a la que querían recurrir. Obviamente, la vida en una ciudad con tanta polución no era la más recomendada para él, y a pesar de los consejos médicos, Fausto no accedió a vivir en el campo llevando una vida más sana. Tenía otros planes. Alejarse de la urbe y estar incomunicado era, a su vez, alejarse de la esperanza de reencontrarse con su pequeño. A pesar de estar archivado el caso desde hacía mucho tiempo, algo le mantenía a la espera, algo le decía que así debía ser… “La esperanza es lo último que se pierde, –se repetía a diario–. Y mi hijo está vivo”.

Cuando la pareja despega sus cuerpos, permanecen allí, de pie, inmóviles, durante unos minutos. Fausto les observa. De pronto, Ana

le llama indicándole con el brazo que salga del coche. Ellos están detrás, pero sabe que puede verles desde el espejo interior.

– Sal, Fausto, has de conocer a alguien.

Temeroso, y con menos energía que de ordinario, como si hubiese envejecido diez años de golpe, abre la puerta y sale lentamente. Mira a Ana y Francesco llevándose la mano al cuello porque empieza a faltarle el aire; segundos después cae al suelo desplomado. Ana corre a socorrerle, mientras, Francesco, paralizado, observa la escena.

– Francesco, ayúdame, ¡corre! ven… ¡se está ahogando! –grita atónita, mientras coge la cabeza de Fausto entre sus manos.

– Hay que llamar a una ambulancia.

– Corre, ayúdame, ¿sabes hacer la respiración artificial? – Francesco, que permanece inmóvil mirando la escena, vuelve en sí y se acerca para socorrerle. Ha llegado hasta allí sin saber lo que le esperaba y, para su sorpresa, se encuentra a la chica intentando salvar a un hombre que puede fallecer de un momento a otro si no recibe la atención necesaria. Como puede, le practica la respiración boca a boca entregándole su móvil a Ana para que ésta, mientras tanto, llame a la ambulancia.

– ¡Pero yo no sé hablar italiano!

– Cierto… –musita nervioso–. Ana, sigue tú dándole aire, yo seguiré con las pulsaciones. Haz dos respiraciones seguidas y paras hasta que yo termine; y así otra vez, ¿de acuerdo?

Coge el móvil aguantándolo con su hombro e indicando la situación exacta al operador que responde a los dos tonos.

– Llegarán en quince minutos, vienen desde Bomarzo, tenemos que reanimarle como sea. Continúa, parece que intenta respirar.

Pasan aproximados cinco minutos, en los que ambos jóvenes no desisten en su intento de seguirle con vida. Finalmente, Fausto recobra la conciencia. Apenas puede abrir los ojos, menos hablar, pero se esfuerza en hacerlo.

– En la guantera del coche… medicamento…

Ana se dirige a mirar en la guantera a toda prisa, ve un ventolín. Cuando va a entregárselo, habla de nuevo.

– Tres veces…

Lo pulveriza en la boca de Fausto tres veces, que parece ir retomando la conciencia. Ana no deja de hablarle para asegurarse que sigue despierto, aunque sea observándola con la mirada. Seguidamente, le ponen de costado y le acomodan una manta a modo de almohada que trae Francesco de su coche. A los diez minutos, aparecen los *ats*; sacan la camilla del furgón a toda prisa para subirle, mientras le preguntan su nombre y quién de los dos va a acompañarle. Se encarga Francesco de contestar.

– Ella irá con vosotros, yo os seguiré con mi coche. –A la primera pregunta, sólo responde que es un amigo de ambos.

Ya en la ambulancia, le conectan a un respirador artificial. Ana le coge la mano para recordarle que no está solo.

– No te voy a dejar, no pienso irme hasta que te recuperes.

Fausto parece no escuchar cuanto sucede a su alrededor pese a estar consciente. Cierra y abre los ojos intermitentemente, moviendo la cabeza de un lado al otro en la camilla. Cuando alcanza con su mirada debilitada el rostro de la joven, se detiene en esa posición y, con las pocas energías que tiene, le regala una sonrisa. Ana le habla para que no se duerma, tiene miedo de que si así lo hace no vuelva a despertar jamás. Y eso no puede permitirlo. La vida del hombre del que se *está…,* está en juego.

– Fausto, por favor, respira. ¿Me escuchas? –le pregunta nerviosa.

Él la mira con los ojos entreabiertos, pero sin contestar. La chica coge la cartera de éste para mirar su documentación, quiere estar segura de poder responder algo coherente cuando le pregunten en el hospital. Él no hace amago alguno de impedírselo. Tiene pensado decir que es un familiar, un tío puede, pero ni siquiera sabe su nombre completo, ni su fecha y lugar de nacimiento. Coge su documento de identidad. “Fausto Díaz Pietralunga. Nacido el 13 de diciembre de 1965, en Barcelona”, lee para sí no sin cierta sorpresa. Hubiese jurado que aquel hombre que yace ahora en una camilla de ambulancia, no le había dicho su verdadero nombre. Calcula la diferencia de edad entre ambos, catorce años. Mira desde el cristal de la ambulancia y ve cómo

Francesco les sigue con su AudiA3. El hospital está cerca, apenas tardan diez minutos, entran por la puerta de emergencias donde los enfermeros le atienden rápidamente. Cuando le preguntan por el enfermo, se decide a contestar que es un amigo al que ha venido a visitar y, que estaban dando un paseo cuando de pronto desmayó. El interrogatorio dura poco, Fausto debe ser intervenido con urgencia. Ana espera en la sala, rezando, deseando con todas sus fuerzas que salga con vida de aquel lugar. Francesco llega instantes más tardes.

– ¿Cómo está?

– No lo sé, en la ambulancia estaba semi-consciente. Acaban de entrar al box, espero que todo vaya bien.

– Ana, todavía no sé qué hago aquí, además de venir en tu busca tal y como acordamos. Pero lo que ha pasado ahora se me escapa de las manos. Mejor dicho, cómo es posible que este hombre…

– Espero que se ponga bien, sólo eso. Ya te conté que en un principio no quería saber nada de él, me molestó su presencia. Pero ahora puedo confirmarte que es una persona fascinante, uno de los hombres más valientes que he conocido nunca –"aunque él piense lo contrario"–. Y ha sabido ver en mí lo que personas que me conocen desde hace años pasan por alto. Mi propia madre no quería creerme cuando de pequeña le contaba ciertas cosas que me pasaban. Sólo lo veían como pura imaginación que terminaría por enloquecerme. Fausto, en cambio, apostó por mi nada más verme. Te hablo de mi don.

– No entiendo nada de lo que me cuentas… ¿Estás segura de él? Te noto rara, estás ausente, como hipnotizada. Me resulta extraño este cambio de opinión tan brusco, ayer no decías lo mismo.

– Lo sé, pero ayer por la noche me dijiste algo que me hizo pensar. ¿Recuerdas aquel consejo que me diste?, lo de que a veces dormimos con nuestro enemigo y que el amor está en el aire, no entendí del todo a que te referías, pero entonces me acordé de mi guía. Anoche pedí ayuda a mi abuelo y me habló en sueños. Lo que me dijo me empujó a verme con él a las cinco en punto de la tarde, como la poesía de Lorca… –añade pensativa.

– Ana, antes de que sigas –le corta– he de contarte algo…

Por un momento, le cree capaz de confesarle algo referente a

Fausto, algo como que le conoce, que ambos se conocen, pero enseguida cae en la cuenta de que no es eso de lo que quiere hablarle.

– Lo sé. Sé lo que vas a contarme. No te preocupes, quería que eso sucediera. Esta mañana le entregué mi móvil, en parte, por ese motivo, para que pudierais veros a solas, en la intimidad, con un secreto en común. Un punto de unión entre ambos, sólo os faltaba eso.

– ¿Pero cómo?, ¿a qué te refieres? –contesta extrañado e intentando aludir todavía su *affeir* con Lucía.

– De repente supe que estáis hechos el uno para el otro, por eso planeé esa cita. Bueno, a ser sincera, también me parecía seguro poder comunicarme con ella en caso de que algo saliese mal. Hacéis una pareja perfecta, cualquiera se daría cuenta. De hecho, me ha extrañado que no llegaras al parque con ella. Anoche fue una noche mágica. Y el beso que nos dimos en aquel puente despertó en mí unos sentimientos hermosos que hacía tiempo no sentía. Me enseñaste a amar de nuevo. Pero por la mañana entendí que tú no eras para mí, a pesar de creerme enamorada en pocas horas. Ese puente en el que nos besamos, a su vez nos hizo de puente el uno al otro. Todas las personas nos cruzamos en el camino de alguien con una finalidad concreta. La tuya ha sido hacerme entender que lo mío con Oliver estaba muerto. Sólo quedaba obsesión por querer que, después de todo, él fuese el hombre de mi vida. Me ofusqué con esa idea y no quería aceptar el estar equivocándome. Haber sido capaz de besar a otra persona y sentir un amor tan fuerte en tan sólo una noche, rompió ese lazo que tenía con él. Gracias, Francesco, por ello te estaré siempre agradecida, créeme. Y yo… puede que yo me haya cruzado en tu camino para ayudarte a ver que, a pesar de la mala experiencia con el amor, no debes desconfiar de todas cuantas mujeres conozcas. Algunas estamos un poco locas –ríe–, como yo, pero tenemos un corazón grande y puro que nos acompaña en todo lo que hacemos.

– Eres increíblemente rara, catalana… Dios te ha puesto en mi camino, así es. Yo también tengo que estar eternamente agradecido, entonces. Es curioso, pero nos parecemos en algo: ambos creemos en el azar del destino y sabemos transformar sus señales en una acción práctica por la cual guiarnos al conocimiento. No sé si ella será la mujer de mi vida, como tú dices, pero has puesto en mi camino a una persona que en pocos minutos ha conseguido revivir mi confianza en el amor. Y mira que yo no creía en flechazos; es curioso el poder que tiene una mirada en el momento oportuno. Puede que tengas razón, que tú me serviste de puente para abrirme los ojos, y el San Angelo

terminó decretándolo. Soy un romántico, amiga mía, lo reconozco. Tu beso me hizo volar, ciertamente, y dormí, lo poco que dormí, creyéndome, al igual que tú, enamorado. Enamorado de mi catalana. Todavía no entiendo cómo en un día he sentido más emociones que en los últimos seis años. Pero cuando la he visto... es curioso, no me había fijado en ella antes cuando llegó al albergue. ¿Cómo supiste que iba a surgir algo entre nosotros? ¿Has hecho magia? –ahora ríen los dos.

– Ya te he dicho que poseo un don, el cual por mucho tiempo ha permanecido en la sombra o, de lo contrario, me hubiese enfrentado a seres queridos que me son tan necesarios para vivir como el aire que respiro. Los médicos les hicieron creer que padecía algún tipo de trastorno, que estaba medio loca... y quizá lo esté, pero no por eso, sino por saber oler el aire –añade guiñándole un ojo–. Al final desistí en mi intento de que me creyeran y creo que fue entonces cuando yo misma dejé que ese "don" se apagara. Pero gracias a este viaje ha vuelto a cobrar vida, y esta vez no voy a permitir que pierda su fuerza. Esta vez no voy a olvidarme de mí, ya se acabó el esperar la aprobación de otros, si me quieren ver feliz tengo que aprender a aceptarme tal y como soy, sin máscaras. Y yo soy Ana, Ana la catalana.

Francesco la abraza con ternura. Mientras, en el pasillo, enfermeros y camilleros van de un lado a otro en la carrera de su oficio. Él se queda pensativo, y la mira con expresión de entender sus palabras.

– Lucía y yo no nos hemos besado todavía, es difícil de explicar, ha sido como hablarse en silencio. Estoy seguro de que ella no haría nada sin tú saberlo primero –Ana asiente–. ¿Y tú...?, ¿le amas? –pregunta expectante.

– Por ahora sólo puedo decirte que espero que todo salga bien. La intervención no es lo único que me preocupa. Existen otros inconvenientes igual o más importantes que ése, pero no puedo explicártelo, no todavía. Francesco, he visto como esquivabas su mirada en todo momento, ¿sucede algo?

En ese instante, sale el doctor que interviene a Fausto soslayando la cuestión de Ana y salvando al chico por unos minutos.

– Buenas noches, ¿son ustedes familiares del sr. Pietralunga?

– ¿Qué le sucede? ¿Anda todo bien?

– Necesita un trasplante de pulmón urgente, pero sólo disponemos de un donante vivo compatible con él. En ese caso, necesitamos otro para hacerle una reconstrucción. Deberíamos encontrarlo en un máximo de veinticuatro horas, si no mucho me temo podría morir.

Sin apenas haber terminado la frase, Ana responde sin titubeo alguno.

– Nosotros nos haremos las pruebas de compatibilidad –Francesco la mira con sorpresa.

– ¿Son ustedes familiares del señor? –insiste el médico.

– No, pero da lo mismo eso, ¿nos hace las pruebas sí o no?

Ambos pasan a una sala, en la que han de esperar más de una hora para tener los resultados. En ese rato, Ana cae en la cuenta de que todavía no ha mirado su móvil desde que se lo entregase Francesco. Varias llamadas. Su madre, su mejor amiga, y un mensaje de Oliver.

*Ana t estoy llamand no se q m han exo por favor vuelv m stan drogando n agas caso d nada cuiddo*

Pero ella está más concentrada en aquel pasillo lleno de camilleros, de personas pidiendo que las atiendan, de enfermeros corriendo para un lado y para otro; en que uno de los dos sea compatible… que en Oliver y ese mensaje que apenas logra descifrar.

Por fin sale el médico con los resultados. Ellos, que apenas se han comunicado durante esa hora de espera, se miran impacientes.

– Enhorabuena. Francesco Alberó, eres compatible.

Ana sonríe de emoción, no sólo porque Fausto va a salvarse, sino porque su baile en el parque le ha revelado uno de los secretos.

– No sé si quiero donar parte de mi pulmón –espeta Francesco rompiendo el silencio.

– Pero… –dice Ana, mientras el médico permanece de pie observando a la pareja, y mirando su reloj como implorando que se den prisa.

– Pero nada, Ana. Me he hecho las pruebas sin pensar. ¿Cómo voy a donar parte de un órgano a un hombre que no conozco de nada?, es de locos. Sí, su vida corre peligro, pero he llegado hasta aquí y ni siquiera sé por qué. No entiendo, ¿teníais todo esto preparado?

– Por favor, ¿nos da unos minutos? En menos de una hora volvemos y le damos una respuesta. Estamos cansados y todo está siendo muy repentino, tiene que entenderle –el médico asiente.

– Entiendo, pero, por favor, díganme algo con la mayor brevedad posible, a poder ser. Ese hombre está muy grave.

Salen a la calle, Ana está ansiosa por fumar.

– He de dejar este maldito vicio, quizá sea la hora de hacerlo. Después de todo, nuestro amigo está dentro debatiéndose entre la vida y la muerte por culpa de una enfermedad que provoca este veneno.

– ¿Nuestro amigo? Ana, desde que he llegado al parque apenas hemos hablado. Ahora me veo en un compromiso enorme. Hace un rato te daba las gracias por ser tan especial, y por haberme ayudado a encontrar a la que, creo, puede ser mi alma gemela. Pero me haces partícipe de una decisión impensable, en la que la vida de un hombre depende de mí. ¿Eres consciente de todo lo que has influido en mi vida en menos de un día? –"Sólo me ofrecí a hacerte de guía", piensa.

No hay tiempo que perder, por lo que apuesta todo a una carta.

– Francesco, quizás sí le conozcas. ¿No te suena su cara?

– La verdad es que sí, Ana, es como si lo conociese de toda la vida. Y eso me resulta extraño. Soy un chico de ciencias, creo en todo lo tangible, en las matemáticas, en definitiva en lo que veo y puedo demostrar empíricamente. Siento no compartir contigo esa afición tuya por los temas metafísicos. Soy ingeniero, recuerda. Aunque te diese ese consejo, no sé de dónde salieron mis palabras. Creo que fuiste tú que me inspiraste. No suelo tener *déjavus* ni cosas por el estilo. Pero, francamente, es cierto que ese hombre me resulta familiar. ¿Acaso sabes tú algo?

– Si no he entendido mal, hace pocos minutos me decías que tenemos en común el creer en el destino, eso no es muy científico que digamos. Mira, Francesco, puede que haya una parte de tu vida que la

tienes olvidada, de hecho, puede que tu vida empezase hace apenas pocos años. Pero el pasado a veces nos encuentra. ¿Dónde naciste? ¿Quieres contarme algo?

Él la mira absorto. “¿Cómo he llegado a esto?”, se cuestiona. Hace mucho tiempo que su vida ha dado un giro grandioso, demasiado, cortando con todo lo anterior. Nuevos amigos, nuevo hogar… otra identidad. Francesco la mira fijamente, y sin vacilar le pregunta:

– ¿Me estás insinuando que ese hombre es mi padre?

– Puede –responde Ana, diciéndose a sí misma que el gusto por ser directos debe venirles de familia.

– ¿Te lo ha dicho él?

– No.

– ¿Qué más te ha contado?

– Supongo que nada que no debas saber llegado el momento. Todos tenemos secretos, Francesco, pero terminan por encontrarnos.

## V

Tenía dieciocho años, faltaban escasas semanas para su decimonoveno cumpleaños. Como siempre había sido una persona muy impaciente, le pidió a su madre que le diera una pista sobre su regalo. Intuía que era un coche. Y acertó, como de costumbre.

Desde bien pequeño tuvo sueños que luego se cumplían. No entendiendo muy bien el motivo de esas imágenes, decidía investigar un tanto al respecto. Se aficionó a la lectura de Freaud, y con él, encontró otro aliado, las lecturas de su contemporáneo y discípulo Carl Gustave Jung. Un gran legado sobre psicoanálisis, arquetipos, empezaron a resonar en su inconsciente... La lectura de Jung le ayudó a entender su corta vida de otro modo, quizá todo lo que él soñaba podía hacerse realidad. Puede que esas imágenes en estado de vigilia ya estuviesen sucediendo en otra secuencia de espacio-tiempo, algo así como dar un salto cuántico. Aquello le hizo interesarse por la psique humana con el convencimiento de que, algún día, podría llegar a controlar cuanto pudiera sucederle. El resumen era borrar cualquier pensamiento nocivo para su sensible persona. Vivía cada día como si fuese el último o el primero, sin dar cabida al miedo, las dudas o el divagar demasiado en el tiempo. Con ello, empezó a interesarse por el lado no visible de las cosas, lo oculto, pero sobre todo se dedicó a interpretar sus sueños. De ese modo fue como se decidiría a cursar durante dos meses un seminario, en horario extra-escolar, a ocultas de sus padres. Le dijo a su madre que se había matriculado en un curso intensivo de inglés, pero ésta, que sabía captar el titubeo de su hijo, sospechó el engaño. Cierto día, le seguiría hasta el supuesto curso decretando sus dudas. Antonia entendió que la genética tiene su peso y que, muy a su pesar, el chico empezaba a parecerse a su padre. A fin de cuentas, por más que la educación haga sus raíces, los genes, en ocasiones, ganan en importancia.

En dicho seminario, entre otras, aprendería que lo más importante para interpretar un sueño, era percibir el sentimiento que éste transmitía; dejar funcionar la intuición dándole significado propio. Para ello, era importante, sólo despertar, intentar revivir lo soñado apuntando en un cuaderno todo lo que se recordase. A partir de tal croquis, se hacía memoria sobre las imágenes vividas durante la noche y acto seguido se le daba una interpretación centrándose en el sentimiento que producía cada una de las escenas transcurridas durante la fase onírica.

Dos semanas antes de su cumpleaños, despertaba con las sábanas pegadas al cuerpo empapadas de sudor. El sueño tenía lugar en una habitación blanca, en la que no se distinguían ni puertas ni ventanas. Estaba saltando en un colchón a modo de entretenimiento infantil, situado en medio del habitáculo y riendo a libres carcajadas cuando, de pronto, su madre y su padre, que le observan a lo lejos, se acercaban a él para prenderle fuego. Él empezaba a sollozar gritos de dolor y sufrimiento demandándoles una ayuda que nunca llegaba; por el contrario, le miraban y se reían con sonidos estridentes que recordaban a un film de Hithcok. Acto final, permitían que él se quemase. Decidió no contárselo a sus padres en busca de una posible explicación, pero sí se puso en contacto con el profesor que había impartido el seminario en el que participase meses atrás.

– Enrique, me gustaría hacerte una consulta. El otro día tuve un sueño que me ha dejado mal cuerpo. No logro quitármelo de la cabeza.

– Tú dirás, Francesco, ya te dije que podías contar conmigo, has sido un alumno ejemplar, tienes un don, chiquillo. Soy todo oídos.

El muchacho le narró el episodio con todo detalle, incensando en el sentimiento de malestar y desconfianza que éste le había dejado hacia sus padres. El maestro argumentó que, en otro caso, el fuego podía ser símbolo de purificación, de un renacer, de regeneración. Que podía ser un buen augurio si lo que se buscaba era dar un cambio a nuestra vida, una señal de estar yendo por el camino correcto. Pero lo que a Enrique no le gustó oír, fue el sentimiento del chico. Sentía que sus padres eran sus enemigos y que su vida con ellos debía llegar a su fin. Enrique le aconsejó no precipitarse en sus conclusiones, recomendándole hacer un ejercicio antes de ir a dormir. En su cuarto, bien acomodado e intentado estar lo más relajado posible, pediría a las fuerzas de arriba que nos protegen, guían y ayudan que le revelaran el significado del mismo. Antes de dormirse, debía procurar dejar su mente en blanco para no interferir con ideas y auto-sugestiones y visualizar que la respuesta le era entregada con un nuevo sueño. Así lo hizo. Bajo las directrices de su maestro, se dispuso a que la respuesta le fuese entregada mientras la magia de la noche se ocupaba del resto. La ayuda fue concedida. Aquella noche volvió a tener el mismo sueño repetido, pero esta vez no terminaba como el anterior. Después de él empezar a arder, un hombre aparecía de pronto.

*– Hijo, tranquilo, voy a salvarte.*

Aquel hombre le parecía su “tío” Fausto, el mismo del que desde hacía años no sabía nada. Le liberaba de las llamas y cuando salían de la habitación, aparecían en un bosque lleno de árboles y figuras de piedra. Era de día, el astro rey resplandecía intensamente, dando a aquel lugar un color blanco purificador. En un lugar del bosque, una muchacha le miraba sonriente, ansiosa por tenerle entre sus brazos.

*– Querido Francesco, qué bello eres, tal y como decía tu padre. No te preocupes por nada, estás a salvo. Tu padre y yo cuidaremos de ti, no te faltará de nada, tienes protección divina, querido. Por cierto, mi nombre es Ana.*

v

En ese momento, esperando a que Francesco tome una decisión, ella le mira expectante rogando en silencio la aceptación del chico.

– Ana, eras tú. Sí, ahora lo recuerdo. Por eso cuando te vi llegar sentí como si te conociese de antes, como si ya te hubiese visto en otro lugar.

– ¿De qué estás hablando?

Hace más de veinte minutos que habla de su cumpleaños, de un coche, de un seminario... pero no del sueño. Éste sólo lo recordaba en silencio. Teme tener que seguir con lo que viene luego, y luego... pero ya no hay tiempo. El reloj empieza la cuenta atrás. Cuando llega al punto de su parecido con la mujer del sueño, Ana vuelve a recordar la danza del parque y los mensajes de su abuelo.

– Pero… ¿y decías que tú eres de ciencias y que estas cosas a ti...?

– Sí –continúa–, porque no quise seguir con ello. Aquel sueño me reveló algo que me negaba a creer. Me dolía demasiado, pero para suerte o desgracia mía entendí cuál era el mensaje. Desde entonces, no he vuelto a leer, ni he vuelto a interesarme en estos temas. Llegué a olvidar que alguna vez sí lo hice, quise borrar todo lo que me recordase a aquella época de mi vida. Hasta que la otra noche te di aquel mensaje... yo mismo me sorprendí. –"Tú y él debíais estar destinados a conoceros", piensa.

Paralelamente, Ana se dice: "Si Fausto y yo estábamos destinados a conocernos, puede que yo a unirles a ellos".

– Dos semanas antes de cumplir los diecinueve, tras aprobar el carné de conducir, me dieron mi regalo: un descapotable. Esa misma tarde, cuando llegaba de la facultad, escuché a mi madre hablando por teléfono con Fausto, mi tío. Por su tono de voz alterado, decidí quedarme detrás de la puerta del salón a escuchar lo que decía. Nunca he sido de espiar conversaciones, pero ese día un impulso me hizo robarle su intimidad. En un punto de la conversación la escuché decir: "Fausto, ya sabes que no soporto que le llames hijo, no lo es desde hace muchos años. Para ti es un sobrino, ¿de acuerdo? Él está bien gracias a Dios, has cumplido con tu parte del trato. Y en la sombra es

donde debes estar, mejor así.” Subí a mi habitación sin hacer el menor ruido. Barajé todas las posibilidades. Quizá mi tío me llamaba hijo a modo cariñoso, sin más. Pero no encajé cómo mi madre hablaba con él sobre mí en ese tono, si él hacía años que dejó de visitarme sin tener nunca más noticias suyas. Antonia me había dicho que no sabían nada de él desde hacía tiempo, que tan siquiera llamaba para saber de nosotros. Según ella, era un cabeza loca que no se preocupaba por nadie, solo de sí mismo –hace una pausa.

– ¿Y…? ¿Qué hiciste? –pregunta expectante por saber el desenlace.

– Al día siguiente salí antes de la facultad para hacer unas gestiones. La noche que hice el ejercicio que me recomendase Enrique, también soñé con papeles. Me acerqué hasta el registro civil para pedir mi partida de nacimiento. Se pueden cambiar los datos del D.N.I y del libro de familia, pero no de la partida; o tal vez la vida me echaba una mano y había hecho que se les pasara por alto aquel trámite. Por fin lo entendía todo… no sólo el sueño, todo. Averigüé sobre mi madre. Había muerto al darme a luz, y descubrí que mi padre era el tío que una tarde me regaló un juego de bolos a la salida del colegio para no volver jamás. El *shock* fue demasiado grande, la rabia más todavía. Tenía un amigo que había ido a Roma a estudiar ingeniería porque la empresa donde trabajaba su padre le había trasladado allí. Me puse en contacto con él y me ayudó a matricularme en la ciudad. Esta parte me la reservo. Sólo puedo decirte que desde aquel día decidí no volver a soñar más, por lo menos, haría lo posible por no recordar nada. Por supuesto, como debes estar imaginando, me fui sin decir nada a mis padres; dos días antes de mi cumpleaños. Ha sido el peor cumpleaños de mi vida. Mi amigo y sus padres no sabían nada de mi huida por el momento, con el tiempo se lo conté. Un día, después de llevar dos meses afincado en Roma estudiando, el remordimiento empezó a pesarme. Envié una carta a la residencia de Barcelona a nombre de Pere y Antonia. Allí les explicaba que lo sabía todo. Que no les guardaba rencor, pero que necesitaba pensar, estudiar, sacarme la carrera, hacer mi vida… una real. Una construida por mí, no por otros. Les prometí ir escribiendo regularmente, mantenerles al corriente de mi situación. No volví a verles hasta el día de mi boda con Cristina, mi ex mujer. Para entonces, estaba a punto de cumplir los veintidós y trabajaba como becario de ingeniero. Teníamos nuestro piso en el centro de Roma y toda una vida por delante, aunque luego no saliera como esperábamos. Antes de aquello, mis padres insistieron millares de veces para venir a visitarme, pero siempre les negué el permiso. La herida todavía estaba abierta.

– Francesco –interrumpe Ana–, no voy a contarte nada porque ese no es mi deber sino el de Fausto, sólo te diré algo, creo que es lo más justo en este momento para que te ayude a tomar una decisión. La que creías tu madre, Antonia, jugó sucio, pero no he de explicártelo yo. Es más, tu verdadero padre te daba por desaparecido. No puedo decirte más por ahora, pero créeme. Ahora, más que antes, estoy segura que lo que sé es todo cierto. Él no dejó de llamar nunca preguntando por ti, pero al parecer ella prefirió omitirlo.

– Ana, subamos ya, hay alguien arriba que me necesita.

La chica sonríe orgullosa y coge al muchacho del brazo para subir a toda prisa. Buscan al doctor, y Francesco le comunica su deseo de llevar a cabo la operación. Ella le abraza, y le da repetidamente las gracias por la decisión.

Espera más de cuatro horas, sola, en aquel hospital en el que todos hablaban italiano, hasta que por fin sale el cirujano con el diagnóstico.

– Acompañante de Fausto y Francesco Alberó.

– Sí, soy yo, ¿cómo ha ido? –Para su suerte, el doctor habla bastante bien el castellano.

– Están los dos perfectamente –Ana respira tranquila.

– No obstante –continúa el hombre–, hay que esperar para ver cómo desarrolla el post-operatorio en las próximas horas. Todo apunta a que evolucionaran sin problemas. Son dos hombres muy fuertes. Enhorabuena, señorita.

– No, enhorabuena a usted, muchas gracias por su ayuda, de verdad. ¡*Grazie mile,* doctor! –le responde con un abrazo, pasando por alto el protocolo que pueda haber entre paciente y bata blanca.

Entra primero a ver a Francesco. Está dormido, pero tiene buen color de piel. Y aunque entiende poco de hospitales, se fija en que la máquina que marca las pulsaciones parece andar correctamente. Se acerca a él y le da un beso en la mejilla.

– Gracias, valiente. Estaré aquí cuando despiertes.

Después va hasta la habitación de Fausto. Está despierto,

pidiéndole a la enfermera –aunque hablan en italiano, puede entender parte de la conversación– que le deje incorporarse en la cama, que esa posición en la que descansa le resulta muy incómoda. Ésta le explica que no puede incorporarse más, que acaban de operarle y que esa es la postura en la que debe estar durante las próximas doce horas. Fausto maldice como un niño pequeño. Ana sonríe, la escena le hace verle más jovial y menos correcto de lo que le pareciese hasta entonces. Incluso más atractivo de lo que es, con su metro noventa, cuerpo delgado aunque musculoso, y con sus pequeños pero penetrantes ojos negros. Finalmente ríe en voz alta, y Fausto mira hacia la puerta que queda mudo de repente. Una vez más, le parece ver a un ángel; porque aquella mujer que está de pie mirándole, sonriente, es la mujer de su vida. Y puede leer en su mirada que ahora ella también lo sabe. Todavía le debe una explicación, una parte de la historia que no le ha contado, o en la que no ha sido del todo honesto. Ahora, observando aquella bondad e inocencia que le transmiten el brillo de sus ojos, desea poder contárselo lo antes posible. No quiere más secretos, no con ella.

## CAPÍTULO XV *El cansancio*

En varias ocasiones había sospechado que Oliver esconde más de la cuenta, pero como dicen que el amor es ciego, se resistía a desatar la venda que impide ver. Por más motivos que le contase sobre un pasado en el que le perseguían sus fantasmas, romperle el corazón como lo había hecho y haciendo alarde de una frialdad inusual en alguien que dice estar enamorado, era obra de una persona fría y calculadora; y sin más excusa que el de quien no quiere a nadie más que a sí mismo. Haber callado durante tantos años su rencor por el *affeir* de Ana con su mejor amigo, y dejarla sufrir de esa manera tras rechazos, llamadas no contestadas, citas plantadas y, por último, desaparecer sin dejar rastro alguno, eran demasiados desprecios que, ahora, desde la distancia Roma-Barcelona le resultan imposibles de perdonar.

En la habitación de hospital, observa a ese hombre inteligente y atractivo, misterioso, que renace en ese preciso instante dispuesto a perder la vida por salvar la suya, una empresa mucho mayor que la concebida con su ya ex pareja en casi más de tres años. Se pregunta qué estará pasando en su ciudad, con el que decidió tener un hijo e hipotecar su vida. Es todo tan extraño que, por primera vez en mucho tiempo, siente que sus días de estancamiento van a terminar para dar paso a una vida elegida y construida únicamente por ella. Porque desde que pisase la capital italiana, se ha encontrado con una nueva Ana, capaz de mover ficha sola, más valiente de lo que creía, y que desecha el disfraz de muchacha soñadora a la disposición de ayudar a otros olvidándose de ella. Sabe que esos tiempos de olvido, de engaños y de rutina han terminado para dar paso a unos de renovación, de conciencia, de auto-determinación. Ahora, más que nunca, entiende

que para servir a otros tiene que pensar en ella, que para querer a otros tiene que quererse ella y que para respetar al prójimo primero debe respetarse ella. Y es en ese hospital, envuelta en un manto de sentimientos, es cuando entiende que se ha subestimado demasiado tiempo. Mira al hombre con la mirada más brillante hasta ahora vista.

– Fausto, vuelvo enseguida, tengo que hacer una llamada. Qué gusto me da verte bien.

– Ana, promete que volverás.

– Lo prometo.

– Mi querida esquimal, tenemos que hablar lo antes posible. ¿Cómo está él?

– Todo ha salido bien, está dormido.

– Cuánto me alegra oírte decir eso. Pero recuerda, ni una palabra de lo nuestro.

– Ya sé, descansa tranquilo.

Y dedicándole su mejor sonrisa, recae en que es la primera vez desde su encuentro que se miran con ese cariño y admiración mutua. Ya no son dos desconocidos jugando a policías, sino dos amantes que se encuentran, dos almas perdidas que estuvieron juntas en un sueño.

Se dirige a la calle en el ascensor que desciende desde la segunda planta. El reloj del móvil marca las cinco y un minuto de la madrugada. Acciona la re-llamada sin pensarlo, con la certeza de que esta vez contestará. Dos tonos.

– ¿Ana? –atiende Oliver con voz dormida.

– Por fin hablamos.

– ¿Cómo estás?, tenemos que hablar. He intentado localizarte, pero me daba error…

– ¿Ah, sí? Pues estoy mejor que nunca, Oliver. Estoy viva, qué más puedo pedir.

– Ana, ha pasado algo… ¿cuándo vuelves? ¿Ana, sigues ahí?

– Sí –contesta divagando en un sin fin de especulaciones mentales. ¿Cómo que ha intentado localizarla? ¿Y los mensajes?, ¿y su ruptura?

– Ana, están pasando cosas raras, no deberías estar sola.

– No sé si esto es una broma, o es que te has vuelto loco de remate. ¿Y tus mensajes? ¿Y todas mis llamadas sin contestar? ¿Puedo saber qué diablos pasa, Oliver? ¿A qué estás jugando?

– ¿No has visto mis llamadas? Ana... tienes que volver…

– Hablé con tu madre, me llamó ayer. Según me dijo, llevas dos días sin aparecer por la empresa. Imagino que para estar con la otra en nuestra casa. Por lo menos, espero que estés cuidando a los animales. –Oliver está en silencio, ni siquiera se le oye respirar–. ¿Oliver? –insiste, creyendo que la cobertura empieza a fallar.

– Ana…, por favor, necesito verte –le ruega en un tono apenas inaudible.

– No tengo nada que hablar contigo, Oliver, me sobran tus palabras. Ya me has dicho suficiente, hemos vivido muchas cosas juntos, algunas maravillosas, de verdad. Tuvimos también el peor de los dolores, perder a un hijo, pero a pesar de ello salimos adelante. Hemos estado muy unidos y te he amado mucho, curiosamente me he dado cuenta estando aquí, pero también sé que ya no te amo y que ni tú puedes hacerme feliz ni yo a ti. No quiero guardarte rencor de ningún tipo, incluso deseo que seas feliz con ella. Espero que tú no me lo guardes a mí, si es que te he hecho fallado en algo. Quizás ayer no te hubiese dicho lo mismo, pero ahora es lo que siento. Cuando vuelva, que no sé cuándo será, recogeré todas mis cosas. Si algo te molesta puedes pedir a mis padres que vayan a buscarlo. Debes rehacer tu vida, por mi parte sólo deseo que te surja todo bien. Ya hablaremos de cómo hacemos con los animales.

El silencio llega de nuevo. De pronto, le oye llorar. No recuerda que lo hiciera desde el trágico día en el que su bebé perdía la vida. Por un momento, siente nostalgia. Nostalgia de aquel chico que permanece al otro lado del teléfono, el hombre que cierto día la hiciese sentir la mujer más afortunada del mundo declarándole su amor.

– Ana, me cuesta seguirte, no te escucho bien, necesito verte…

Ya no le contesta más, y, por un impulso repentino, le cuelga, y apaga el teléfono. En segundos, toda la fortaleza y alegría que sentía en la habitación de hospital mientras observaba a Fausto, se desvanecen para dar lugar a un dolor y pena tan grandes que rompen, una vez más, su alma en mil pedazos. La duda le acecha de nuevo. Vacila poner fin a aquel viaje y apresurarse a buscar un locutorio en el que reservar un vuelo destino Barcelona. Pero de nuevo, la idea de Oliver con otra inunda su mente, y detiene el impulso de retroceso. Esa imagen besando a otra, del que hasta hace escasos días era el hombre con el que pensaba compartir el resto de su vida, opaca cualquier intento de marcha atrás. “La película no rebobinará nunca más. Ya fue, Oliver, se terminó el teatro de nuestros días”. Enciende otro cigarro y, tirándolo a medias, sube hasta la segunda planta. Esta vez por las escaleras, el ascensor puede causarle sensación de asfixia. Además, necesita correr, moverse, liberarse. Sube los peldaños de dos en dos, y llega hasta la habitación.

Sus ojos la interceptan como si no hubiese dejado de mirar la puerta desde que se saliera a llamar.

– ¿Qué hora es? –pregunta.

– Las seis menos cuarto.

– Tenemos que hablar.

– Lo sé, pero estoy agotada. Agotada y confundida, ya no sé qué pensar…

– Te pido que no te rindas ahora. ¿Le contaste algo que deba saber? Todavía no sé por qué ha aceptado ser mi donante.

Una sensación de vértigo la abruma cuando Fausto termina la frase. Se toca la cabeza con las dos manos, el dolor y los mareos le nublan la vista. Hace más de dos meses que no tiene esos ataques. “Estrés emocional –susurra– sólo eso”.

– Ana, ¿estás bien? –dice Fausto casi levantándose de la cama para socorrerla.

– Sí, sí –se apresura, levantando un brazo e indicándole que esté quieto–. Sólo es un dolor de cabeza, debe ser por el cansancio –miente.

Miles de imágenes involuntarias se arremolinan en su cerebro, desordenadas, entremezcladas… Oliver y la casa de Caldes de Montbuí, el bebé, sus animales, el ordenador encendido con aquel programa, el avión con el que llegase a Roma, el albergue, Francesco y su paseo por el castillo, Fausto en la Piazza di Spagna...

“Me estoy volviendo loca, no aguanto más, no sé qué hago aquí, esto tiene que acabar... Desde que he llegado todo ha sido una locura, una auténtica locura. Quiero volver a casa con mis animales, ver a mis padres, estar cerca del único hombre que me conoce de verdad. No, eso no… Ya terminó. Quiero recuperar la vida que tenía hace unos días, pero me siento sola, cansada. No quiero más historias, ni más mentiras. Esto no es real”.

Fausto la mira y quiere llorar, pero no lo hace.

– Ana, entiendo tu estado, me hago cargo. Es más, puedo sentir tu dolor viéndote así, y me rompe el alma. Sé lo que es creer que todo es una locura y que estás a pocos segundos de perder el juicio. Sé que hace sólo tres días no me conocías y ahora estás aquí, en este hospital, conmigo, en el que me han operado a vida o muerte. Te juro que me duele más que a ti que tengas que estar viviendo esta pesadilla, pero recuerda el baile en Bomarzo, en ese baile viste, lo sé... Te pido un poco más de paciencia, una parte más de la historia y lo entenderás todo, aunque me mata adelantarte que no te gustará demasiado. Pero recuerda que a veces hay que sufrir primero hasta dar con el cambio. La vida que tenías antes de llegar a Roma tampoco te hacía feliz, estabas presa en una rutina que ni siquiera entendías.

– ¡Pero estoy harta de historias!, de pronto te miro y sólo puedo pensar eso, que no nos conocemos de nada, ¿por qué habría de confiar en ti?, dime. Ya no sé qué pensar... Puede que seas tú quien quiere matarme y me estás reteniendo a tu lado. O quizás nada de esto sea cierto... ¡puede que sólo esté soñando! –hace una pausa, coge aire, pone su mano en la frente y continúa–. Ya no sé lo que digo, tengo mucho sueño... quiero dormir.

– Pues no pienses más, intenta tranquilizarte. Escucha a tu corazón, él no miente. Por favor, sólo te pido una parte más. Mírame... –Ana vuelve en sí y le mira–. Yo nunca te haría daño. Puedes confiar en mí, mi dulce esquimal de Hollywood.

Son casi las siete de la mañana y no ha dormido desde la noche

anterior. El cansancio es absoluto, y el café ya no hace su efecto. No puede pensar con claridad, sólo quiere descansar.

– Fausto, tengo que irme. Me da igual lo que pase hoy y mañana y al otro... A ti no va a pasarte nada, estás en un hospital, tienes un trasplante, ¡estás vivo! Cuando salgas de aquí una nueva vida te espera, yo en cambio todavía he de encontrar la mía. Como te dije, sé que no voy a morir, me lo dijo mi abuelo, y le creo, porque tengo Fe otra vez – "como tú me pediste", piensa–. Aun en el peor de los casos, aceptaría mi derrota. Lo que más me duele es no saber quién me odia tanto como para querer matarme, pues aunque tengo mis sospechas no puedo confirmarlas.

– Ven, acércate, por favor.

Fausto la coge de las manos. La habitación está vacía, sólo ellos viven allí en ese momento, testigos de un juego sin nombre, de un amor que puede y quizás no sea, de un combate sin juez... Fausto cierra los ojos, con las manos de ella entre las suyas, y le pide a la vida que se apiade de la verdad y que ella no se rinda todavía, no sin saber el final. "La verdad nos hará libres", se dice.

– Acércame mi chaqueta, por favor –Ana se acerca al armario, la coge y se la da–. Gracias. Mira, vete al albergue, recoge tus cosas, y busca esta dirección –le dice mientras le entrega una tarjeta en la que se lee: *"Fausto Pietralunga. Investigatore privato. Corso del Rinascimento, 14 T.f.: 06679234*–. Ésta es la dirección de mi casa, aquí tienes las llaves. Puedes ir en autobús, el 64. Allí estarás a salvo, Ana, y tranquila. Utiliza cuanto necesites, confía en mí. Pero prométeme que tendrás un teléfono donde pueda llamarte, además del de mi casa un número de móvil.

– El mío ya lo sabes –responde convencida.

Claro que lo sabe, pero no es por desconocer el número por lo que le pide tenerlo a mano.

– Cierto, te lo entregó Francesco en el parque. Por favor, espera a que salga, en mi casa no te faltará de nada, qué más confianza puedo darte. Si necesitas dinero, ten –saca unos billetes de la cartera y se los da–. Cógelos, no quiero que te preocupes por nada. Te llamaré lo antes posible. Recuerda lo que me dijiste en el parque: si no volvemos a estar a solas esta noche, te esperaré a las cinco en el café. Sabes que no hubiese faltado por nada del mundo. Ahora soy yo quien te pide

que no me falles. ¿Prométeme que esperarás?

– La verdad, ya no sé qué más puede pasarme, siempre me he tomado la vida como un sin sentido, y la idea de ir a tu casa me seduce demasiado. Me irá bien descansar en un lugar tranquilo. ¿Puedo fumar allí? –pregunta más relajada. Fausto ríe.

– Puedes hacer lo que te plazca, menos dejar subir a nadie. Te llamaré en breve. Ahora ve y descansa.

El hombre cierra los ojos y suspira. Quiere decirle "Ana, por fin te he encontrado", pero sabe que no debe hacerlo. La muchacha abandona la habitación. A la altura de la puerta, desea girarse y mirar a Fausto para despedirse de nuevo, pero tampoco lo hace. Él mira cada uno de sus pasos, hasta perderla de su ángulo visual. Y dice en voz baja: "Ana, mi dulce esquimal, iré a buscarte en menos que pueda".

Va a la otra habitación, no quiere irse sin darle otra vez las gracias. Ahora reposa despierto.

– Hola Ana, ¿qué aspecto tengo? ¿Me notas distinto?, me falta un trozo de pulmón, ¿lo sabías? –el chico intenta reír, pero le duele el costado. Ella se alegra de ver cómo mantiene intacto ese sentido del humor que tanto le caracteriza.

– Te veo fenomenal, Francesco, eres un héroe. Vine antes, pero estabas dormido.

– Sí, al parecer la anestesia era de dosis doble.

– Eres un valiente. Me alegra verte tan bien. No pierdes la sonrisa, te envidio.

– Es lo último que se pierde. Reír es terapéutico y no cuesta tanto como creen algunos.

– Francesco, tengo que irme al albergue, necesito descansar. Cogeré un tren hasta la capital. En cuanto pueda vendré a verte, o te llamaré al móvil. Ha sido una noche muy larga.

– ¿Fausto?

– Él está bien. Ha ido todo perfectamente, gracias a ti.

– Me alegro, ha valido la pena entonces.

– Sí. Él y tú tenéis mucho de qué hablar, y hasta que os den el alta tendréis tiempo de hacerlo. De aquí a unas horas ya podréis moveros con normalidad. No me ha dicho nada de ti, sólo le interesó saber que estás bien, tampoco yo le he hablado. Lo dejo para vosotros. Francesco, de corazón te digo que te estoy enormemente agradecida, y que me siento orgullosa de ti, pero debes disculparme, el cansancio apenas me deja pensar.

– Ana, ¿volveremos a vernos? ¿Esperarás en el albergue?

– Todavía no ha terminado mi viaje…

– ¿Me lo prometes, catalana?

– Sí, te lo prometo, catalán –le da la mano, se gira y empieza a caminar.

– ¡Ana!

– ¿Sí?

– ¿Podrías decirle que estoy aquí? Si quieres no le cuentes lo que ha pasado, yo lo haré.

– Tenía pensado hacerlo. Descansa, *bello*.

Le regala otra mirada de cariño y cruza la puerta. Ya sabe a quién le recordaba su cara y a quién la sonrisa de Fausto; sin lugar a dudas, son padre e hijo.

## CAPÍTULO XVI *Regreso a Barcelona*

Después de una noche entera rondando sus pasillos, dice adiós al hospital. Se dirige a la estación de trenes, pidiendo orientación al personal con el que se cruza. Baraja la posibilidad de visitar el parque, está tan cerca, pero desiste en su idea, necesita dormir, de otro modo quizás pierda sentido seguir en la ciudad. Más de veinte minutos de paseo, que parecen tornarse una hora de interminables laberintos a causa del cansancio. Observa el paisaje, que lo atraviesa como si formase parte de él a diario. El sol empieza su jornada a la hora de siempre y con él, las personas que van a su trabajo. Unos a pie, otros en coche, algunos en bicicleta, pero la mayoría con cara de sueño todavía y expresión más bien seria. Probablemente, no disfrutan con la idea de tener que cumplir su jornada laboral.

Está demasiado exhausta para prestar atención a las calles que cruza, pero, de lo poco que ve, comprueba como aquel pueblo luce de cuento. Algunos edificios parecidos a los que viese en las afueras romanas adornan sus ventanas con flores de todo tipo, dando un toque de color exquisito a sus rincones abiertos; pues, al igual que en ciertas calles de la capital, en Bomarzo también se presta el cielo generoso dada la baja altura de las casas que otorgan al lugar una sensación de libertad. Fachadas, en su mayoría de piedra marrón, soportan orgullosas el transcurrir de los años.

Tras el forzoso paseo, que se le antoja mucho más largo de lo que había calculado, llega a la estación. Va directa a ventanilla para comprar el billete y preguntarle al chico a qué hora pasa el próximo tren con destino Termini, Roma. “In quindici minuti, signorina”, le dice el joven de taquilla. Perfecto, es el tiempo suficiente para pedir un café en el bar de la estación, fumarse un cigarro y no tener que mirar demasiado el andén. Con el primer sorbo, recuerda que no ha hablado con Francesco quién atendrá su lugar de trabajo. Puede que él mismo se haya encargado de avisar a su amigo. Todo ha sido tan rápido e inverosímil, que ninguno de los dos ha sacado ese apunte a relucir durante la noche. Llega el tren. El trayecto de una hora, ésta vez se le hace corto, y por suerte no se duerme ni se pasa de parada. Ya en Roma, coge el Metro hasta Reppublica, no hay tiempo ni fuerzas para más paseos. Cuando cruza la puerta, otro chico ocupa el lugar de Francesco. En un primer momento imagina que es el mejor amigo de éste y dueño del albergue, pero luego comprueba que no tiene pierna

alguna fracturada.

Decide pasar a la habitación sin detenerse, para evitar cualquier mínima presentación. El chico en sí mismo es señal suficiente de que Francesco ha solucionado su baja.

Recoge sus pertenencias, la habitación está vacía. Seguidamente, se dirige a recepción para pagar y entregar las llaves.

– Buenos días –él también habla un castellano perfecto.

– Hola, me voy antes de lo previsto, la reserva era para doce días, supongo que he de abonar la diferencia.

– ¿No te han gustado nuestras instalaciones?

– El albergue es perfecto, pero he de regresar a Barcelona lo antes posible.

Con cara pensativa y sin dejar de mirarla, continúa.

– Entiendo. Mira, no debería hacer esto pero sólo te cobraré el día de mañana, quiero que te lleves un buen recuerdo del lugar. De ese modo quizá vuelvas otro día. Así que serán, cinco por veintidós... ciento diez. ¿Tarjeta?

– Sí. Pues muchísimas gracias, no dudes que si vuelvo a Roma reservaré aquí.

– No hay de qué. ¿Te hicieron la ficha cuando llegaste?

– Sí, me la hizo Francesco –contesta sin pensar.

– Francesco, veo que le conoces, es un buen amigo.

Ana desea que aquel comentario no die pie a más conversación, tiene demasiado sueño y, ni siquiera sabe qué contar de él.

– Es sólo para tener tu e-mail, así podré enviarte nuestras ofertas.

– Perfecto, pues en la ficha tienes todos mis datos. Te agradezco mucho tu amabilidad.

– Que tengas buen viaje, Ana –añade sonriendo y con un guiño de

ojo.

“¿Cómo sabe que me llamo Ana? Francesco debe haberle hablado de mí...” Ciertamente, Francesco le ha hablado de ella, pero el nombre lo ha leído en su tarjeta. Ahora es ella quien, por el cansancio, ve fantasmas donde no los hay.

Va hasta la plaza donde tomó el mejor café con leche del mundo, recuerda que allí hay una parada de autobuses. Duda en si pedirse ese delicioso café, pero no quiere despejarse, tan sólo llegar al piso de Fausto y dormir. Y uno ya es suficiente. El marcador electrónico indica que faltan quince minutos. Finalmente entra, y lo pide; delicioso, como siempre. En cuanto una cuestión surge en su mente, causa de la cafeína que acelera sus funciones cerebrales, y es si aquel café con leche le seguiría pareciendo tan delicioso llevando un año en Roma y tomándolo cada día. “Seguramente no”, sentencia. El 64, sube. Le enseña al conductor la dirección para que le indique en cuál parada ha de bajarse. Se sienta al lado de la ventanilla, y mientras observa el paisaje con la cabeza apoyada en el cristal, recuerda la tarde en la que se encontró con él hacía sólo tres días, y en cómo aquel hombre tiene la capacidad de penetrar en su mente y saber lo que ella está pensando. Entre esos recuerdos, vuelve el mensaje de correo electrónico momentos antes de encontrarse con Fausto en el parque. “Imagino quién puede ser, pero me cuesta tanto creerlo... el mundo se está volviendo loco -medita-. Tenía razón el señor Pere cuando me decía que la juventud de antes no es como la de ahora...” Cuando llegan, el conductor la avisa tal y como le ha pedido. Busca el número de la calle, el catorce. Lo encuentra a tres pasos, en la acera de enfrente. Es una avenida ancha, en el centro, cerca del Colisseum. Viendo la altura del edificio y con el bullicio de la calle, desea que sea un piso alto y que tenga ascensor. Ambos deseos le son concedidos, es el ático, con una altura real de séptimo piso. Sale del ascensor y abre la puerta. Se ve precioso, decorado con muebles antiguos al estilo renacentista, y combinado con otras piezas más modernas que le dan un aire de pura elegancia. Alfombras estampadas en tonos rojos caldean el ambiente, diversas pinturas de las que no reconoce el artista, pero semejantes a los frescos de Miguel Ángel, y algún que otro tapiz en tonos verdosos y marrones que resaltan con el dorado de las paredes. Figuras de porcelana y otras de cristal, entre ellas, la Venus del Milo de casi dos metros de altura que reposa junto al televisor, de pie. El comedor es amplio. Una terraza enorme con plantas de todos los tamaños y colores, una mesa en piedra, cuatro sillas y una confortable hamaca de color blanco. Tres habitaciones, el despacho, un trastero, y, por último, el dormitorio tipo suite, con

cama de dos metros de ancho por dos de largo en la que pueden dormir tres sin apenas rozarse. La cocina grande y espaciosa es la zona más moderna de la casa. En una de las paredes, decora un botellero de madera con varios tipos de vino que parecen de cosecha, si no de buena marca. Cualquier rincón reluce limpio, es más que seguro que es obra de una asistenta del hogar. Hecho el recorrido, se da una ducha rápida en el baño del dormitorio dispuesta a descansar en el confort de esa apetecible cama. Le encanta la idea de poder dormir a pierna suelta el rato que necesite, aunque en un primer contacto se le haga extraño estar sola, en ese piso, y sin Fausto. Envuelta ya entre sábanas que resultan de seda, está demasiado agitada para que su cabeza ordene dormirse sin previo juicio y resumen de todo lo sucedido. Además del café, que parece bombear su corazón a latidos de cafeína. De pronto, la cuestión de si está segura allí la alarma más todavía; se levanta de inmediato, cierra el pestillo de la puerta de entrada y vuelve a tumbarse. Para su sorpresa, coge el sueño enseguida. Y con el sueño, llegan los sueños.

*Fausto va a buscarla al albergue, que no es el mismo en cuanto a ubicación. En su sueño, se encuentra más apartado de la ciudad. Aparece con su Chevrolet verde y le dice, nada más verla, que jamás volverán a separarse. Conduce durante horas en absoluto silencio, pero con una paz y serenidad que mantiene en ambos un rostro de auténtica felicidad, una felicidad que parece inagotable. Él ha conseguido deshacerse de las tormentas pasadas, y ella ya no tiene miedo por no saber quién es su asesino. En un punto del viaje, Fausto rompe el silencio.*

*– Ana, no llegué a contarte el final de mi historia. Ahora te doy la opción de elegir si quieres saberlo, o si por el contrario prefieres olvidar lo sucedido.*

*– ¿Olvidarlo?, nunca podré olvidarlo, aunque ya pueda dormir tranquila.*

*– Entiendo, en ese caso…*

Las ganas de ir al lavabo la sacan de su revelación. “¡Mierda!”.

Cuando sale del servicio, se tumba de nuevo para seguir durmiendo e intentar recuperar el sueño. En lugar de éste, llega uno nuevo.

*Está en una sala espaciosa, las cortinas blancas se mueven de un lado a otro al compás del viento que entra por una de las ventanas. Se acerca a*

*cerrarla. El paisaje del exterior parece infinito, una pradera verde con flores amarillas sube y baja kilómetros de montañas iluminadas por el sol que radia en todo su esplendor, vanidoso por su fortaleza. El reflejo de alguien en una de las cortinas le hace girarse, es un hombre. La mira sonriente, y posa su mano izquierda sobre el hombro derecho de la chica. Ella le contempla con lágrimas en los ojos y, acto seguido, se unen en un abrazo inquebrantable, fuerte como el hierro. Es su abuelo, que la mira dichoso y le asegura estar en el lugar correcto.*

*– Mi pequeña Ana, lo estás haciendo fenomenal. Sólo he de aconsejarte algo, no te ofusques en hallar respuestas, irán llegando a su debido tiempo. Cree en tu suerte porque la tienes, estás condenada a ser feliz –confirma entre risas–. Cuando debas saber, sabrás. Por ahora sigue moviendo fichas y confía en tu intuición que es muy acertada. No te impacientes, pequeña, el mundo se construye paso a paso.*

Cuando despierta por segunda vez, y con ésta la última, recoge las palabras de su abuelo para descifrarlas debidamente: “es como la receta que me explicó Francesco, la de la torta seca. Las cosas se irán poniendo en su lugar, he de mantener la calma y esperar. Aunque casi puedo oler el final”. Mira el móvil, las tres del mediodía. Apenas ha dormido seis horas, pero se le antojan un día entero. Se levanta y va directa a la cocina para explorar la nevera que, para su suerte, mantiene comida de todo tipo; varios vegetales y nada de carne, parece como si Fausto esperase recibirla. En los armarios, pasta de todo tipo, más pasta, maíz, algunas latas en conserva, aceite, especias y arroz. Se decide por un arroz con setas y parmesano. Con la sartén ya en el fuego, y una copa de vino tinto, un reserva italiano del 2006, Roberto Voerzio, sale a la terraza. La vista es espectacular, puede avistarse buena parte de la ciudad desde la misma. Da a la avenida principal, situada en una calle colindante a la Rue de la Pace, famosa por la cantidad de cafés míticos sitos en ésta, y por estar cerca del Coliseo. Dos estufas como las de los bares forman parte del decorado, perfectas para climatizar la zona junto a una pérgola con techo de tela y paredes de plástico transparente. Realmente el piso es fantástico. Pese a todo lo que está sucediendo consigue encontrase a gusto, y es ahí cuando llega el deseo de poder compartirlo con él más tardes como ésa.

Enciende las estufas para caldear la zona y comer mientras disfruta con la panorámica de la ciudad. Pero el relax dura poco.

– Ana, ¿cómo estás? Me tienes preocupada. Te he llamado varias veces.

– Estaba durmiendo y he apagado el móvil, anoche me acosté tarde. No puedes preocuparte cada vez que no conteste al momento.

– Ya lo sé, hija, pero ya me conoces. Estás lejos, y con todo lo que te ha pasado dudo mucho que estés bien. ¿Cuándo regresas?

– De eso quería hablarte –Ana suspira hondo, odia mentir, más todavía cuando se trata de su madre–. He conocido a unas chicas y me lo estoy pasando en grande. Ni siquiera estoy triste por lo de Oliver, es más, ahora hasta me alegro. Creo que ha sido el destino que me ha echado una mano para sacarle de mi vida. Hace tiempo que no somos felices, mamá, venir hasta aquí y salir de la rutina me ha ayudado a entenderlo. Confía en mí, me estoy rehaciendo a pasos agigantados y quiero aprovechar estos días de vacaciones para desconectar. Si cambio de idea y me apetece volver antes puedo cambiar el vuelo, por eso no sufras.

– ¿Seguro que estás bien?

– Sí, mamá, seguro, créeme. Es extraño, pero estoy tranquila como hace tiempo no lo estaba.

– De acuerdo, Ana, confío en ti. Sólo te pido que me llames, hija, si no sabes que me preocupo y no duermo. Además, eres muy inestable y lo mismo luego cambias de parecer.

Lucía sabe cómo tocar la fibra más sensible de su hija, y con esa contestación, Ana siente unas ganas horribles de contarle toda la verdad, pero vuelve a suspirar hondo.

– Prometo llamarte cada día. Te quiero –Y con el “te quiero”, repara en que quizás nunca vuelva a verla si es cierto que hay alguien vigila cada uno de sus pasos porque tiene órdenes de matarla. Aun así, la certeza de una ilógica seguridad le dice que eso no va a ocurrir.

– Y yo, Ana. Por favor, llámame, y si no estás bien, ya sabes, si hace falta voy a buscarte.

Lucía no termina de creerle, pero no le queda otra que hacer oídos sordos. Conoce a su hija y sabe que sólo aguantará tenerla engañada si todo anda bajo control; si no, terminará por confesarle lo que pueda estar sucediendo. “Ya me veo sin pegar ojo unas cuantas noches más”, piensa al colgar.

No pasan ni diez minutos cuando el móvil vuelve a sonar. “No puede ser, ¿se han puesto todos de acuerdo?”

– ¿Ana?

– Sí, soy yo.

– Hija, te llamo por Oliver, he de contarte algo…

En milésimas de segundo baraja distintas posibilidades sobre lo que va a contarle su ya ex suegra. Por un momento, cree no querer saber nada más de Oliver, aunque el recado se lo dé la madre. Odia sobremanera que la haya llamado hija, aunque sea por la costumbre, pues siente un total desapego hacia la que ha sido su familia política durante más de tres años, y que hasta hace tan sólo unos días hubiese creído iba a serlo para siempre.

– Tú dirás –responde con falsa tranquilidad.

– Oliver está hospitalizado. ¿Tú sabías algo de que consumiese medicación psiquiátrica?

“¿Qué?” Aprieta el móvil más fuerte para que no se le caiga de las manos y da gracias por no tener la copa de vino en la otra que parece cristal de Bohemia, parte de una colección.

– ¿Medicación?… Pues claro que no sabía nada, Oliver detesta los fármacos –y, recordando rápidamente el mensaje en el que éste le afirmase “Ana, me están drogando” pregunta–: ¿Qué ha pasado?

– Ha tenido un accidente de coche anoche. Por lo visto, conducía rápido y se salió del arcén. Cayó por un barranco. El coche dio tres vueltas de campana hasta frenarse con un árbol. Se ha roto tres costillas, tiene todo el cuerpo lleno de heridas y la cara de cortes. ¡Se ha fracturado las piernas, hija! ¡No saben si volverá a andar! Es una tragedia, en los análisis de sangre dio positivo en antipsicóticos. Sus hermanos están destrozados, no quieren moverse del hospital. Yo les digo que se vayan a casa, que aquí no hacen nada, que necesitan descansar, pero se niegan rotundamente. No puede ser, es una pesadilla –narra Carmen luchando por aguantar los llantos. Mientras, Ana no da crédito a lo que oye. Rápidamente, recuerda que ha hablado con él hace sólo unas horas, cuando hubo bajado de la habitación de Fausto para fumar.

– ¿Cuándo dices que ha pasado?

– Esta madrugada, serían las seis más o menos. Me ha llamado la policía a las siete y cuarto, cuando ya estaba en el hospital, hemos venido volando. Está en el Vall d' Hebron. Conducía por la carretera antigua de Horta, dirección Barcelona.

– Carmen, la verdad, me dejas sin palabras, me cuesta tanto creerlo. Hace unas horas hemos hablamos, por fin me atendía al teléfono. Según dijo, ha estado intentando localizarme sin éxito desde que llegué a Roma. –"A lo mejor no sabía lo que decía si iba drogado", piensa–. ¿Qué más dicen los médicos? Seguro que se pondrá bien, hay que tener fe. No es el primer accidente que tiene y al final siempre sale ileso. No pierdas la esperanza de que así sea.

– Eso espero, hija, eso espero... Ana, te he llamado para saber cuándo vuelves. Sé que estos días habéis discutido, pero estoy segura que el verte cuando despierte le hará mucho bien.

– La verdad es que tenía pensado quedarme unos días más, pero esto lo cambia todo. Déjame que consulte los vuelos, voy a hacer lo posible para coger el primero que salga. De todas formas, mantenme informada; llámame ante cualquier novedad.

– Sí, claro. Dime algo cuando sepas la hora, si quieres puedo decirle a Joan que vaya a buscarte al aeropuerto. Muchísimas gracias, hija.

Una vez más su corto descanso se ve truncado; la tranquilidad en Roma no es su sino. Demasiadas sorpresas: el accidente, el que quizás no vuelva a andar, y el consumo de antipsicóticos. No sabe por cuál empezar a preocuparse. Y se añaden otras más: Fausto, Francesco y su vida. Enciende el ordenador de la oficina, no sin antes sacar el arroz del fuego que ni siquiera se detiene a comer. Busca el teléfono de la compañía aérea con la que va a volar para cambiar la fecha de regreso. Lo anota en un bloc que hay sobre la mesa y, cuando va a marcar los dígitos, se detiene un momento, necesita ponerse en contacto con Fausto. Intenta transmitirle mentalmente que la llame, pues, con tantas novedades, se cree capaz de utilizar la telepatía a su antojo. Se repite una y otra vez, concentrándose en su rostro: "si es cierto que puedes leerme el pensamiento, ahora, más que nunca, te pido que lo hagas. Por favor, Fausto, llámame". Si no lo hace, tiene la opción de buscar el teléfono del hospital y pedir hablar con la

habitación en la que está. Sí, es la solución más rápida y coherente. Da con el teléfono en el buscador de internet, e intenta recordar el número de habitación, “la 212. Fausto ¿Alberó?... ¡No! Pietralunga”. Se dispone a marcar cuando de pronto suena el aparato del escritorio.

– ¿Ana?

– Fausto, estaba pensando en ti... ¿Por qué no llamas a mi móvil?

– Quería asegurarme de que estás en mi apartamento. Me alegra saber que así es, ahí estarás bien. ¿Estás cómoda? ¿Te gusta? Puedes utilizar y hacer lo que te plazca; considérate en tu casa.

– Tienes una casa preciosa y un gusto increíble para la decoración. ¡No parece la casa de un soltero! –añade sonriendo. Respira, y, haciendo una pausa, continúa–. Fausto, ha pasado algo que no me esperaba, se trata de Oliver.

– ¿Hablaste con él? –le corta.

– No, bueno, sí, esta mañana, cuando estaba en el hospital. Es la primera vez que me contesta al teléfono desde que llegué. Estaba algo ausente, sólo repetía que tenía que verme y que necesitaba hablar conmigo. Pero el caso no es ése. Me acaba de llamar Carmen, su madre, y me ha dicho que ha tenido un accidente de coche. Está ingresado en el hospital muy grave, los médicos no saben si volverá a andar. Tengo que ir a verle, es mi deber, me necesita.

Fausto medita unos segundos.

– Entiendo, Ana, pero no quiero que vayas sola. Te acompaño.

– ¡Pero qué dices!, si estás ingresado. Prometo volver en unos días, pero ahora tengo que ir. Sé que esto no formaba parte de los planes, pero, a pesar de todo, es el que hasta hace dos días era mi pareja. No quiero dejarte, Fausto, debes creerme, volveré pronto.

Aquel hombre que conoció hace sólo cuatro días ofreciéndole fuego en una plaza, que la obligó a citarse con él en un café al día siguiente, el cual le ha contado parte de su vida y entre confesiones le ha dicho saber que alguien quiere matarla, y que ahora insinúa que va a escaparse de un hospital en el que ha sido operado a vida o muerte, rompe todas las leyes de cuando uno, sumido en el aburrimiento de su cotidianidad, le reza al Universo que su vida vuelva a tener sentido;

como mínimo, que suceda algo por lo que despertarse una mañana con ganas de enfrentarse al mundo. Y ella, la protagonista de un deseo concedido con creces, permanece al otro lado de la línea pidiendo su autorización para volver a una vida que ya parece no pertenecerle, pero que acaso también es suya. Por un momento, vuelve a sentir que todo aquello no puede estar sucediendo, que es víctima de una broma, de un juego macabro del cual no ha pedido formar parte, a expensas de un premio desorbitado, pues es su vida la que descansa en el tablón de apuestas.

– Entiendo que tengas que ir, Ana, quizás más de lo que imaginas, pero no voy a permitir que vayas sola. Dame unas horas. Saldré de aquí como pueda e iré a buscarte. Cuando esté en la calle te llamaré, entonces si quieres compra los billetes de avión, no antes de que te llame.

– Pero se te olvida algo, además de ser una locura el que te escapes de un hospital recién operado, y es que... ¡tu hijo está en la habitación de al lado!

Fausto guarda silencio y, recuperando rápidamente el habla, añade:

– Lo sé. Iba a explicártelo cuando te dio ese dolor de cabeza en la habitación. Si me esperas tendremos tiempo suficiente para que te cuente. Estando juntos no corres peligro, es una de las cosas que quiero aclararte.

Ana duda unos instantes. Empieza a estar cansada de tantas historias y secretos. Fausto sabe que Francesco es su hijo, y puede que Francesco también supiera que el hombre con el cual se había citado a las cinco en aquel café era su padre. Puede que ambos ya se hubiesen encontrado. En ese caso, ciertas piezas de su puzle empiezan a no encajarle, y eso significa que está depositando demasiada confianza en un hombre que apenas conoce. Sólo le quedan los consejos de su abuelo que la mantienen con fuerzas para seguir escuchándole. “Si Francesco sabía que aquel extraño que me pedía vernos a las cinco de la tarde era Fausto, ¿para qué tanta protección?”

– ¿Te lo ha dicho él?

– No, él no me ha dicho nada, pero me contó una historia con la que pude deducir quién eres. No le he contado nada de lo nuestro. ¿Os conocíais ya? Dime, ¿acaso estáis jugando conmigo? Empiezo a estar

cansada de este sin sentido.

– Ana, no te he mentido en nada hasta ahora, sólo que quedan partes por explicarte. Por eso tu puzzle –añade, como si una vez más pudiese habitar en los secretos de su mente– no termina de encajar. Déjame que hable con él, te llamaré enseguida, espérame en casa. No bajes a la calle.

Aferrada a sus sueños y a la curiosidad de terminar el juego, finalmente contesta:

– Tú mismo, no sé qué más decirte. Desde que llegué a esta ciudad tengo la sensación de que suceden cosas a mi alrededor sin la necesidad de que haga nada, así que si quieres venir, ven. No me siento con autoridad de confrontarte nada, todo esto empieza a superarme. No obstante, he de decirte que me parece una locura que salgas de ese hospital, pero si es lo que quieres no puedo negarme. Llámame enseguida estés en la calle.

Se sienta en una de las sillas de la terraza a recapitular lo sucedido, desde que llamara su madre hacía sólo unos minutos. Todo cuanto sucede empieza a parecerle una película de mafia italiana, un absurdo que no sucede en la vida real, pero en la intimidad de su ser se alegra de que Fausto quiera acompañarla. Aprovecha para comerse el arroz que ya está pasado y para fumarse un cigarro. En la segunda calada, suena el teléfono del apartamento, es él. Está en un taxi, tardará unos cuarenta y cinco minutos en llegar al domicilio. Le indica que reserve dos billetes de avión, si hay, para esa misma noche y si no, para el vuelo más temprano del día siguiente. Ana llama a su compañía para cambiar la fecha de regreso del suyo y reservar uno más para él. La tele-operadora le informa que el vuelo más temprano es a las seis de la mañana con llegada a Barcelona a las siete cuarenta y cinco, aproximadamente. Hace la reserva. Medita el coger otra compañía que vuele esa misma noche, aunque suponga perder el dinero de su billete, pero la idea de descansar con Fausto en su piso le resulta un plan mejor, aunque quizás más egoísta.

De nuevo, la melodía del móvil la saca de toda ensoñación. “No me lo puedo creer… ¿quién es ahora?”, reniega.

– ¿Ana?

– Mamá, ya te he dicho que estoy bien…

– Ana, quiero que vuelvas para aquí ahora mismo.

– ¿Qué pasa ahora?

– Ha llegado una carta del hospital. Por lo visto, el médico no quedó satisfecho con los primeros resultados e hicieron una segunda valoración. Acabo de hablar con él por teléfono. Dice que padeces un trastorno de la personalidad no identificado. Es una enfermedad relativamente nueva, se dan poquísimos casos. Es parecido a la narcolepsia, pero va más allá de una simple somnolencia. Al parecer, tienes la capacidad de soñar despierta mientras haces tus cosas cotidianas. Me explico, dice que puedes llegar a vivir como si un día entero hubiese transcurrido, paralelamente, al que vives en realidad, sin embargo sólo ocurre en tu mente mientras duermes o sueñas despierta. No sé, intento entenderlo, pero se me hace grande, desconozco estos temas. Me ha dicho que puedes vivir algo que todavía no ha sucedido, pero que puede vaya a suceder, como una premonición u algo parecido. Es extraño de entender, Ana, pero tienes que volver a Barcelona lo antes posible. Hasta que no consigan dar con el motivo de este trastorno es peligroso que estés tú sola, podrías perder la noción del tiempo. La verdad, si esto es así, ahora entiendo muchas de las cosas que te sucedían de adolescente, como cuando discutíamos porque estabas segura de haber tenido una conversación conmigo y yo te decía que no sabía de qué estabas hablando y luego me acusabas de no escucharte... O como cuando decías haber soñado algo que luego pasaba… Puede que todo eso lo vivas en tu otro yo, o en tu imaginación. Ana, estoy preocupada, quiero que vuelvas, ¿me oyes? ¿Ana, sigues ahí?

– Sí, mamá, sigo aquí. Bueno, no te preocupes, mañana vuelo a Barcelona, Oliver ha tenido un accidente y está ingresado. Voy a verle. Cuando termine te llamaré. Si quieres comemos juntas.

## CAPÍTULO XVII *El silencio, y la visita del doctor*

– ¿Sabías que iría a ese parque?

– Pude imaginarlo, recuerda que tú también tenías sueños de joven. Aquí estás a salvo, Francesco, tienes una coartada. Además, nadie sabe que soy tu padre, y nuestros apellidos no coinciden. Tengo que irme, he de ayudar a esa chica. En pocos días, puede que horas, volveré. Éste es mi número, intenta que te den el alta lo más tarde posible, llámame en cualquier momento. A poder ser, no te quedes dormido hasta que llegue mi amigo, no tardará mucho, puedes confiar en él, es un profesional impecable. Siento mucho todo esto, pero… ahora he de irme, ¿lo entiendes, verdad? –Francesco asiente–. Tenemos mucho de qué hablar. Todo va a salir bien, lo sé, confía en mí.

– Una pregunta más, antes de que te vayas: ¿planeaste tú esto?

– ¿A qué te refieres?

– A la intervención, a mi coartada.

– Digamos que cuando te vi llegar, pude "ver" algo. El desmayo no fue intencionado, fue real, pero si te refieres a si lo hice para que me donaras parte de tu pulmón, no, no lo hice por eso. Aunque ciertamente ha sido una salvación para los dos.

Fausto abandona la habitación con lágrimas en los ojos y deseando que todo acontezca como ha planeado. No le cuesta demasiado escapar, viste ropa de calle, la misma con la que llegó. Vigilando que no haya nadie cerca de su puerta, ni por los pasillos, coge las escaleras hasta el vestíbulo. Camina un par de calles hasta detener un taxi.

– A 14 Corso di Rinascimento, di Roma, per favore.

– Bene.

En cuarenta minutos llega al piso. Son ya las cinco y media de la tarde. Pica al timbre.

– Parece que ésta es nuestra hora –dice Fausto.

Ella, aguantando la puerta esperando a que entre, nota como sus mejillas empiezan a sonrojarse. Aquel encuentro en casa de él, a solas los dos, con toda la intimidad que puedan desear, le hace ruborizarse cual quinceañera cuando espera a que llegue su chico al banco en el que se han citado.

– Sí, las cinco es una hora que nos une –contesta sin apenas mirarle, y sonriendo con la cabeza agachada.

– Benditas cinco, entonces.

Fausto cuelga su chaqueta en el perchero de la entrada. El ambiente está caldeado, la calefacción funciona desde que Ana cruzase la entrada del inmueble, ideal para una velada que promete larga e interesante. Se sientan en el sofá del salón, uno al lado del otro. Fausto se acomoda evitando que la herida se abra.

– ¿Cómo estás?

– Bien, sólo tengo que tomar la misma medicación que me daban en el hospital y todo marchará correctamente. Apunté los nombres antes de venir, unos cuantos antiinflamatorios, sólo eso.

– Fausto, estabas conectado a un respirador, ¿me estás diciendo que con unos cuantos antiinflamatorios vas a recuperarte?

– Estoy bien –responde sonriendo como un niño que acaba de ser pillado por su madre–, pero si te quedas más tranquila, llamo a mi doctor, de hecho, tenía pensado hacerlo.

– Así que te has escapado sin decir nada. ¿No hubiese sido mejor que avisaras? Podrías llamar ahora, si quieres lo hago yo. Es que me imagino cuando entren a la habitación y no te vean… ¿qué harán?

– Hablé con Francesco, les dirá que tuve que irme por un asunto urgente, pero que mi médico particular se encargará de mis cuidados.

– ¿Hablaste con él? ¿Y?

– Ambos lo sabemos –hace una pausa–. Le dije que en breve volveré para estar a su lado.

Fausto mira a la chica queriendo rectificar la frase por “los dos lo

sabíamos”, pero no dice nada. Tienen tiempo más que suficiente para aclarar detalles.

– ¿Y dónde le has dicho que vas?

– Contigo, a tu ciudad.

– ¡Pero si me dijiste que no le contase nada!

– Sí, porque tenía que hablar con él primero, ¿no te han dicho nunca que eres muy impaciente?

– Sí, muchas veces, la última hace muy poco –sonríen, pero ella con el ceño fruncido y esperando una aclaración por su parte.

Ambos saben que queda mucho por hablar pero, a su vez, que tienen más de una noche por delante, lo que mengua las prisas por buscar respuestas. Ana le ofrece una copa de vino, éste la acepta. Hablan del piso, de la decoración, de cuánto tiempo hace que vive allí... Cuando terminan la primera, Fausto va a ducharse.

– Te irá bien. Si quieres preparo algo de cenar mientras tanto. ¿Qué te apetece?

– A ver, sorpréndeme. ¿Te has fijado en que no hay carne en la nevera? Dejé de comerla cuando simpaticé con el budismo.

– ¡Fantástico!, yo no como desde hace ocho años –y entre preguntas, Ana traduce el comentario de éste como una posible señal, recordando que cierto día se prometiese a sí misma que el amor de su vida sería vegetariano, como ella.

– Aunque algo de pescado sí como de vez en cuando –añade ya desde la ducha.

“Bueno, menos es nada, me sigue pareciendo una hermosa causalidad”, se dice satisfecha. Prepara unos gnoccis frescos con salsa pesto y, para acompañar, una ensalada de tomate y mozzarella de búfala.

– Puedes fumar dentro del piso si quieres, quiero que te sientas cómoda; si no me tendrás hasta la hora de dormir en la terraza.

– ¿Seguro?

– ¡Seguro!

Ana se enciende el cigarro que tiene preparado al instante. Para una fumadora devota como ella, no fumar tranquilamente en casa es como ir al cine y no poder comer palomitas. Acomodada fuera, a la luz de unas velas, la mesa tiene un brillo especial; con las estufas la temperatura es correcta, y otorgando un toque más romántico unos fanales que cuelgan de la pérgola ofrecen un resplandor en una tonalidad amarilla exquisita. Cuando Fausto sale de la ducha, cumple su palabra.

– Voy a llamar a mi médico para que me mire los puntos y me hagas unas pruebas, así viajaremos más tranquilos.

– ¿Puedes hacer eso?

– Claro que puedo, es mi médico, para eso le pago –responde desprovisto de arrogancia.

– Pensé que no lo decías en serio, lo de que tienes un médico particular, para que te dejase tranquilo, ya sabes... Pues entonces llámale, a qué esperas.

– Hay muchas cosas de mí que no sabes, querida Ana. *Mmm*... ¡Qué pinta tiene esta cena! Le llamo y cenamos enseguida, ¡me muero del hambre! –aquel Fausto, vestido con un traje ibicenco de estar por casa y que le otorga cierto aire informal, no es el Fausto de hace unos días; ahora es un hombre con sentido del humor, seguro de sí mismo, y que no esconde su felicidad por estar en buena compañía. Con la mejor, quizá…

v

La cena transcurre tranquila, la historia se mantiene oculta, como si nada de lo que acontece fuera de esa casa estuviese pasando realmente. La terraza se convierte en un refugio, y la noche en su momento. Y sin decirse nada, saben que ambos piensan lo mismo. La conversación se forja entre temas banales, sobre algún libro que ambos han leído, aficiones en común..., pero ninguno saca a relucir el tema todavía. Es su primera cena juntos, y la idea de espesar los ingredientes con un plato fuerte parece no seducirles.

El doctor llega en la última copa de vino. Entra al piso un tanto

agitado. Es un hombre de unos sesenta años, viste con traje y abrigo, de estatura media, delgado y con una poblada barba blanca del mismo color que su pelo. Deja la cartera en el sofá, mira fijamente a Ana, y sonríe.

– Señorita –entona inclinando la cabeza–, soy el doctor Trovato, encantado.

– Yo Ana, un placer.

– *Il piacere è mio*. Y tú, Fausto, ya puedes ir contándome que has hecho esta vez.

Mientras los dos hombres pasan al dormitorio, Ana espera en la terraza, prefiere no escuchar la conversación por educación, pero, pasados veinte minutos, le dan unas ganas horribles de ir al baño. Desde el salón, puede oír cómo el médico da una serie de instrucciones a Fausto que indican que la visita está terminando, por lo que decide esperar dentro y poner la televisión evitando robarles el final. A los pocos minutos salen.

– Te dejo escrita la pauta. Tienes que limpiar la sonda una vez al día, es muy importante, recuerda, para drenar los líquidos. Te doy unos cuantos analgésicos que necesitas, ve a comprar más con esta receta. No te olvides de las respiraciones profundas, te irán bien para evitar infecciones y posibles neumonías. Y el respirador, recuerda limpiarlo durante el día. Cuando vuelvas, que espero no sea más tarde de dos o tres días, llámame, necesitarás hacer reposo y que te visite un especialista.

– Muchísimas gracias, Pedro, no sé qué haría sin ti…

– Sí, sí, déjate de halagos y cuídate, eso es lo que tienes que hacer –añade dedicándole una noble mirada de cariño. Ya en la entrada, coge su abrigo y se acerca a ella–. Ana, un *piacere*, aunque haya sido una corta presentación. A esto le llamo la visita del médico, nunca mejor dicho –Ana sonríe en gesto de afirmación y agradecimiento–. Una joven estupenda, Fausto –continúa, acomodándose el cuello de la chaqueta–, te interesa cuidarla.

Fausto y ella se miran con dulzura, aunque los ojos de Ana aguantan poco más de tres segundos. El doctor abandona el hogar dedicándoles un último chequeo visual lleno de ternura. “A ver si la vida te da de una vez por todas lo que te mereces, amigo mío”, se dice

cuando cierra la puerta.

– ¿Y bien? ¿Qué te ha dicho?, aparte de que eres un irresponsable.

– Pues que no abuse del vino recién operado, menos si estoy medicándome.

– ¡Oh Fausto!, perdón, no he pensado en ello... ¡no sé dónde tengo la cabeza! Lo siento, mira que dejarte beber. Eres como un niño. ¡No sé cómo has sobrevivido todo este tiempo sin nadie a tu lado! –Cuando termina de articular la frase, se tapa la boca simulando una disculpa–. Perdón, no quería...

– Tranquila, tienes razón.

El reloj de pared marca las ocho de la tarde, la mañana les espera pronto. Ambos, al tanto, una vez recogidos y fregados los platos, se sientan de nuevo en el sofá esperando que uno rompa el silencio.

– Bueno, toca seguir con la historia, ¿cierto?

– Sí, eso creo. Pero la verdad, hoy ha sido la tarde más "normal", diría yo, desde que llegué a Roma, casi me he olvidado de todo lo demás. Bueno, si se le puede llamar normal a estar en casa de un hombre que conozco de hace tres días, que se ha escapado de un hospital recién trasplantado de un pulmón, y que mañana va a viajar conmigo a Barcelona sin apenas conocernos. A parte de eso, ya sabes a qué me refiero; por un momento me olvidé del resto.

– Sí, me ha sucedido lo mismo. Aunque si no hablamos ahora tendremos que hacerlo mañana, y quizás en el avión lleno de gente y con lo que nos espera en tu ciudad no tengamos demasiado tiempo.

– Ya sé. ¿Sabes qué?

– ¿Qué?

– Pues que ahora preferiría que sólo fueses un solterón italiano que intenta ligar con una turista catalana que ha venido a Roma para desconectar del trabajo y el ritmo de su ciudad. Pero no es así. Me da una pereza horrible tener que seguir con toda esto, Fausto, pero es lo que toca, así que... cuando quieras. Seguramente alguien a estas horas ya habrá hecho una llamada para comprobar si estoy muerta, ¿no?

El hombre la mira cambiando abruptamente su rostro relajado por uno de tristeza.

– Espero que todo termine pronto y de la mejor manera posible para todos, Ana, sólo eso. Y confío en que así será.

Por un instante, le abordan unas ganas terribles de besarla y tenerla entre sus brazos. Abrazarla tan fuerte que el amor que siente hacia ella se manifieste en ese lazo, y lo traduzca como la seguridad que desea transmitirle. Después, decirle suavemente al oído que la cuidará para siempre si ella así lo desea. Pero no lo hace, pues sabe que si se deja llevar por el deseo antes de contarle lo que tiene pendiente después ninguno de los dos querrá romper la magia con la historia que tienen pendiente. Hace casi treinta años que no está con una mujer, por lo que está más que capacitado para esperar el momento oportuno.

Paralelamente a los pensamientos de él, Ana siente una pasión invencible. Pese a que hace una noche se hubiese creído enamorada de Francesco después de tres años de relación con Oliver, y que el miedo a sufrir de capricho pueda confundirla, desea con todas sus fuerzas que Fausto la abrace, la bese, e intimar con él en el sillón, refugiados de cualquier peligro que pueda esperarles fuera. Luego imagina que éste la coge entre sus brazos y la lleva al dormitorio para besarla lentamente por cada rincón de su cuerpo. Pero sabe que no lo hará, pues las mujeres, más que los hombres, quizá, pueden oler cuando un beso está apunto de irrumpir sus labios. Además, recuerda que, según le contase, Isabela había sido la última mujer con la que estuviese en la intimidad y eso es sinónimo de que no se dejará llevar por un arrebato de pasión. Por un instante, sopesa ser ella quien junte sus labios, pero no se atreve, no está acostumbrada a dar el primer paso y tampoco quiere romper la magia del momento. Si Fausto ha de ser para ella, el encuentro se dará en el instante adecuado. Un instante que intuye cerca, más no tanto.

– Si quieres... –dicen los dos a la vez mirándose. Ana agacha una vez más su cabeza y Fausto la mantiene sonriendo.

– Dime, qué ibas a decir.

– No..., sólo que si quieres preparo unas infusiones. Nos sentará bien algo caliente.

– Me parece buena idea.

– Y tú, qué ibas a decirme –le pregunta sin levantarse del sillón todavía.

– Iba a proponerte que durmamos los dos en mi cama.

Un repentino calor sonroja sus mejillas inoportunamente, a la vez que cree haberse equivocado en sus recientes conjeturas; sin duda, es la manera más educada con la que se le han insinuado. Se le antoja pasado de época, aunque venido de Fausto consigue hacerle gracia.

– Pues…

– Es muy grande y la única que tengo, podemos dormir sin rozarnos –Ana se deshace de golpe, y desea que el momento termine ya; Fausto debe saber que ha mal interpretado sus palabras–. No acostumbro a tener invitados y no quiero que duermas en el sofá. En otra situación no dudes que te ofrecería mi cama para ti sola, pero con la operación tengo miedo de coger una mala postura.

– No, claro que no –contesta envalentonada, eludiendo vergüenza alguna–, no te preocupes, yo dormiré aquí, es grande y se ve cómodo. Tengo más que suficiente, de veras.

– De ninguna manera, en ese caso te cedo la cama.

– ¡Cómo voy a dejar que duermas en el sofá!, dormiremos juntos, si no estaremos toda la noche discutiendo por esto –Fausto sonríe, pero no le ve ya que justo ella aparta la mirada. Aquel gesto dubitativo corroboraba su timidez ante algo que ya empieza a ser demasiado evidente para los dos, casi surgiendo infantil.

– Pues si quieres túmbate ya y descansas, yo voy a hacer las infusiones. Luego podemos hablar en tu cuarto, si no te incomoda.

– Excelente, allí te espero.

Fausto se levanta tocándose el costado derecho y frunciendo un lado de la cara, el dolor empieza a notarse.

– ¿Estás bien?

– Sí, sí, debe ser que la medicación del hospital ha dejado de hacer su efecto, pero ya me he tomado otro analgésico. Tranquila, se pasará

pronto, es un dolor leve.

– Tienes que hacer respiraciones profundas, recuerda, te lo ha dicho el doctor.

– No te preocupes, estoy bien.

Ana cae en que está más despistada de lo normal. Primero, le sirve una copa de vino pasando por alto la medicación; y segundo, fuma dentro de casa estando recién trasplantado de un pulmón. Abre un poco la puerta de la terraza para ventilar el salón y, acto seguido, enciende la campana de la cocina. Cuando Fausto escucha el extractor, exclama desde la habitación en tono de burla:

– ¿Qué se te ha quemado ya? ¡Por favor, intenta no incendiar nada!, suficiente acción por hoy.

Ana ríe sola. Sin duda aquel hombre es menos serio de cuanto le hubo parecido el día que se toparon en la Piazza di Spagna; Francesco es hijo suyo, no cabe la menor duda. Humor rápido, facciones distintas, pero sendas miradas, además de compartir un carisma especial. Cualquiera que les viese juntos podría deducir la consanguineidad.

Y recordando el paseo en el puente de Sant Angelo, puede evocar cuantas emociones ha sentido en tan sólo cuatro días, quizás más que en el último año.

## CAPÍTULO XVIII *Identidad oculta*

Su móvil no ha vuelto a sonar. Con tanta agitación, pero que poco a poco empieza a mitigar, se le ha olvidado decirle a su ex suegra a qué hora llega el avión. Aun sin ganas de hablar con nadie, marca.

– ¿Carmen?

– Sí, Ana, dime, ¿cuándo llegas?

– El vuelo sale a las seis de la mañana, llegaré sobre las ocho menos cuarto a Barcelona.

– ¿Quieres que vaya Joan al aeropuerto?

– No, gracias, vendrá mi madre –improvisa.

– Como quieras, cuando aterrices llámame y te digo en qué habitación estamos. Yo estaré aquí, me quedo a pasar la noche.

– ¿Cómo está?

– Muy nervioso, ya le conoces, no soporta los hospitales. Sólo quiere irse, no dice nada más que eso y que quiere hablar contigo. Dice tu nombre a todas horas. Ha preguntado dónde estás infinidad de veces, dice que necesita hablar contigo urgentemente. Quería que fuese una sorpresa, pero al final le he dicho que venías para tranquilizarle.

– ¿Y lo de caminar, sabéis algo? ¿Él sabe algo?

– Eso es lo peor, aún no aseguran nada, pero él nota que le falta sensibilidad en las piernas y no deja de preguntar a las enfermeras por qué las tiene tan dormidas. De momento han creído mejor decirle que es del mismo golpe y de la anestesia de la operación. No sé si decírselo, no deja de insistir y yo...

– Mejor espera, Carmen, a ver qué dice el médico. Tranquila, intenta descansar esta noche. Mañana a primera hora estoy allí y podremos hablar mejor.

– Hasta mañana, Ana, descansa tú también. Y gracias por venir.

Tras colgar el teléfono, piensa en Oliver y se siente culpable por seguir en casa de Fausto y no haber cogido un vuelo esa misma noche. A fin de cuentas, ha sido una persona muy importante en su vida y a estas alturas de la película, ya ni si quiera sabe qué pensar respecto a la supuesta infidelidad. Su cabeza está aturdida. Por un momento se cree dentro de un juego de ordenador en el que alguien acciona el Jostick para elegir sus movimientos, sin tener ella control alguno sobre el mismo.

– Ana, ¿anda todo bien?

– Sí, ya voy.

– ¿Hablabas con alguien?

– Sí, estaba al teléfono con la madre de Oliver.

Su mirada parece perdida cuando cruza la puerta, él insiste en su pregunta.

– Sí, pero te pregunto si estás bien.

No, no está bien, claro que no está bien. Ahora no se siente segura sentada en la cama al lado de ese hombre que reposa junto a ella, ni confesándole sus miedos y dudas por todo lo que está pasando. Sus sentimientos fluctúan incesantes. Tiene ganas de salir corriendo, dormir en cualquier hostal y coger sola el vuelo que la acercará a las personas que, para peor o mejor, siempre han estado a su lado. Y olvidarse de Francescos, de Faustos, y de Roma... De todo ese viaje maldito que no le ha traído más que problemas desde que empezase. De pronto, vuelve a recordar que aquel hombre, al parecer, tiene la capacidad de leer pensamientos ajenos. Se dice una vez más que es imposible, que nadie puede saber lo que piensan otros, que eso sólo sucede en la ficción.

– Te noto ausente. Si no quieres no tenemos por qué hablar. Ya encontraremos un hueco mañana. Ven, túmbate e intenta relajarte. Quizás sea mejor idea dormir. Es más, si te sientes incómoda me iré al sofá, quiero que descanses. Pero no pienses en irte, ya te dije que puedes confiar en mí. ¿Dónde vas a ir a estas horas?, ¿a un hostal? Por favor, intenta descansar.

¿Por qué en ese preciso instante, en el que ella pone en tela de juicio su supuesta capacidad, vuelve a hacerlo insinuando conocer sus intenciones?

– Ni queriendo podría dormir ahora, prefiero que me cuentes la segunda parte de la historia.

– Todavía quieres saber por qué no maté al chico, ¿cierto?

En ese instante, a solas con él en su casa, tiene miedo de saber la respuesta. El haber hablado con su suegra, junto con las copas de vino que recorren su cuerpo, le han hecho añorar su vida anterior. Y ese hombre que permanece en reposo a su lado, le resulta ahora un rostro desconocido, el cual, desde que se cruzase en su camino, sólo ha contado historias propias de una película de acción, en la que el protagonista seductor que parece ser el bueno al final resulta ser un psicópata obsesionado con la protagonista. Sin embargo, quiere saber. Se traslada una vez más a los mensajes de su abuelo y respira hondo, para recobrar la confianza en el que tiene a poco más de medio metro. Recuerda lo que le dijese en el sueño: "lo estás haciendo muy bien, estás en lo correcto", eso la tranquiliza y la arma de coraje.

– Sí, quiero saberlo.

– Bien, no le maté porque aquel chico era Francesco, mi hijo.

¿Cómo?, no puede ser verdad. Eso sí que no, no quiere escuchar eso. "Rebobina, Fausto, rebobina... olvida lo que has dicho, vuelve a empezar. No quiero, eso no quiero oírlo". Cierto es que en una de sus tantas divagaciones mentales había recurrido a esa posibilidad, pero la había descartado al instante por resultarle demasiado descabellada. ¿Francesco un asesino? Sí, en sus tantas conjeturas él era un blanco posible como malo de la película, pero ahora que Fausto se lo confirma ni puede ni quiere creerlo.

– Déjame que te cuente, sólo así entenderás. Imagina lo que supuso para mí estar toda una vida deseando encontrarme con él cara a cara, y cuando lo consigo es de esa forma, fusil en mano y apretando un gatillo. Sin duda, fue la broma más pesada que me gastase el destino, y un castigo por haberle abandonado. Después de aquel caprichoso encuentro figuro que imaginarás lo que hice.

– Ir a hablar con él –"No puede ser, no puede ser…", sigue

lamentándose en silencio.

– Correcto. Hay algo que no te conté tal y como pasó. Justo después de que Francesco matara al empresario, no fui directo a mi hotel, le seguí. Esperé un tiempo prudencial para que no sospechase que un coche pisaba sus huellas. Conducía frenéticamente.

– ¿Quién?

– Él. Por suerte, la carretera de montaña no duró más de cinco minutos y enseguida estábamos en la ciudad, donde podía pasar más desapercibido entre la multitud de coches.

– ¿Era en Roma, no?

– Sí, era en Roma.

– ¿Pero cómo supiste que era él?

– ¿Cuando? ¿Antes de que disparase o luego?

– Hacía muchos años que no le veías... ¿Cómo pudiste reconocerle?

– Vi fotografías suyas. ¿Recuerdas la detective privada?

– Sí, Carolina. Cierto, viste sus fotos. Pero cuando pasó lo de tu cliente estabais muy lejos. Me dijiste que el chico llevaba un pasamontañas y no podías reconocerle.

– Y así es, te dije la verdad. Pero le "vi" de otra manera. Podríamos decir que "sentí" que era él. De la misma manera que tú te comunicas con tu abuelo, yo a veces puedo ver lo que pasará. Y es ahí cuando "veo" a la persona. Cuando desarrollas mucho este don puedes llegar incluso a saber lo que piensan otros; más aún si existe una conexión entre esa persona y tú. Es por eso, que se ha dado contigo varias veces en estos días.

– Sí, como antes con lo del hostal, ¿no?

– Más o menos, a ti ya empiezo a conocerte de otra manera, eres muy expresiva y eso te hace bastante predecible. Ana, él no quiere matarte, pero necesita ayuda. Francesco no es un asesino.

– ¿Así que es él? ¿Y tú estabas al tanto de todo? Me has mentido,

Fausto, y me pides que confíe en ti, ¡esto es de locos! Estuve a punto de dormir con él la noche que salimos juntos y ahora resulta que quería matarme. ¿Qué necesita ayuda?, ayuda necesita un niño que no tiene para comer, ¿pero un asesino? ¡Has perdido el juicio, Fausto! Entiendo que es tu hijo, pero... Así que él y tú ya os conocíais, él sabe que tú eres su padre. ¿Sabía también que eras tú con quien me había citado cuando llegó a Bomarzo?

– Imagino que lo sospechaba. Si me dejas que te cuente comprobarás que no quiere hacerlo. No es como tú piensas.

– ¿Ah, no? ¿Y cómo es?, yo sólo conozco una manera de decir que se quiere matar a una persona, y es: quiero matar a una persona. Que además, curiosamente, soy yo.

Ana no da crédito a lo que oye, habla compulsivamente y sin pausa alguna. Sus manos empiezan a sudar, las piernas le tiemblan. Se levanta de la cama y empieza a dar vueltas por la habitación. Se plantea de nuevo la idea de salir corriendo del piso, pero ahora está muy cerca de la verdad, por lo menos de la verdad que le cuenta Fausto. Se acuerda de Lucía, la chica del albergue, y quiere llamarla inmediatamente para que bajo ningún concepto vaya a visitar a Francesco al hospital. Ahora se arrepiente enormemente de haber tenido algo que ver en que la joven se enamorase de él. Pero si intenta llamarla Fausto la detendrá; y ese hombre, aun estando recién operado, es mucho más grande que ella. Puede tumbarla en el suelo haciéndole perder el conocimiento en menos de tres segundos.

Fausto, que la observa caminar de un lado a otro respirando exageradamente y con la mirada perdida, puede intuir como sigue dudando de él y de todo lo que le cuenta.

– Ana, tranquilízate, por favor. Estoy confiando mucho en ti contándote esto. ¿Cómo es posible que aún dudes de mí?

– Lucía, una chica del albergue, ha conocido a tu hijo. Según me contó Francesco en el hospital, ayer surgió el amor entre ellos cuando la pobre sólo trataba de hacerme un favor que le pedí. Ahora tengo claro que le ha mentido. Esa chica puede ir a verle de un momento a otro y, como comprenderás, no puedo permitirlo. He de llamarla, le pondré cualquier excusa, pero no puedo dejar que vaya. ¿Me entiendes?

– ¿De qué tienes miedo, de que Francesco le haga daño? Puedes

estar segura de que no será así. Si él te dijo que la quiere, no dudes que es verdad.

– ¡Ah!, me dejas más tranquila, mi amiga enamorada de un...

– ¿Asesino? Te equivocas. Francesco no es ningún asesino. Déjame que te cuente.

– No, ¿y cómo le llamas tú matar a alguien? Entiendo que intentes justificarle, es tu hijo, sospecho que mi madre haría lo mismo conmigo, pero es un asesino lo mires como lo mires. ¡Tú mismo viste como mataba a tu cliente!

Por unos instantes, Fausto tiene miedo de que Ana esté en lo cierto. Una persona que mata a alguien sin motivo justificado, si es que existe motivo justificado para matar, sólo por dinero, sea la primera o la cuarta vez, por curiosidad o porque alguien le incita a hacerlo, es un asesino.

– Ana, sólo la idea de pensar que Francesco hiciese algo así por culpa de un padre que le abandonó cuando era un niño me quita las ganas de vivir. Ojalá hubiese sido al revés. Ojalá hubiese sido yo el sicario a sueldo y él el justiciero. Pero no fue así. Así que después de aquel incidente, mi única salida era seguirle para hablar con él e intentar comprender qué motivo le había llevado a hacer eso.

– ¿Era su primera víctima?

– Sí, era la primera.

– ¿Y cuántas más han habido?, ¿también te lo ha dicho?

– Ninguna, tú serías la segunda, pero dudo mucho que fuese hacerlo. Piénsalo, si realmente quería cumplir con su trato, ¿por qué no hacerlo la noche que pasasteis juntos?, tuvo tiempo más que suficiente.

– No lo sé.

Ana recuerda la noche anterior con Francesco y puede sentir cómo aquel chico, ciertamente, no parece un asesino. “Pero en las películas es igual, el malo no parece el malo hasta el final...”

– Y ahora que nos ha visto juntos debe saber que intentas salvarme

¿qué dice él de eso? ¿Sabe que hoy tenías pensado contármelo todo?

– Sí, sabe que intento salvarte y también a él. Y no, no le he dicho que iba a contarte esto, aunque me temo que terminará intuyéndolo. En un principio no tenía previsto que apareciese por Bomarzo, pero después, cuando le vi llegar, me di cuenta una vez más de que eres un ángel, pues sin saberlo, me ayudaste con la coartada perfecta. Cuando en el bar me dijiste que tendríamos visita imaginé que sería él, pero no fue hasta que llegó cuando supe por qué acepté ir de todas formas, pese a imaginar que él aparecería. Supongo que algún motivo instintivo me hizo llevarte hasta allí. Confié en ti, Ana, y sabía que si ponía el azar en tus manos nada malo podía pasar. Entonces, cuando me dio aquel infarto, el cual no fue intencionado, entendí cuál era la ayuda que necesitábamos...

Hace un mes encontraron un donante vivo compatible con mi grupo sanguíneo y tejidos fibrosos, dispuesto a donar parte de su pulmón, pero sólo con ése no era suficiente. Necesitaba mínimo un donante más. Fue entonces cuando le pregunté a Francesco y se negó en rotundo, supongo que por el rencor que me guarda. No obstante, si hubiese sido cuestión de vida o muerte estoy convencido de que habría aceptado.

– Entonces él ya sabía que tú eras su padre. Y yo pensando que el desmayo que sufriste en el parque fue por la sorpresa de verle. ¡Soy una idiota! Resulta que te acerco hasta quien tiene órdenes de matarme, con la ingenuidad de que os daría el mejor regalo de vuestra vida: recuperar a un padre y a un hijo. Esto es una locura, por favor, explícame algo que consiga tranquilizarme o juro que salgo por esa puerta y...

– Sí, después del incidente con mi cliente le confirmé que era yo, Fausto, el tío que un día dejó de visitarle.

– ¿Y por qué dos? –pregunta, saltando de una cuestión a otra.

– ¿Dos qué?

– Dos donantes de pulmón.

– Para donar un pulmón entero el donante debe haberse reconocido cadáver, o diagnosticado con muerte cerebral. Si no, la otra opción es que más de un paciente vivo done parte del suyo y con esas partes hacer una reconstrucción del mismo.

Ana recuerda aquel terrible pensamiento, del cual se sintió culpable sólo por tener, cuando subió al coche de Francesco. Tenía un miedo atroz de que Francesco y Fausto se conociesen y fuesen a violarla para luego matarla y vender sus órganos. Siente un deseo enorme de contárselo a Fausto, pero no se anima a hacerlo. Sin embargo, mientras ella divaga en aquel recuerdo, éste "siente" algo.

– ¿En qué piensas?

– En nada...

– ¿En nada?, eso es imposible, las personas siempre pensamos en algo, más aún en un momento como éste.

– Bueno, claro que pensaba en algo... –titubea–. El caso es que estaba recordando que, cuando quedé con tu hijo el otro día y me subí en su coche, tuve miedo de montar porque le conocía sólo de un día, y con todo lo que me ha pasado desde que llegué a esta ciudad… El caso es que, por un instante, barajé la posibilidad de que tú y él os conocíais y que iba a llevarme a un descampado donde estarías tú esperando para violarme entre los dos y luego matarme para vender mis órganos.

Cuando termina, a Fausto se le escapa una sonrisa.

– ¿Pero de qué te ríes?

– Tiene gracia. Eso te pasa por no saber utilizar tu don, además de porque tienes una mente algo caótica. Pero con el tiempo lo irás solucionando, no te alarmes.

– ¿Que me pasa el qué? –sigue indignada.

– Tus imágenes. Tienes la capacidad de ver, al igual que yo, pero piensas tantas cosas a la vez y todas tan fantasiosas, que no sabes distinguir lo que diríamos es una premonición real de lo que es sólo imaginación. Por eso "viste" aquello, no ibas tan desencaminada, pero lo mezclaste todo. Sí que nos conocíamos, acertaste, aunque en lo del descampado no; bueno, bien pensado, los alrededores del parque son como un descampado; segundo acierto. Lo de los órganos lo viste al revés, más bien hemos sido nosotros los que nos hemos descuartizado mutuamente –Fausto ríe de nuevo–. Ves, ya te lo decía, tienes un don. Y cuando me dejes terminar la historia, vas a ver que precisamente

eso, el trasplante, es lo que hace que tú y yo sigamos aquí con vida.

– Pues yo no le veo la gracia por ningún lado.

– Pues yo sí, mi querida esquimal. Es una buena noticia, aunque ahora no lo veas, esto significa que poco a poco aprendes a ver, pero todavía te queda mucho camino por recorrer. Sabía que no me equivocaba contigo.

– Muy bien, Fausto, dejando esto a un lado, que además lo veo como una absurda casualidad –añade eludiendo cierta alegría por creer que tal vez sí que exista el supuesto "don" –, ahora quiero que me aclares por qué he de creer que tu hijo no es un asesino.

– La verdad, preferiría no haber tenido que contarte quién es el que acciona la bala, podrías denunciarle y eso supondría para mí el error más grande cometido. Por eso, el otro día en el banco, te dije que depositaría mucha confianza en ti. Pero sé que no lo harás, no vas a denunciarle porque en breve lo entenderás todo. Y porque como te he dicho antes, yo, a diferencia tuya, sí que confío en ti.

v

La mañana anterior a que tú y él os citarais, después de tu llegada al albergue, Francesco me llamó. Estaba desesperado. No sabía qué hacer, ni a quién acudir. Me hablaba con total frenesí.

*– Fausto, te mentí. No he dejado el trabajo. Quería hacerlo pero tenía miedo, esta gente puede saber quién soy. Puede haberles contado que fui yo quien saldó el encargo, y si abandono ahora podrían… Tenemos que vernos en persona. No puedo hablar de esto por teléfono. ¿Te va bien a las cuatro?*

*– ¿Has aceptado otro trabajo?*

*– ¿Nos vemos o no? Necesito hablar contigo.*

*– Dime, ¿dónde? ¿A qué hora?*

*– A las cuatro, donde la última vez.*

– ¿Por eso fuiste a la Piazza di Spagna? –interrumpe Ana–. No porque estuvieras paseando, estabas esperándome. Imaginaste que una turista sola iría a esa plaza. Y como debes estar acostumbrado a

esperar... A lo mejor incluso sabías dónde me hospedaba, ¿cierto? A lo mejor me has seguido en todo momento. ¿Te dijo él quién era yo?

– Un momento, déjame que siga. No. Fue casualidad, aunque los budistas dicen que la casualidad no existe, que es causalidad. Podrías haber estado en mil plazas de Roma aquel día. Él no me dio el nombre del albergue, lo descubrí yo.

Quedamos a las cuatro. Llegó diez minutos tarde. Fue entonces cuando me explicó lo que ya sabía.

*– Fausto, me insistió que era normal. Que la primera vez todos dudamos a la hora de hacerlo, pero con el tiempo te acostumbras. Al final no eres más que una máquina que acciona un gatillo y se va a dormir tranquilamente con su cuenta llena de ceros. Le dije que no, que se equivocaba conmigo, que yo no era así, o que por lo menos no quería convertirme en eso. Le dije también que me había equivocado. Le confesé haber aceptado aquel reto, en parte, por miedo a perderle.*

*– Pero ¿les contó a sus jefes que el trabajo de mi cliente lo hiciste tú?*

*– No, me ha dicho que no. Yo desconfié, pero me convenció al decirme que contarle a sus jefes aquello, era cavar su propia tumba. Y es verdad. Si llegan a descubrir que va buscando aprendices por cuenta propia podrían matarle.*

*– Sí, eso es cierto. Entonces no tienes de qué preocuparte, estás a salvo. Sólo lo sabe él, y él no va a hacer nada.*

*– ¿Nada? Yo no estaría tan seguro. ¿Y si decide matarme? Ahora sé algo que es muy peligroso para él. Si lo cuento significaría su fin, no puede arriesgarse a que me vaya de la boca.*

*– Entonces, ¿aceptaste otro trabajo? ¿Por qué Francesco?*

*– No lo sé. Me convenció, me absorbió el cerebro. Me insistía y me insistía en que yo sirvo para esto, que sólo fue el miedo lo que me hizo reaccionar así. Cree que soy un genio. Cuando disparé al aire para evitar la muerte de aquel hombre, piensa que lo hice a sabiendas de que saldría del coche, le mentí. Estaba atrapado. El caso es que acepté, me acobardé a seguir negándome y que tomase represalias contra mí.*

*– ¿Y cuándo se supone que debería morir la víctima?*

*– Dentro de cuatro días, a las cinco de la tarde es la hora límite.*

*– ¿Y qué piensas hacer?*

*– No lo sé, Fausto, por eso te he llamado. He pensado en decirle que me echo atrás. En ese caso debería avisarle ya, para que cogiese un vuelo urgente y ocuparse él mismo. Sus jefes creen que lo hará él. Si esa chica no muere, será mi amigo quien tendrá que dar explicaciones a esos peces gordos. Si no lo hago, si no mato a la chica, le estoy fallando a él. – Francesco se quedó un momento pensativo y añadió–: Eso si no...*

*– ¿Si no qué? ¿Si no está aquí? Ten por contado que puede ser así. Dudo mucho que se arriesgue a que no cumplas con tu parte, más sabiendo que tienes tantas dudas.*

*– No había pensado en esto, ¡maldita sea! ¿Y si está vigilándome? Me decía tan convencido confiar en mí, y saber que lo haría perfectamente. Según dice, está en Barcelona con su mujer y su hijo, me pidió llamarle cuando salde el asunto. Fausto, no quiero que esa chica muera, tengo que impedirlo, pero tampoco quiero traicionarle a él ni meterle en problemas, es como un hermano para mí. Hasta hace escasos meses era la única persona importante en mi vida.*

*– No perdamos los nervios. Si está aquí y nos está vigilando, puede pensar que nos hemos encontrado y te he invitado a tomar algo, como hacen dos conocidos que se encuentran por casualidad, sin más.*

*– La noche del hotel, después de cenar contigo, ya te dije que desconfió de ti. Intuyó algo. Cree que no apareciste por casualidad, que nos conoces. Mejor pensar que no está aquí y que no me está vigilando. Fausto –hizo una pausa–, hoy hablé con ella...*

*– ¿Con quién?*

*– Con la chica que he de matar.*

*– ¿Y bien? ¿Forma parte del plan?*

*– En un principio debía ir al albergue donde ella se hospeda e intentar seducirla, pero he conseguido trabajar allí unos días, como un empleado más. Curiosamente, el lugar es de un colega catalán y me ofrecí a echarle una mano esta semana. Cuando la he visto llegar me ha despertado toda curiosidad. Era como si la conociera de antes. Hubiese jurado haberla visto en algún lugar, pero no recuerdo dónde, ni cuándo. Lo peor no es eso, lo*

*peor es que es una chica maravillosa, es especial... No entiendo cómo alguien puede desear la muerte a nadie, menos la de alguien así. ¿Cómo se mata a un ángel, Fausto?*

## CAPÍTULO XIX *Secreto de familia*

Cuando Francesco se casó con Cristina creía casarse para toda la vida. Siempre había soñado con encontrar a la mujer de su vida y darle una familia. Puede que aquella terrible noticia cuando tenía diecinueve años, aumentara más aún sus ganas de formar un hogar.

A Cristina la conoció cursando segundo de ingeniería, ella estudiaba psicología en la facultad de al lado y parecía una chica muy segura de sí misma. Cada día, al terminar las clases, intentaba cruzarse con ella para que la muchacha supiese de su existencia y se fijase en él. Una tarde, a la salida, se armó de valor y la invitó a salir. Para entonces, él tenía veintiún años ella veinticuatro y estaba terminando la carrera. Francesco era un chico muy tímido, pero se dijo que o la invitaba ya o la chica dejaría la facultad y puede que no volvieran a verse.

– Hola, me llamo Francesco, estudio ingeniería en la facultad de Ciencias. Estoy en el segundo curso y la verdad, es más complicada de lo que me pensaba. Pero siempre he tenido claro que es a lo que me quiero dedicar.

– ¿Eres español?

– Sí, de Barcelona, me vine aquí con diecinueve años para estudiar. Un amigo me consiguió una beca, y nada, aquí estoy.

– Barcelona... me encantaría ver Barcelona. Tiene que ser preciosa.

– ¿Si quieres te llevo? Desde que estoy en Roma no he vuelto a ir – Aquella respuesta, nada premeditada, aventajó al muchacho.

A los siete meses del noviazgo Cristina y Francesco se casaron en la iglesia de un pueblo romano, del cual eran los padres de ésta. La pareja parecía feliz y enamorada. Cuando Francesco terminó la facultad consiguió un trabajo en una empresa norteamericana que tenía centrales eléctricas por varias regiones italianas. Fue entonces cuando dejaron el piso de alquiler donde vivían y compraron uno en el centro de Roma. Muy cerca del otro, donde Cristina quería. Al tercer año de casados, y con una estabilidad laboral mutua, las

insinuaciones de tener hijos empezaban a florecer. Lo estuvieron intentando durante cinco meses, pero la chica no conseguía quedar en estado. Preocupados, se hicieron las pruebas de fertilidad. Los resultados fueron positivos: ambos podían procrear. Pero entonces, ella cambió de parecer y le dijo a Francesco dejar de intentarlo. Como motivo, una explicación que no convencería demasiado al joven: que los dos trabajaban mucho y que no tendrían tiempo de cuidar al bebé, situación que era la misma antes de hacerse las pruebas. Aun así, éste aceptó el cambio repentino de su mujer con la siguiente promesa de que en dos años máximo "irían en busca del primero". Pasó el tiempo, y aunque Francesco seguía amándola como el primer día, el matrimonio empezaba a no funcionar. Cristina cada vez le ponía más excusas para hacer el amor y cuando éste llegaba a casa ya no le esperaba con la cena preparada, ni le daba un beso de bienvenida. Él intentó reconquistarla eludiendo su falta de interés por él y preparándole sorpresas como algún viaje, una cena romántica, regalos... pero todos sus intentos eran en vano. Cristina cada vez estaba más fría y se distanciaba poco a poco de él. A los dos años del intento, ella ya no tenía tan claro si quería ser madre y Francesco, en su afán de no agobiarla, decidió esperar a ver si cambiaba de parecer. Pocos meses más tarde, cuando contaban con cinco años de casados, la desconfianza de éste incrementó cuando la chica le llamaba para decirle que no iría a casa a dormir, que había cenado en casa de una compañera de trabajo y se le había hecho tarde. A los pocos meses, habiendo pasado apenas seis años del enlace conyugal, Cristina abandonaba a Francesco por el jefe del bufete de psicólogos donde trabajaba, y con el que le engañaba desde hacía más de dos años. Desde entonces no habían vuelto a verse.

## V

Cristina quiso repetir su viaje a Barcelona para su veintiocho cumpleaños. Francesco se encargó de organizarlo. En cuanto la pareja avisó a Antonia, ésta insistió para que se quedasen en su casa aquellos días. El chico se negaba, pero Cristina, que había congeniado muy bien con ella desde que se conocieran hacía dos años, le rogó a su marido repetidamente que aceptara la invitación de su madre. Éste, que hacía unos meses cedía a todos los deseos de su esposa en su intento de recuperar a la mujer cariñosa y atenta que había sido tiempo atrás, finalmente aceptó a medias. Pasarían los tres primeros días en casa de sus padres y luego terminarían la semana en un hotel. A ella le pareció justo el trato, con la esperanza de que quizás luego pudiera convencerle para quedarse en casa de éstos toda la semana.

La mujer de Francesco conocía parte de la historia familiar. En un principio, el joven sólo le contó que Antonia y Josep eran sus tíos pero que se había criado con ellos desde pequeño, ya que su madre fallecería en el parto y su padre había desaparecido tras el terrible suceso sin dar más señales de vida. Con los años, le añadió que su padre estaba vivo pero que no tenía contacto con él ni con Antonia; sólo recordaba cuando le visitaba en la escuela de pequeño creyendo que era su tío. El desenlace, según le explicara, era que de repente un día había desaparecido sin saber nunca más de él. El tema de su operación, del engaño de Antonia y la cesión de custodia involuntaria, para entonces, él también lo desconocía. Cristina, una chica inteligente, enseguida percibió que aquel tema era tabú para su marido, y creyó oportuno no hacer preguntas a no ser que él, por iniciativa propia, quisiera hablar al respecto.

La mañana que llegaron, Antonia estaba espléndida. Les recibía con sus mejores galas, una sonrisa de oreja a oreja y una habitación acondicionada con todo detalle para que la pareja se sintiese como en casa. Francesco no estaba muy contento con aquel encuentro, pues a pesar de haber pasado los años, y las heridas haber cicatrizado, todavía guardaba rencor a los que había creído sus padres. Cristina, al tanto, siempre le insistía que: “vivir con rencores es muy negativo para uno mismo, hay que aprender a perdonar a los demás, de lo contrario, vives arrastrando una carga muy pesada a tus espaldas. Y terminas por auto-lesionarte con problemas de otros como si fuesen tuyos. Tienes que pasar página, aprender a perdonar es de sabios, Francesco”.

El segundo día a su llegada, fueron al Parc Güell de paseo con Antonia y Josep. Cristina nunca había estado y ellos hacía años que no iban. La mujer de Francesco quedó maravillada con las piezas de Gaudí y aquel hermoso rincón ajardinado sito en la montaña del Carmel.

– ¿Queréis un refresco?

– Yo un agua –dijo Antonia.

– Yo una Coca-Cola light, si puede ser –contestó la siempre educada Cristina.

– Espera, te acompaño –añadía Francesco.

Se acercaron al chiringuito más cercano. Aquel paseo, de escasos

metros, podía hacerse eterno si ninguno se decidía a hablar. Los lazos entre ambos nunca habían sido estrechos; cuando Francesco era pequeño, Josep estaba todo el día fuera de casa trabajando, según decía, y siempre regresaba a la hora en la que el pequeño ya estaba en la cama.

– ¿Y tú qué tal? ¿Cómo te va todo?

– Como siempre, poca novedad. La empresa, el club de golf… Me paso el día en el trabajo, no tengo tiempo de mucho más. ¿Y tú con tu mujer, os va todo bien, hijo?

– Sí, no podemos quejarnos, somos felices, y tenemos salud y trabajo. Mira, hay algo de lo que quiero hablarte desde hace ya algún tiempo. Cuando me dirijo a ti no sé cómo hacerlo, pero lo que no quiero es seguir llamándote papá ni que tú me llames hijo. No aguanto la hipocresía, ya lo sabes. Así que, aunque nos cueste un poco por la costumbre y todo eso, preferiría que nos llamásemos por nuestros nombres.

– ¿A qué viene esto, Francesco? Tú eres mi hijo, por eso te llamo así. Me parece indignante, aún no nos has perdonado, ¿verdad?

– No quiero hablar de eso ahora, sólo te pido que te dirijas a mí por mi nombre, sólo eso. A Antonia también voy a decírselo, no es para tanto, cada cosa debe estar en su sitio, ¿entiendes? Soy de números, me gusta el orden.

– Entiendo que estés dolido todavía, pero debes saber que tu madre hizo lo que creyó mejor para ti. De hecho, cuando le dijo a tu padre de firmar el cese de custodia –hizo una pequeña pausa– también lo hizo para poner las cosas en orden, como tú dices. Siempre quiso que ella y yo fuésemos tus verdaderos padres.

Josep se alegró de que a Francesco se le pasara el comentario del cese de custodia, pues lo había dicho sin darse cuenta y era aquel un secreto bien guardado durante años. “Ciertamente, las personas solo escuchamos lo que damos por hecho”, dijo para sí.

– Eso me parece estupendo, siempre y cuando no me hubieseis tenido engañado todo este tiempo. Os agradezco que me hayáis cuidado y me hayáis dado una educación correcta, pero que me mintierais respecto a mi padre… no creo que pueda perdonároslo nunca. Por eso no quiero más engaños, y por eso no quiero ni más

“papá” ni más “mamá”. Para mi suerte tengo una mujer fabulosa a mi lado y pronto, si Dios quiere, tendremos nuestra propia familia.

En ese momento sonó el móvil de Josep.

– ¿Papa? –preguntaban al otro lado de la línea.

– Perdone, podría llamarme más tarde, ahora estoy reunido. Gracias –dijo Josep colgando al instante.

– ¿Papá? –le preguntaba Francesco incrédulo.

– ¿Papá? –contestó éste nervioso, sin atinar a guardar el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta–. ¡Qué dices tú ahora! Era un cliente, ha dicho Pepe.

– ¿Y desde cuando te llaman a ti Pepe, y te sudan tanto las manos?

– Mira, vamos a llevar estos refrescos a nuestras mujeres, ya seguiremos hablando en casa, ¿quieres?

– ¡Claro que quiero! Éste ya es el último escándalo familiar que me quedaba por saber, ¿un hermano? ¿Cómo sería? ¿Bastardo? No, bastardo no porque yo no soy tu hijo –le cuestionaba retándole con su cuerpo.

– ¡Cállate! Mira, como le digas algo a tu madre te juro que… –terminó por confesar el otro en tono agresivo.

– ¿Me juras qué? Y ella no es mi madre. A mi madre, por desgracia, nunca pude decirle nada. Ni siquiera tengo el vago recuerdo de haber estado en su vientre.

– Claro, es que tu madre era mucho más fértil que tu tía, pero más débil también –continuó sin pensar, y dejado llevar por un ataque ciego de furia.

– *Hijo de puta*… –exclamó Francesco, haciendo el amago de pegarle un puñetazo–. Déjame ver el móvil.

– ¡Quita tus manos! –seguía Josep apartándolas del bolsillo de su chaqueta.

– Déjame ver la llamada o será la de ayer la última noche que

duermas tranquilo.

– Está bien, suéltame, tú ganas. Total, siempre supe que tarde o temprano ibas a enterarte. Por lo visto tu padre y tú tenéis poderes mágicos; tu tía le llama premoniciones –contesta con mueca y tono de burla.

– De acuerdo, esta noche cuando las dos estén durmiendo te espero en el porche de casa. A la una. Si no apareces entro a tu habitación a buscarte.

A la una Josep bajó al porche. Francesco ya le esperaba. Al parecer, debía llevar toda la tarde preparando aquel discurso porque empezó a hablar sin rodeo alguno nada más tenerse el uno al otro frente a frente. Le contó que Isabela, la madre de Francesco, y él habían tenido un romance antes de que Fausto y ella se casaran. Una tarde la chica le comunicó que tenía un retraso desde hacía una semana. Josep, bajo la preocupación de que fuese descubierto el secreto de ambos, la envió a un médico particular que pagaría él mismo. Cuando supieron que había quedado encinta con tan sólo diecisiete años y Josep veintiuno, y ya casado con Antonia, la pareja no supo qué hacer. Para entonces, Isabela no había mantenido relaciones con su prometido, así que ese niño no podía ser de Fausto. Finalmente, Josep optó por contárselo a sus padres. Éstos, una familia burguesa y acomodada de la época, aconsejaron a la pareja que Isabela estuviese los últimos seis meses de gestación viviendo en una finca familiar, situada a unos cincuenta kilómetros de Barcelona, en un pueblo llamado Gelida. Tenía que ocultar su vientre hasta que la criatura viese la luz. Allí, nadie del entorno de la chica podría verla ni saber de su estado. El plan era que pasase allí su embarazo y después, cuando la criatura naciese, volver a Barcelona al lado de su prometido. Al bebé lo cuidarían los padres de Josep. Isabela le diría a su futuro marido y familia que había conseguido un trabajo en la finca de una familia acomodada, y que el dinero les iría bien para su boda.

*– Es algo temporal, Fausto, sólo son seis meses para cubrir la baja de una niñera.Medio año pasa muy rápido, y el dinero nos vendrá muy bien – le decía Isabela ocultando su llanto.*

La joven sufriría mucho con aquello. Separarse de su prometido con una mentira de ese calibre e irse allí sola sin nadie conocido, la horrorizaba. Viviría en aquella casa medio año para que después le quitasen a su criatura y, quizás, no verla nunca más. Era la peor de sus pesadillas, pero aun así cedió. No tenía otra posibilidad. Tampoco

podía contarle a nadie la verdad sobre sus noches de cuna con Josep, pues éste la tenía amenazada con ingresarla en un hospital psiquiátrico si explicaba lo sucedido.

– Fue muy duro, Francesco, para ella y para mí... Siempre creí que este secreto si iría con nosotros a la tumba. Yo la amaba, son cosas que pasan. En fin, tú eres su hijo, también tienes derecho a saber.

Tras escuchar con suma atención el relato de Josep sobre su madre Isabela, Francesco le preguntó por su hermano y le pidió el número de teléfono, quería conocerle. Tenía una inmensa curiosidad de saber cómo era, de si se parecían, a qué se dedicaba... todo. Para él, que vivía con el sentimiento de ser Cristina su única familia, conocer a un hermano era todo un regalo del Universo. Además, se sentía más unido a él todavía por haberle tocado vivir una infancia que, a su juicio, seguramente estaba llena de vacíos y mentiras.

Josep le pidió total discreción. Aunque hacía ya años que su matrimonio con Antonia estaba muerto, ni siquiera dormían en la misma cama, no quería que su reputación pudiese mancharse con un escándalo de esa índole. Francesco, a regañadientes, aceptó. Para que le fuera más fácil guardar el secreto, se dijo a sí mismo que si aquel hermano suyo había decido guardar silencio él no era nadie para contarlo.

## CAPÍTULO XX *Encuentro con Gabriel*

Al tercer día de vacaciones, Francesco le comunicaba a Cristina que iba a visitar a un viejo amigo de la infancia al cual hacía mucho tiempo que no veía. Mientras, ella podía quedarse en casa con Antonia ya que su suegra tenía muchas ganas de explicarle cómo se hacía la paella. La joven le preguntó a su marido si podía acompañarle, a lo que éste le contestó que sólo estaría fuera la mañana, y que llegaría justo a tiempo para comer ése exquisito plato a la italiana. “Hace muchos que nos vemos, cariño, nos podremos al día de nuestras batallitas y seguramente te aburras. Mejor quédate con Antonia, así podrás prepararme este plato cuando estemos en casa. Te va a encantar”. Cristina aceptó, aunque no de buen grado, le parecía aquel un plan demasiado imprevisto para ser verdad.

Con el coche que había alquilado para las vacaciones, se dirigió rumbo a Gelida donde le esperaba su hermano. Condujo por la Ronda de Dalt dirección Llobregat hasta coger la AP7 dirección Martorell-Tarragona. Tras treinta y cinco minutos al volante, llegaba a la salida 26 Gelida-Sant Llorenç d' Hortons. Su hermano le esperaba en la plaza del ayuntamiento a las diez en punto. Para reconocerse, éste le había descrito cómo era físicamente y la ropa que llevaría puesta: un metro ochenta, robusto de cuerpo y musculoso, moreno y rapado y vestido con unos pantalones y chaquetón polar negros. Francesco buscó la plaza siguiendo algunas señales de indicación. Dio enseguida con el lugar, pues el pueblo era bastante pequeño. Aparcó a escasos metros del edificio mientras observaba el lugar de su cita en busca del chico. Eran las diez menos diez y no veía a nadie semejante a la descripción que le diera su hermano, decidió entonces dar un paseo por los alrededores hasta que fuese la hora en punto. Por lo que pudo ver desde que entrase con el coche, aquel pueblo del Alto Penedés era realmente bonito. Sus casas, la mayoría, eran de piedra antigua a modo de masía catalana, las calles estrechas, algunas peatonales, le daban un aire a poblado de la Edad Media. Un antiguo castillo en ruinas que había en lo alto de una pradera formaba parte del patrimonio histórico del lugar. Se podía oler en el aire, menos contaminado que el de la ciudad, las más de cuatrocientas cincuenta hectáreas dedicadas al cultivo de cereales y olivos. Tierras conocidas por sus viñedos, los cavas y vinos del Alto Penedés eran apreciados a nivel nacional en el sector vitivinícola. Pensó en comprar un par de botellas para catarlo con su mujer cuando regresaran a la intimidad de

su casa en Roma. Con esa idea, cayó en la cuenta de que no había llevado ningún regalo para su hermano y de que ya no tenía tiempo para comprar nada. Deseó que él tampoco trajese nada. Se acercó de nuevo hasta la plaza justo cuando sonaban las campanadas de la iglesia. Estaba extrañamente tranquilo, a diferencia de cuando cogiese el coche para acudir en su busca. Se fijó en un banco donde descansaba un señor mayor, con boina de cuadros y bastón de madera erguido, como probablemente él ya no presumía hacer. Dos mujeres cruzaban la plaza con bolsas de la compra hablando alegremente entre ellas, con un tono de voz bastante elevado y en un catalán mucho más cerrado que el de la ciudad. Y por fin, bajo la sombra de una higuera, resguardando el sol de un diciembre poco frío, estaba él. Vestía unos pantalones negros con bolsillos en los costados, y una chaqueta de forro polar del mismo color, tal y como le había dicho. Su pelo rapado se unía con la barba, que lucía bien rasurada en su ancha cara blanca de facciones grandes y marcadas. Todo en él parecía grande. A pesar de ser un poco más bajito que Francesco, su cuerpo era ancho y musculoso. Aunque su ropa cubriese sus músculos, se deducía por su constitución que era un cuerpo esculpido de gimnasio. Sus ojos también grandes y oscuros y su nariz algo achatada, como la de un boxeador. Se acercó temeroso.

– Hola, tú debes ser Gabriel.

– Y tú Francesco. Llámame Gabi, es como me llaman todos –le dijo, mientras se acercaba al otro para estrecharle la mano y darle una palmada en la espalda.

Hechas las presentaciones, y roto el hielo, los chicos se abrazaron con fuerza y sin soltar sus manos estrechadas; ambos hubieron de contener alguna lágrima.

– Gabi, hace un momento me he dado cuenta de que no te he traído ningún regalo. Ha sido todo tan rápido…

– ¿Regalo?, ¿te parece éste poco regalo? Conocer a un hermano después de veintinueve años. Anda, ven *pá cá*, dame otro abrazo –le cogió de nuevo con su enorme brazo, y se lo llevó contra su pecho mientras le palmeaba otra vez la espalda.

– Estás muy fuerte –le decía Francesco en tono cómico, como si empezase a faltarle el aire con los abrazos de éste.

– *Je, je*… Perdona tío, es que estás muy flaco, *je, je*, aunque eres

más alto que yo, figura –ambos chicos rieron.

Gabi le preguntó si tenía el coche bien aparcado, éste contestó que sí. Le ofreció ir a una bodega del pueblo en la cual se podía almorzar abundantemente por un módico precio. Camino al lugar, ambos caminaban con el orgullo de que, una vez reencontrados, ya nadie tendría que dar más tropiezos ni hablar más o menos de la cuenta para saber del otro. Ahora solo ellos decidirían cuándo volver a verse.

Llegaron a la bodega, que estaba a pocas calles de la plaza. En ese pueblo todo estaba cerca. Una puerta de madera color verde se abría hueco en una fachada de ladrillo antiguo. El dueño del bar vestía un jersey de lana azul con cuello de pico, unos pantalones de traje grises de los que colgaba un trapo blanco de cocina, y unas sandalias de esparto con calcetines. El local disponía de seis mesas de metal antiguas con cuatro sillas cada una, una barra pequeña llena de colillas de tabaco, un surtidor de cerveza y tres barriles de vino tinto. En una de las esquinas se escuchaba una televisión antigua de los años setenta, y en una pared lucía una cabeza de jabalí disecada con colmillos incluidos. Aquella bodega era toda una reliquia. Estar allí dentro con su dueño, y los cuatro abuelos que fumaban cigarros tomando una copa con café, era como trasladarse a la España de los ochenta.

– Vaya, este lugar es todo un museo...

– Pues sí, un museo en ruinas –añadió éste riendo–, pero hacen el mejor *pá amb tomàquet* y la mejor tortilla de patatas de toda la comarca. Y el vino es cosechero, lo hace el dueño en sus viñas.

– ¿Qué será, jóvenes?

– ¡Hola, Ramón! Ponnos dos *llesques de pà amb tomàque*t, dos trozos de tortilla, y un par de vinos tintos. A ver si conseguimos que éste vuelva más a menudo por aquí –dijo Gabi riendo.

– ¿Alumno nuevo?

– ¡Qué va!, es un familiar venido desde Roma.

Francesco, al escuchar aquello, se impacientó en saber de qué era profesor su hermano.

– ¿Alumno?

– Soy profesor de karate, imparto clases en el gimnasio del pueblo. También monté hace unos años una tienda de productos de artes marciales, es la única que hay. Muchos del pueblo me llaman el “Yaki Chan” catalán –respondía riendo de nuevo; Gabriel también era de risa fácil, aunque la suya sonaba más grave y ruda que la de Francesco.

– Chicos, voy a pedirle a María que os prepare esto, y mientras os sirvo el vino.

– Muy bien, Ramón.

– Profesor de artes marciales, ¡por eso estás así de fuerte! Me gustaría probar, hace años me apunté a un gimnasio para hacer taekwondo, pero solo duré tres meses. Ya no me acuerdo de nada. Creo que soy un poco negado para los deportes de técnicas.

– Todo es cuestión de voluntad pero tiene que gustarte, si no, no haces nada. Desde pequeño supe que quería aprender a luchar. Me encantaba ver películas de guerreros medievales, de lucha libre... ¡Es mi vocación, hermano! Quién sabe, a lo mejor algún día pueda enseñarte.

– Bueno, lo veo un poco difícil, a no ser que me dieras un intensivo en las vacaciones de verano o invierno. Aunque creo que a Cristina no le haría demasiada gracia, nuestro descanso es sagrado para ella.

– Cristina es tu mujer, entiendo.

– Sí, así es.

– Imagino que será italiana. ¿Cuánto lleváis casados?

– Pues ahora hace cuatro años, y medio de novios.

– ¡*Joder*!, pues sí que te casaste joven, tío.

– Con veintiuno para veintidós –le dijo con una mueca medio de timidez, medio de despistado.

– ¿Y esa cara? ¿No me dirás que es la única tía con la que has estado, no? ¡Sí, seguro!, no me *jodas* –éste ya se reía dando por afirmativa su pregunta, y picándose el torso con el puño.

Francesco rió y con algo de timidez corrigió:

– No, la segunda.

– Una, dos... ¡qué más da! La *ostia*, tengo un hermano casto – Gabriel empezó a reír, ésta vez dando las palmadas a Francesco en la espalda.

– Chicos, el vino, ahora os traigo la comida. Ya me dirás qué te parece, lo hago yo, es de cosecha propia. Vino catalán, chico, del *bó*.

Francesco le dio un rápido sorbo y añadió:

– *Mmm*... Buenísimo, entra muy bien, Ramón, tiene cierto sabor afrutado. La verdad, llevo casi siete años en Italia y cada vez que pruebo el vino de aquí constato que no tiene comparación alguna.

– ¡Ésta es una tierra de viñedos, muchacho! Nuestro vino no tiene nada que envidiar al de la Rioja y menos al que bebéis por allí en Italia. ¿Cómo se llama?, ese que parece cava... – musitaba el bodeguero.

– Lambrusco, Ramón, se llama Lambrusco –añadió Gabriel–. Es vino espumoso.

– Pues ése mismo.

– Sí, la verdad es que como nuestros vinos ninguno –concluyó Francesco.

El hombre y los dos chicos rieron juntos. El bodeguero fue en busca de los platos que habían pedido. La comida llegó, y con la comida la segunda copa. Gabriel y Francesco se contaban anécdotas de todo tipo amistosamente, y el alcohol a aquellas horas rompía la timidez del principio. En la tercera copa Francesco se disculpó, pues era muy temprano y él no estaba acostumbrado a beber tanto. Además, luego tenía que conducir y le esperaba la familia para comer.

– Traete un par de cafés, Ramón, estos guiris no aguantan nada. ¿Así que estás con Antonia y Josep en su casa?

– Sí, pero mañana ya nos vamos. He reservado un hotel para los últimos tres días. Antonia se empeñó en que fuésemos a su casa y

Cristina, mi mujer, me convenció para pasar unos días con ellos. Por lo visto, se llevan bien las dos.

– Sí, Antonia tiene sus cosas, lo sé por lo que me cuenta mi padre, ¿sabes?, pero no creo que sea tan mala mujer como dice.

– ¿Por qué, qué te dice? –Francesco hizo una mueca como diciendo: “perdón, no tendría que haberte preguntado eso, no es de mi incumbencia”.

– Tranquilo, no pasa nada. Yo sólo guardo el secreto que tú ya sabes porque, la verdad, me trae sin cuidado. No tengo intención alguna de joder un matrimonio, ellos sabrán. Mientras el viejo cumpla con el dinero, a mí lo que haga con su vida me la *trae al pairo*, como dicen en Galicia. Hace mucho ya que pasé el dolor de criarme sin unos padres, y ahora ya tengo mi propia familia. Lo que haga ese hombre con su vida y su mujer me es indiferente. A mi Antonia no me ha hecho nada, así que no tengo ningún problema con ella, pero según me cuenta el viejo está medio loca. ¡Vete a saber!, porque él tampoco está muy fino que digamos... Estoy seguro de que ni siquiera duermen juntos. Es más, yo creo que siguen juntos por “el qué dirán”. Mientras tenga a unas cuantas que llevarse a la cama de un motel, seguirá aguantando y manteniendo a la pobre de la otra. En verdad te digo, que a estas alturas ya no me duele. No tengo ninguna intención de contar que existo al círculo de Josep. Me he acostumbrado a vivir en la sombra, ¿me sigues, no?

– Sí, perfectamente. Si te soy sincero, pienso igual que tú. Pero la verdad, aunque no les deseo ningún mal a ninguno, yo también hace tiempo que dejé de quererles como antes. A día de hoy, les estoy agradecido por haberme cuidado y poco más. Todavía les guardo rencor, hay muchas cosas que no me han contado, lo sé, pero ya no espero que lo hagan. Cristina siempre me dice que vivir con rencores no es bueno, pero no soy de los que perdonan fácilmente. No obstante, hace tiempo decidí olvidarme de todo y formar mi propia familia, como tú. Bueno, ahora te tengo a ti también, y eso me llena de alegría. Ha sido la mejor sorpresa que he tenido en años.

– No te pongas sentimental, ¿eh? Si es que los guiris no sabéis beber, ¡lo que yo te diga! ¡Anda, ven *pá quí*! –le dijo abriendo los brazos, para darle otro de sus abrazos de oso.

– Gabi, ¡como sigas abrazándome así vas a destrozarme!

Los dos hermanos rieron al unísono. Se levantaron a pagar la cuenta que, por lo visto, querían abonar los dos. Después de unas cuantas existencias, Gabriel convenció a Francesco con un “estás en mi casa y aquí pago yo”. Los dos jóvenes salieron a la calle. Llevaban más de dos horas en aquella bodega, ya pasaban veinte minutos de las doce del mediodía.

– ¿Oye, qué quieres hacer ahora? Me he cogido la mañana libre para ti. ¿A qué hora tienes que irte?

– Pues he tardado unos cuarenta minutos, así que saliendo a la una y media llego a tiempo para comer.

– Genial. Pues si quieres vamos a mi tienda dando un paseo, y así te la enseño. De paso podrás conocer a mi mujer, Paola, trabaja allí. ¿Te he dicho que es la única dominicana del pueblo?

– Sí, me lo comentaste antes...

– Qué marcha tiene, hermano, eso de que son pura sangre en la cama es verdad. Creo que por eso me enamoré de ella –le decía Gabriel al otro moviendo sus brazos como si dibujase la silueta de una mujer y la acercase a su cuerpo.

Gabriel caminaba con las piernas arqueadas, los brazos los movía exageradamente de adelante a atrás y, de vez en cuando, chocaba su puño derecho contra la palma de su mano izquierda, debía ser deformación profesional. Él y Francesco no se parecían nada físicamente, lo único que los dos eran altos, de pelo negro y ojos oscuros. Por lo demás, sus facciones y cuerpo eran totalmente distintos.

– Pues tío, tú te pareces a nuestra madre. Sin embargo, yo, soy *clavao* al Josep.

– Sí, la verdad es que tenéis bastante parecido...

– ¿Bastante?, soy una fotocopia suya, en eso ha tenido mala suerte. Si fuese más *cabrón* solo tendría que amenazarle con pasarme por su club de golf y ya te digo como soltaría los fajos, de dos en dos.

Gabriel tenía un humor y modo de hablar ásperos y fuertes como él, pero sus ojos eran de los que delatan hasta al más *pintao*, que va de duro cuando tiene un corazón de los que no caben en el pecho.

– Gabi, ¿tienes fotos de nuestra madre? –pregunta Franceso tras el parecido que asegura su hermano tener con ella.

– Pues me costó mucho conseguirla, hermano, pero sí, sí que tengo.

– Me encantaría poder verlas –le dijo deteniendo su paso y mirando a su hermano fijamente–. ¿Te la dio él?

– ¿El Josep?, ese no suelta prenda. Se la quité a mi abuela de pequeño cuando vivía con ella; murió el año pasado. Siempre le preguntaba por mi madre y sólo me decía que falleció dándome a luz. Cuando tuve unos seis años quería que me contase cosas de ella, pero se negaba en rotundo a hablar del tema. Sospecho que era cosa de mi padre, que le prohibía explicarme nada. Mi abuela me quería muchísimo, me trataba como si fuese yo su único hijo sin serlo. *Pá* que veas. Yo siempre la he querido como a una madre, para mi es lo que ha sido, una madre. El caso es que cuando tenía unos trece años, no recuerdo muy bien, le registré los cajones de su cómoda mientras estaba fuera de casa haciendo unos recados. Encontré una caja cerrada con candado y supe que había dado con mi pequeño tesoro. Me puse a buscar la llave como un loco por todos los cajones, pero al poco me di por vencido. Sabía que o me las apañaba para abrirla o me quedaba sin secreto. Cogí una horquilla de pelo de las que usaba la abuela y la forcé. Dentro, habían unas cartas y alguna que otra fotografía de nuestra madre; era muy guapa, ¡guapísima, la verdad! Cogí las fotos para guardármelas y hacer unas copias. Cuando iba a leer las cartas, justo en ese momento entró ella. De película, tío. Como te imaginarás, me echó la bronca del siglo y me tuvo no sé cuántos días castigado sin salir con mis amigos al parque. Me preguntó si había leído algo, le dije que no me había dado tiempo. *Pá* qué le dije eso, me cogió por una oreja y me sentó en la cama. Creo que la tuve roja por lo menos dos semanas; es que la abuela, aunque a buena no la ganaba nadie, tenía carácter. Me quitó las fotos y cerró la caja furiosa. Pero a las dos semanas me hizo un regalo; la pobre no podía estar enfadada conmigo, le ganaba el corazón. Me regaló un álbum con copias de todas las fotos de mi madre, perdón, de nuestra madre. Me hizo prometerle que no se las enseñaría a nadie, menos al Josep. Aquel día que estábamos los dos solos me contó algo sobre ella. Me dijo que durante el embarazo estaba muy feliz porque le llenaba de emoción traerme al mundo, que era una buena mujer, que me quería muchísimo y que ella y el viejo habían sufrido mucho con todo lo sucedido. Pero ya está, no quiso contarme nada más, tampoco quise

insistirle, era mucho más de lo que había conseguido en trece años. Puedes imaginarte... Con el tiempo, un día me volvió la curiosidad por saber qué pondría en esas cartas. Sé que debía ser un secreto muy importante; lo sé por la manera en que me preguntó si había leído algo, lo hizo en un tono y una expresión de preocupación que no le había visto jamás. Pero nunca más encontré la caja. El año pasado, cuando murió, recogimos todas sus cosas de la casa, junto con las de mi abuelo que murió meses antes. Por un momento la recordé y quise que apareciera, pero no la vi por sitio alguno. Como te he dicho antes ya no me interesa nada de eso. Al menos, como podía interesarme hace años. Ahora sólo rezo para que mis abuelos estén bien estén donde estén, mis únicos padres. Así que si quieres, antes de que te vayas te enseñaré esas fotos, si no, puedo hacerte copias y enviártelas por correo postal.

– Me encantaría, sería más de lo que he tenido nunca de ella, Josep y Carmen nunca me han hablado de mi madre... de nuestra madre –corrigió–. Ni siquiera una triste fotografía. Hoy está siendo un día muy emocionante para mí… no sé qué decir, Gabi. Me he quedado sin palabras –le decía Francesco con voz quebrada.

Gabriel se quedó pensativo y añadió:

– Mira, vamos a hacer una cosa. Acompáñame a casa y te las enseño. Luego ya te enviaré unas copias.

– ¿Seguro? ¿Y la tienda? ¿Y tu mujer?

– Si te soy sincero, no le he dicho que había quedado contigo, todavía no sabe nada. Para mí ha sido muy fuerte que me llamases, me quedé blanco. Aunque siempre he sabido que algún día aparecerías. Hace años que sé que existes y que Josep y Antonia no eran tus padres, me lo contó él. Tengo que asimilar este encuentro, hermano, así que ya conocerás la tienda otro día, y nos presentamos a nuestras mujeres, ¿qué me dices?

– Hecho. Yo tampoco le he contado a Cristina nada, me ha pasado lo mismo que a ti, también necesito asimilar nuestro encuentro..., hermano.

Cuando llegaron, Gabriel se dispuso a enseñarle la casa. Era de piedra, situada en una de las calles comerciales del pueblo, y constaba de dos plantas. Allí pudo ver fotos de la mujer de éste y de su hijo. La mujer era una mulata muy atractiva, de la misma edad que él. El hijo

tenía cinco años y se parecía muchísimo a la madre, pelo moreno rizado, ojos verdes y grandes, y labios carnosos. En el comedor había una chimenea de leña pintada en tonalidades fucsias, las paredes cada una de un color, y el techo blanco con vigas negras. Tenía dos sofás enormes de color azul eléctrico, y en medio, una mesa de madera en color negro con dibujos japoneses. La cocina, con barra americana, en destacaba en colores verdes. La planta de arriba era toda una buhardilla con suelo de parquet; una pantalla plana enorme al lado de un sofá y en uno de los rincones de aquel espacio diáfano, varias máquinas de *fitness* junto a una pared de espejo. La habitación de la pareja también lucía con adornos japoneses y en la del niño rebosaban los juguetes. Tras enseñarle la casa con gran esmero, Gabriel le ofreció tomar algo en el salón; éste, evitando ningún tipo de alcohol ni más cafeína, se decidió por un vaso de agua. Francesco estaba más nervioso ahora que cuando llegó a la plaza del ayuntamiento, pues era la primera vez que tendría delante de él una imagen de su madre. Gabriel abrió un cajón del mueble del comedor y sacó un álbum pequeño de color verde, con el Pluto de Disney en la portada.

– Aún conservo el álbum que me regaló mi abuela –añadió Gabriel en un tono más tranquilo y sereno de lo que le escuchase hasta ahora.

Francesco no acertó a saber si la emoción de su hermano era dada por aquel álbum que le recordaba a su abuela, por ver a su madre en aquellas fotos, por tener frente a sí a un hermano de sangre que no había conocido hasta entonces, o por una mezcla de las tres.

El chico abrió el álbum tembloroso y empezó a ojearlo. Sin duda, él se parecía a su madre. “Aunque mi madre era mucho más guapa que yo”, pensó. Mientras miraba atónito las fotos, Gabriel, con cara seria, se acercaba al frigorífico para tomar una bebida isotónica. De repente, se mostraba nervioso, se movía por el salón sin decir nada, con la mirada pegada al suelo, a diferencia de antes que no paraba de hablar y bromear con su hermano. Francesco pasaba una y otra vez las fotos. Habría un total de once, algunas en color, otras en blanco y negro. En todas, Isabela estaba sola. En dos de ellas, ya lucía su barriga de embarazada, pero en ninguna sonreía. Aquel detalle le entristeció, pues se veía en su mirada una pena que descartaba cualquier pretexto de que Isabela no fuese fotogénica o no le gustase salir en las fotos. Retomando el habla, y recuperando la conciencia de no estar solo en aquella casa, buscó a su hermano que ya había dejado de dar vueltas sin sentido por el salón.

– Gracias, Gabi, me han encantado. No sé qué decir… la mañana de

hoy ha sido mucho más de lo que esperaba. Esperaré ansioso a que me mandes unas copias –apuntaba Francesco devolviéndole el álbum con lágrimas en los ojos.

– Cuenta con ello –musitó el hermano, que estaba sentado en el sofá en absoluto silencio, con la bebida isotónica en su mano y un temple abatido.

Minutos después, salían del inmueble, Francesco para coger su coche y Gabriel para acompañarle. Por un extraño motivo, que a muy seguro era la nostalgia y el sentimiento de culpa, el camino transcurrió en absoluto silencio como si cada uno lo hiciese en solitario, batallando con su propio naufragio de pensamientos. Al llegar al coche se despidieron con un fuerte abrazo, permaneciendo pegados varios segundos. Cuando se hubieron separado, ninguno pudo evitar que las lágrimas resbalasen por sus mejillas. Con sólo un "estamos en contacto, hermano", Francesco subió al coche y salió del aparcamiento. Miró por el retrovisor; Gabriel permanecía allí, clavado, esperando a que el coche desapareciera por completo. Se despidieron una vez más con sus brazos, Gabriel al aire, Francesco desde la ventanilla del conductor, hasta que el coche giró la esquina.

## CAPÍTULO XXI *¿Quién es el asesino?*

Fausto confía plenamente en Ana, desde el primer instante en que la vio subida en la escalinata de Piazza Spagna, pero ahora, por un momento, teme arrepentirse de haberle revelado el gran secreto, y duda haber hecho lo correcto dándole el nombre de su asesino. Si su hijo llega a saberlo, puede que necesite demasiado tiempo para perdonarle.

"¿Por qué lo he hecho? Podría haberle dicho únicamente que sé que alguien quiere matarla, pero en ningún caso decirle que es Francesco. O que no disparé a ese chico porque le conocía, porque era el hijo de una buena mía, sin más".

Ese pensamiento, ahora, no deja de atormentarle; suelto el pez por la boca ya no hay modo de pescarlo. Sabe que ella no va a denunciarle, lo sabe, pero no había necesidad real de revelar el nombre. Con los años ha aprendido a ser un experto inventando excusas y aquel apunte merecía una, y de las buenas.

"¿Serán celos? –sigue preguntándose–. ¿De mi propio hijo?, ¿estaré luchando por conseguir el amor de Ana? No, no puede ser. Por un momento creí que ella lo sabía, que sus sueños le habían hablado con suma claridad. No podía mentirle más. Sí, debe ser eso. Si no le hubiese certificado que es Francesco quien debe concluir este asunto, tendría que fingir demasiado y ni debo ni quiero hacerlo. Ella es inocente, no se merece que le hagan más daño. De todos modos, estamos a punto de cerrar el caso, así que dentro de poco iba a conocer la verdad".

– ¿Para quién trabaja?

– Eso no puedo decírtelo. Sólo te diré que es alguien muy importante para él y que cuando Cristina, su mujer, le abandonó, le ayudó mucho a superarlo.

– ¿Su mujer le abandonó? Eso no lo sabía. Pero de eso hace solamente un año, ¿no?

– Así es. Un año y poco más.

– Y esta persona, ¿cuánto hace que la conoce? Imagino que un asesino a sueldo no va contando a cualquier colega a lo que se dedica para formar aprendices. Tiene que ser alguien con quien tenga mucha confianza, ¿me equivoco?

– No te equivocas. Él le ayudó hace un tiempo.

– ¡Pues de qué personas recibe ayuda tu hijo! Entonces, ¿por qué aceptó aquel trabajo?, dime.

– Por lo que sé, cuando Cristina abandonó a Francesco, él quedó destrozado. Estuvo a punto de engancharse al alcohol, aun sin haber sido nunca un bebedor habitual, y de perder toda la fortaleza que consumase tras años de esfuerzo. Lo que sí perdió fue el trabajo. Empezó a no querer levantarse por las mañanas, sensación que conozco muy bien. Primero cogió la baja por depresión, pero a los tres meses la empresa le ofreció incorporarse de nuevo o bien se verían obligados a prescindir de él y finiquitarle. Finalmente así lo hicieron. Sin nada que hacer, fue cuando decidió irse una temporada a casa de este amigo. Éste trabaja de portero en una discoteca, allí le surgiría la oferta para hacer faenas extra. Alguna noche, Francesco acompañaba a su amigo al trabajo, fue entonces cuando se daría cuenta de los asuntos clandestinos en los que estaba metido éste. El amigo, en un principio, como es de esperar, se lo negó, pero Francesco tiene buena intuición, la heredó de su padre. No es fácil engañarle. Finalmente el otro se vio obligado a confesar pidiéndole silencio total. Su amigo tiene familia la cual no sabe nada al respecto, así que durante el tiempo que estuvo en su casa jamás se habló del tema. Francesco pensó en irse y volver a Roma ya que aquella situación no le agradaba en absoluto, pero su amigo le convenció para que no lo hiciera. De seguro en otro momento no habría permanecido allí, menos de ese modo, pero como te he dicho la separación con Cristina hizo mella en él; no era el mismo de antes. Ese amigo suyo vive en tu en tu ciudad. Le explicó que llevaba poco tiempo con aquello y que era algo puntual para sacar un dinero extra, y que lo dejaría enseguida. Francesco, que le quería como a un hermano, más aun en aquel estado de soledad que se encontraba, sin vida, sin trabajo, sin mujer... quiso creerle e intentó convencerle para que se apartarse de ese mundo lo antes posible; incluyendo el trabajo en la discoteca. Pero una noche, acompañándole de nuevo al local, le detallaron un nuevo encargo y éste le ofreció ir con él a ocultas de sus jefes y otros compañeros. Aquella faena era en

Roma. Al parecer, la sorpresa del siguiente escenario ayudó a que Francesco aceptase, invitando a su amigo a alojarse en su casa. Así fue como viajarían juntos. Francesco, que desde que supo los asuntos de su colega no dejaba de barajar la idea de volver a casa, aprovechó aquel capricho del azar para ir con él e intentar, una vez más, sacarle de esa vida. Si no lo lograba, muy a su pesar, se despedirían, su amigo volvería a Barcelona y Francesco intentaría rehacer su vida. Aquella faena era la de matar a mi cliente. Los jefes del amigo, que lógicamente obviaban su presencia, reservaron un hotel donde se alojarían hasta zanjar el encargo. Cuando llegaron a la capital italiana, su amigo le insistió para ir, pues era de gama alta y a gastos pagados. Francesco, que desde lo de Cristina vivía en su casa rodeado de recuerdos, sin más ánimo que el de querer salir corriendo, terminó por aceptar la oferta. No sé exactamente la conversación que mantuvieron, no me ha detallado al respecto, pero al parecer tuvo más viveza su amigo que él y con algún que otro lavado de cerebro terminó convenciendo a Francesco para que le acompañase al funesto escenario. Otra gracia del azar jugaba las cartas a favor de tentarle, luego entenderás.

Llegaron al lugar del crimen. Su amigo debía estar en el coche esperándole tras darle indicaciones exactas de cómo proceder, ya que no vi a nadie más a su lado. Cuando les perseguí con mi coche sí puede ver a otra persona en el asiento de al lado, aunque ayer lo pasé por alto.

– Fausto –le corta–, creo en ti, puedo ver el dolor en tus ojos y sé que son sinceros. Lo he visto ahora, mientras me contabas esta parte de la historia y en Bomarzo. Ahora estoy segura de no equivocarme contigo, si no cogería esa puerta y saldría corriendo, pero he de decirte algo: estás ciego. No sé si es el amor a un hijo o tu sentimiento de culpabilidad lo que te hace ingenuo ante lo más evidente, pero tu hijo te está mintiendo.

– ¿Por qué dices eso?

Fausto teme que todo lo que ahora ronda en su mente tras el apunte de Ana sea cierto. Él mismo ha barajado aquella posibilidad cuando se citó con Francesco hacía unos días.

Ciertamente todo cuadra, ¿cómo no haberse dado cuenta antes? Cuando dicen que el amor es ciego no se equivocan.

– Pero, Ana –le dice tembloroso–, no puede ser, entonces ¿por qué

ha aceptado la operación? ¿Por qué perder tiempo si realmente quiere matarte? Su amigo...

– Su amigo será quien termine el trabajo.

– Entonces quieres decir que ahora...

– Sí, que ahora quieren matarnos a los dos. Quizás por eso Francesco aceptó el trasplante, porque por un instante se arrepintió de lo que está haciendo, al conocerme, al evocar recuerdos pasados... al verte en ese parque luchando con la muerte. Quizá se os ocurrió la misma coartada, Fausto, a ti en el parque y a él en el hospital: daros tiempo el uno al otro. Si estabais ingresados él tenía la excusa perfecta para no proceder, y a ti no va a matarte un sicario estando en un hospital, por lo menos tendrán que cambiar los planes y eso requiere algo de tiempo. Puede que tuviese pensado confesártelo después de la operación, a pesar de todo eres su padre, pero luego le sorprendiste en la habitación diciéndole que te vas conmigo y dándole el lugar exacto, Barcelona. Ahora los dos sabemos su secreto, a estas alturas debe imaginar que me pediste citarme contigo para contármelo y puede que eso le haga dudar otra vez de si seguir adelante o echarse atrás. Puede que imagine que querías verte conmigo en tu afán por ayudarle, pero eso no excluye que le hayas decepcionado y que dude si fiarse de ti o no. De todos modos, estando ingresado, se lava las manos; ahora tiene la excusa perfecta para no ser él quien termine el encargo. Así su conciencia estará más limpia. – "Es un cobarde", piensa–. O puede que tu hijo aceptase el trasplante para confundirte más, para que no sospecharas nada ni yo tampoco; es decir, que en ningún momento se haya arrepentido de lo que tiene que hacer, cumplir con su trabajo, y esté jugando al despiste, pues sabe que tú eres un rival demasiado astuto y con más medios que él. A fin de cuentas retirándose del escenario no evita nuestra muerte, sólo le pasa el turno a su amigo. Obviamente improvisó a la perfección, es un chico rápido, pude constatarlo nada más conocerle. Pero es evidente que su amigo está al tanto de todo y si no lo hace él lo hará el otro. Ahora los dos sabemos demasiado. Cuando le seguiste hasta el hotel imagino que se encontró con la broma más pesada que le gastase el destino, igual que te pasó a ti cuando le viste disparar aquel rifle, pero no te olvides de que él juega en el bando contrario; no es de los buenos, Fausto. Supongo que su amigo se extrañaría con tu visita y Francesco le terminó confesando que eras su padre, su tío puede, eso no importa. Tú mismo me has dicho que desde que le pasó lo de Cristina no es el mismo, está débil, indefenso casi, y eso su amigo lo sabe. Son los ingredientes perfectos para hacer de él lo que quiere: convertirlo en un sicario más y

exculparse de ser lo que es, pues tener a un amigo cerca que se convierte en lo mismo que tú ayuda a no sentirse tan culpable. El caso es que su amigo no va a permitir que sigas con vida, ¿entiendes? Por eso Francesco tardó casi dos meses en citarse contigo para contarte lo de mi muerte. Si hubiese estado seguro desde un principio que él no quería hacerlo, se hubiese puesto en contacto contigo de inmediato. Le habrá costado suficiente tiempo al amigo hacerle asimilar que tú eres un peligro, pues sabes demasiado además de trabajar para los que detienen a los malos. Créeme, sé lo que es introducirse en un juego peligroso y no poder dar marcha atrás. A fin de cuentas, yo no soy importante en su vida y tú has estado desaparecido media de la misma. ¿Por qué querer salvarnos, entonces, poniendo en peligro la suya y perdiendo para siempre al que hasta hace poco era su única compañía? Ahora debe estar en el hospital cerrando los ojos y rezando para que su amigo termine con esto cuanto antes, eximiéndose de manera absurda y diciéndose a sí mismo: "yo no apreté el gatillo".

– ¿Pero cómo podemos estar seguros, Ana? Hasta ahora le he creído, le vi esa mirada perdida de arrepentimiento, no puedo haberme equivocado tanto. Cierto es que cuando se trata de personas muy cercanas, el don del que te he hablado puede caer en errores, pues el corazón juega con ventaja, ¿pero tanto? Yo mismo viajé hasta Barcelona después de aquella fatídica noche y pude ver dónde vivían. Llevo semanas espiándole, él no lo sabe... tenía que asegurarme de estar en lo cierto cuando me aferré a creer todo lo que me contaba. El día que me llamó para hablar, aquí en Roma, me reconoció que su amigo sospechaba de mí tras el encuentro en el hotel. Pero al parecer, ha dejado la discoteca, creo que Francesco está convenciéndole. Les vi juntos paseando, les seguí día y noche, y no les vi ir a discoteca alguna.

– Quizás no suelas equivocarte, pero él sabe que puede engañarte, es tu hijo y tú un padre arrepentido, eso le da mucha ventaja. Si no, ¿qué sentido tendría que Francesco fuese el que mató a tu cliente?, ¿por qué no lo hizo su amigo? Si él quería ayudar a su colega a salir de todo eso, ¿por qué mató  a aquel psicólogo, dime? Una cosa es acompañarle y otra hacerlo él.

– Lo hizo para despistar, fue un accidente. Francesco quiso evitar que su amigo matase al hombre y se ofreció a hacerlo él, pero no salió cómo esperaba. En un principio, iría hasta el punto en el que habían de disparar, mientras el otro esperaba en el coche. Su intención era fallar aquel tiro, que el hombre se salvara y después confesarle al amigo que no tenía intención de hacerlo. Si fallaba, los jefes creerían

que había sido el otro, y quizás eso ayudaba a que dejase el trabajo. Francesco no entiende de sicarios. Ana, pude notarlo, en ningún momento tenía intención de hacerlo, por eso disparó la bala a la altura del techo. No imaginó que mi cliente saldría porque la valla se quedaba encallada, ¿cómo iba a adivinarlo?

– Está bien, ahora déjame que siga. Francesco, después de su ruptura, contactó con este amigo que es un sicario a sueldo. Puede que tu hijo, ciertamente, no supiera los asuntos en los que estaba metido y que sólo le llamase para pedir su apoyo. El caso es que éste supo llevárselo a su terreno. Seguramente, debe tener experiencia en persuadir y justificar su trabajo. Cuando hicieron juntos la faena en Roma, es muy probable que Francesco también "te viese", por eso falló el tiro, los nervios debieron traicionarle, aunque por accidente al final diese en la diana. Pero la sospecha sobre tu identidad se las aclaraste cuando, horas después, te presentaste en su puerta sin pensar para decirle que eras su padre y que lo habías visto todo, me refiero a tu visita al hotel en el cual se hospedaban. Después de tantos años sin veros, imagino que aquello fue para él una sorpresa por partida doble. Tu hijo hubo de contarle al otro lo sucedido, es decir, que les habías seguido porque eres su padre y que estabas al corriente de todo. ¿Acaso crees que su amigo no debió estar toda la noche cuestionándole quién era ese hombre y por qué había hablado con él? Se vio obligado a confesar. A fin de cuentas, en cierta manera Francesco le ha salvado la vida al otro, pues si hubiese sido él quien hiciese la faena ahora estaría muerto ya que tú le habrías disparado para salvar a tu cliente. Desde entonces, habéis mantenido el contacto. Él te contó toda esa historia de que era su primera vez y que iba a dejarlo porque necesitaba una excusa para tenerte de su lado y que confiaras en él. Quien ha espiado a quién es él a ti. Supongo que ha intentado mantenerte al margen de este asunto, me refiero a que ha intentado evitar tu muerte, pero cuando te vio conmigo en Bomarzo supo que era demasiado tarde: tú también sobras. Lo que él no sabe es que tú también te dedicabas a espiarle y que sabías que había aceptado un nuevo trabajo, menos aún que luego te encontrarías conmigo, su víctima. Quizás fui yo quien metió la pata... La tarde que salí con él le conté que un hombre estaba molestándome, que me pedía vernos porque tenía algo muy importante que decirme, sospecharía que ese alguien eras tú. Llegado a este punto, lo que no sé es por qué apareciste en aquella plaza si sabías que tu hijo estaba trabajando en mi albergue, podía invitarme a salir y yo decirle que había un desconocido que me molestaba y que decía tener un secreto de gran importancia. Te arriesgaste demasiado, ¿no crees?

– Ana, no había riesgo alguno, yo le creí. Creí que no quería hacerlo y que buscaba el modo de escapar. Mi intención era ayudaros a los dos. Y el encuentro en aquella plaza fue puramente causal, me ratifico, pese a que en mis planes estaba encontrarme contigo. Fue como si el destino te hubiese llevado hasta mí. Y dudo que el azar juegue tanto en nuestra contra. Cuando terminé de hablar con Francesco me detuve en Piazza Spagne a tomar un café y meditar sobre el asunto. Para sorpresa mía tú estabas allí, pude reconocerte porque Francesco me enseñó una fotografía tuya la tarde que nos vimos. Me tomé aquella coincidencia como una señal de que debía intervenir, pues Roma es muy grande y la vida te ponía delante de mí cuando hacía escasos minutos que sabía de tu existencia. Quería evitar un nuevo fracaso, a un Francesco como asesino y la muerte de un ángel… tú. Vino en mi busca para pedirme consejo porque no sabía qué hacer, me aclaró que su víctima, una chica joven llegada sola desde Barcelona, se hospedaba en el albergue de un amigo suyo. Me dio algunos detalles. Él pudo imaginar que yo haría algo para evitar tu muerte, aunque haya estado desaparecido en su vida ha tenido tiempo para conocerme.

– Pues ahí te precipitaste. Debe saber que intentas evitar todo esto y has caído en su trampa. Ha esperado a tenernos juntos para matar dos pájaros de un tiro. No dudo que aquel fuese su primer trabajo y que todavía se pregunte cómo ha terminado siendo lo que es – “un asesino”, piensa–, pero el caso es que ahora tú lo sabes y le sobras. Si mi versión es acertada, me temo que corremos un grave peligro. Puede que en cualquier ventana de las que tenemos enfrente haya un francotirador preparado para dispararnos.

Fausto se queda pensando un rato, e intenta ordenar todo aquel croquis mental.

– No, Ana, hemos de pensar con claridad. Te lo digo siempre, no te precipites –una luz de esperanza vuelve para salvarle–. Por un momento he llegado a cuestionarme que estés en lo cierto, has argumentado bien, tienes dotes para la investigación, sin duda, pero te equivocas. Francesco está en peligro, ahora lo entiendo. Puede que me haya mentido en parte de la historia porque tenía que mantener el anonimato de una persona – “y sé de quién”, piensa–, pero no en lo más importante. Ahora debe estar impaciente por contarme la verdad de todo. Él no quiere hacerlo, pero no olvides algo, lo importante para ti es saber quién quiere que esto suceda. Estamos siendo víctimas del plan perverso de alguien que se ríe a nuestra costa.

– No me he olvidado de lo importante, Fausto, y quizás sepa quién es…

– ¿Y bien?

– Ya te dije que intuía quién era esa persona. El día que nos encontramos en la plaza, cuando me invitaste a beber vino, recordé algo. Ese día “supe” quién es la amante de Oliver e imagino que todo está relacionado, aunque insisto que en estos momentos Francesco, a mi entender, sigue siendo sospechoso. Por eso el día después de citarme con él, cuando le vi en recepción por la mañana, sentí aquel dolor de cabeza y mirándole a los ojos fue como si viese la muerte, ¿recuerdas que te lo comenté?

– Me temo que sí, pero hay algo de tu historia que no termina de cuadrar, si Francesco quiere que yo muera, ¿por qué iba entonces a donar parte de su pulmón para salvarme?, insisto. ¿Ha puesto en riesgo su vida por una mera coartada?

– Es lo que estoy intentando explicarte; supongo que cuando se empieza como sicario las dudas acechan a diario, más de la manera en la que él se introdujo que, digamos, no creo que haya sido por vocación. A veces el destino nos echa una mano y puede que la de Francesco fuese que tú te cruzaste en su camino para abrirle los ojos a tiempo. Pero una vez dentro es difícil salir. Más cuando un amigo está al corriente de todo. Imagino que su amigo está cerca y quizás Francesco lo sospecha, o sabe que así es. Se le ha ido de las manos, no ha actuado como un profesional. Cuando te ingresaron en el hospital, Francesco y yo estuvimos hablando. Me habló de su pasado, de su llegada a Roma, de un sueño, de ti. Fue en ese momento cuando le entraron las dudas y el corazón ganó la batalla en un asalto. Pero como te he dicho, ahora debe estar en esa habitación esperando a que su amigo entre como adversario.

– No sé, Ana, no acabo de ver claro algo, son demasiadas hipótesis juntas para ordenarlas tan rápido y sacar una conclusión. De todas formas, confío en mi suerte y puedo asegurarte que todo terminará de la mejor manera para todos. Ahora lo que tiene que importarte es tu vida y conmigo estás a salvo, lo sé. Mi parte, ya me encargaré de solucionarla lo antes posible.

– Espero que estés en lo cierto.

– ¿A qué te refieres?

– A que contigo estoy a salvo.

## CAPÍTULO XXII *La preparación*

– Tendrás que prepararte, ser fuerte, un hombre débil no consigue nada de lo que se propone, pierde la vida con dudas, divagaciones y derrotado por su miedo. Te hablo de fortaleza interna y externa. Practicarás artes marciales, te ayudarán, además de con tu cuerpo, a entrenar tu mente y ser rápido. Vas a necesitarlo. También estudiarás historia hasta saberla de memoria; estar al día de todos los actos bélicos de nuestra humanidad te servirá para entender cómo funciona el mundo.

– Está bien, papá. ¿Pero no tendré tiempo para salir con mis amigos?

– Vas a estar muy ocupado con tus estudios y el entrenamiento, que es lo que será importante de ahora en adelante. Lo que hagas con el tiempo libre que te quede es asunto tuyo, pero debes saber que todo lo que voy a enseñarte es un secreto entre padre e hijo, ¿entendido?

– Entendido, pero ¿si tengo tiempo podré jugar con ellos? La abuela dice que la vida no es solo trabajar.

– ¿La abuela? ¿Vas a permitir que ella te enseñe? ¿Qué puede saber una vieja que chochea? De ella sólo debes esperar que te alimente y te lave la ropa, para eso sirven las mujeres. La historia la hemos escrito los hombres. Limitate a lo que te diga tu padre y saldrá

todo bien, ¿de acuerdo?

El chico suspiró sin nada que objetar, sabía que su padre cuando decía algo era una orden. Aun así, no le gustaba que hablase así de su abuela.

– Está bien, papá, haré lo que me digas.

Pasaron los años y Gabriel se convirtió en un auténtico saco de pelea. Con tan sólo doce años ya tenía el cinturón negro de karate, y un cuerpo que presumía iba a ser grande y fuerte. Por las tardes estudiaba en casa con un profesor particular del Xaloc, una institución vinculada al Opus Dei sita en Igualada, amigo de Josep por tener éste contactos con algunos sacerdotes catalanes. El jefe –que sería como más tarde llamaría Gabriel a su padre– solo aparecía por la casa de Gelida un par de veces por semana, para que su hijo no le perdiera el respeto y para controlar que hacía todo lo que él disponía. De en vez cuando, la abuela del niño le decía al profesor de artes marciales que su nieto estaba en cama enfermo y así Gabriel podía escaparse para jugar con sus amigos del pueblo; un secreto bien guardado entre abuela y nieto. Cuando Gabriel hubo cumplido los dieciocho, su padre le sorprendía con doble regalo: una pistola Glock modelo 37 y la inscripción en el club de armas de Barcelona. A los meses de entreno, era todo un profesional, Gabriel aprendía rápido. El mejor tirador del club. A los dos años, en su vigésimo cumpleaños, Josep le comunicó que pasarían el día juntos.

– Hijo, ya estás preparado para trabajar. Debes ser impecable, llevo muchos años preparándote para esto. Espero que no me decepciones. Te he explicado en dos años lo que tu padre ha tenido que aprender por sí solo durante más de media vida, siéntete afortunado, es un privilegio.

– No voy a decepcionarte, viejo, seré el mejor.

A los veintidós años Gabriel había fundado su propio gimnasio de artes marciales en Gelida, donde impartía clases de karate a distintos niveles. Aquel trabajo le permitía cuadrar su tiempo libre, además de ayudarle a seguir en forma. Por otro lado, se había convertido en un asesino a sueldo bajo las directrices de su padre.

v

Conduciendo la misma carretera, de vuelta a casa de Antonia,

recapitulaba la conversación mantenida con su hermano y escaneaba mentalmente las imágenes que por vez primera le acercaban a su madre. Entre escaneo e inventario de ideas, recordó algo que le hizo pensar: “si sabía que yo existía, ¿por qué no ha intentado nunca ponerse en contacto conmigo?” No entendía cómo la curiosidad y el amor a un hermano no le habían llevado a buscarle, a diferencia de él que, nada más saber de su existencia, contaba los minutos que faltaban para poder verle. “Tal vez no quería remover el pasado”, se dijo, intentando eludir la falta de interés del otro.

Pasaron los meses y ambos siguieron en contacto. Se llamaban cada semana por teléfono, al año siguiente de su reencuentro ya se habían vuelto a ver en cuatro ocasiones. Dos de ellas, Gabriel viajó con su mujer e hijo a Roma y las otras dos fueron Francesco y Cristina a Gelida. Sus mujeres recibían con desmesurada ilusión aquel capricho del destino de que sus maridos se hubiesen conocido. Nació entre ellas una relación cercana y cordial durante sus encuentros, pues Paola, mujer de Gabriel, era una moza con un sentido del humor muy acentuado, además de cariñosa, que enseguida caía bien a cualquiera. Ambas llevaban en secreto aquel reencuentro, sabían que no podían contárselo a nadie, en especial a Antonia y al entorno de Josep.

Al año y medio de que los hermanos supieran de su existencia, Francesco llegaba a casa para encontrase con el peor regalo que tuviese en años. Una nota de Cristina apoyada en el teléfono del salón.

*Lo siento, Francesco, te juro que lo siento, pero no puedo vivir por más tiempo esta mentira. No te mereces que vuelvan a engañarte, y me gustaría no hacerte daño, pero surgió y cuando quise ponerle fin era demasiado tarde. Prometo haberte amado como nunca amé a nadie, pero perdí la ilusión, y con la pérdida sucumbí a otros brazos.*

*Despídete de mi alegre Paola y tu queridísimo Gabriel, apuesto que llegará el día que sabréis perdonarme. El juego del amor a veces nos vence sin poder remediarlo.*

*Lo siento, mi amado bello, no planeé que fuera a pasarme esto, y me gustaría volver atrás pero ya no puedo. Si algún día necesitases algo y está en mis manos ayudarte, no dudes que lo haré.*

*Tu siempre Cristina, que nunca te olvidará.*

Desde aquel día el chico caería en un gran desánimo que crecía a cada paso. Su hermano, al tanto de lo sucedido, le invitó a pasar unos

días con él y su familia. En un principio Francesco negó su invitación, todo y estarle agradecido por la misma, pero después de tres meses en los que su estado anímico no mejoraba, y Cristina no volvía, decidió aceptar la oferta. Viajó a Gelida en busca del único apoyo familiar que podía esperar. La mujer de éste le había preparado una habitación amplia con todo detalle, para que no le faltase de nada y pudiese sentirse como uno más de la familia. Los primeros días se negaba a salir, a pesar de que su cuñada y hermano no dejaban de insistirle que fuese con ellos a la tienda o al gimnasio, para que no estuviese solo todo el día lucrándose en la miseria de su abandono.

Habiendo pasado dos semanas de su llegada al pueblo, finalmente se animó a salir de paseo. Uno de los días se acercó al castillo que, aun estando en ruinas, le pareció digno de visita. Aun exhibiendo un pésimo estado de conservación, avanzado con prisas al deterioro inminente, seguía luciendo una bandera ondeante al viento como símbolo de victoria al paso de los tiempos. “Lugares como éste son los que nos recuerdan que somos siglos de historia”, se dijo. Otro de los día se acercó hasta la bodega de Ramón a desayunar, con el que conversaría largo rato, vino tras vino. El hombre le contaba historias sobre el pueblo, de cómo había cambiado desde que él llegara con ocho años de edad desde su ya casi olvidada Granada, ciudad natal de los padres. Ramón era uno de esos hombres que siempre estaban alegres y rebosantes de energía, y con una historia entre diente y diente lista para abrirse escenario. Francesco se sentía a gusto con él, además de levantarle el poco ánimo que tenía, pero que poco a poco iba recuperando, le entretenía con sus batallas de las mil y una noches. Decidió pasar más a menudo por la bodega, hablar con Ramón, alguien ajeno a su mísera historia, conseguía aliviarle. Y el vino cosechero, del que el hombre presumía orgulloso, ayudaba a cicatrizar heridas del alma.

A la semana de abandonar su reclusión voluntaria, se dejó caer por la tienda donde trabajaba Paola y a ratos Gabriel. La chica estaba sola, no había trajín de clientes ese día. Resolvió entrar a saludarla.

– Hombre, Francesco, ¿qué tal, corazón? ¡Por fin te dejas ver por aquí!

– Sí, ya ves, he decidido reintegrarme a la sociedad y salir de casa a que me diera un poco el aire. Me está costando mucho, Paola, pero estoy haciendo amigos, como Ramón el de la bodega.

– Haces bien. Es bueno que salgas, así refrescas las ideas. Te veo un

poco contento... ¿no estarás abusando del vino, canalla? Mira que el alcohol puede ser traicionero.

Desde que llegase al pueblo bebía vino desde recién levantado. En casa de la pareja aprovechaba cuando éstos estaban fuera para tirar las botellas vacías que se arrimaba a todas horas. Uno de los motivos por los que saliese el primer día, había sido para comprar y reponer las que su hermano tenía en el sótano de la casa.

– Bueno, he bebido un par de vinos con él mientras conversábamos.

– Mira, chiquillo, en mi país hay un dicho muy cómico pero cierto, dice así: “me emborraché para olvidarte y ahora te veo doble”. No creo que sea buena idea que te arrimes al alcohol, Franc –deliberó su cuñada, a la que le gustaba cambiarle el nombre.

– Solo han sido un par de vinos, no es para tanto, mujer.

– ¿Un par de vinos? Mi abuela siempre dice –Paola gustaba de hablar con refranes típicos de su tierra–: “muerto que no hace ruido, más grandes son sus penas” y, cariño, desde que llegaste que no sueltas prenda. Te vendría bien pasar más rato con tu hermano. Podrías ir a sus clases, hacer deporte es saludable, te haría mucho bien, Franquito.

– No sé, Paola, no tengo las fuerzas necesarias.

– ¿Y a qué esperas? Si no te cuidas tú no esperes que venga nadie a rescatarte. Tu hermano y yo queremos ayudarte, pero si tú no te dejas no hay nada que hacer. Hay muchas Cristinas por el mundo, seguro que alguna en el pueblo ya te ha echado el ojo, ¡eres muy buen mozo, chaval! Pues vaya bronca, si a ti te sale novia en dos días.

– No lo creo. Ahora mismo no me fío de las mujeres, no lo digo por ti, perdóname, pero no esperaba que Cristina pudiese hacerme algo así. Creo que pasará mucho tiempo hasta que consiga estar con alguien.

Mientras éste se regocijaba en su lamento, Paola revolvía una de las estanterías de la tienda.

– Mira, pruébate este traje. Creo que es de tu talla –dijo entregándole un equipamiento de karate de los que tenían a la venta–.

Si te queda bien te lo quedas. Tómatelo como un regalo de bienvenida.

– Pero…

– Pero nada. Pruébatelo, anda, no me hagas el feo.

Francesco se probó el traje en el almacén de la tienda. Cuando salió a que le viese Paola, ésta exclamó:

– ¡Mírate!, si te ves guapísimo. Te queda ni que anillo al dedo. No hay más que hablar, te lo quedas.

A la mañana siguiente, se preparaba una mochila para ir al gimnasio con Gabriel. Estuvo durante meses practicando karate a todas horas del día, desde que se levantaba hasta que se acostaba. En seis meses había conseguido tener el nivel de un estudiante de cuarto curso, gracias al esfuerzo que ponía en ello y los intensivos que le daba Gabriel. Cuando hubo empezado con las clases, su hermano le consiguió la licencia deportiva para poder examinarse, y, al tercer mes, ganaba el cinturón azul. Había encontrado en aquel deporte la tranquilidad y equilibrio mentales que tanta falta le hacían, además de unirle más a su hermano. Gabriel se convertía para Francesco en alguien imprescindible en su vida. Había pasado casi un año desde que llegara a Gelida y ambos se mostraban entre sí como si nunca hubiesen estado separados. Una estrecha relación se forjaba entre ellos, tanto, que incluso en alguna ocasión Paola, con aquella gracia que le caracterizaba, le decía a su cuñado en tono de burla: “Muchacho, ya te dije que te buscaras una moza del pueblo, ¡pues vaya asunto! ¡Al final vas a robarme al marido!”

v

Una tarde, Josep hizo una de las visitas semanales que tenía por costumbre. Fue a los albores del medio año cuando supo, por boca de Gabriel, que Francesco vivía allí con ellos. A Francesco no le hizo demasiada gracia que se lo contase, pero evitando discutir con su hermano terminó por entenderlo. “Tranquilo, que el jefe no va a decirle nada a la Antonia de que estás aquí, y mucho menos de que la Cristina se ha ido con... bueno, que no tienes de qué preocuparte.”

Había citado a los dos hermanos para invitarles a cenar a un restaurante a las afueras de Gelida, y saborear comida tradicional de la tierra: calçots y escudella. El lugar era una masía catalana a pie de

montaña. Cuando hubieron terminado el último licor que acompañaba los postres, se acercaron a un descampado donde padre e hijo compartían cabaña, a la que iban de tanto en cuando a practicar deporte, descansar, o ir de caza.

– Francesco, ¿qué tienes pensado hacer? Eres joven y tienes toda una vida por delante, pero el tiempo pasa rápido. Está bien que estés aquí con tu hermano, pero ¿no piensas buscar trabajo o hacer algo de provecho además de aprender karate? –le cuestionaba Josep.

– De momento así estoy bien. Con mis ahorros me llega para dar algo de dinero a Paola y Gabi, e ir sobreviviendo. No quiero plantearme todavía lo que haré en un futuro, por suerte estoy empezando a recuperarme de la ruptura y ello gracias a mi hermano y sus enseñanzas. Ahora es lo único que me interesa.

– Gracias, tío, me alegra saber que estás bien, pero Josep tiene razón, tienes que pensar qué vas a hacer con tu vida más adelante. Debes tener algún plan, ¿no?

– ¿Os molesto?, si molesto en vuestra casa decírmelo y me buscaré algo, es lo último que querría.

– ¡Qué dices! No molestas en absoluto. Paola y el pequeño están encantados contigo y yo también, ya lo sabes, pero tendrás que pensar en trabajar algún día, en eso tiene razón el viejo. De hecho, ahora que lo pienso... ¿qué te parece si te encargas de las clases del nivel uno?, estás lo suficiente preparado y como el *gym* es mío nadie tiene por qué saber si dispones de acreditación o no. Así yo también tendría más tiempo para estar con Paola y el pequeño. Es una idea genial, ¿no te parece? –decía Gabriel entusiasmándose de golpe.

– Bueno, eso sería genial, ¿pero realmente crees que estoy preparado? Mira, Gabi, no quiero abusar de tu confianza...

– ¡Qué abusar ni qué *leches*! Para mí sería un placer contratarte; ya hace tiempo que me ronda la idea de buscar a alguien para que me eche un cable ¿y quién mejor que tú? Necesitas un trabajo y yo un ayudante, ¡no hay más que hablar!, si quieres empiezas mañana mismo.

– Vaya, Gabi, esto me coge por sorpresa, me ha costado tanto estar bien que ni me acordaba del dinero; el caso es que me he hecho a vivir con poco, la verdad. La empresa en la que estaba seguramente

volvería a contratarme, pero la idea de volver a Roma... *uf*, no me apetece lo más mínimo, allí tengo demasiados recuerdos y un vacío enorme. Ahora todo lo importante que poseo está en este pueblo –dijo mirando a su hermano y dedicándole una sonrisa–. Aunque es cierto que dentro de pocos meses solo me quedará mi piso y el coche, mis fondos se agotan, pero solo la idea de volver a trabajar revisando planos, centrales eléctricas... sólo pensarlo me da la pereza. No sé, la vida de pueblo, el karate... parece que me han cambiado –añadía en tono pensativo–. Pues no sé, Gabi, quizá podría intentarlo.

En ese momento, mientras Gabi miraba a su hermano a modo de asentimiento, en la cabeza de Josep corrían otros pensares. Que ambos hermanos viviesen juntos ya era arriesgado para él, pero que además trabajasen en lo mismo y bajo el mismo techo, aquello podía crear una complicidad y unión que para Josep era del todo desfavorable. En ese sin fin de ideas, el hombre optó por intervenir a su manera.

– Quizá yo podría ofrecerte un trabajo mejor –apuntó Josep.

Gabriel miró a su padre rápidamente, que tenía puesta la mirada en Francesco con expresión desafiante.

– ¿En tu empresa?

– Sí, pero no en la imprenta, tengo otros negocios aparte de ése.

– ¿Ah sí? ¿Desde cuándo? No sabía nada de eso. ¿De qué se trata? –añadía Francesco con gesto de asombro.

– Es un trabajo que, creo, te va de maravilla. Tendrías que vigilar y proteger, actitudes que van bastante con tu nueva personalidad y puede que las artes marciales que ahora tanto te apasionan sean de provecho. Además, te pagaría mucho mejor de lo que puede darte tu hermano. Pero no sólo es el dinero lo que debe preocuparte, no creo que sea buena idea que mezcléis lo personal con el trabajo. Gabi tiene una reputación ejemplar en su gimnasio, y permíteme decirte que, no creo que estés preparado para asumir esa responsabilidad. Yo me ocuparé de darte empleo, cuenta conmigo.

Desde que Francesco se había trasladado a casa de su hermano, las visitas de Josep habían sido más frecuentes ayudando a que ambos retomaran su relación. Josep, en alguna ocasión, le volvió a hablar de su madre. Se disculpó por haber hablado de ella despectivamente el día del Parc Güell y le confesó que se habían enamorado locamente,

pero que era un amor imposible ya que él estaba casado con Antonia y ella prometida con Fausto. “Son cosas que pasan, Francesco, la vida es así”, le decía al terminar cada frase de su relato. Finalmente, Francesco optó por reconciliarse con el que hubiese creído su padre. En ése último medio año, Josep y él habían hablado mucho más que en los diecinueve que vivieron bajo el mismo techo. Inclusive, en cierta ocasión, cuando Francesco se dirigía a éste, se le escapaba de nuevo un “papá”.

Josep intervenía rápido. Si ambos hermanos se dedicaban al gimnasio, corría el riesgo de que, en un futuro no muy lejano, el corazón de Gabi cambiase y con éste sus pretensiones. Puede que con ello, la idea de dejar el empleo de sicario empezase a rondar su cabeza, y todos aquellos años, tan costosamente curtidos, de enseñanzas a su cargo, fuesen en vano. No solo eso, podía darse el caso que llegado a un cambio radical de pareceres, su propio hijo decidiese sacar a la luz los negocios clandestinos en los que estaba metido. Cualquier protección era poca. Ante aquel peligro que ahora acechaba más fuerte que nunca los miedos de Josep, se arriesgó en una empresa mucho mayor: hacer de Francesco en pocos días lo que de Gabi en años. Solo de ese modo él cogía el mando de la batalla. Pero con un hándicap que complicaba el proceso más todavía: la no aprobación de Gabriel.

– ¿Qué se supone que sería, un guardaespaldas o algo parecido?

– Pues ciertamente se le podría llamar así, aunque el trabajo es menos complicado, menos cansado y tendrás que dedicarle muchas menos horas. A cambio, ganarás más dinero que el que podrías acumular trabajando medio año como ingeniero a merced de una empresa que, seguramente, consuma todo tu tiempo y energías.

– ¿Y tú, Gabi? ¿También trabajas con él a parte de en el gimnasio? –preguntó a su hermano con inquietante sorpresa.

El chico miró a su padre con cara seria y apretando la mandíbula. Éste, le devolvió la mirada.

– Hace muchos años ya –continuó Josep sin ceder el turno de palabra a Gabriel–. Gracias a los trabajos que le he ido dando pudo comprarse su propia casa, darle a su familia todo lo que necesita, además de abrir la tienda y el gimnasio. Ni dedicándole todo el día al gimnasio podría haber reunido la cantidad necesaria para vivir como vive y tener a su mujer satisfecha, ¿me sigues?

Aquel último apunte había sido un golpe bajo, la estrategia empezaba. Sutilmente insinuaba a Francesco que si hubiese ofrecido a Cristina la estabilidad económica que le daba el dueño del bufete de psicólogos por el que le había abandonado, ésta no hubiese cambiado de marido.

– Hablas como si el dinero fuera lo más importante en la vida, existen otras cosas iguales o más importantes que un billete de papel.

– Sí, ¿qué cosas? –le cortó Josep–. ¿Los hijos?, ¿el amor...? Seamos realistas. Somos hijos de nuestra época, y hoy en día tanto tienes tanto vales, y cuando más vales es cuando más tienes. ¿Acaso crees que se vive del aire?, no te engañes. Somos esclavos del sistema capitalista, te guste o no, y si no tienes dinero no eres nadie. Piensa un poco, antes el mundo lo movía el poder, el imperialismo, la supremacía de los gobiernos, el ser más fuerte que tu rival... Hoy, lo único que importa es tu bolsillo. Te enganchan sutilmente a ciertas necesidades que en un principio son gratuitas con la finalidad de que terminen teniendo un coste y tú aceptes pagar por ellas porque han conseguido convertirlas en una necesidad tan básica para ti como el comer. Ahora pagamos por aparcar el coche en la calle, lo próximo será pagar por todas esas redes sociales y páginas de internet que tanto os gustan a la juventud de hoy día. Y las pagaréis, porque las necesitáis tanto como el dormir o beber agua. En este mundo la libertad real que tanto proclaman los más soñadores no existe, todos somos presos de este sistema manipulador que nos adoctrina sin que nos demos cuenta. Lo único que te acerca un tanto más a esa libertad tan deseada, créeme, es el dinero, por más vacío que suene. Aunque te resulte frío y ambicioso, es así. Cuando yo tenía tu edad me parecía a ti, Francesco, también era un revolucionario solitario y libertario, que creía en los derechos humanos, en el amor por el prójimo, el conseguir de la utopía algo real; en la bondad de las personas que dan sin esperar nada a cambio. Pero con los años te das cuenta, muy a tu pesar, que en el mundo sólo sobrevives si tienes y eres. Así que si quieres seguir pensando en el amor, la paz y todas esas cosas eres libre de hacerlo, pero pronto te darás cuenta que sólo con eso no puedes tirar adelante. Las mujeres al principio te lo prometen todo, pero luego lo único que les importa es que les lleves el sueldo a la cama y seas alguien. Alguien a quien seguir admirando y que las colme a palabras bonitas, sólo eso. No se enamoran de un perdedor, olvídate. Deja de ser un romántico o te darán muchos palos y al final te quedarás sólo – “como tu padre”, pensó–. Entonces, cuando no tengas nada y seas un don nadie sin futuro, no esperes que un tipo cualquiera pase por tu lado y

te alargue el brazo para ayudarte. Para este sistema somos máquinas de producción y cuando dejas de producir dejas de servirles. Mira, Francesco –continuó ya con cierta seguridad y más convencido que nunca de que todo cuanto decía era la pura verdad–, eres un chico inteligente, solitario, y has aprendido a utilizar las armas correctamente –durante aquel año Josep le había invitado al club de tiro que frecuentaban Gabriel y él, y le había conseguido la licencia para poder usarlas–, así que te va a ser muy fácil aprender. No debes preocuparte por nada. Al principio Gabi te acompañará, como lo ha hecho todo este año. Y piensa algo más: lo que tú no hagas lo harán otros, así que para que se lo lleven otros te lo llevas tú, ¿no crees? Hay mucha más gente de la que piensas metida en esto, hijo, y algunos de ellos son los mismos que nos hablan de derechos humanos. Es así. A fin de cuentas, no dejarás de ser un revolucionario que se toma la justicia por su mano. Estas personas necesitan protección y tú se la ofrecerás.

La sensibilidad de Francesco y la unión entre ambos hermanos jugaban a su favor. Ahora Gabi era su único referente, por lo que Josep debía encargarse de que éste continuará con sus instrucciones.

Poco rato después, tras una larga conversación en la que Josep utilizaba todos los métodos habidos y por haber en el arte de la persuasión, los tres salieron de la cabaña para irse cada uno a su casa, con un secreto candente que resoplaba más fuerte que nunca en sus conciencias; sobre todo en la de Francesco, que no terminaba de dar crédito a lo que empezaba a resultarle una broma del destino más pesada todavía que la ausencia de Cristina.

Una semana más tarde, Gabriel le comunicaría a Francesco su primer trabajo.

v

– ¿No vas a creértelo? ¿Sabes dónde vive el cabrón del que hemos de encargarnos?

– ¿Dónde?

– En Roma. Pero eso no es lo mejor, no vas a creértelo, hermano. Ni te imaginas quién es ese cerdo –Gabriel hablaba con total frenesí, como si hiciese tan sólo una semana no hubiese más que deseado que Francesco jamás supiera de esos asuntos, y mucho menos que tuviese nada que ver con ellos. Francesco intuyó a quién se refería y Gabriel,

por la cara que éste ponía, dedujo que así era–. Sí, el mismo –continuó–, el jefazo del bufete de psicólogos. El cabrón que te robó a Cristina, hermano. ¿No te parece alucinante? Si es que el que siembra recoge. No podía ser mejor, tu primer trabajo y la justicia se pone a tus pies. Ese *hijo de puta* recibirá su merecido.

– Vale, vale, no sigas, Gabi… –le cortaba Francesco, con el deseo de que todo no fuese más que una pesadilla de la que tarde o temprano tenía que despertar–. ¿Ha sido Cristina quien ha encargado el trabajo?

– Perdona, hermano, es que me hierve la sangre sólo pensarlo. Lo de Cristina no lo sé, a nosotros nos dicen cómo proceder, pero no quién contrata nuestros servicios. Aunque no creo, ¿por qué iba ella querer matarle?, más bien apuesto que ha sido uno de sus socios, normalmente sucede así, ¿tú no has visto muchas películas de mafiosos, verdad? –agregó sonriendo–. Nosotros sólo somos herramientas de trabajo, Francesco, ya te lo dijo el viejo, si no lo hacemos nosotros lo harán otros, así que ese *cabrón* va a morir de todas formas. Hay más personas de las que creemos metidas en esto, recuerda. ¿Acaso piensas que muchos empresarios de nombre mueren por accidente? ¡Ni lo sueñes, hermano! Nuestra vida sólo vale un fajo de billetes, pero eso ha sido así siempre. ¿O crees que las guerras son para ver quién es más fuerte que quién? ¡Todo es dinero!, ¡en este maldito mundo todo lo mueve el dinero! Así que o pisas o te pisan. Empresarios que se enriquecen a costa de la mayoría, hasta dejarles sin fuerzas para disfrutar de sus hijos… La vida me ha enseñado a cuidar de mi propio culo y del de los míos. Y a la que te despistas… ¡zas!, ya te la han metido.

Aquella semana Gabriel se ocuparía de “preparar” a su hermano. Con una insuperable retórica y un discurso ejemplar, conseguía que Francesco viese aquel trabajo como un trabajo más de causa justa. Una causa a la que se dedicaba su hermano, la persona más importante de su vida en los últimos meses, y único pilar. Éste le argumentó cómo la mayoría de encargos iban dirigidos a empresarios ricachones que explotaban a sus empleados, y engañaban a sus mujeres con jovencitas de prostíbulos que no tienen otra salida que la de vender su cuerpo porque unos mafiosos así lo han decidido. Incluso le habló de la súper población que sostiene el planeta y cómo ellos contribuían a hacer la limpieza que tan necesaria era. Francesco, que se había tornado más solitario desde que llegase a Gelida, y teniendo a su hermano como amigo y único referente, parecía dejarse convencer poco a poco por éste. En un contexto como aquel, en el cual todas las personas a las que había querido y a las que había creído dignas de

confianza le iban fallando una a una, justificar los trabajos de su hermano y seguir a su lado no era peor que volver a Roma, encerrarse en su piso, beber hasta malgastar su hígado y terminar tirado en una cama de hospital esperando a que nadie fuese a su reclamo. Tenía miedo de sufrir la pérdida de un nuevo ser querido si se negaba en rotundo. En otro momento de su vida, todo aquello le hubiese parecido una auténtica locura o broma de mal gusto, pero sentía que la vida no había sido justa con él. Cuando conseguía tener todo lo que había esperado luchando día a día, la parte más mezquina de su destino le encontraba para arrebatárselo; su escala de valores bailaba en la cuerda floja, ya no quería perder a más personas, no quería más engaños y no quería volver a empezar. Medio año de sermones sobre el "virus" que poblaba la tierra, sobre la pobreza en el mundo, sobre cómo los más ricos contribuían a las peores fechorías sexuales que pudiésemos imaginar, todo aquel discurso vacío, propio de un profesional sectario, era el que Josep había ido inculcando sutilmente a Francesco durante sus visitas a Gelida para asegurarse un final exitoso. Pues sabía que llegaría el día en que tendría que poner cartas en el asunto. Tenía experiencia, sabía cómo captar aprendices y convencerles de algo que él, después de toda una vida dedicada al lado oscuro de la historia, veía como su único modo de subsistencia. Una secta clandestina manejada cuidadosamente, porque su ambición así lo ordenaba. Después de tantos años al mando del barco de guerra, él mismo estaba convencido de que lo que hacía no era menos digno que permitir que unos políticos sean autores de los mayores genocidios de la humanidad amoldados al siglo XXI: el hambre, las guerras santas, las vacunas que no previenen enfermedades, el mantenimiento de un sistema capitalista que oprime al débil y manipula al fuerte… Mientras más jóvenes eficaces y de confianza tuviese a su cargo, más vería enriquecer su fortuna; y más se convencería de que él estaba en lo cierto, creyéndose un justiciero que ofrece una vida digna a sus tripulantes.

Aquella tarde en el Parc Güell, cuando Francesco oyó como Gabriel le llamaba papá, supo que era mejor tener a su hijo como aliado que en el bando opuesto. Aquel muchacho era demasiado listo y, a su vez, demasiado blando.

v

Josep dio órdenes a Gabriel de ir con su hermano. Sería la primera intervención de Francesco y teniendo en cuenta quien era la víctima, éste podía perder el control. Las primeras veces iría acompañado, Gabriel debía asegurarse de que todo salía según lo previsto.

A la mañana siguiente de pasar la noche en la cabaña, Gabriel llamaba a su padre por teléfono hecho una furia. Había traicionado a su palabra de que no haría de Francesco lo mismo que de él. Gabriel tenía gran estima por su hermano y la idea de que éste se convirtiera en un asesino a sueldo le resultaba impensable. Hacía ya un tiempo que él mismo se planteaba dejar aquellos trabajos, pues ya tenía cuanto quería: una familia, una vida en el pueblo con sus amigos, el gimnasio..., pero no terminaba de dar con el momento ni el modo de hacerlo. Su encuentro con Francesco aún inspiró más sus ganas de dejarlo. Su hermano era un hombre leal y noble que hacía florecer sus sentimientos más humanos.

A su vez, Josep, durante las visitas al pueblo de su hijo, contemplaba cómo ambos afianzaban unos lazos de confianza que podían suponerle un grave problema si no actuaba antes de tiempo. Sabía que podían influenciarse mutuamente, y el que uno de ellos guardara al otro un secreto de ese calibre podía ser el detonante para que saltaran las chispas. Josep no tenía otra opción que adelantar a Francesco en el proceso. Y así lo hizo.

## CAPÍTULO XXIII *El silencio de Antonia*

Cuando Josep heredó la imprenta familiar ya no funcionaba como antes, a duras penas le daba para mantener su apellido y no perder la mansión de Pedralves. Él, que no era hombre de esfuerzos como lo fuese Mateo Alberó, su difunto e ilustre padre, dejó que la empresa cayese en la decadencia a causa de su falta de organización y carencia de responsabilidad. Aun así, su socio y contable, más eficaz que él, conseguía mantenerla a base de empeño y una buena reestructuración interna. Cierta noche, Josep y uno de sus camaradas, también compañero de golf, fueron a un club de chicas a las afueras de Barcelona. Entre copa y copa, su colega le hablaría de unos negocios que prometían recompensa: hacerse cargo de un club de señoritas en pleno auge de demandas. Éste, por miedo a perder su apellido, no dudó en aceptar la oferta. Poco a poco fue introduciéndose en aquel mundo hasta que la avaricia le consumió. De aquel club pasó a otro, del otro a tenencia ilegal de armas; después a tráfico de drogas y por último a tener a su cargo a una cuadrilla de sicarios hambrientos. Obviamente, su mujer Antonia desconocía la doble vida que llevaba su marido, sólo sabía, o quería saber, que vivían bajo los lujos de quien tiene cuanto desea y que se ha asegurado un futuro sin penurias de ningún tipo. Quien sí estaba al tanto de los negocios del señor Alberó era algún que otro comisario de Barcelona a los que ofrecía gratis algunas sustancias de extrema calidad y sus mejores mujeres a cambio de protección las veinticuatro horas del día.

## V

Aterrizaban en Roma alrededor de las doce del mediodía. Un remolino de sensaciones golpeaba su plexo solar. Estaba tan cerca, que quiso ir a su casa y recoger algo de ropa, pero el miedo a encontrarse con los recuerdos de un pasado que empezaba a olvidar, le frenaron. Se acercaron al primer hotel que tenían reservado, menos lujoso que en el que pasarían la noche, con gimnasio, zona de aguas y suite presidencial. “Acéptalo como bienvenida a nuestra pequeña familia, hijo”, le había dicho Josep cuando reservara con todo detalle de lujos. La comida del día en el primer hotel estaba incluida. En el otro pasarían la noche, donde entregarían una documentación falsa a nombre de quien hacía la reserva. De los asuntos de falsificación se encargaba la mano derecha de Josep, un comisario catalán a puertas de jubilarse. Una vez cometido el crimen, era necesario no dejar huellas. Ya en la habitación, ambos hermanos repasaron la jugada. El hombre llegaría a casa alrededor de las nueve de la noche. Siempre entraba por la puerta principal que era automática, y de allí se dirigía al garaje; el tiempo del que disponían era escaso. Tenían que disparar cuando detuviese el coche, accionase el mando a distancia y esperase a que la puerta se abriese. En esos pocos segundos, uno de los dos apretaría el gatillo. Sería un tiro limpio y con puntería; la bala atravesaría la ventanilla del conductor para terminar en la sien izquierda del hombre. Con un sólo disparo bien encajado, éste caería herido de muerte sobre el volante y ellos volverían rápido hasta su coche para dirigirse al hotel. El plan prometía perfecto y sencillo. Únicamente quedaba por cerrar el último y más importante detalle: quién de los dos dispararía.

– No sé si voy a poder, Gabi.

– Claro que podrás, será todo muy rápido. Cuando quieras darte cuenta ya estaremos en el hotel disfrutando de un fabuloso spa y una cena con vino para dos. Por no hablarte de la suite, ésta vez el viejo ha soltado el guante. Dormirás más tranquilo cuando hayas cumplido con tu trabajo, ya verás.

– ¿Y si no puedo? ¿Si me quedo bloqueado y no consigo disparar?

– Podrás, hermano, estaré cerca tuyo para apoyarte. No te olvides de que ese cabrón se acostaba con tu mujer, y luego ella volvía a casa y ni te miraba a la cara. Es el mejor principio que podrías haber tenido, siéntete afortunado, la vida te ha hecho un regalo. Y recuerda, si no lo haces tú lo haré yo, y si no otros, así que tú eliges.

– Está bien, pero prométeme que estarás cerca.

– ¿Lo dudas?

– ¿Y si no apunto bien?

– Si no apuntas bien yo remataré la faena desde otro ángulo, no te preocupes por nada. Sólo preocúpate por hacerlo lo mejor posible. Estás de suerte, Francesco, esta noche haremos justicia juntos.

El reloj marcaba las ocho. La casa estaba alejada de la ciudad, en una urbanización a las afueras, entre Roma y el Fiumicino. Francesco estaba más nervioso de lo que esperaba; dentro de esa casa, a pocos metros de él, se encontraba la mujer con la que había compartido seis años de su vida. Aunque un amor enorme se había tornado rencor, y no hubiese vuelto a verla desde entonces, saber que la tenía tan cerca le hacía perder toda la seguridad que tuviese cuando decidía formar parte del trato. Gabriel, que ya sacaba las armas del maletero, al ver el estado de su hermano se planteó que quizá no había sido buena idea que Francesco empezase con ese encargo.

– Sé lo que estás pensando, pero, en parte, vas a hacerle un favor a Cristina. Seguro que con los años terminaría dándonos las gracias si supiera que hemos sido nosotros. Ese tío es un capullo y al igual que abandonó a su mujer, terminaría haciéndolo con ella por otra mucho más joven. La pobre debe llevar unos cuernos que seguro le pesa hasta la cabeza –decía Gabriel en tono cómico para disipar la seriedad del ambiente–. Por suerte, todavía no ha tenido hijos con él, las dos niñas que ahora deben corretear por el comedor son de su anterior matrimonio.

Las ocho y media. Los chicos salían del coche para ponerse en sus posiciones, podía llegar en cualquier momento. A los quince minutos aparecía. Gabriel se escondió en unos arbustos, justo enfrente de la puerta de entrada. Francesco permanecía perpendicular a ésta, a unos metros de distancia, camuflado con la estructura de un transformador que había al lado de la carretera. Si fallaba, Gabriel remataría la faena desde su posición disparando en la nuca del hombre. Podían comunicarse mediante un auricular con micro que llevaban en uno de los oídos. Una vez muerta la víctima, volverían rápidamente hasta el coche y escaparían por una carretera trasera a la casa.

– ¿Listo? –preguntaba Gabriel desde el manos libres.

Francesco cayó.

Justo en ese instante sintió como si le diesen una puñalada en el corazón. Un sin fin de imágenes empezaban a aparecer en su mente, acompañadas de varias preguntas: “¿qué se supone que estoy haciendo? ¡Esto va a salir mal! ¿Por qué he llegado hasta aquí?, tendría que haber hablado con Gabi antes. ¡Qué se supone que hago, Dios mío! Si no lo hago yo, lo hará él, ya no hay marcha atrás. He metido la pata, ¡*mierda*! Si pudiese verme Cristina... ¿qué diría mi madre si estuviese viva? ¿Y mi padre?, no sé nada de él, no he vuelto a verle desde aquella tarde. Si me viese ahora no daría crédito. ¡Que le *jodan*!, él me abandonó...”

– Francesco, ¿qué haces? ¡Dispara ya!

Cogió el fusil con más furia que antes, y disparó al aire. Justo en ese momento el hombre salía del coche, la valla electrónica se había quedado encallada. Y en ese preciso instante, se encontraba con la muerte. La bala disparada al aire por Francesco interceptaba en su sien, tal y como hubiesen planeado.

– Genial hermano, ¡corre hacia el coche! Yo me encargo de rematarle.

Francesco corría hacia el coche, mientras Gabriel, diez segundos más tarde, le disparaba, ya en el suelo, para asegurarse su muerte.

“¿Por qué? ¿Por qué ha salido? ¡Maldita sea! Soy un asesino. Mierda. ”

Subió al coche, segundos más tarde llegaba Gabriel.

– Tío, eres un máquina, ¿cómo has sabido que saldría del coche? *Joder*, me has dejado muerto. Ha sido una pasada, ¡una pasada, tío! – sentenciaba Gabriel mientras guardaba las armas en la bolsa de deporte.

Francesco conducía hacia el hotel sin quitar la mirada del asfalto, con rostro desencajado y sin mediar palabra.

– Hermano, frena, no corras tanto, podrían sospechar; estamos a salvo, tranquilo.

Inmerso en la euforia, miró a Francesco que conducía en absoluto silencio.

– ¿Estás bien?

– Sí, estoy bien, estoy perfectamente. Ya está, ya lo he hecho. Vamos al hotel, tengo hambre.

Gabriel prefirió no insistir, creyó normal su estado, pues a él también le hubo sucedido en su primer trabajo hacía ya demasiados años. Antes de terminar el trayecto, llamó a Josep desde el coche.

– Viejo.

– Dime, ¿qué tal el torneo?

– Fenomenal. El rival quedó K.O. en el primer asalto.

– Eres un fuera de serie con las apuestas, hijo. ¿Y al compañero?, ¿le fue bien?

– Increíble, ha sido toda una experiencia.

– Fantástico, no esperaba menos. Llámame cuando regreses y os invito a cenar, ¿de acuerdo? ¡Tenemos que celebrar esta victoria!

Mientras, a sólo dos coches de distancia, Fausto les seguía al volante sin dar cabida en su razón a lo que acababa de presenciar.

v

Tras largos meses de investigaciones, Carolina y él se daban por vencidos. Ni rastro de él. Fue entonces cuando Fausto empezó a aceptar que posiblemente jamás volvería a verle y, habiendo perdido toda esperanza, decidía viajar por el mundo gastando buena parte de su fortuna. La que tanto sacrificio le costase reunir con el único propósito de ofrecer a Francesco todo lo que necesitase. A los cuatro años de su partida, cansado de viajar solo, decidía regresar instalándose de nuevo en Roma. Para entonces, su hijo tenía veintisiete años y estaba casado, aunque él desconocía el último dato.

Por su lado, Antonia le ocultaría que Francesco había contactado con ellos. Hay personas que pasada la pena  vuelven a las andadas. Y ése era el caso de Antonia. Pudo creer por unos días que su corazón

había enternecido y que la vida le había hecho más humana, pero con el tiempo volvieron a florecer sus instintos más perversos, los mismos que le permitieron arrebatar un hijo a su propio hermano. Cuando Francesco envió aquella carta, la mujer creyó enloquecer de alegría. Era tal su dicha, que le perdonó enseguida sus dos meses de ausencia a pesar de que, durante los mismos, hubiese habido de soportar la agonía de creerle muerto. En cuanto recibiese la postal emitida en Roma, quiso ir a verle para estrecharle en sus brazos, pero éste se lo prohibiría en rotundo. Francesco pedía tiempo para aceptar lo ocurrido, y prometía que él mismo iría de visita a Barcelona pasados los meses. Finalmente, fueron Antonia y Josep quienes se adelantaron al viaje asistiendo a su boda con Cristina. Para entonces, hacía dos años que Francesco no veía a sus padres, muchos más de lo que un principio les prometiese.

Cuatro años después de su desaparición, y dos del enlace, fue cuando Francesco y Cristina visitaban a Josep y Antonia en su casa de Pedralves por vez primera. Estando allí, Francesco le recordaba a Antonia que bajo ningún concepto contase a Cristina la verdad de la historia, ya que él mismo se encargaría de hacerlo cuando lo viese oportuno. Aquella verdad que ignoraba Cristina era que Francesco se había fugado sin dar señales de vida. Sabía que su marido habido escapado al descubrir que Antonia y Josep no eran sus padres, pero desconocía el tiempo que estuvo sin decirles nada. Josep y Antonia, en poca situación de exigir, guardaron el secreto bajo tumba.

En las primeras semanas de búsqueda, cuando el matrimonio había encargado los servicios, ya no sólo de la policía sino también de los medios de comunicación, la noticia fue conocida en diarios españoles, franceses y alguno portugués. Por lo que, muy probablemente, en Italia ignorasen que un tal Francesco Alberó estaba en paradero desconocido. Al tener noticias de él, automáticamente daban órdenes a toda la prensa de que dejasen de publicar al respecto. Como pretexto, dijeron que la policía no creía eficiente sus servicios prefiriendo prescindir de los mismos, que sólo servían para incentivar más el dolor de sus padres. Del día a la noche, las páginas borraban el asunto sin desenlace para siempre. La policía también fue avisada para, extraoficialmente, abandonar el caso. Gracias a los contactos de Josep, la aparición de Francesco pasaba a ser secreto de sumario. Si Fausto o algún detective privado se dejaba ver por comisaría, el chico seguiría en paradero desconocido. Antonia, que sí sabía de los contactos de su marido con el cuerpo de policía, consiguió que estos obviasen el reencuentro. Por su lado, Fausto seguía buscándole vinculado a Carolina, desconocedor de todo desenlace. Así fue cómo,

después de un año, éste empezaría a viajar dándose por vencido. Carolina, que en un principio rechazaba vinculación alguna con las investigaciones llevadas a cabo por el cuerpo de policía catalán, vio extraño que los periódicos dejasen de informar al respecto de un día para otro. Cierto día, se acercaría a la sede de uno de ellos para preguntar por qué ya no se hablaba de la desaparición del muchacho. El redactor jefe le explicaría que a la familia no le ayudaba la repercusión mediática que se estaba dando, ya que en ocasiones se ponían en contacto con ellos para comunicarles que Francesco había sido visto en algún lugar de la frontera catalano-francesa perturbando así la labor del cuerpo policial y otorgando falsas esperanzas al matrimonio Alberó. Y dicho redactor concluía con un: "Así que, señorita, sin más información que la dispuesta, procedemos a ocuparnos de otros noticiarios y pasar página a un episodio de desaparición más, entre tantos."

Ciertamente, Cristina no quedaría muy satisfecha con la explicación. El caso fue que, reservándose ciertos indicios ante Fausto, pues no quería suscitar la esperanza del hombre con datos erróneos, siguió investigando por cuenta propia. Cuando éste abandonaba Barcelona para viajar, Cristina siguió los doce meses siguientes procurándose algún resultado, aún sin recibir ya pago alguno por el mismo. Aquella mujer amaba a Fausto en silencio, y el asunto se había convertido en algo personal. Transcurrido el año, y dos de la desaparición de Francesco, sin más pistas ni noticias de Fausto daba carpetazo a la investigación.

## V

Francesco rondaba los veinticinco cuando la pareja visitaba la casa de Pedralves y, dos años más tarde sería, cuando Fausto volvería a Roma acercándose sin saberlo al hijo que creía muerto.

La primera noche a la llegada de Francesco y Cristina a Barcelona, Antonia y él hablaron a solas. Ésta le explicó, una vez más, todos los detalles de su intento por encontrarle, exceptuando que su "tío" también había movido mar y tierra para dar con él. Un egoísmo absoluto le decía que por fin tenía a su hijo cerca, y callaba cuanto le quería Fausto por miedo a que pudiese reemplazar su papel como madre. Su avaricia despiadada lo quería única y exclusivamente para ella. Francesco vivía sin saber toda la trama en la que Fausto, su verdadero padre, se había visto obligado a ceder a todos los chantajes emocionales más crueles de su hermana. Esa noche, Antonia, muy suspicazmente, insinuó a Francesco que deberían comunicarle a

Fausto que él estaba bien ya que, seguramente, a pesar de estar viajando por el mundo y vivir la vida a su aire, como había hecho siempre, gustaría de saber que su hijo estaba vivo.

– Francesco, hijo mío, hoy día aún me cuesta creer que te tenga delante. ¡Qué regalo del Señor! ¡Hemos estado tan preocupados! Hicimos todo lo posible por encontrarte, ¡todo! Fueron diez semanas eternas, hasta acudí a aquel programa de televisión, ¡¿puedes creértelo?!

– De ti puedo creerme cualquier cosa. Ya no me fío de nadie hasta conocerle muy bien. Aún estoy esperando que me expliques por qué me ocultasteis que Fausto era mi padre.

– Francesco, he querido contártelo muchas veces. Infinidad de veces, pero carecía del valor necesario. Además, él también lo prefería así. Tenía miedo de hacerte daño si sabías que él, tu padre, te había abandonado; y yo, que dejase de hablarme si te contaba la verdad. Ponte en mi lugar, debes entender que siempre he hecho lo que he creído mejor para ti y para todos, incluyendo a Fausto. Soy víctima de ayudar a un hermano y de amar a su hijo como si fuese mío.

– ¿Pero por qué? ¿Por qué me abandonó? ¿Cómo se puede abandonar a un hijo?, ¡no alcanzo a entenderlo!

– Cuando murió Isabela, tu madre, él estuvo muy enfermo. No tenía trabajo, estaba solo y no podía criarte. Fue cuando le ofrecí mi ayuda, me ofrecí a hacer de ti un chico sano y fuerte. Él no podía darte nada, Francesco. Así que aceptó y yo por supuesto estuve encantada, de ese modo pude demostraros mi amor. Sólo eso, hijo, no hay nada más que entender. Mi pobre hermano creyó que criarte conmigo sería lo más justo para ti. Pensé en decírtelo cuando fueses mayor, pero nunca vi el momento de hacerlo, tenía miedo de que sufrieras demasiado con esta historia. Creí mi silencio como la mejor opción. Josep y yo te queremos como a un hijo porque es lo que eres, y te hemos cuidado siempre como a tal. Pero si es tu deseo, cuando tu tío, bueno, tu padre vuelva de viaje, ahora no sé por dónde anda, hablamos con él. Estaría bien solucionar todo este asunto.

– ¿Tu pobre hermano, dices? No. No quiero saber nada de ese hombre, ¡me abandonó, no se preocupó de mí! Tan siquiera volvió cuando me lo prometió de pequeño en aquel parque del colegio. Por mí como si no vuelve nunca de sus viajes. Es más, prefiero que si vuelve algún día no le digas nada de mí, será mejor seguir

desaparecido para él. ¿Entiendes? No quiero que le cuentes nada, no se merece saber.

– Pero supongo que algún día llamará, no puede estar viajando toda la vida sin dar noticias –añadía Antonia dejando a Fausto en un papel de total indiferencia–. Lo que me pides es muy duro, ¿que engañe a mi propio hermano?, creo que lo justo sería, si llama o aparece, que sepa que estás vivo, ¿no crees?

– ¡No! ¡Te digo que no! –vociferó–. Perdona, pero sólo pensar en él me invade la rabia. No se merece saber nada de mí, nunca se ha preocupado, ¡nunca! Casi prefiero que piense que estoy muerto, así su conciencia de padre despreocupado podrá estar más limpia. Bien pensado le haremos un favor si cree que sigo ignorando lo sucedido porque estoy muerto.

– No digas eso, hijo, él a su manera te quiere. En fin, no puedo obligarte... Va a ser muy difícil para mí decirle que no sé de ti si algún día aparece. Con algo de suerte puede que no llame nunca, así no tendré que mentirle. Es demasiado lo que me pides, pero si es lo que deseas lo haré, te lo debo. No quiero fallarte nunca más.

– No creo que te sea tan difícil, se te da bien callar. Nunca te he pedido nada, así que si quieres reza para que no llame, pero te exijo que no le cuentes nada.

De ese modo Antonia conseguía su cometido: un hijo para ella sola. Ahora sólo restaba pedirle al Señor que Francesco y Fausto no se cruzasen nunca por el camino. Era más que evidente que, en su retorcida cabeza, no había cabida para pensar que lo más ético y moral era decirle a Fausto que Francesco estaba vivo. Después de toda una vida de engaños, el destino por fin la ayudaba a tener un hijo para ella sola, aunque aquello implicase negar la verdad al muchacho y a su propio hermano. Lo único que la preocupaba era un detalle: Roma. Si su hermano llegase a verle paseando por la ciudad, pues algún día dejaría de viajar, todos sus esfuerzos serían en vano. Hasta que recibiese una llamada de Fausto comunicándole que volvía, tenía tiempo más que suficiente para planear otro engaño; pues, a diferencia de lo que contase a Francesco, Fausto no dejó de llamar nunca para preguntar por él. Si era necesario, inventaría cualquier excusa para que su hermano dejase Roma y se trasladara a otro lugar, puede que cerca de Barcelona.

## CAPÍTULO XXIV *La investigación llega a su fin*

Franqueaban el aparcamiento a las veinte horas cincuenta y cuatro minutos. Fausto giró la calle principal y se detuvo, puso las luces de emergencia y bajó. Fue directo a la recepción del majestuoso Aleph A Boscolo Luxury, situ en Via di San Basilio, próximo a la Piazza Spagna y La Fontana di Trevi. El lugar era de encanto, pero no estaba allí para hacer turismo ni para relajarse.

– ¿Tienen habitación para esta noche?

Hecho el pago, salió de nuevo a la calle y entró con su Chevrolet al parquin del hotel. Aunque la noche prometía larga, el tiempo para proceder era escaso, debía estar atento a cualquier movimiento de los chicos. No podía arriesgarse a perderle de nuevo, menos ahora. Pensó en preguntar a la joven de recepción si un tal Francesco Alberó se hospedaba allí, pero sabía que no iba a darle tal información. Asimismo, otro pensamiento acallaba la pregunta: "Seguramente han cambiado sus nombres, sí, no cabe la menor duda". Subió a la habitación, dejó la chaqueta y bajó al restaurante. No estaban. Recorrió el hall, tampoco. Fue a la sala de aguas... ¡bingo! En una de las piscinas con spa, se bañaban sin más compañía que la de ellos. Pensó en subir de nuevo a la habitación, coger una toalla y utilizar su *slip* como bañador, pero no podía perderles de vista. Cualquier asunto del que hablasen era de su interés. Se desnudó, dejándose únicamente la ropa interior; cogió una toalla que había encima de uno de los bancos de la entrada y entró a la piscina contigua a la que estaban. Éstos, de espaldas a la otra, no le vieron llegar. Desde ese punto, Fausto podía escucharles. Permanecían en silencio, hasta que, de pronto, uno de ellos se giró y miró a Fausto. Era Gabriel. Retomando su posición, se acercó a Francesco, le guiñó el ojo y en un tono de voz algo elevado, habló.

– En unas horas estaremos en casa, se terminan nuestras vacaciones. Tengo ganas de ver a mi pequeñajo –Francesco contestaba un simple "sí", suficiente para que Fausto se estremeciese. Era su voz.

– Oye, tío, vamos a ducharnos ya, me muero de hambre y el restaurante cierra a las once –volvía a hablar Gabriel.

– Ve subiendo tú, te espero en el restaurante. Tengo aquí la ropa, me ducharé luego –Francesco se limitaba a contestar con respuestas cortas, y una descifrable desazón.

“¡Bien!”, pensó Fausto.

– Como quieras. Me ducho rápido y bajo. No tardes –seguía Gabriel no muy convencido y girándose de pronto para mirar al recién llegado. Fausto movió su cabeza de arriba a abajo a modo de saludo, a lo que Gabriel respondió de igual manera con gesto serio.

Era su oportunidad. La oportunidad perfecta para acercarse a él y hablar. Cuando el otro ya había marchado, habló.

– ¿Qué tal esos chorros, amigo?

Fausto luchaba por no temblar, por no titubear, y para que su mirada no resultase exageradamente cariñosa. Era él. Después de tantos años le tenía delante, a poco más de dos metros. Sin excepción alguna era su hijo. Tenía la misma cara que su madre, los mismos ojos, la misma boca, las mismas facciones. De cuerpo delgado y alto como él, podía deducirlo por el tamaño de sus brazos que se dejaban ver en el borde de la piscina. De nuevo volvió a luchar, esta vez por no soltar ni una triste lágrima. Su hijo en una misma sala de aguas de un mismo hotel; mirándose el uno al otro. En su intento de evitar cualquier flaqueza, esbozó una sonrisa a modo de cortesía y seguridad. Francesco, que se giró de repente al escuchar la voz del hombre, se lo quedó mirando con cara extrañada.

– Bien. –Parecía sonarle aquella cara–. ¿Nos conocemos de algo?

– Pues creo que no, a no ser que vivas cerca del Coliseo y nos hayamos cruzado, pero deduzco que estás de turismo. No eres de aquí, ¿español? –le preguntó en italiano, mientras salía de la piscina para ir a la de Francesco.

– Sí.

– ¿Te importa? No busco nada, estoy casado –dijo Fausto sonriendo–. He tenido el gusto de viajar en varias ocasiones a tu tierra por motivos de trabajo. Es fascinante.

– Disculpa, pero he de irme, me están esperando –Francesco se incorporó para salir.

– ¿Estáis los dos solos, tu amigo y tú?, ¿o vais con las mujeres? –le cuestionó ya dentro del agua.

– Estamos solos, ¿por qué? Pero no somos pareja, si es lo que piensas –contestó Francesco desde fuera.

– No lo decía por eso hombre; aunque lo fuerais, ¿pasaría algo? ¿No estás casado? –seguía, expectante por saber la respuesta.

– No…

"Vaya, lo estuvo y le rompieron el corazón –pensó entristecidamente–. ¡Cuántas cosas me he perdido de ti!"

– Bueno, haces bien, ya tendrás tiempo para estarlo; hoy en día el matrimonio no es lo que era. He oído a tu amigo decir que vais al restaurante a cenar. Yo no estoy con nadie, no sé si os importaría que cenásemos los tres juntos. A veces con estos viajes de empresa te sientes muy solo en los hoteles.

– ¿No decías que vives cerca del Coliseo?

– Sí, así es, pero viajo mucho por negocios y la empresa siempre me paga el hotel, aunque sea en mi ciudad. Muchas veces lo aprovecho, ya sabes, por esto del spa y de dormir en sábanas limpias.

El joven se le quedó mirando en silencio unos segundos, todavía con cara de sorpresa.

– ¿Estás seguro de que no nos conocemos?, tu cara me resulta familiar…

Fausto imploró que no le reconociese todavía. Imaginaba que Antonia no le habría enseñado fotos de él, si mal no recordaba tampoco tenía ninguna. Rezó para que el tiempo jugase a su favor, y le diese la oportunidad de cenar los tres en la misma mesa. Necesitaba seguir hablando con él, y averiguar dónde vivía. A Francesco, en cambio, aquella visita repentina empezaba a molestarle, a pesar de caerle bien el hombre. Después de la broma en la que había participado hacia sólo unos minutos, ese desconocido conseguía incomodarle.

– Yo también voy a vestirme, tengo aquí mi ropa –seguía Fausto

copiando el gesto del chico que estaba ya en los bancos de la entrada–, ya me ducharé después de cenar. Si no cerrará el *buffet* y nos quedaremos sin comida.

– Bueno, me voy. Nos vemos en el comedor entonces.

– Espera un segundo, si yo ya estoy también. Apenas me calzo los zapatos y… ¡listo! ¿Vamos? Espero no molestar.

– ¿Molestar? ¿Por qué? –aquella pregunta nacía de la paranoia, ¿podía aquel hombre saber algo del asesinato? ¿Podía ser un policía secreto? Su rostro le era muy conocido. Por unos instantes creyó que era un profesor que tuviese en primaria.

– Bueno, no sé, a lo mejor queréis cenar solos y estoy entremetiéndome en lo que no debo –en ese momento entraba Gabriel.

– ¿Anda todo bien, Francesco?, he ido al restaurante y no estabas.

– Sí, salía ya para allí. Estaba hablando con…

– Andrea Rigatore, Andrés para vosotros. Encantado –dijo Fausto a Gabriel alargándole el brazo.

– Un placer, pero mucho me temo que tenemos prisa. ¿Vamos, Francesco? –contestó éste en tono áspero, sin apenas mirar al hombre.

– De hecho le estaba diciendo a tu amigo que sería un placer acompañaros, para tener compañía, ya sabes. Los negocios me obligan a pasar muchas noches solo. Estoy casado, no me interesa ligar con chicas… ¡soy de la antigua usanza, amigo! Mi mujer también está de viaje, así que para quedarme solo en casa he preferido aprovechar la noche de hotel –argumentaba en su intento de mostrarse natural ante los dos. Gabriel miró a Francesco con expresión seria.

– No creo que sea buena idea, cenaremos rápido, mañana hemos de salir temprano. Lo siento.

– Entonces será una cena rápida… –concluyó Fausto–, pero suficiente para charlar un poco, ¿os parece? Os puedo contar curiosidades de la ciudad. Y bien, ¿catalanes?, noto cierto acento… –Fausto hablaba sin pausa. Tenía que ser hábil y no darles tiempo a decidir. Era su oportunidad, o todo o nada.

v

– ¿Se puede saber qué *coño* haces en un hospital, Francesco? Confié en ti para que fueras solo, tío. ¿Qué se supone que debo decirle al viejo cuando descubra que la chica sigue viva? Me he visto obligado a contarle que no pude coger el avión contigo porque no me dejaron cruzar la aduana. He improvisado una mentira de las buenas; no se la debe haber tragado, me conoce demasiado. Suerte que no le llamé cuando se supone que aterrizábamos en Roma, si no, no hubiese tenido excusa alguna.

– Lo siento, Gabi, de verdad. Ha pasado algo. Ahora no puedo hablar lo suficiente, aquí las paredes escuchan, ¿entiendes?

– ¿Qué pasa?, que tienes a un espía ruso contigo, ¿o qué?

– Más o menos.

– ¡*Joder*! *Joder*..., ¿pero qué *coño* has hecho, hermano? Nuestro cliente sabe que la chica sigue viva. No sé qué rollos te traes entre manos, pero espero que no hayas hablado con nadie más de la cuenta. Tienes una facilidad para hacer amigos cuando menos interesa que me hace dudar de ti. Debes ser discreto e impecable en tu trabajo, no somos vendedores de alfombras, lo nuestro es mucho más serio. ¿Me está escuchando alguien?

– No, tranquilo. Gabi, tú no tienes de qué preocuparte, el que ha fallado soy yo, tú estás limpio. La responsabilidad corre de mi cuenta.

– ¿Limpio? Estamos juntos en esto, soy tu instructor. Si fallas tú, me fallas a mí. Si no recuerdas mal, se supone que hacíamos juntos este viaje. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has acojonado o qué? Creía que habías superado tus miedos, el otro día fuiste el mejor aprendiz que he visto nunca, eso me ha hecho confiar en ti demasiado pronto por lo que veo. ¿Por qué no lo has hecho?, ¿tuviste un accidente? ¿Qué ha pasado, Francesco? –Gabi habla sin pausa, apenas respira-. Contéstame, tío, necesito saber qué ha pasado para inventar una buena.

– Ya te dije que surgió un imprevisto, es largo de contar. Por eso estoy en un hospital.

– Pues a nuestro cliente le dan igual nuestros imprevistos. ¿Cuándo

piensas volver?

– No lo sé, esto va para largo, a no ser que me escape de aquí –añade en tono más bajo–. Me han hablado de una semana.

– ¿Pero qué haces ahí dentro? ¿Qué te ha pasado?, dime. Tienes que contármelo, puedo ponerme de tu lado, pero necesito saber qué coño ha pasado.

– Han tenido que intervenirme de un pulmón.

– ¡La hostia! ¿Estás bien?, pero si tú no fumas… –añade suspirando y recuperando parte de la tranquilidad, pues si ha sido un accidente grave, supone que escapa a las manos de Francesco–. Tampoco eres asmático, ¿no?

– No, ni fumo ni tengo asma. Por eso no entiendo cómo casi me muero de una asfixia, no podía respirar. Por suerte estoy bien. Habla con el viejo, y dile que en cuanto sepa algo de mi alta os aviso.

– Eres especialista en que te pase todo en el peor momento, chaval. Bueno, Francesco, ten el móvil encendido, necesito tenerte localizado. A ver cómo le digo al Josep que justo hoy te has metido en un hospital, a no sé cuántos kilómetros de aquí. *Joder*, hermano… ¡Cuídate! No puedo dejarte solo…

– Ha sido una broma del destino. Siento mucho todo esto y que hayas tenido que mentir por mí; si alguien me importa en estos momentos eres tú, Gabi. Nunca te perjudicaría a sabiendas, ¿lo sabes verdad? No volverá a pasar, te lo prometo.

– Eso espero, hermano, o no podré dejarte solo nunca. En este trabajo no podemos coger bajas por depresión ni resfriado. Es algo serio, los que pagan mandan y quieren puntualidad. Si estás en esto tienes que cumplir siempre. Te quiero, enano, te llamo pronto.

– Yo también, Gabi.

La noche antes de volar a Roma, Gabriel quiso hablar con Francesco sobre sus intenciones de dejar el trabajo, ya no sólo por tener cuanto podía necesitar, deseaba que su hijo se sintiera orgulloso de su padre no como él. Tras la llegada de Francesco a Gelida, el deseo de terminar con esa vida había acrecentado considerablemente. Por el mismo motivo, cuando se olió las intenciones de su padre

dejándose caer por Gelida más de lo que nunca antes hubiese hecho, y a sabiendas de que sus pretensiones eran lavarle el cerebro al inocente de Francesco, éste habló con él para pedirle que le dejase de lado. Josep, que ya había tomado su propia decisión, evitaba darle ninguna respuesta. Ante el silencio, y desprovisto de los consejos de nadie, optaba por pedirle ayuda a su difunta abuela.

"Abuela, no permitas que Francesco entre en esto, por favor, él es un hombre de los pies a la cabeza con uno de los corazones más grandes que he visto nunca. Ahora está vulnerable, es un periodo difícil para él, no permitas que el viejo se aproveche de eso", rezaba en el silencio, al lado de Paola.

Después de aquella noche en la cabaña, aun odiando la idea de que su hermano se hiciese asesino a sueldo, al ver que éste aceptaba entrar en la familia, o al menos fue lo que creyó entonces, volvió a ver ese trabajo como otro cualquiera. Llevaba demasiados años justificando que: "esto no puede ser tan malo si es mi propio padre quien me está enseñando. Señor, espero que algún día perdones todos mis pecados".

Pero ahora, al imaginárselo en aquella cama de hospital, inmerso de dudas por más que él se lo niegue, el sentimiento de culpa vuelve a reforzar su postura. Ahora se arrepiente por llevar tanto tiempo creyendo a Josep y haber permitido que hiciese de Francesco lo mismo: una máquina de matar, sin más prejuicio que el de entender que nuestra historia luce rebosante de sangre y que si no lo "hacen ellos lo harán otros". Luchar contra todos esos años de movimientos justificados por las enseñanzas de un padre ambicioso, no es tarea fácil.

Por su lado, Francesco no termina de entender por qué ese trabajo. Josep sabía que encargarle la muerte de quien había destrozado su matrimonio era un riesgo que podía darle la ventaja necesaria, o todo lo contrario, que en el último momento se echase atrás.

v

La semana antes del viaje, Francesco se mostraba indecible al respecto, era Gabriel quien continuaba ultimando detalles sobre lo que Josep le enseñase: ser fuerte por fuera y por dentro, e impecable en todos los actos. Francesco parecía interesado, sin embargo, sólo hacía oídos sordos limitándose a escuchar lo que le resultaba menos escabroso; sin proyectar hacia ningún futuro lo que podría acarrearle seguir los vientos de su hermano. Su único pensar era que Gabriel, el

mismo que se había convertido en el único pilar de su vida y al que sentía necesitar más que a nadie, tenía órdenes de matar al abogado que había robado su felicidad. Y frente a esa obsesión, se negó a lo que tenía delante. Acompañaría a Gabriel, saber qué se siente cuando uno cree tomar la justicia en sus propias manos. Una vez terminada esa faena, que de todos modos se cumpliría si no por ellos por otros, le pediría empezar una vida de cero al lado de su familia. Si lo creía necesario, le ofrecería mudarse a Roma con él. Otra posibilidad, era hacer lo posible por evitar ese asesinato y, allí, en una ciudad plagada de secretos, empezar juntos con Paola y el pequeño. Podrían abrir un gimnasio y dedicarse a las artes marciales. Hacer un pulso a aquel mundo manchado de sangre, y borrar las huellas de un pasado que era mejor olvidar en ambos casos. A fin de cuentas, Josep no podía denunciarles, pues sería cavar su propia tumba.

Josep no terminó de creer la precisión de Francesco con aquel tiro al aire. Ordenó a uno de los aprendices de su cuadrilla que hiciese el mismo viaje por separado para vigilar a los chicos en su segunda faena. Esta vez la víctima no era hombre, se llamaba Ana, no las tenía todas consigo, necesitaba asegurarse la jugada. Aquel joven le saldría barato, sólo tenía que vigilarles. Una vez que los chicos llevasen a cabo tres o cuatro trabajos, en especial los dos primeros, sabía que el peligro empezaba a estar cubierto. Hasta entonces, uno de los dos podía decaer sugestionando al otro. El aprendiz siguió las instrucciones de su jefe volando a la capital italiana para controlar que todo andaba como era debido. Cogió el vuelo siguiente al de Francesco, y pudo ver cómo el joven viajaba solo. Gabriel estaba descubierto.

v

En la habitación, Francesco intenta poner orden a sus ideas. Necesita hablar con Fausto urgentemente, es lo primero y más importante. Él y la chica están juntos y si les encuentran pueden morir los dos.

A escasas dos horas de que abandone el hospital, el ex-compañero de éste ocupa su puesto. Debe vigilar la habitación del muchacho, relevándose con un compañero cada doce horas. A su vez, seis francotiradores vigilan el edificio haciendo turnos entre sí; todo aquel equipo de seguridad ha sido armado por Fausto para proteger a su hijo.

– ¿Te envía Fausto?

– Cumplo órdenes, chico, pero puedes estar tranquilo porque estás en buenas manos. Sólo debes avisarme si te mueves de cualquier ángulo que no esté dentro de la habitación, aunque sea para ir al servicio. En caso de levantarte de esa cama, mi compañero o yo tendremos que cubrirte.

– No sé qué te ha contado, pero todo esto es innecesario; me parece excesiva tanta seguridad. No corro peligro alguno.

– Yo no pongo en duda las órdenes de mi jefe. Y si él cree que necesitas vigilancia, es porque ciertamente la necesitas. Ese hombre nunca se equivoca.

– Como queráis, pero tengo que hacer una llamada de teléfono en privado.

– Puedes hablar tranquilamente. Tus conversaciones no me interesan, sólo proteger tu vida. Deja tu móvil, podría estar pinchado. Mi jefe me encargó que trajera uno. Aquí tienes.

El hombre viste de negro, de unos cuarenta y cinco años, una espesa barba negra, y gafas de sol del mismo color; por un momento le recuerda a su hermano.

– De verdad, tantas medidas me parecen exageradas. Aunque no voy a negarme, no estoy en posición.

– No debes.

– ¿Y por qué he de fiarme de ti? –le cuestiona, como si de pronto algo no terminase de convencerle.

– Tienes suerte de tener un padre como él. Adelante, llama. Yo estaré aquí cumpliendo con mi trabajo si me necesitas. Y recuerda, ni un sólo movimiento sin mi presencia –Francesco le mira pensativo y coge el teléfono para marcar.

– ¿Y de qué conoces tú a Fausto?... –El hombre vacila unos segundos antes de contestar.

– Tuve suerte de dar con él en uno de sus viajes; enseguida supe que podría ayudarnos con el caso.

– ¿Qué caso? –continúa cuestionando.

– Lo conoces bastante bien.

v

Aterrizaba en la capital rumana. Fue allí, en Bucarest, donde Esteban y él se conocerían. Coincidían en un restaurante de la ciudad, en el que ambos cenaban solos. Esteban, por un impulso automático impropio de él, decidió acercarse a la mesa de Fausto y presentarse.

– Hola, soy Esteban, ¿también cenas solo?

– Así es.

– No hay muchos hombres que visiten Bucarest en solitario para estas fechas. ¿Negocios?

– No exactamente.

Dialogaron vino tras vino y café con café, refugiados con la calefacción del lugar y el silencio que su idioma significaba para los allí presentes. Hubo entre ellos una conexión poco usual. Una de esas conexiones que acercándote tan rápido a un desconocido, en segundos ratifica el milagro del encuentro, pues no puede ser casual. Fausto le explicó que su hijo había desaparecido hacía cuatro años, y que tras meses intentando dar con él abandonaba la búsqueda.

– Sé que él está vivo y que terminaré encontrándole, mas no seré yo quien decida el día. Llegado el momento, la vida me lo pondrá delante.

Esteban, después de varias aclaraciones por parte del hombre, y agradeciendo la confianza depositada en él, decidió explicarle a qué se dedicaba.

– Sé lo que es ir detrás de alguien. Soy espía.

Además de guardaespaldas, Esteban trabajaba como agente especial de la policía italiana, experto en casos de suma importancia y que requerían una investigación exhaustiva; más concretamente, era parte primordial del rango de las fuerzas inteligentes. Con tantas confidencias en tan poco tiempo, nació entre ambos una rápida amistad, y decidían coger juntos el vuelo a Roma. Esteban supo ver

que ese hombre poseía una sensibilidad especial que podía serles de gran ayuda. Ya en tierras italianas, habló con uno de sus jefes para permitir la incorporación de Fausto en su equipo de trabajo. El jefe de éste en un principio se negaría, estaban a puertas de terminar el caso y ese hombre era un desconocido que podía causar problemas innecesarios.

– Llevamos meses con el caso, señor, y no terminamos de dar con él. Le digo que este hombre puede sernos de gran ayuda, dele una oportunidad, le garantizo que no va a arrepentirse.

– Espero que estés en lo cierto, Esteban.

– Gracias, señor.

Esteban y sus hombres seguían la pista de un mafioso italiano, el cual poseía redes de contrabando a nivel internacional. Tras varios meses, habían dado con el nombre del susodicho, actor principal del entramado. Sólo quedaba dar con su paradero, pero era difícil, aquel hombre se movía rápido y sin dejar huella.

La posición de Fausto en el equipo de espionaje no se habría truncado si, por cuenta propia, no hubiese tenido otro encargo: proteger a su cliente.

A su llegada a Roma, creaba su propio despacho en el que ofrecía servicios de investigador privado. Motivado por las dotes que Esteban le había dicho poseer, se animó a dejar su carrera de ingeniero y servir de ayuda de un modo menos científico. Pero la tranquilidad duró poco. Cuando Fausto vio a Francesco actuar, entendió que no podía seguir colaborando con la policía; aquel incidente cambiaba por completo su labor dentro de la investigación. Entre los malos, a quienes tenía que ayudar a detener, se encontraba su hijo. Si seguía en el equipo y Francesco terminaba detenido sería su fin. Le costó varias semanas conseguir que su renuncia fuese aceptada oficialmente, además de no fallar ante quien hubo dado la cara por él. Para ello, trazó un plan alternativo.

v

A la mañana siguiente de no salvar a su cliente, continuó al acecho de Francesco y Gabriel. Les siguió con su coche hasta el aeropuerto del Fiumicino, consiguiendo pasar inadvertido, además de acceder al mismo avión. Habiendo aterrizado, dio órdenes al taxista de seguir al

coche negro. De ese modo, averiguaba dónde vivían los chicos para no perderles la pista. A los dos días volvía a Roma para presenciar, a lo lejos, el entierro del que fuese su cliente.

Fue la tarde después de encontrarse con Ana en la Piazza de Spagna cuando, no hallando solución alguna, optó por llamar a su colega Esteban para pedirle proceder. Éste, que quería y confiaba en Fausto como en un hermano, no dudó en escucharle. Le narró cómo había presenciado el asesinato de su cliente, cómo su hijo por accidente accionó la bala de la muerte y cómo el destino le había gastado la broma más pesaba que pudiese imaginar. Fausto le insistió que su hijo era inocente y que tras haber hablado con él, pudo atestiguar que lo único que deseaba era convencer a su hermano para que dejase aquel trabajo. Esteban, sin dudar de lo que su amigo decía, dio órdenes a su equipo de actuar, no sin antes prometerle que su hijo no pisaría la cárcel. Fausto se la jugaba a su única esperanza.

v

El móvil suena en la mesita de noche, junto a la cama en la cual descansa con Ana.

– Fausto, ¿me oyes?

– Francesco, ¿cómo estás?

– Te llamo desde el hospital.

– ¿Estás bien? ¿Te dio el móvil Esteban?

– ¿Esteban? Sí, me lo ha dado. ¿Entonces puedo fiarme de él?

– Completamente, es un buen amigo y un profesional excelente. Dime, ¿qué sucede?

– Tengo que hablar contigo sobre algo urgentemente.

– Estás a salvo, puedes hablar.

– ¿Ana?...

– Está aquí conmigo.

En ese momento, la chica, que escucha la conversación entre

ambos, le pide a Fausto en tono bajo y cruzando los brazos que no le diga dónde están.

– ¿Dónde estáis? ¿Qué tenéis pensado hacer?

– Estamos en un hotel, pero mañana volamos a Barcelona, como te dije.

– Eso es lo que me preocupa, que vayáis a Barcelona. Acabo de hablar con mi amigo, al parecer nuestro jefe le ha llamado presionándole; a estas horas ella debería estar muerta. La hora límite ha pasado y, por lo visto, están al corriente de todo. Le dije que estoy ingresado, que surgió un imprevisto y que no podía explicarle mucho más. Me huele mal, Fausto, sospecho que el jefe intuye algo.

– ¿No le has dicho nada de Esteban, cierto? –dice exaltado.

– No, claro que no. ¿Por quién me tomas?, podría sospechar.

– ¿Está en Barcelona?

– Sí, así es.

– ¿Estás seguro?

– Sí, está con su mujer y su hijo. Ya te conté que este viaje lo hice solo, quise evitar otra muerte. Nunca he tenido intenciones de matar a la chica.

– Lo sé, Francesco. Pero no puedes asegurar que esté diciendo la verdad.

– El caso es que sois vosotros los que debéis tener cuidado. Él sabe que la chica está viva, y me huelo que siguen vuestros pasos. Así que tenéis que hacer uso de toda precaución, ¿comprendes?

– No te preocupes por nosotros. Tú recupérate, estás en buenas manos.

– Fausto, cuando vuelvas me gustaría explicarte algo. Hay partes de la historia que no te las conté tal y como son. No sabía si podía fiarme de ti. Sólo te pido algo, mientras estéis en Barcelona no te acerques a casa de Antonia y Josep, hazme caso, por favor. No debes verte con ellos. No deben saber que estás ahí, es muy importante que

no sepan nada de ti, ¿de acuerdo?

– No tengo ninguna intención de verme con mi hermana, puedes estar tranquilo. Llámame ante cualquier novedad. Nos vemos pronto, Francesco.

– ¡Fausto!, una cosa más…

– Tú dirás.

– Cuídala, ella es muy especial –dice recordando el sueño que tuvo de adolescente.

Fausto sonríe, y mira a Ana con ternura.

– Dalo por hecho.

Suspira tranquilo, él no se equivocaba, Francesco no miente, su hijo no es un asesino. Como bien sospechase, esconde partes de la trama para no revelar ciertas identidades, entre ellas, la de su hermano Gabriel.

## CAPÍTULO XXV *Visita a Oliver*

Cuando Fausto se despide de Francesco en el hospital, le asegura que no debe preocuparse por nada. Aún guarda un carné que le acredita como detective privado de los servicios de inteligencia y espionaje italianos, que le aventajará dada su supuesta autoridad. Aunque a efectos legales aquel distintivo no tenga validez, delante de un doctor surte efecto. Fausto avisó al médico que trata a Francesco de que, si alguien iba a visitarle, sea familiar o amigo, se encargase de que las enfermeras y todo el personal sanitario no diesen información alguna sobre el estado y datos del paciente. En caso de que alguien preguntase por la intervención, debían explicar que el trasplante lo ha recibido él gracias a dos donantes que tenían en espera. Para cerciorarse de que el doctor haría caso a sus indicaciones, termina avisándole de que es ése un asunto de suma importancia en manos de la policía italiana, y que si todo surge debidamente se le bonificaría por su ayuda. "La garantía siempre tiene precio", se decía Fausto. También dio órdenes exactas a Francesco de cómo explicar el motivo de su operación a la cuadrilla de matones que pudieran acecharle.

– Cuando te llame Gabriel debes decirle que has sufrido una insuficiencia respiratoria. Que sólo recuerdas haber despertado en la habitación del hospital y que por suerte la lista de donantes surgió efecto a tiempo para llevar a cabo el trasplante. Sólo de ese modo creerán que tu hospitalización no es una coartada. ¿Entendido?

Fausto conoce el nivel de las investigaciones y, tan cerca del desenlace, no puede cometer ningún error levantando sospechas a última hora.

v

Al colgar el teléfono, Ana habla seguidamente.

– ¿Por qué le has dicho que vamos a Barcelona? Pensé que podía confiar en ti. Podrías haber inventado que al final nos quedamos aquí, o cualquier otra cosa.

Ana sigue sin creer la historia que Francesco le contase a su padre. No halla garantía alguna para asegurar que el chico no miente con la única intención de salvar su propio pellejo, a la vez que cumple con su parte.

– No he visto necesidad de inventar nada. Tienes que entender que necesito un buen motivo para irme del hospital y dejar solo a un hijo recién operado que me ha salvado la vida; él tiene que saberlo. No puedo permitirme el lujo de dejarle al margen de esto. Ana, Francesco no miente. En el peor de los casos, en el caso de que tu hipotética versión sea cierta, de todas formas nos interesaría que piense que le creemos, ¿no?

– Yo sólo sé que mi vida depende de ti y de las fichas que muevas. Sólo quiero asegurarme de que sabes lo que haces y con quién hablas en cada momento. Recuerda que vine a disfrutar de unos días de relax y desde que me encontrase contigo, no han dejado de sucederme imprevistos que rodean tu mundo. Sólo espero poder confiar en ti y que no me falles, Fausto.

– Aun sabiendo que eres sumamente desconfiada, te confirmo por enésima vez que puedes confiar en mí ciegamente –añade burlón–. Si pudiese darte algo como garantía lo haría. No me gusta verte nerviosa, Ana.

De pronto, un pinchazo le deja sin oxígeno por unos segundos. Ana le da el ventolín que tiene sobre la mesita mientras él se aprieta el pecho.

– ¿Estás bien?

– Sí, sólo ha sido flato. Vamos a dormir, se hace tarde.

El tiempo de aclaraciones llega a su fin, el reloj de la mesa de noche marca las diez y media. Ultiman los detalles del viaje tumbados en la cama, recordando los horarios del vuelo y el coche que les

llevará hasta el aeropuerto. Cogerán un taxi a las cinco de la mañana desde casa de Fausto, el cual ya ha reservado. Ana va al aseo para preparar unas gasas estériles con las que limpiar la sonda de drenaje de Fausto. Aquel momento va a ser el de mayor contacto entre los dos desde que se cruzasen en sus respectivas vidas. Fausto se abre la parte superior del pijama, para que Ana pueda ejercer sus dotes de enfermera. Tan sólo la luz del baño y una lámpara de noche con luz suave alumbran la zona; suficiente para hacer las curas. Está nerviosa, lucha para disimular el temblor de su pulso; ahora él también lo está. Ese hombre cuarenta y tantos luce un cuerpo espectacular. Sus pectorales y abdominales están bien definidos, de un color dorado que aumenta más su atractivo. La chica clava su mirada en la herida, por rubor de cruzarse con la suya. Él, sin embargo, la observa atónito, viendo una vez más al ser más deseable y espectacular que haya tenido jamás tan cerca. Cuando termina, se dirige al aseo para guardar los materiales con la mirada clavada en el suelo. Él desea que al salir del baño le mire fijamente, para incorporase con delicadeza en la cama y encontrar sus labios. Ella, por su parte, desea que al tumbarse de costado, él la abrace para fundirse juntos en esa cama cubierta de seda.

– ¿La apago? –dice incorporándose, y cogiendo el interruptor de la lámpara de noche.

– Por favor.

Con una de sus caras más serias, responde un “vale” sin expresión alguna y se acomoda a su lado en posición fetal. Aquella actitud final, fría y distante, quizá hubiese confundido a otro hombre, pero no a él. A pesar de su inexperiencia con mujeres, tiene a su favor la capacidad de ver con más claridad que otros, pero prefiere no hacer nada. Cuando sea, será especial. Se queda boca arriba sin rozar su cuerpo. Transcurre más de una hora en la que ambos meditan en absoluto silencio sin acertar a hablarse. En más de una ocasión, Fausto piensa en buscar la mano de la chica, ella en girarse hacia el lado opuesto de cara a él y abrazarle. Ninguno resuelve hacer nada, y el sonido de las cinco se encarga del resto.

Despiertan con la alarma del móvil que suena a las cuatro y cuarenta y ocho de la madrugada. Han dormido cinco horas escasas, pero despertar uno al lado del otro les otorga energía extraordinaria. Ana cura de nuevo la herida de Fausto, se visten, escondiendo sus miradas, cogen la maleta y bajan a la calle. En la puerta está el taxi esperándoles. Ana, acostumbrada a los amarillos y negros de

Barcelona con las pegatinas y luces correspondientes, se extraña al ver ése demasiado negro y elegante. Sin duda, es un coche con chofer privado; Fausto le indica subir. El chofer baja a abrirles la puerta y guardar las maletas. En treinta minutos llegan al aeropuerto; el tráfico a esa hora es escaso. Se dirigen hasta la ventanilla de facturación y de ésta, con equipaje en mano, hasta la puerta de embarque. Ana, aún medio dormida, pues no ha tomado su necesario café matinal, tiene la sensación de que un hombre que viste gabardina gris les sigue desde que han bajado del coche.

– Se ha subido en este avión, está sentado dos filas más atrás. Va solo.

– Tienes buen ojo, tranquila, no nos sigue, viene con nosotros.

– ¿Cómo? ¿Le has contratado tú? ¿Quieres decir que estará con nosotros todo el viaje?

– Sólo hasta que aterricemos y salgamos del aeropuerto. Allí habrá otros dos hombres en su lugar.

– ¿Pero tú quién eres? ¿Un empresario multimillonario?, ¿o es que no has dejado el espionaje?

– De momento sólo soy la persona que has conocido hasta ahora y te he contado ser. Por lo demás, ya tendrás tiempo de saber. Intenta dormir, pequeña, el vuelo dura dos horas y seguro que estás cansada.

– ¿Dormir? ¡Ni lo sueñes! En cuanto venga la camarera del avión le pido un café con leche, lo único que me molesta es que no puedo fumarme un cigarro.

Fausto la mira, menea la cabeza de lado a lado y sonríe. A los diez minutos del despegue, Ana ya duerme profundamente con su cabeza apoyada entre el hombro y pecho de Fausto que, para su suerte, es el lado en el que no le han operado. A diez minutos del aterrizaje despierta.

– ¡*Buf*! ¡Qué dolor de cuello! ¿Me dejas pasar, Fausto?, quiero ir al lavabo, me estoy meando.

– No sé si van a dejarte las azafatas, acaban de anunciar que aterrizaremos en breve.

– Claro que van a dejarme, o eso… o me meo encima, así que ellas mismas.

– Está bien.

Ana se levanta del asiento, Fausto aparta sus piernas para que pase.

– ¡Señor! ¿Dónde va? –pregunta una de las azafatas a un hombre que se levanta al mismo tiempo que Ana.

– Disculpe, he de ir al servicio.

– ¿Señorita, usted también?

– Pues sí, o me meo encima…

El hombre la mira con complicidad, regalándole una enorme sonrisa con guiño de ojo incluido.

– Pueden pasar; luego por favor siéntense y abrochen bien sus cinturones, estamos descendiendo. En pocos minutos aterrizaremos.

“Vaya, creo que en este viaje no podré ni mear sola”.

El aterrizaje se da sin problemas; el avión llega puntual. A pesar de ser las siete de la mañana de mediados de diciembre, se ve desde la ventanilla un cielo despejado en un día que promete caluroso; tal y como indicase la azafata por el micro del avión. En el aeropuerto del Prat, como ha supuesto, les espera otro lujoso coche negro con cristales tintados del mismo color. Un Mercedes gama alta, modelo familiar. Suben. “Debe haberlo planeado todo esta noche mientras yo dormía, porque el resto del tiempo no le oí hablar con nadie. Sólo con el doctor”, deduce. De repente, Fausto la saca de sus pensamientos.

– Lo organicé todo cuando salí del hospital, camino a casa. ¿Soy rápido, no te parece? –le dice sonriendo mientras le entrega la maleta a uno de los hombres.

Ana le mira asombrada. Está empezando a aceptar que ese hombre tiene una capacidad muy inusual que le hace todavía más interesante. O puede ser que la casualidad juegue siempre de su parte. De pronto, el hombre que guarda las maletas esboza una sonrisa. A Ana le resulta un tanto molesta, sospecha que todos los allí presentes conocen las

cualidades de Fausto, haciéndola sentir inocente si no ignorante. De nuevo, ya en el coche, otra cuestión le surge automáticamente: “¿Y por qué me acompaña si tengo guardaespaldas, podría haberse quedado con su hijo?”. Seguidamente, le mira como esperando una respuesta.

– ¿Qué?

– No, nada.

– Me alegro, si te incomoda algo sólo tienes que decírmelo.

– No, está todo bien...

Por un momento se siente decepcionada. Quizás no son más que causalidades con alto grado de intuición, sólo eso. Como si estuviese al corriente de la frecuencia en la que se plantea ciertas dudas, Fausto toma partido.

– Sigues siendo tan desconfiada como siempre, por eso he querido acompañarte.

Ésta vez, al hombre que va sentado en el asiento del copiloto, el mismo que guardase las maletas, se le escapa una risa sonora.

– Perdón, discúlpeme, señorita Ana. Jefe, no era mi intención, es que no deja usted de sorprenderme.

El coche les lleva al hospital del Vall d'Hebron. Ana conoce el camino, motivo por el cual repara que están llegando.

– Fausto, he de llamar a Carmen.

– Sí, ya estamos cerca.

Coge el teléfono y marca, las manos le tiemblan.

– Hola, Carmen, estoy de camino, tardo unos diez minutos.

– Hola, hija, ¿vienes con tu madre?

– Sí, está conduciendo, pero me dejará en la puerta y se irá. Siente no poder subir a verle, pero tiene que irse al trabajo. Dice que en cuanto pueda se pasará.

– Está bien, querida, dale recuerdos. Oliver está dormido, es la habitación 304.

– ¿Estás sola?

– Sí, Joan vendrá más tarde, yo he dormido aquí.

“Mejor”, piensa. No le apetece lo más mínimo verse con la que era su familia hasta hace sólo cinco días, cuanto menos gente conocida haya mejor. Tener que fingir cuando empiecen a hacerle preguntas a las que no sabrá que responder no es una idea que la seduzca demasiado.

El coche estaciona en el aparcamiento del hospital. Los tres hombres suben a planta en el mismo ascensor que Ana, uno de ellos, el conductor, se queda en la entrada del pasillo sentado en uno de los bancos. Fausto y el que iba en el asiento del copiloto dan un paseo por el corredor hacia el lado opuesto de Ana, deteniéndose en la puerta de una de las habitaciones más cercanas al mostrador. La chica mira los números hasta dar con la 304. Cuando entra, siente un sudor frío recorrerle todo el cuerpo. Oliver está tumbado en la cama, dormido, tal y como le ha dicho Carmen. La madre descansa sentada en el sillón de las visitas, al lado del chico.

– Ana, gracias por venir –dice en bajo tono, levantándose a su vez del sillón.

– Hola, Carmen.

Se dan dos besos de cordialidad. Acto seguido, Ana se apoya en una de las barandillas de la cama para observar a Oliver, en silencio. Está tapado con una sábana hasta la altura de los hombros, tiene vendas y heridas en los dos brazos, además de tubos por donde le administran la medicación intravenosa. En la frente, una venda rodea la cabeza, su nariz también está vendada y el resto de la cara luce con varios rasguños superficiales; y el labio superior, hinchado del golpe. La imagen del chico le causa un terrible estado de confusión. Aquel que tiene enfrente, lleno de heridas y entubado, al que tan sólo hacía cinco días que no veía, le parece sólo un viejo amigo con el que hiciese meses que no habla. Se sorprende, en parte favorablemente, pues no esperaba sentir tal desapego emocional, más aún en la situación en que éste se encuentra. Mira la silueta de sus piernas, que reposan tapadas con la sábana, y desea con todas sus fuerzas que

pueda salir andando del hospital. No desea ningún mal para el que ha formado parte de sus obsesiones durante tantos años, y al que, pese a todo, ha amado tanto. En el peor de los casos, aun siendo Oliver partícipe de toda la trama en la que se ve envuelta, sólo desea que todo se arregle con el menor daño posible. Hace mucho ya que aprendió que desear el mal ajeno puede ser perjudicial para uno mismo. A su juzgar, cualquier persona tiene derecho a rectificar sus errores antes de ser lapidada.

– ¿Quieres que salgamos un momento al pasillo y te explico cómo está?

Recuerda a los tres hombres que están vigilando cada uno de sus movimientos y prefiere no tener que salir de la habitación, pero no tiene escusa alguna para negarse.

– ¿Has desayunado, Carmen?

– Me he tomado un café de la máquina, apenas he podido dormir.

– Si quieres bajamos un momento al bar. Yo todavía no he tomado nada.

– Preferiría estar aquí cerca, por si despierta.

– Sí, tienes razón. Vamos a la máquina entonces, y me cuentas mientras tanto.

La sala de máquinas está al final del pasillo y durante el paseo por el mismo Ana no distingue a nadie. “Fausto, no te vayas sin mí. No me dejes ahora”, piensa extrañada, y con un miedo repentino a que éste pueda abandonarla.

– ¿Alguna novedad?

– Ayer entró a quirófano por segunda vez. Le operaron uno de los nervios de la pierna derecha y la rodilla izquierda. La cosa no pinta bien. Todavía es pronto, pero no responde como debiera a la intervención.

– ¿Él lo sabe?

– Al final tuvieron que decirle que cabe esa posibilidad, justo después de colgar contigo. Se puso tan nervioso que hubieron de

inyectarle un calmante de dosis doble para que pudiese dormir. Pero no está todo perdido. En pocos días, cuando salga de aquí, empezará la rehabilitación. Creen que en el peor de los casos puede recuperarse al ochenta por cien.

– Y eso sería como...

– Eso sería como caminar con una cojera en la pierna derecha, que por lo visto es la que está más afectada. Los primeros meses tendría que ayudarse de unas muletas.

– Pero no está toda esperanza perdida. Puede que se recupere al cien por cien, ¿no?

– Puede ser, Ana. Ya sabes cómo son los médicos, se ponen en lo peor para curarse en salud. Eso espero, ojalá se dé un milagro.

– Bueno, seamos positivos. Hasta último diagnóstico no nos pongamos en lo peor. ¿Y de lo demás? ¿Está bien?

– Sí, por suerte ni el cerebro ni ningún órgano interno han sufrido lesiones. Sólo las heridas y rasguños que le has visto, que irán cicatrizando. ¡Le tuvieron que sacar una cantidad de cristales del brazo!..., ésta vez ha sido buena. –Ya era el tercer accidente de coche que tenía Oliver en tres años, pero en los otros no había tenido tan graves consecuencias–. Lo que me preocupa también –sigue Carmen– es lo de los antipsicóticos. Lo hemos hablado con él su hermana y yo, sin atosigarle demasiado, y él jura y perjura que no ha consumido nada. Insiste que alguien le drogó sin saberlo.

– ¿Alguien? ¿Pero no os ha dado nombres, ni os ha dicho cómo ni cuándo?

– No. Él sólo cuenta que estuvo dos días sin ir a trabajar porque se levantó, el día después de que tú te fueras, con un terrible dolor de cabeza. Fue entonces cuando vio que habían pasado más de cuarenta y ocho horas, y que tenía el móvil con un sin fin de llamadas perdidas. Según nos cuenta, no recuerda nada.

– Pero eso es muy raro. En casa retenido y drogado... ¿Quién va a hacerle eso? ¿Y para qué? Él mismo me dijo ayer que no podía coger el teléfono cuando le llamaba porque estaba conduciendo. No entiendo nada. Insistió haberme llamado varias veces sin conseguir ponerse en contacto conmigo. Cosa que me extrañó, porque no tengo

ninguna llamada suya. Sin embargo, estos días en Roma, sí que me han llegado mensajes suyos. Entonces… ¿cómo los escribió?

– Puede que no los escribiera él. A ver qué te dice a ti. No sé, ¡porque está tan raro!… Ya no sé qué pensar, de verdad. Oliver siempre ha tenido sus rarezas, pero ésta es demasiado grande. También nos dijo a nosotros que había ido a ver a un amigo suyo. No quiero agobiarle, Ana, hay que entender que con la noticia que acaban de darle no podemos avasallarle a preguntas o se pondrá más nervioso todavía. ¡Pobre hijo mío!, no ha dejado de insistir que cuándo venías.

– Sí, ya te dije que cuando hablamos me pedía que volviese, según él tiene algo importante que contarme; tuvo que ser justo antes del accidente.

Terminan el café y vuelven a la habitación. Dentro hay dos enfermeras administrándole la medicación por las vías; Oliver sigue dormido. Cuando están solas de nuevo, continúan hablando en tono bajo por si el chico despierta.

El móvil de Ana marca las ocho y cuarenta de la mañana. Por la ventana del cuarto, ya se puede ver el sol brillando con toda su fuerza. Con el café empieza a despertar, no obstante, siente su cuerpo débil y cansado, a pesar de que su mente va a mil por hora, como de costumbre. A las nueve y veinte sale un momento para, según dice a Carmen, ir al lavabo. Mira a un lado y otro del pasillo y allí, en una de las puertas de servicio, está Fausto.

– Qué alegría verte. Por un momento creí que te habías marchado.

– ¿Sin ti?, nunca. ¿Va todo bien?

– Con ella sí, por suerte no me ha hecho preguntas del viaje. Él está dormido.

Entra al lavabo, cuando sale Fausto ya no está. En cambio, le parece ver al conductor del coche paseando por el final de la planta. Cuando entra a la habitación, Oliver está despertando.

– ¡Mira, Ana, parece que despierta!

Poco a poco abre los ojos. Cuando ve a Ana, la mira fijamente con rostro de incredulidad. Aún algo dormido por los calmantes, musita su nombre.

– Hola, Oliver, soy yo. He venido en cuanto he podido.

– Ana… mi dulce Ana. Necesitaba tanto verte. Parece que hiciese siglos que no nos vemos. ¿Ya te ha contado mi madre? –pregunta medio dormido.

– Le he explicado cómo estás, hijo, y que pronto vas a recuperarte –interviene.

– ¡Déjate de formalismos, mamá! ¿No le has dicho que a lo mejor no vuelvo a caminar? –musita intentando incorporarse un tanto en la cama.

– Cuidado, Oliver, no hagas esfuerzos. Tienes que estar tranquilo, no es el primer susto que tenemos y al final siempre te recuperas. Eres muy fuerte, ya lo sabes; tienes una estrella, sé positivo. Todo saldrá bien, ya verás –interviene Ana.

– Ana, estás guapísima, aunque más delgada creo, ¿ya comes?

– Claro que como, serán los nervios de estos días.

– ¿A qué día estamos?, de verdad, parece que hayan pasado meses. Acércate, por favor, dame la mano. Esta gente me tienen todo el día dopado, casi no puedo moverme.

Ana le da la mano y besa su frente. Qué extraño no besarle en los labios. De pronto cree que una lágrima se escapa a uno de sus ojos, pero no. Él intenta, una vez más, incorporarse sobre el cabezal abriendo sus brazos con las vías de plástico, como reclamándole un abrazo. La joven, como puede, teniendo especial cuidado con los tubos y heridas, se acerca a su cuerpo. Están varios segundos cogidos, durante los cuales en el corazón de ambos el tiempo parece interrumpido. Cuando se separan, Oliver pide a su madre que les deje a solas.

– ¿Acaso molesto? –responde en un tono algo arrogante.

– Por favor, ¿puedes dejarnos a solas? –insiste Oliver.

v

Cuando la mujer de mala gana sale del cuarto, Oliver retoma la

conversación.

– Ana, tengo que explicarte algo muy importante –aunque está más despierto, le cuesta vocalizar a causa de la herida en el labio superior y los calmantes.

– ¿De qué se trata?

– Es sobre mí, y sobre ti.

– Tú dirás –contesta perdiendo la dulzura, y recordando los mensajes de móvil.

– Creo que quieren separarnos, nos están jugando una trampa. Alguien me ha tenido en casa secuestrado y drogado. Cuando desperté ayer, conseguí coger el móvil y te llamarte, pero puede que marcase mal el número, por eso no ves mis llamadas. Estaba drogado...

Ana no da crédito a lo que oye. No alcanza a entender cómo alguien puede haberle hecho tal cosa, aunque no pone en duda sus palabras. Sabe que, a pesar de todo, Oliver no le engañaría en algo así.

– ¿Y no te contestaba nadie?

– ¿A qué te refieres?

– Si marcaste mal mi número, te habrá contestado otra persona... ¿no fue así? –pregunta suspicaz.

– No recuerdo bien. Puede que no marcase bien ningún número, estaba ido completamente. Ana, entiendo que no me creas, pero te prometo que no miento.

– Pero... ¿por qué? ¿Por qué piensas que esto tiene que ver conmigo, con nosotros dos?

– ¿El qué?

– Lo de tu supuesto secuestro, ¿qué tengo yo que ver en todo esto?

– Por los mensajes, Ana, no los escribí yo; la retorcida persona que lo haya hecho no se ha molestado ni siquiera en borrarlos. Cuando desperté, busqué el móvil, salí de casa, y una vez en el coche los leí. Estaba como loco, pero no tenía fuerzas. Entonces volví a quedarme

dormido en el asiento del Patrol; luego fue cuando tú me llamaste. Quería ir a buscarte, iba a hacerlo cuando tuve el accidente. Me dirigía al aeropuerto.

A pocas paredes Fausto la espera impaciente. Sabe que la conversación con el chico puede ser decisiva. Para una persona tan vulnerable e influenciable como ella, cualquier cosa que le cuente Oliver puede ocasionarle grandes dudas. Y aquello le sitúa en posición de desventaja. Luchar con un novio de tanto tiempo, con el que ha tenido tantas vivencias y más ahora que lo tiene cara a cara y en su ciudad, no es tarea fácil. Él ha irrumpido en su vida hace tan sólo cinco días, desde entonces, todo han sido más problemas, historias sacadas de una novela policíaca, sumado a un hijo que, al parecer, tiene órdenes de matarla. "Quizá tendría que haberle contado menos o, todo lo contrario, a estas alturas tendría que saber más. Pero no vale la pena pensar en eso. Ahora no tiene caso arrepentirse de nada; arrepentirse no sirve –se dice en un intento de mantener la confianza–. Además, ella sabrá escoger."

Mientras tanto, en la habitación, Ana sigue escuchando al chico.

– Todo esto no habría pasado si te hubiese contado desde un principio algo que llevo demasiado tiempo guardándome, pero no puedo dar marcha atrás. Sólo quiero que sepas que si no lo hice en su momento fue para que no sufrieras, para que no dejases tu trabajo y sobre todo... sobre todo por miedo a perderte.

– ¿Te refieres a Josefine, cierto?

– ¿Recuerdas aquel sueño que tuviste?, en el que según tú Josefine y yo... Bueno, ocurre que un par de semanas antes llamó a casa. Tú aún no habías vuelto del trabajo. Me dijo que necesitaba verme, me rogó largo rato. Yo le decía que no, pero al final, ya me conoces, me cuesta negarme a lo que me piden entre súplicas. Accedí ir a verla, sólo sería un momento y en un bar. Después de varios motivos terminó por convencerme para que fuera a su casa.

– ¿Te convenció? ¡Que te puso una pistola al teléfono! –Oliver suspira.

– Me dijo que ya se había puesto el pijama y que allí estaríamos solos para hablar con más intimidad, que no tenía por qué pasar nada; que no iba a pasar nada.

– ¡Qué lista!... ¿Y qué fue lo que pasó? ¿Por qué te llama Josefine para veros? ¿Es tu amante, acaso?

– No es lo que piensas, ni pasó lo que piensas...

## CAPÍTULO XXVI *Una obsesión*

"Es más que evidente... –piensa, mientras camina por las calles de Roma haciendo tiempo para su cita con Francesco–, es Josefine, ¡claro! Por eso tuve aquel sueño. ¡Lo sabía!, sabía que se gustaban, ahora todo encaja. Cuando le conté que me había reencontrado con Oliver en la facultad se alegró mucho por mí, pero cuando le vio en persona se quedó pálida. Y él también. Era como si... ¡como si se conociesen! ¡Pero qué tonta he sido! ¡Cómo no he podido darme cuenta antes! Desde luego el amor es ciego, pero ciego de verdad. Por eso aquella historia que me contó la tarde que nos quedamos solas en la tienda, ¡era ella!, no su amiga. Me aconseja retomar mis estudios y me acerca a él sin saberlo. Se puso el cepo ella sola y ahora lo desata".

*– ¿Ana, puedo contarte algo?*

*– Sí, claro, ¿qué pasa?*

*– Hay una amiga, una amiga que conocí hace unos meses, que lo está pasando fatal; me pide consejos y no sé qué decirle, no tengo mucha experiencia sobre el tema.*

*– ¿Qué tema?*

*– Hombres –dijo tajante–. El caso es que ella estuvo saliendo durante un año con un chico que conoció en el trabajo. Al parecer, estaban muy enamorados, pero, de repente, un día el chico le dice que tienen que dejarlo. Mi amiga, obviamente, le preguntó por qué. Él le explicó que había otra chica, una chica a la que todavía no había olvidado y de la que no sabía nada hasta que un día se cruzasen por azar. Por lo visto, él no había*

*dejado de amarla y ella a él tampoco, así que decidieron darse otra oportunidad. Mi amiga le pidió que le hablase de ella, pero éste no quiso darle ningún dato. Finalmente optó por asumir su derrota, todo y quedarse destrozada y mantener la esperanza de que cambiase de opinión y volviera a su lado. Un tiempo después de aquello, Oliver, el ex de mi amiga, dejó el trabajo y en su lugar entró una chica. Esta chica y mi amiga fueron intimando; una tarde le contó que se había reencontrado con su ex pareja a la que hacía varios años que no veía, y que estaba muy feliz porque habían retomado la relación.*

*– Los ex siempre vuelven... –interrumpió Ana–. Mira yo con Oliver. Perdona, sigue...*

*– Sí, eso dicen... El caso es que cuando mi amiga vio al novio de su nueva compañera, se quedó helada, porque era su ex pareja.*

*– ¿Cómo?, me he perdido.*

*– Que el novio de su compañera era el mismo con el que ella había estado hacía un tiempo, del cual seguía locamente enamorada; el que la dejó por la otra chica.*

*– ¡Qué fuerte!, ya entiendo, ¡Dios, qué casualidad! Pero él sabía que tu amiga trabajaba en el mismo sitio que ella, ¿no?*

*– No al principio, pero qué iba a hacer, él también debió quedarse muerto cuando supo que trabajaban juntas.*

*– ¡Madre mía, qué fuerte!..., qué pequeño es el mundo…*

*– El caso es que, ahora mi amiga es encargada de la tienda y no se atreve a contarle nada a su compañera. Por lo visto, un día él fue a hablar con mi amiga a escondidas de la otra y le pidió que por favor guardase silencio, que no le dijese nada a su novia. Que lo de ellos ya era pasado, y no quería que su chica perdiese el trabajo o sufriera si se enteraba de su romance con ella. Que sentía mucho esa casualidad del destino pero que, por favor, dejase las cosas como estaban. Su novia estaba feliz en ese trabajo, más de lo que había estado nunca en cualquier otro, y saber lo que hubo entre ellos lo estropearía todo, pues sería incómodo para las dos trabajar juntas.*

*– Pero eso es injusto... ¡tu amiga se lleva la peor parte!*

*– Eso mismo pienso yo. El tema es que mi amiga no sabe qué hacer, si*

*contárselo a la otra, hacer que la echen del trabajo para evitar el dolor de verla cada día y que le hable de su relación con él… Tampoco quiere traicionarle a él, después de todo sigue locamente enamorada de su ex y mantiene la esperanza viva de que éste un día le diga de volver.*

Era evidente, cómo no haberse dado cuenta antes. Por eso Oliver muchos sábados, cuando iba a buscarla a la tienda, no quería entrar y prefería esperarla fuera; y si acababa entrando, era porque Ana le insistía y éste no quería mostrarse maleducado. "Pero ellos dos no se conocieron trabajando, se conocieron en la facultad, ¡claro!, cuando Oliver estudiaba Historia del Arte –seguía deduciendo Ana, a puertas del albergue–. Pero tenía que cambiar un poco la historia para que no fuese tan evidente. Aunque curiosamente el nombre de él no se molestó en cambiarlo, quizás se le escapó y prefirió seguir contándome sin titubeo alguno. Hubo de pensar que soy una ingenua a la que cualquiera puede tomarle el pelo… Josefine regaló a sus padres aquel viaje de dos semanas para que cerraran la librería y yo tener vacaciones. El plan siguiente sería que Oliver, de manera muy sutil, me incitase a viajar, pero ésta era la parte más difícil, ya que yo no podía sospechar que él quería que me fuese. En cualquier otro contexto no le habría parecido para nada correcto que viajase sola durante dos semanas, motivo por el cual tendría que fingir estar en desacuerdo. Sería una invitación al descuido, lo más ingeniosa posible, si no yo podría sospechar. El plan lo cerró Josefine. Lo siguiente sería que Oliver dejase en el ordenador algún programa en pantalla, que hablase sobre un lugar exótico por el que pudiese sentirme fascinada; y ella sabe mi afición por el programa de sucesos paranormales. Con mi carácter impulsivo y con dos semanas libres por delante, no dudaría en querer ir. Cuando se lo comentase a Oliver para pedir su aprobación, éste se negaría en su intento de evitar sospechas. Y yo, para demostrarme que puedo mandar sobre mí, haría justo lo contrario: irme. Josefine sabía que estábamos pasando por una crisis, así que era arriesgado pero podía funcionar. Además, le había comentado mi intención de hacer algún viaje cuando tuviese vacaciones".

Todo encajaba a la perfección, sólo había un pequeño detalle que se le escapaba: "Si habían planeado toda esa estrategia para estar juntos quince días, ¿por qué Oliver me envió ese mensaje cuando llegué a Roma? ¿Por qué hacerme tanto daño estando sola a cientos kilómetros de distancia? Si tenía pensado contarme su *affeir* con otra, ¿para qué todo ese teatro? Quizás no tenía pensado hacerlo, pero luego su mala conciencia le impedía estar en nuestra casa con otra sin yo saberlo. O quizás su parte más cruel al ver su orgullo atacado, le

hizo vengarse aun habiéndome engañado de esta manera...”

v

En la habitación de hospital, Ana recuerda cómo después de leer aquel mensaje electrónico con remitente desconocido, intuyó que podía ser obra de Josefine. Y como antes de entrar al albergue en busca de Francesco terminaba de encajar las piezas. Ahora, con Oliver a tan sólo un metro de distancia, su pánico empieza a desvanecerse para dar cabida a una única pregunta: “¿entonces es ella quien contrató los servicios de Francesco? ¿O fueron los dos?”. Pasados unos segundos, e ignorando los pensamientos de Ana, Oliver sigue hablando.

– Fui hasta su casa porque me tenía amenazado. Me chantajeó con que o te contaba lo que hubo entre nosotros –hace un silencio mirándola fijamente– o lo haría ella. Lo siento, no ha habido un solo día en el que no me haya arrepentido.

Oliver calla en ese instante para coger la mano de la chica, pero ella hace el amago de impedírselo.

“Entonces mis cábalas eran ciertas, yo estaba en lo cierto”, medita.

– Ana, Josefine y yo nos conocimos estudiando en la facultad, antes de que tú y yo volviésemos a vernos. Cuando empezaste a trabajar en la librería no imaginé que era la hija de tus jefes. El sábado que fui a buscarte por primea vez y la vi me quedé helado. Desde ese día no he hecho más que meter la pata en mi intento de dar con una solución. ¡He sido un completo imbécil! Me asusta pensar que pueda perderte, eres lo más importante que tengo... lo único, mi musa... –dice Oliver entre lágrimas.

– Siempre te pasa igual, haces cosas según tú sin pensar de las que luego te arrepientes; ¿cuándo vas a madurar? –le reprocha, evitando sus brazos.

– Mi intención fue que no sufrieras y no perdieras tu trabajo, la cagué, pero déjame que te cuente. Josefine y yo tuvimos un romance antes de que tú y yo nos reencontrásemos, para entonces, ¿cómo iba a saber que seriáis compañeras de trabajo? Cuando te vi en la universidad ella y yo salíamos juntos, pero al día siguiente le dije que teníamos que dejarlo porque me había reencontrado con mi único y gran amor. Lógicamente no lo encajó bien, pero con el tiempo todo

siguió su curso con normalidad... hasta que os vi juntas en la librería. Ana, no quería que te afectase en tu trabajo, sé lo desconfiada que eres y si te decía que la hija de tus jefes y yo habíamos sido novios...

– No existe problema alguno con eso, tú eras libre y ella también, pero ¿cómo se te ocurrió escondérmelo? ¿Acaso crees que iba a hacerle algo?

– Por miedo. Sé lo celosa que eres, y lo feliz que estabas en la librería Calabuig. Tuve miedo de estropearlo todo si te lo contaba, pero pasado un tiempo la que empezó a sufrir con todo ese engaño fue ella, por eso quiso verme aquel día en su casa.

– Bien, ¿y qué pasó? –le corta.

– Me dijo que se le hacía muy difícil verte cada día y seguir ocultando lo sucedido. No dejaba de insistirme que te lo contase, hasta que al final le dije que sí, que lo haría. Desde ese día me llamaba con frecuencia para preguntarme si había hablado contigo, a lo que siempre le respondía que me diese unos días más, que era muy violento para mí contarte tal cosa. Cuando tuviste aquel sueño en el que nos veías juntos, días después de verme con ella, me entró un miedo horrible de que no fueses a creerme si te decía que no había vuelto a pasar nada entre nosotros.

– Y al final, ¿por qué no me lo contasteis ninguno?

El chico la mira de nuevo fijamente, y como pidiendo clemencia prosigue.

– Ésta es la parte que más odio contarte… –A Ana se le pasa por la cabeza la posible “parte”. Y está en lo cierto, pues el sueño que tuviese en la casa de Caldes en el que vio a Oliver y Josefine haciendo el amor había sido muy real. Parece como si su intuición, o su don, tal y como dice Fausto, empezase a funcionar con más claridad.

– Porque sucumbiste a sus chantajes pasionales, ¿puede ser? ¿Verdad o no? Sí, verdad –le increpa nerviosa.

Oliver la mira apenado, ya sin llorar, y deseando no haber de contestarle.

– Ana...., en ese momento fue la única opción que tenía. Soy un cobarde, no sé aceptar responsabilidades de ningún tipo y siempre

termino fastidiándolo todo.

– Así que mi sueño fue premonitorio, pues pude ver cómo disfrutabais dándoos placer. ¿Vas a decirme también que son fantasías mías?, ¿que no disfrutabas con ella?

– Eso sí que no, Ana. Cada vez que me veía obligado a tener algo con ella, obligado, insisto, me acordaba de ti, de nuestra casa, de nuestros animales... deseaba que todo terminase pronto. Me sentía como si estuviese prostituyéndome. De hecho, ella lo notaba y lo que al principio le bastaba, al final no era suficiente. Llegó a amenazarme con explicártelo todo si no te dejaba. ¡Está loca!, esa chica no está bien de la cabeza. Es más, estoy convencido que es ella la que me ha tenido en casa drogado estos días. Incluso me atrevería a decir que la decisión de irte a Roma tiene que ver con ella. ¿Te insinuó que hicieras ese viaje?

– Creía que había sido idea de los dos... –contesta desafiante.

"Cómo puedes mentir tanto y mirarme a los ojos fijamente", piensa. Calla unos instantes, eludiendo la respuesta que vaya a darle y recordando el programa en el ordenador. Le mira fijamente en un intento de contener la furia, dadas las circunstancias en las que se encuentra. En cualquier otra situación, le haría un interrogatorio completo, además de acusarle de infinidad de cosas, pero verle en aquella cama, habiéndole comunicado los médicos la posibilidad de no volver a caminar apacigua sus impulsos más frenéticos. Una parte de ella le dice que Oliver no miente, no en todo. "Entonces, el programa en el ordenador, el viaje... ¿fue sólo obra de Josefine? No puede ser, ella no estaba en casa para dejar el ordenador encendido. ¿O sí? Esto es de locos, me pierdo..."

– Ella no me dijo nada de ningún viaje, si es a lo que te refieres. Más bien creo que lo planeasteis juntos, para estar solos unos días. Aunque conociéndote, imagino que la mala conciencia te hizo escribir aquel mensaje de que nuestros animales estaban bien, que visitase el parque y lo mucho que me querías. Puede que entonces Josefine lo leyera y decidiera drogarte, ¡vete a saber qué le pasa por la cabeza! Pero ya me da igual, puedes hacer con ella lo que quieras. Ni siquiera sé si volveré a la librería, mi vida ha cambiado, ya no soy la misma, Oliver.

Mientras le habla, busca en su cara alguna expresión que le delate. Oliver sigue callado, como si no tuviese argumento alguno para

rebatirle y aceptando que Ana ha ganado la batalla.

– Ya veo que no vas a creerme, al menos no ahora. Yo no planeé nada con ella, te lo prometo. Todo lo que haya podido hacer ha sido idea suya.

Es consciente que por más que le ruegue, ha perdido la partida. Ana no le perdonará jamás esa infidelidad plagada de mentiras.

– No quiero discutir contigo, es más que evidente que no vas a reconocérmelo. Oliver, aprovechando que estoy en Barcelona me pasaré por casa a coger algunas de mis cosas. Los animales imagino que están con tus padres; te pido que cuides a Lilith, necesita mucho cariño. Cuando vuelva, ya veremos qué hacemos con ellos.

– Pero Ana... ¿dónde vas? ¿Vas a irte otra vez? ¿Hasta cuándo? –le cuestiona impotente, postrado en esa cama de hospital.

– Me voy unos días. No sé cuándo volveré, pero lo haré, aquí tampoco puedo hacer nada por ti. Llamaré a menudo a tu madre para que me diga cómo estás. Deseo que te recuperes lo antes posible. No voy a guardarte rencor. Si necesitas hablar llámame, no dudaré en cogértelo sea la hora que sea, cuenta conmigo para eso. Seguramente me sienta egoísta cuando salga por esta puerta por dejarte de este modo, pero he de ordenar mis ideas y para eso necesito ausentarme unos días. Si no lo hago tampoco seré buena compañía, créeme. Espero que lo entiendas, no quiero sentir que te abandono en un momento tan duro para ti, lo siento.

– Si supiera que volverás del viaje y estarás de nuevo a mi lado, no me importaría que te fueses unos días y reflexionaras el tiempo que te haga falta, pero me da miedo que no vuelvas nunca y perderte para siempre. Tampoco quiero que me des falsas esperanzas por compasión. Si necesitas ir, vete, no puedo rogarte, Ana, no me veo con derecho a hacerlo; aunque me gustaría, es más, me daría la vida que te quedases aquí, conmigo. Estoy arrepentido por todo lo sucedido, no puedes imaginarte lo culpable que me siento y lo que me ha costado contarte esto. Pero no podía seguir ocultándotelo por más tiempo. Ana, ahora que te tengo delante sé una vez más que eres la única mujer que me ha importado siempre. – “Si hicieras las cosas como debes, no tendrías que vivir siempre arrepintiéndote”, piensa ella.

Esa frase final de Oliver en la que “chantaje y emocional” van de la mano, la conoce muy bien. Son propias de él, aun sabiéndolo siempre

ha caído en su juego. En esta ocasión, viéndole en la cama entubado hubiese sido motivo más que suficiente para ceder a sus súplicas, sin embargo no lo hace. Lo que tiempo atrás hubiese habido entre ambos se ha roto de principio a fin, sus palabras ya no le llegan al corazón como antes. Ahora, mientras le escucha, sólo siente indiferencia, fruto del vacío de sus palabras. “Es un mentiroso”, se convence.

Por su lado, Oliver es consciente de que no le mira como siempre tras una pelea, intentando aguantar la compostura para ocultar su debilidad. En cambio, ella se siente segura de sí misma y de su decisión, constatando que la Ana débil ha desaparecido. Oliver, que lo percibe, sabe que la ha perdido para siempre.

– Ana, antes de que te vayas quiero decirte algo, sólo hay un mensaje que sí te escribí yo.

La chica que ya camina derecha a la puerta, se gira de golpe.

– ¿Cuál?

– El último. – “Vuelve, no hagas caso de nadie...”, recuerda.

– ¿Y bien?

– Hace unos meses, cuando Josefine me llamó me introduje en un juego. Un juego del que es la autora. Éramos cinco participantes, tres hombres, ella y yo. Si te soy sincero, aún no sé bien por qué acepté formar parte en la partida. Tenía lugar en un local de Barcelona que alquilaban entre los cuatro; las partidas eran los sábados por la mañana, cuando tú trabajabas en la tienda. Como sabes, en los últimos años no he tenido apenas amigos y me pareció una buena idea para relacionarme con gente.

– ¿Te obligó ella a participar? –pregunta irónica.

– A medias; en cierta manera me apetecía jugar, no voy a engañarte. El caso es que cada uno de los participantes teníamos que crear un personaje. A su vez, estos personajes tenían aliados y enemigos. El juego consistía en vencer a los enemigos, e ir descubriéndonos unos a otros. A lo largo de las partidas, con una serie de jugadas y preguntas, podíamos hermanarnos unos con otros e intentar descubrir quién era el enemigo de quién.

– ¿Una partida de rol?

– Exacto. Al parecer, Josefine y los otros llevaban tiempo jugando, pero me fue fácil aprender e introducirme en el tablero. A las pocas partidas descubrí quién era su enemigo –hace una pausa–. Lo que quiero decirte es, que empecé por pura diversión, para pasar el rato, conocer gente, pero creo que ella se lo toma demasiado en serio.

Ana escucha con atención. Enseguida recuerda el mensaje de correo recibido en Roma. “No falla, era Josefine”, se dice.

– Ana, tienes que perdonarme por todo el daño que te he hecho, pero ahora lo más importante es que tengas cuidado. Esa chica está loca, sé que es ella la que me ha tenido retenido y drogado en casa tres días, y temo que pueda hacerte algo.

Oliver espera a que Ana hable. La chica le mira atónita, sin mediar palabra ni gesto alguno. De pronto ríe y mira a Oliver.

– Ahora sí que abriste la caja de Pandora. No te preocupes, estoy a salvo. – “Gracias abuelo”, se convence.

Oliver la mira asombrado y sin hablar mientras ella sale de la habitación. Se despide de Carmen, que espera fuera en el pasillo, y se disculpa por tener que irse tan rápido; le avisa de llamarla a diario. Carmen, con cara de pocos amigos, le desea suerte no sin antes decirle algo:

– Vaya un momento eliges para viajar, aunque tú sabrás, ya eres mayorcita.

Sin duda, su ex suegra vuelve a culparla de los infortunios de su hijo, como hiciese tiempo atrás, cuando sólo eran dos adolescentes y Oliver decidía irse a vivir fuera.

Sale de la habitación, recorre el pasillo hasta dar con uno de los tres hombres, y bajan las escaleras hasta la entrada principal. Carmen, que ya ha entrado a la habitación, no llega a verles. Van hasta el aparcamiento; a los pocos segundos, llegan Fausto y el otro hombre más joven. Suben al coche, y se dirigen por la ronda de Dalt hasta la C-58, salida Lliçà de Vall, destino: Caldes de Montbuí.

Segura de sí misma y de su don, recuerda la conversación sentada al lado de Fausto. “No me equivocaba con ella, yo estaba en lo cierto. Aunque quizás sea verdad que Oliver no planeó mi viaje; puede que

sólo fuese obra de ella”. De pronto le mira, y le dedica una sonrisa.

– Debes practicar más; estás aprendiendo rápido, pero te queda mucho trabajo, no quieras precipitarte.

– ¿A qué te refieres? –le contesta desdibujando la sonrisa y con el entrecejo fruncido.

– A tu don; aún tienes la mente algo caótica, mi querida esquimal, por eso te digo que no te precipites en sacar conclusiones. Pero tranquila, no me cabe la menor duda de que serás una brujita formidable –le susurra guiñándole el ojo.

## CAPÍTULO XXVII *Caso cerrado*

– Tu hermano nos está traicionando.

– ¡Pero qué dices! ¿Por qué?

– Porque lo sé. Mira, hijo, te llevo muchos años de experiencia, ya sabes lo que dicen, sabe más el diablo por viejo que por diablo.

– Ha tenido un accidente; sí, sé que es una coincidencia jodidamente asquerosa, más aun siendo su segundo trabajo, pero podría habernos pasado a cualquiera.

– Sí, pero se da la casualidad de que esa jodida y asquerosa coincidencia a los demás no os ha pasado nunca. Y en parte la culpa es tuya. ¿Cómo se te ocurre dejarle solo? Te di órdenes exactas de acompañarle en sus primeros trabajos, para asegurarnos que no fallaba. ¿No irás a decirme que tú también eres un sentimental?

– ¿Qué insinúas, viejo? Claro que no. Ya te expliqué que no me dejaron pasar la aduana, una *puta* casualidad también. Fue entonces cuando me convenció para ir solo. Le vi tan seguro que no dudé de él. Ha sido un contratiempo, sólo eso.

– ¿Un contratiempo? ¿Cómo cuál? ¿Como el de la noche que invita a un desconocido a cenar con vosotros? Hijo, ¿a quién pretendes convencer?

– Eso no fue así exactamente. Yo subí a la habitación a ducharme y…

– Sí, ya me lo has contado más de cuatro veces… y el hombre se le presentó y como no sabía qué hacer, ni qué decir… A eso mismo me refiero, cuando uno está empezando no se trata sólo de darle al gatillo, hay que ser impecable antes, durante y luego. Se ha de saber cómo actuar en cualquier situación ¿comprendes? Estoy seguro de que tú no le hubieses seguido el rollo.

– Pues no. Tengo experiencia, pero yo al principio también la cagué un par de veces, ¿o no lo recuerdas?

– Perfectamente, por eso puse a tu lado al mejor instructor que podías tener; precisamente para eso. Así que reconoce tu error y haz caso a tu padre cuando te dice que Francesco nos ha jugado una trampa. Lo que más me decepciona es que no te des cuenta, Gabriel. No quiero sentimentalismos, ¿me oyes? En este oficio los sentimientos están fuera de lugar. Las escusas baratas déjalas para tu mujer, no para mí. Aquí no estamos para defendernos unos a otros, en cualquier paso ciego nos jugamos mucho. Somos herramientas de trabajo y no podemos permitirnos fallar. Y si una de esas herramientas no funciona debemos prescindir de ella, o podría darnos muchos problemas innecesarios, ¿entiendes lo que te digo?

– ¿A qué te refieres con prescindir de ella?

– Sabes muy bien a qué me refiero, no te hagas el ingenuo conmigo. Mañana mismo viajarás a Roma e irás a ver a tu hermano; de la chica me encargo yo.

– ¿Y qué se supone que debo hacer?

– Averiguar si estoy en lo cierto. Si es así lo sabrás, aunque él no te lo diga podrás notarlo en sus ojos. Tu hermano es más débil que tú. En ese caso, si nos está traicionando, disponemos de una única y lamentable solución.

– ¿Has perdido el juicio?, yo no puedo hacer eso.

– Sí que podrás, esto te lo has buscado tú dejándole solo y sin vigilancia. Así que vas a encargarte tú de solucionar la negligencia tan grave que has permitido. ¿O te importa más su vida que la nuestra?

– Estás desvariando, viejo, ¿no hay otra manera? Tiene que haber otra manera... ¿o es que hemos perdido el juicio? Es mi hermano, ¿recuerdas?, hablaré con él y te demostraré que estás equivocado. Francesco jamás me traicionaría.

– Otra manera se llama buscar un buen abogado que te libre del trullo para siempre. Si es eso lo que quieres adelante, pero será por encima de mi cadáver.

– ¿Por qué estás tan seguro de que sabré ver si nos ha engañado?

– Si alguien puede con la sensibilidad de ese chico eres tú. Ten por

seguro que si es así, terminará por confesártelo. Pero para ello debes prepararte bien el papel; ponte de su lado. Cuando te diga que la chica sigue viva, suéltale algo como: “Normalmente quienes sobran son capitalistas llenos de ambición que no hacen más que joder a otros. No sé si yo hubiese sido capaz…” ¿Me sigues?

– Bueno, no sé si podré… ¡*joder*, es mi hermano! Me prometiste que no le meterías en esto y no cumpliste tu palabra. Así que el primero que ha fallado eres tú. ¿Por qué no te encargas tú mismo de hacer justicia?, dime.

– No intentes darme la vuelta, Gabriel –le dice Josep en tono imperativo–, y no me hables así. Si hubieses hecho caso de mis indicaciones, no tendría lugar esta conversación. Así que no hay más que hablar.

Gabriel no sabe qué decir. Si el viejo sospecha que tenía intenciones de dejar el trabajo y decírselo a su hermano, puede que quiera matarle a él también. “Yo iba a dejarlo por voluntad propia, sin denunciarle. Pero si es verdad lo de Francesco… ¡*joder*!”.

– Si nos ha traicionado, entonces supongo que su vida es un peligro para nosotros. ¡*Mierda*! Francesco un topo… No puede ser verdad ¡Maldita sea!

Padre e hijo se beben media botella de ron que tienen en la cabaña, hasta aclarar todos los puntos del viaje. Son las once de la noche, han reservado un vuelo a las ocho de la mañana para que éste vaya a hablar con su hermano. Al final de la conversación, una nueva orden de Josep coge por sorpresa al muchacho.

– Por cierto, se me olvidaba algo. Pasará a recogerte Flavio por el aeropuerto, estará allí en cuanto aterrices. Como comprenderás, no puedo permitir que estés tú solo.

– ¿Flavio? Sabes que desprecio a ese tipo más que al peor de mis enemigos. ¿Por qué no puedo hacer mi trabajo solo, como siempre? Di. En todos estos años nunca te he fallado y ahora tampoco, sólo que no pude coger ese avión, te lo he dicho mil veces. El único fallo fue no avisarte, pensé que lo haría.

– Tengo que asegurarme de que no va a darse otro contratiempo –añade sarcástico–. Así que recuerda, en cuanto desembarques enciende tu móvil, Flavio te estará esperando. Sé puntual, ya le

conoces, es metódico pero impaciente.

– ¿Y qué hace ése en Roma? Sabes que no me fío de ese tipo, no me da buena espina; ¿qué *coño* hace un italiano entre nosotros? De repente Zacarías tiene un sobrino del que no te ha hablado nunca... ese tipo no es de fiar. Si ni siquiera es un profesional, sólo está aprendiendo.

– Pues mejor aún, aprovecha para enseñarle. A ver si esta vez se te da mejor. Cuando regreses, ya te daré más detalles, ahora sólo obedece mis órdenes.

v

Llega a la capital romana alrededor de las once. Enciende el móvil. Puede avistar a Flavio en una de las puertas de salida, tal y como le indicase Josep. Se dirigen al hotel que, una vez más, ha reservado el viejo con uno de los carnés falsos de Gabriel. Dejan sus pertenencias y cogen el coche que tienen alquilado para dirigirse a Bomarzo. Gabriel llama a su hermano para decirle que está de camino.

– He venido a verte y a zanjar este asunto. Mi padre sabe dónde estás, él mismo se encargó de localizar el hospital –le aclara.

Francesco le avisa que es peligroso, que hay dos hombres vigilándole.

“El viejo está en lo cierto”, se dice. Pero no piensa en lo que va a encontrarse; ahora sólo quiere cumplir con las órdenes de Josep.

Avanzan hasta el lugar. Francesco le insiste que no lo haga, que dé marcha atrás, pero éste no le hace caso, únicamente le pide el número de habitación una y otra vez. Finalmente, Francesco cede a dárselo, de todos modos lo conseguirá en el mostrador. Los francotiradores, avisados por el guardaespaldas que vigila la habitación, están en sus posiciones para actuar en cualquier momento si es necesario. Suben en ascensor hasta la segunda planta, miran a ambos lados del pasillo, hasta dar con la numeración correcta. La puerta está entreabierta. El hombre que vigila al chico se pone en posición, y ordena a los francotiradores hacer lo mismo. Francesco le ruega a Esteban que no haga nada, que el chico es su hermano. Cuando Gabriel ve al hombre en el cuarto teme no salir libre de allí. La habitación está vigilada, cualquier intento de disparo puede costarles la vida, tampoco puede hablar con su hermano, pues le está confiscada toda privacidad. Por

un momento, sabe que no tiene escapatoria y que ya es tarde para lamentaciones. “¡*Hijo de puta*!, me ha puesto una trampa, soy su cabeza de turco. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas?, mi propio padre”, se dice frenético.

– Me has jodido, hermano, ¿por qué? Te he dado mi casa, te he enseñado todo lo que sabía. ¿Por qué me has haces esto, joder?

– Yo no te he hecho nada, Gabi, te dije que no vinieras, que dieras media vuelta. Tenía la esperanza de que pudieras cambiar de vida. Tú no eres el culpable, hermano, es ese maldito hombre que te ha envenenado el cerebro desde pequeño.

Flavio escucha sin decir nada. De pronto, Esteban se percata de que intenta sacar algo de su chaqueta; va a intervenir.

– Detente, Iván –grita Esteban. Éste le mira resignado.

– ¿Iván? –exclama Gabriel echándose las manos a la cabeza, como eximiéndose de toda culpa–. No me equivocaba contigo, ¡eres un jodido topo! ¿Qué es todo esto, tío? ¿Dónde me he metido? *Joder,* Francesco. ¡Di algo, maldita sea!

Francesco contempla la escena desconcertado sin apenas poder moverse, e impotente porque no puede hacer nada. No acierta a hablar, sólo mira a su hermano esperando que, de un momento a otro, entre el personal sanitario alertado por los gritos. Pero no entra nadie, pues el compañero de Esteban, situado en el pasillo, les recuerda que es ese un asunto de la policía. Mira al amigo de su padre, que sigue todos los movimientos de Gabriel. Sigue sin saber qué decir, hasta cruzar la mirada con su hermano. Esteban le está poniendo las esposas.

– Gabi, te juro que no sabía nada de esto, tienes que creerme. No sé qué está pasando. Nunca llegué a tener intenciones reales de trabajar con vosotros, aunque llegué a dudarlo. Sólo evitaba perderte, tienes que creerme, por favor. Intuía que el viejo estaba metido en asuntos gordos, pero no sabía hasta qué punto. Durante este año, llegué a sentir estima por él otra vez, pero cuando empecé a sospechar en lo que estaba metido... Lo que viste de mí no fue más que un teatro para permanecer a tu lado, un teatro que, como te digo, yo mismo llegué a creerme. Tú sí que eres mi familia, quería hablar contigo a mi regreso. Iba a pedirte que dejaras este mundo y empezar de cero con el gimnasio, con tu hijo, tu mujer y yo. Estaba dispuesto a ayudarte en

todo. Siempre he sabido que eres buena persona, lo vi en tus ojos la mañana que nos conocimos, nunca he dudado de ti... Él es el culpable de todo. Para él sólo eres una inversión, su garantía de dinero. Todavía estás a tiempo, contrataremos a un buen abogado, no te fíes de él. He conocido a alguien y ahora entiendo muchas cosas... Quería contártelo, Gabi, créeme.

En ese mismo instante, uno de los personales sanitarios discute con el agente para que les deje entrar a la habitación. Alguno de los hombres puede estar herido y es su deber intervenir. El agente les indica pasar detrás de él. El policía les escolta en todo momento. A los pocos segundos, hay en el habitáculo más de cinco agentes de policía vigilando el lugar, y dos sanitarios interviniendo a Francesco que parece tener una crisis de ansiedad. Salen con Gabriel esposado, mientras le leen sus derechos.

Instantes previos a abandonar el cuarto, Gabi le pregunta:

– ¿Y por qué aceptaste el trabajo del abogado?

– Ya te he dicho que por un momento llegué a creer que no era tan perverso ese trabajo, no sé, Gabriel, este año contigo, las visitas de Josep, yo empezando de cero otra vez... Estaba confundido. No disparé para matarle, sólo quería acompañarte, estar cerca tuyo para que el viejo no sospechase de mí. Aunque he de reconocer que deseé hacerlo, era el hombre que consiguió hacer de mi vida un infierno por segunda vez. Pero no podía, no soy un asesino; fue un accidente, disparé al techo, no sabía que él saldría del coche. Supongo que también me condenarán por eso –dice Francesco mientras mira al guardaespaldas–. Quería hablar contigo una vez hubiésemos aterrizado en Roma, pero no encontré la manera. Tenía miedo de perderte si no te convencía, motivo por el cual me planteé seguir tus pasos. Lo siento, hermano, tienes que perdonarme.

Paralelamente, en Barcelona, se da lugar otra detención. Josep, en un intento de huida, es detenido a sólo veinte kilómetros de su casa cuando se dirige al aeropuerto de Girona para volar a Amsterdam. Ciudad en la que tiene un segundo domicilio conyugal, con un marido que viaja mucho y al que ve poco.

v

Gabriel es condenado a veinte y cinco años de cárcel, con la posible reducción de condena si sigue el tratamiento de reinserción debidamente. Se ha demostrado que el chico ha vivido bajo continua presión psicológica del padre desde que fuese adolescente. Por su lado Fausto, junto con Francesco, contrata a un ilustre abogado para que la pena de Gabi se vea reducida considerablemente.

A Josep se le condena bajo tribunal popular a ciento veintidós años de prisión por tráfico de mujeres, tráfico de drogas, tráfico de armas, tenencia ilegal de armas y por ser la fuerza articuladora de una cuadrilla de sicarios que trabajaban junto a un grupo de traficantes italianos. Tendrá que cumplir su condena íntegra, sin posibilidad de reducción, lo que, a efectos prácticos, es igual que condena perpetua.

A Antonia se la declara inocente de todo cargo, por falta de pruebas que la involucren en las operaciones de su marido.

Josefine, se encuentra en paradero desconocido desde la detención de Josep.

## CAPÍTULO XXVIII Amor y secretos

Cuando llegan a la casa de Caldes de Montbuí, un ingente mar de sensaciones brota por cada poro de su piel. Puede confirmar que su viaje a Roma no tiene más malos recuerdos de los que puedan tener esas paredes. Mira el jardín, los alrededores, la fachada… y sentencia su relación con Oliver, que parece haber muerto mucho antes de que cogiera ese vuelo hace apenas una semana. Cuántos besos olvidados en aquella entrada cuando llegaba del trabajo y tan siquiera le miraba, sentado en el sofá de siempre, sin expresión alguna, como si no tuviesen nada más que contarse que cómo les había ido el día. Cuántos silencios, ya ni siquiera incómodos, porque nada era más evidente que el aceptar lo poco que quedaba de unas ilusiones pasadas. Qué pocas lágrimas derramadas por unos ojos insensibles al dolor, en la búsqueda ilusoria de ser feliz al lado de alguien. Qué pocos rincones confidentes de pasiones, vetados por un amor perdido y palabras indecibles, guardaban los misterios de una lujuria que ahora se le antoja demasiado lejana. Ya dentro de la casa, la cree más vacía de recuerdos de lo que esperaba encontrar cuando subían con el coche la cuesta de montaña asfaltada. Prepara un par de bolsas con las piezas más necesarias, vuelve a mirar, una vez más, cada una de aquellas paredes pintadas de colores, como único reflejo de una relación que prometía dichosa en su momento. Y como un suspiro que aparece justo cuando más se necesita, siente que su vida cobra sentido en ese mismo instante. Una sonrisa dibuja su rostro cansado, fruto del saber que ya nada volverá al lugar en el cual estuvo antes. Bajan hasta el jardín donde esperan los dos hombres. En un acto totalmente espontáneo, Ana le abraza y se promete que pronto terminarán las pesadillas para dar paso a unos sueños que llevaban tiempo esperando.

v

Se dirigen al Hotel Arts de Barcelona, en el paseo marítimo, donde

tienen dos habitaciones reservadas. Una para Fausto y Ana, y otra para los dos guardaespaldas. Los dos hombres siguen de servicio al tanto de cualquier movimiento sospechoso. Después de ducharse, se disponen a descansar cada uno en su cama. La chica vuelve a curarle las heridas, ahora más confiada, como si llevasen tiempo compartiendo habitaciones de hotel. Fausto está tumbado sin dormir mientras descansa cada músculo de su cuerpo. Ana se sienta en el borde la cama, y observa desde el ventanal cómo el mar danza libre con sus olas, pues aunque libres, son suyas, y él sabe que le pertenecen. Una vez más, pasa por su mente quién será la persona que quiere matarla. "¿Josefine?, me pregunto si lo sabré algún día...". Mantiene la posibilidad de estar en lo cierto, aunque las pruebas son pocas: un sueño y el peso de su intuición. Fausto contempla su figura de espaldas, mirando el color del Mediterráneo, y se siente en dicha por tenerla tan cerca; ve cómo observa a las personas que pasean por la playa, lo hace en un silencio profundo, ensimismada en los pensamientos de esa mente caótica, pero que tan poderosa le resulta a él. Una mente a la que no puede más que adorar. Y la ve tan hermosa, que quiere, en ese aliento de vida, hacer un pacto con todos los dioses para prometerle su amor eterno, para cuidarla hasta el último de sus días, para sanarla de todo mal y devolverle esa Fe que poco a poco parece recuperar.

– Fausto, me gustaría pedirte algo.

– Dime.

– Me gustaría que hoy fuese un día maravilloso –le dice sin dejar de mirar el mar y dándole la espalda todavía–. Me apetece estar tranquila, a tu lado, en este cuarto. Mirando la playa, ver la televisión si nos apetece, bajar luego a cenar o pedírsela al servicio de habitaciones... Quiero que luego bajemos a pasear, porque necesitamos respirar aire fresco. Pero sobre todo, hoy no quiero más historias. Hoy sólo quiero soñar, sonreír, sentir la belleza que nos rodea y la grandeza de la vida por entregarnos a diario todas las maravillas que tenemos; de las que a veces nos olvidamos por culpa de los problemas. Me gustaría, también, estar en silencio, sólo sentir… –Entonces se gira, le mira y añade–: ¿Qué opinas?

– Que vamos a hacer de tu deseo una realidad. Recuerda que a veces te escucho desde el silencio, Ana. Y hace mucho que te esperaba, tu voz resuena en mi alma.

Por la noche juntan las camas para dormir abrazados, sin que

suceda nada más que unos labios encontrándose entre alguna caricia.

Mientras ella duerme, él, en silencio, celebra que ya se ha desarticulado toda la trama, y que Iván ha bordado su trabajo contribuyendo a que la operación salga según lo previsto, pero le preocupa algo: la vida de Ana sigue en el peligro hasta que no se dé otra detención.

v

Cuando Francesco abandona el hospital no es juzgado por asesinato, su padre se ha encargado de que el chico salga exento del cargo. Su abogado puede demostrar que el asesinato de aquel hombre no fue a propia voluntad sino un disparo accidental. Hace hincapié en el estado del chico para entonces, su reciente separación, su intención de ayudar a su hermano a salir de aquel laberinto en el que le introdujese su padre. Le ponen bajo vigilancia durante un año, tendrá que hacer visitas periódicas a los juzgados para firmar un acta conforme no abandona el país los doce meses siguientes. Si hubiese hacer cualquier viaje (como por ejemplo visitar a su hermano en la prisión de Barcelona) tendrá que avisarlo previamente. Recibe también la ayuda de un buen profesional médico, experto en psiquiatría forense, que le acompañará durante el proceso y que irá entregando informes médicos al juzgado con su evolución. En el primero, explica que Francesco está en sus correctas facultades psíquicas, que no padece ningún rasgo psicópata o similar, que nunca ha tenido ningún problema con la ley, y que, por lo mismo, no es un peligro su puesta en libertad sin cargos. De ese modo, puede retomar su vida en Roma en una nueva casa y con una nueva mujer, ésta vez catalana como él y de nombre Lucía.

A los cinco meses del juicio, Francesco y Lucía esperan su primer hijo. Es una niña, y se llamará Isabela. Francesco continúa sus clases de artes marciales, y ha conseguido un permiso especial para salir del país e ir a Japón a examinarse con la federación italiana de karate para hacerse instructor. Lucía, a pocas semanas de terminar sus estudios de pedagogía, abre una guardería en el centro de Roma, en la cual le será posible cuidar de la pequeña mientras cumple su jornada laboral.

En junio de 2009, Antonia es ingresada en un hospital siquiátrico con principios de alzheimer a la corta edad de cincuenta y un años. Por lo visto, uno de sus vecinos la denunciaría por tener cada día, a altas horas de la madrugada, la sinfonía número II de Mozart a un

volumen que sobrepasaba los límites de acústica permitidos en la ciudad. Cuando Josep ingresó en prisión, ésta se quedó sola en el hogar familiar, tan sólo los criados le recordaban que en esa casa hubo un día una familia. Poco a poco, iría perdiendo toda cordura para siempre envenenada con su propia sangre.

Cuando Fausto y Ana regresan a Roma, tras esperar que Francesco reciba el alta cinco días después, y Fausto haga reposo con los cuidados que el doctor Trovato le ha dispuesto, viajan a Maiori para pasar unos días de descanso. Embriagados con los encantos del pueblo, deciden que cuando Ana termine sus estudios, en junio, alquilarán una casa a orillas del mar Tirreno, a pie de mar y montaña, para instalarse y empezar allí su nueva vida. Pues les parece aquel un paraíso propio de un cuento de hadas.

v

A los diez meses de la encarcelación de Gabriel, Francesco, Lucía y Fausto, viajan a Gelida para visitar a Paola y su hijo. Hace tan sólo unos días que el abogado les ha comunicado la mejor de las noticias: todo apunta a que Gabriel podrá disfrutar de permisos extraordinarios a partir del segundo año para pasar los fines de semana en familia, bajo pulsera de vigilancia. Su conducta ejemplar, y las sesiones con el psicólogo penitenciario parecen aventajarle el terreno. Además de participar en talleres de la cárcel, ha creado uno, voluntariamente, en el que enseña a sus compañeros los beneficios de las artes marciales. Los informes son muy positivos, reconoce toda su culpa y arrepentimiento. Cotejando su evolución y perfil con la de otros presos culpados de cargos similares, se hace patente que el chico no responde a las características comunes de un asesino a sueldo con rasgos psicópatas o de carácter antisocial. Con ayuda terapéutica, en un futuro podrá aventajarse de su nueva libertad sin suponer peligro alguno su reinserción. El médico de prisión, reitera en sus informes la presión que el chico ha recibido de su padre y cómo, siendo un niño, confundió los valores hacia personas no allegadas a su entorno y hacia toda ética moral. La falta de nombres fúnebres en su expediente delictivo, también contribuye para que esté a vista de los mencionados permisos.

Francesco va dos veces al mes a visitar a su hermano, además de escribirle cartas en las cuales le muestra todo su apoyo y le da ánimos para seguir con fuerzas el programa penitenciario. La mujer de éste nunca culpó a Francesco por lo sucedido, por el contrario, éste la animaría a no abandonar a Gabriel cuando supo la verdad de todo.

Por ello, y por un pasado en quien fueron Gabriel y Paola quienes le ayudaran a él, mantienen una relación estrecha y afectuosa. Siempre que Francesco visita a su hermano, Lucía y él aprovechan para ir a casa de su cuñada en Gelida. Ambas han hecho buenas migas, pues Paola siempre cae bien.

Paola recibe con desmesurada alegría a su nuevo invitado; en esa ocasión, Fausto ha decidido acompañarles. Uno de los motivos de la visita, es porque Francesco quiere ir a la casa en la que Gabriel vivió con su abuela y su madre, Isabela. Lucía y él tienen pensado comprarla como residencia de verano y así estar más cerca de los que son su familia. Van los cinco en el coche de Paola, Fausto, Lucía y Francesco, y el hijo de su cuñada y hermano. La casa es espectacular. Una masía catalana en un terreno enorme, plantado con árboles de todo tipo: olivos, manzanos, higueras, almendros, entre otros. Está a las afueras del pueblo, dirección Sant Sadurní d' Anoia, a diez kilómetros de Gelida. De pronto, Fausto, que pasea solo por los interiores de la casa mientras los demás están en el jardín, entra a una habitación y tiene una imagen de Isabela pasando largas horas en un columpio que cuelga de una higuera. Llora desconsolada mientras se mece. Seguida a esa visión, puede ver una caja de metal oxidada escondida en una pared. Sin duda, debe contener algo muy importante, y está en esa habitación. Palpa las paredes del habitáculo hasta dar con un zócalo que se desencaja al tocarlo. Un pequeño agujero se abre camino. Fausto introduce su mano y… allí está. La abre, y una lágrima cae de su ojo. Contiene fotos de Isabela embarazada, en todas con rostro triste. “Debió ser aquí donde perdió la sonrisa que tan generosa lucía antes”, se dice indignado. También hay unas cartas. Los sobres, amarillentos por el paso del tiempo, están abiertos. Es la letra de su mujer. Lee la primera con fecha 12 de setiembre del ‘78.

## CAPÍTULO XXIX *El desenlace*

Oliver la había traicionado con Josefine, pero la idea del viaje y de dejar aquel programa descansando en la pantalla del ordenador había sido obra exclusiva de ella. Ella sola lo planearía todo, incluyendo el entrar en casa de la pareja mientras éstos trabajaban. Un plan fraguado a la perfección, pues Josefine estaba dispuesta a regalar un viaje a Ana por navidad como agradecimiento de su labor en la librería, si el vídeo del parque no surtía efecto. Su único cometido era tener a Oliver más de una semana para ella, e intentar en esos días que la relación llegara a su fin; y si para ello era necesario drogarle, así lo haría. La mañana del vuelo, Josefine se dirigió a casa de la pareja a primera hora, hora en la que Ana ya estaba en el aeropuerto del Prat esperando para embarcar. Allí irrumpiría a Oliver cuando salía camino al trabajo, con un traje y máscara propios de un carnaval veneciano. Le asestó un golpe seco en la cabeza con un bate de beisbol, y seguidamente le inyectó veinte gramos de Haloperidol hasta dejarle inconsciente. Después, lo arrastró hasta la cama y se aseguró de que respirase con normalidad. En alguna ocasión Oliver despertó e intentó pedir socorro, pero tenía la boca amordazada y una debilidad generalizada que no le dejaba a penas distinguir dónde estaba. Esa misma noche, Josefine escribiría a Ana el primer mensaje de texto desde el móvil de Oliver haciéndose pasar por él, para que ésta no sospechase. A la mañana siguiente, Oliver amanecía en su cama, sin atar, y creyendo que había tenido una pesadilla demasiado real. Cuando se incorporó para salir de la cama, las piernas le fallaron y cayó de bruces al suelo. En la mesita de noche, Josefine le había dejado un bocadillo y un zumo de naranja. Como pudo, y con la sensación de no haber comido en meses terminó el sándwich y bebió el zumo con la pajita que había dentro del vaso. Acto seguido, Josefine, que le espiaba desde el pasillo, volvió a inyectarle su dosis de medicina, y una vez más lo ató en la cama y lo amordazó. Ese mediodía fue cuando le escribiría a Ana el mensaje en el que Oliver supuestamente le decía de terminar con la relación, y que estaba con otra. Lo mantuvo drogado hasta el tercer día, día en que Josefine bajó al pueblo a comprar provisiones. Fue entonces cuando Oliver despertó, al parecer la dosis administrada empezaba a perder efecto sobre su cuerpo, y en un intento de recuperar sus fuerzas luchó para desatarse y gritar, pero justo regresaba la chica para impedirlo. Cuando entró en la habitación, Oliver no alcanzó a reconocerla puesto

que llevaba la cara tapada, aunque pudo intuir que era ella. A los pocos minutos, volvía a estar en lo que parecía un coma profundo. Esa tarde, alrededor de las siete, Josefine recibió una llamada muy importante y se vio obligada a bajar a Barcelona con su coche. Para suerte de él, la dosis que inyectó a Oliver en esa ocasión fue demasiado baja, pues su intención era volver en menos de dos o tres horas y tampoco quería arriesgarse a dejarle solo y que pudiera tener una parada cardiaca si se excedía con la medicación. Fue sobre las ocho y media que Oliver empezó a despertar. Poco a poco, intentó mover los pies, luego los brazos, hasta coger conciencia del escenario que tenía delante. Tardó casi una hora en tener las fuerzas suficientes para, de rodillas al cabezal, lograr desatar el nudo que le mantenía atado a la cama. Seguidamente, se quitó la mordaza de la boca, se masajeó las muñecas, los brazos, y por último las piernas que las tenía dormidas. Cuando ya pudo aguantarse de pie sin dificultad, se dirigió al lavabo para lavarse la cara y mojarse la cabeza. Cogió pan y queso de la cocina, y un zumo. Volvió a la habitación, y buscó el móvil, pero no lo encontró. Estaba a punto de llamar desde el fijo de la casa para ver si lo oía, cuando apareció entre unos papeles encima de la mesa del comedor. Entonces cogió las llaves de su coche y abandonó tan rápido como pudo la casa. Ya eran alrededor de las diez y cuarto de la noche. Encendió el coche, se alejó del pueblo, aunque no demasiado, pues entendía que en su estado no era conveniente conducir, pero sí lo suficiente para que su captor no pudiese encontrarle. Ya a salvo, en el asiento del Patrol, miró el móvil y vio todos mensajes que él no había escrito con destinatario: Ana. Fue entonces cuando terminó de deducir que aquello había sido obra de Josefine. Llamó a Ana varias veces, pero todas le dio error en la línea o comunicaba (desconocía que Josefine había cambiado el número). Tras varios intentos en vano, y como pudo, le escribió un mensaje de texto y se quedó dormido en el Patrol que había aparcado al lado de una carretera de montaña cerca de Granollers. Horas más tarde, alrededor de las cinco de la mañana, Ana le despertaba con una llamada.

Si el día que Ana estaba en la ermita con sus perros, cuando notó la presencia de alguien, hubiese descubierto que ese alguien era Josefine, puede que aquel viaje no se hubiese llevado a cabo. Para entonces, la chica ignoraba que su compañera había entrado a casa de ambos en más de una ocasión, con una copia de llaves que conseguiría de la mochila de Oliver en uno de sus encuentros, y así registrar todas las intimidades de la pareja. La obsesión por él era tal, que hizo que la enfermedad mental de ésta se viese peligrosamente incrementada.

Iván era agente de policía de los carabineros italianos. Llevaba más de dos años detrás de un grupo del crimen y contrabando organizado en Italia, que hacía negocios en el extranjero. Él, junto a otros hombres de la policía, entre ellos el equipo de espionaje bajo órdenes de Esteban, intentaban dar con el núcleo de la banda. Gracias a las indicaciones que les diese Fausto, interceptaron a uno de los sicarios de un capo catalán que trabajaba, codo a codo, con el mafioso italiano traficando en la capital romana. Pero les faltaba lo más importante: dar con los dos cerebros de la trama. Tras la captura de Zacarías, conseguían que el joven Iván, un mes previo al desenlace, se infiltrase en la cuadrilla de sicarios del mafioso catalán. Zacarías, mano derecha de Josep, sería el cepo. Para entonces, Fausto ya había abandonado el caso semanas antes tras haber presenciado la muerte de su cliente, pero tenía un plan añadido: conseguir que Francesco saliera libre de cualquier cargo. De ese modo, parte del desenlace se daba gracias al final ingeniado por Fausto, por ello, Esteban le recompensaría protegiendo a su hijo.

*– Sabía que podía confiar en ti. En el cuerpo están en deuda contigo, amigo. Sin tu ayuda no hubiésemos dado con ellos. Mi jefe me pide que te transmita que, si así lo deseas, serás bienvenido al equipo cuando quieras.*

*– Agradezco vuestra oferta, Esteban, dale las gracias de mi parte, pero tengo otros planes. No podía fallarte, amigo, sólo que debía salvar a Francesco.*

*– Te echaremos de menos, Fausto.*

Zacarías contaba con cuarenta y nueve años de edad y empezaba a estar cansado de las órdenes de Josep, el cual cada vez le exigía más, le pagaba menos y contaba poco con sus servicios. Motivo por el que traficaba en tierras italianas, a ocultas de Josep, con el socio italiano de éste. En uno de estos trabajos, llevado a cabo durante el mes de noviembre, la policía italiana le interceptaba en la frontera marítima. Vendía armas y drogas a un grupo de mafiosos italianos al que Fausto seguía la pista. Durante el motín, Zacarías fue capturado e interrogado. Muy suspicazmente, la policía italiana optó por dejarle en libertad bajo el mando de Iván, si a cambio aceptaba colaborar con ellos. Le ofrecieron una considerable reducción de cargos delictivos si conseguía infiltrar al joven policía en los sucios negocios de su jefe. Zacarías, que era el hombre de confianza de Josep desde que se iniciase en aquellos negocios clandestinos, habló con él para proponerle los servicios del chico. Como motivo, le explicó que Iván,

Flavio para él, era sobrino suyo y que quería trabajar con ellos para afincarse en Barcelona. Como aval, le aseguró que el joven era un profesional excelente que contaba con un currículo impecable. Zacarías no tenía otra salida, de todas formas iban a desmantelar la trama y si con su colaboración podía reducir su condena no había lugar a vacilaciones. En otros tiempos no hubiese fallado nunca a su jefe, pero para entonces empezaba a perderle toda admiración.

– Zacarías, necesito a tu sobrino. Es algo sencillo, sólo tendrá que seguir los pasos de alguien. Si mis especulaciones son erróneas, lo único que tendrá que hacer es vigilar. Le irá bien para coger rodaje con nosotros.

– Y dime, ¿algo importante?

– Demasiado; me temo que hay un topo entre nosotros.

– Pero eso es absurdo, hubiésemos descubierto algo. ¿De quién sospechas? –le cuestionó intentando disimular el sudor en sus manos.

– ¿Puedo confiar en ti, hermano?

– Acaso lo dudas, llevo media vida contigo, nunca te he fallado. ¿De quién se trata?

– Francesco, me temo que no he conseguido formarle, el tiempo era escaso. Lo he hecho lo mejor que he podido, pero he fallado. Y lo peor es que me huelo que Gabi empieza a flaquear, creo que está de su lado.

– ¿Estás seguro, Josep? –le cuestionaba Zacarías con total asombro y alegrándose de no ser él el sospechoso.

– Completamente, pero por si acaso voy a cerciorarme antes de dar la alarma.

– ¿Y qué piensas hacer? No estarás pensando en que Flavio… –le preguntó temiéndose lo peor.

– ¿Qué otra salida hay? Éste es el plan, escucha.

Josep le explicó que, Josefine, una de las jóvenes de su prostíbulo con la que mantenía una relación estrecha de la cual Zacarías estaba al corriente, le había comunicado su plan de pasar unos días en casa

de su amante mientras la novia estaba en Roma de viaje.

*– Josep, ¡estoy tan contenta!*

*– ¿Y a qué se debe tanta alegría, querida?*

*– Ana, la novia de Oliver, estará dos semanas en Roma. El plan ha salido a la perfección. Ahora sólo tengo que conseguir que se decida a dejarla.*

*– Y lo conseguirás, no me cabe la menor duda –le dijo en su intento de animarla. Conocía a la perfección la historia de la chica. Sabía que Oliver nunca abandonaría a Ana por ella, pero prefería dejarla con su sueño. Sin embargo, estimaba a esa chica demasiado y estaba dispuesto a echarle un cable si era necesario–. Esa chica ha sido siempre un estorbo para ti, desde que apareció en tu vida no ha hecho más que darte problemas. Primero te roba el novio y luego se quiere hacer dueña y señora de la librería.*

*– Sí, la verdad es que la desprecio más que a mi propia vida… Cada día me cuesta más fingir que somos amigas, ¡la odio! Además, mi padre parece quererla más que a mí. Tendrías que ver cómo le trata… se le cae la baba.*

*– No pienses eso, querida. Lo importante ahora es que al final tu plan ha surgido efecto. Mi astuta Josefine, serías una Matahari perfecta –ambos rieron.*

*– Me lo ha comunicado ella misma hace unas horas por teléfono; incluso me ha dicho el albergue donde va a hospedarse los doce días.*

Josep decidía, así, matar dos pájaros de un tiro. Informaría a Gabriel y Francesco de que la joven debía morir; sería un encargo de última hora de uno de sus mejores clientes. Con ello, ayudaba a su querida Josefine, a la vez que ponía a prueba a los dos muchachos de los cuales empezaba a desconfiar. Ésta vez la víctima no sería un empresario ricachón sino una muchacha joven y bella, de la cual nadie sospecharía que quisieran quitarla de en medio. Si Gabi fallaba, si algo no salía como era de esperar, sus dudas ya no eran especulaciones: Gabriel había decaído y Francesco jamás sería parte de su clan.

v

Meses anteriores al supuesto encargo de Ana, Josep planeaba, también por cuenta propia, asesinar al abogado que irrumpía en la vida de Francesco. A pesar de que para entonces estaba seguro de sí mismo y de su capacidad para producir matones a sueldo, necesitaba estar seguro de que su hijastro sería capaz de cumplir sus órdenes. Era una estrategia que hubo utilizado en el pasado con su hijo Gabi: buscar una supuesta víctima para poner a prueba al verdugo. Suponía dos puntos importantes: por un lado, moría un inocente al que nadie deseaba matar; por otro, era un trabajo por el que no recibía cheque alguno, pero que le aseguraba la puesta a punto del aprendiz. Josep, al tanto de la ruptura matrimonial de Francesco, armó toda aquella trama con la única intención de sofocar sus dudas: "si le mata, está preparado. Es la presa perfecta, un choque de valores. Matar a quien le ha robado todo, le preparará o, por el contrario, le apartará para siempre. Tendré que correr el riesgo". En un primer momento, cuando Gabriel le llamase desde Roma para comunicarle que todo había salido rodado, éste se anotó un nuevo triunfo, pero la decepción le encontraría a tan sólo veinticuatro horas de diferencia.

v

El día siguiente a la muerte del abogado, se reunían los tres en la cabaña de Gelida a altas horas de la noche para narrarle a Josep con todo detalle lo sucedido.

– Te lo has perdido, viejo, tendrías que haber estado allí para verlo... ¡ha sido increíble!

Josep les miraba y sonreía con total satisfacción, pese a notar al joven Francesco más serio de lo habitual, detalle que no terminaba de gustarle.

– Sí, es una lástima no haber estado en primera fila, en el primer y heroico acto de tu hermano –decía mirando al joven, a la espera de alguna expresión significativa.

– Este tío tiene poderes. Resulta que cuando disparó, fue milésimas de segundos antes de que saliese del coche. ¡Todavía no lo entiendo, hermano! El cabrón no me cuenta cómo lo hizo. ¿Es un secreto profesional o qué?

Josep, que conocía a la perfección la escena del crimen, cambió la cara de satisfacción por otra de decepción, y que instantes previos ya empezaba a decaer instintivamente. Miró sigilosamente a Francesco. Éste, intuyendo la desconfianza del viejo, optó por intervenir.

– Bueno, creo que ha sido la suerte del principiante; vi que la valla tardaba en abrirse y acerté. Por lo visto se quedó encallada y supuse que saldría a comprobarlo, solo eso –añadió regalando una media sonrisa de falso orgullo.

Josep, por su parte, también creyó oportuno seguir la absurda comedia.

– Muy bien, Francesco, eres un profesional. Se ha de estar en todos los detalles, hay que anticiparse a cualquier movimiento. Te felicito, hijo. –"¡Mierda!, no está preparado, y el idiota de Gabi no se da cuenta", maldecía Josep en silencio.

La cara de Francesco, el júbilo de Gabriel narrando la hazaña ensimismado en la misma y pasando por alto la evidencia, revelaban a Josep que los jóvenes podían costarle caro. Si no conseguía preparar al pequeño, se vería obligado a solucionar su grave error; aunque fuese de la peor de las maneras.

"Este chico terminará por corromperle. La alianza entre los dos está cogiendo demasiado peso y me temo que la balanza caiga del lado opuesto. Aun así, puede que no esté todo perdido. Una oportunidad más, sólo una, son mis hijos... He de pensar algo, si no me huelo un trágico final. Maldita tarde y maldita llamada en aquel parque...", meditaba Josep, mientras fingía satisfacción frente a sus dos hijos.

A las pocas semanas concluyó darles la "nueva oportunidad". Ésta vez haría justicia de igual modo. Josefine recuperaría a su novio, a sus clientes, a sus padres y el espacio en la tienda familiar que le pertenecía. Si algo salía mal, si Francesco volvía a fallar, si Gabriel volvía a dejar de lado su profesionalidad, eran signos más que evidentes de que habían dejado de serle útiles. En ese caso, el trágico final no tenía escapatoria. "Es mejor llorar dos muertes, que ver caer un imperio entero", se decía. De ese modo ordenaba a Flavio proceder.

– Flavio, ahora tú también formas parte de esta familia, y si estoy

en lo cierto, Dios no lo quiera, si Francesco es un topo y mi hijo un inútil, tendrás que proceder. No tenemos otra salida, sintiéndolo mucho.

– Está bien, jefe, serán dos tiros limpios, sin lugar a lamentaciones. No se preocupe.

v

Josefine y Josep se habían conocido cuando la chica tenía veinte años. Ésta asistió a una entrevista de trabajo en la que, según publicaba el periódico, demandaban jóvenes atractivas para trabajar de camareras bien remuneradas. La joven acudió al lugar. Para su sorpresa era un club de señoritas. En un primer contacto, pensó en dar media vuelta e irse por donde había entrado, pero la *madamme* la captó enseguida ofreciéndole unas condiciones que, en un principio, no parecían deshonestas.

– Querida, sólo tienes que estar detrás de la barra; tu labor será hablar con nuestros clientes y ofrecerles una botella de cava. Ellos te invitarán a que bebas en su compañía. Si no deseas tomar alcohol puedes llenar tu copa de sidra, da el pego, parece champán. Por cada botella y copa que vendas tendrás una comisión de veinte euros, aparte de tu sueldo base. Nadie te obliga a tener más contacto con ellos que el que hay entre barras. Aunque ten por contado que con tu desmesurada belleza te ofrecerán conocerte más, pero no estás obligada a hacerlo.

Josefine, que para entonces descartaba la idea de trabajar en familia, le pareció aquel un trabajo puntual bien pagado que le permitiría costearse su apartamento y tener la independencia que tanto deseaba. Tras una conversación de escasos minutos con la *madamme*, terminó por aceptar la faena. Al año de trabajar en el club, las insinuaciones de los clientes, deslumbrados por la joven, la llevaron a probar otras posibilidades dentro de la empresa. Josep, que muchas tardes se dejaba ver por el local en compañía de su socio, estaba encantado con la labor de la chica. Con el tiempo, le ofrecería dejar la barra y tener su propia cartera de clientes a los que sólo tendría que ver en horas concertadas y a quienes elegiría ella misma. De esa manera, la chica contaba con tiempo suficiente para estudiar, ayudar en la librería de vez en cuando, y costearse todos los caprichos que sólo jóvenes de buena cuna consiguen a su edad. De todos modos, optó por llevar una vida modesta para no dar lugar a comentarios, ante todo quería discreción.

Una tarde de sábado, Josep asistía a la partida de rol que dirigía Josefine. En un principio sólo observaría cómo funcionaba el juego. La chica le insistía de continuo que era un escenario divertido, el cual le gustaría mucho compartir con él: su más íntimo amigo y consejero. Finalmente, llamado por la curiosidad, y tras haber ido en un par de ocasiones como espectador, quiso probar. Oliver y Josep coincidieron en varias partidas, aunque el chico no sabía quién era el hombre, pues los allí presentes desconocían la identidad de los participantes, únicamente se presentaban con la vida y nombre de los personajes que ellos mismos habían creado. De hecho, Josefine nunca explicó a Oliver sus trabajos clandestinos, aunque viendo la ostentosa indumentaria de algunos, empezó a sospechar que eran personalidades de la alta burguesía catalana y que, muy probablemente, Josefine conocía por ser su señorita de compañía. Las últimas partidas en las que participase Oliver, le hicieron temer que de un momento a otro aquel juego pudiese cobrar vida. Y estaba en lo cierto.

v

En ausencia de Paola y sus invitados, que juegan con el hijo de ésta en el jardín, se dispone a leer la carta entre esas cuatro paredes, por lo visto, plagadas de secretos. Siente cómo su corazón encoge antes de leer la primera línea.

*Querido Fausto, escribo en hojas que luego meteré en un sobre, no en un diario. Lo hago así, a pesar de que nunca llegarán a ti, porque de este modo siento más cercano mi deseo de explicarte la verdad... Aunque vivo con la pena de intuir que ese día nunca llegará. Me encuentro obligada a vivir entre estas paredes, con la única ilusión de que los días pasen rápido y pueda volver a tu lado para casarnos. Los árboles del jardín son los únicos amigos que tengo aquí. Su madre, no es mala mujer, pero tiene miedo... Cada día salgo un rato y me paseo entre ellos mientras les hablo. Les explico mi dolor. Ellos me escuchan y a veces me contestan. Cuando termino de explicarles siento cómo sus respuestas suben desde una parte de mi corazón hasta mi cabeza. Son buenos consejeros, créeme, háblale a los árboles, mi querido Fausto. Vivo con la angustia de que una vida nace dentro mío, fruto de la crueldad de una persona a la que no puedo más que detestar por el daño que me ha hecho; no le deseo ningún mal, pues sé que no debo hacerlo, pero le pido a Dios que algún día se arrepienta de sus actos. Por ello muero en vida. Cuando nazca ese bebé, que no tiene culpa alguna, me lo quitarán y no le dirán nunca quién es su madre. Así que no sé qué es peor, si verle o no verle. ¿Te imaginas estar al lado de tu hijo y que no sepa que eres su padre? Debe ser el peor de los castigos. No puedo*

*escaparme con este niño mío que nace en mi vientre. No tengo dónde ir. Y tengo miedo a que tú me rechaces si descubres que ya no soy esa chica casta y pura de la que te enamoraste hace años. Siento vergüenza de mí, de mi cuerpo, de mi vientre que crece más cada día. No sé qué pasará de ahora en adelante, con nosotros... Siento que me han robado mi juventud, que me han quitado toda ilusión de vivir. Ese hombre me obligó, Fausto, y no pude hacer nada… Cada día muero con mi rabia… Prométeme que si algún día yo falto, y aciertas a saber la verdad, y conoces a ese hijo que no es tuyo pero sí mío, harás todo lo posible para que sea feliz. Cada noche le pregunto a Dios por qué ha permitido que me pase esto, no logro entenderlo. Deseaba tanto que ese bebé hubiese nacido de nuestro amor, no de la maldad de un hombre enfermo y sin escrúpulos. Si no fuesen a quitármelo, si él no me tuviese amenazada, contaría toda la verdad y le cuidaría con todo mi cariño. Siento una pena enorme por él. No sé qué será de mi hijo con un padre así. No quiero pensarlo... Ese hombre es malo, ¡qué será de mi pobre bebé! Su abuela le cuidará bien; esa señora es buena, pero le tiene miedo. A su propio hijo, ¿puedes creerlo? No puede hacer nada sin pensar qué opinará al respecto; vive atemorizada por su carácter. Fausto, ¡te hecho tanto de menos!... Quiero que pasen ya los meses, y ser feliz a tu lado, sin que la conciencia de esta pérdida me impida darte todo lo que siempre he soñado: un hogar, una familia y todo mi amor y dedicación por ti. No quiero perder la sonrisa, Fausto, tenemos tanto para darnos... Le pido a Dios que se sequen mis lágrimas cada noche, pero parece no escucharme...*

*Tu siempre tuya: Isabela.*

Cuando termina de leer la primera carta, la deja otra vez en la caja, la cierra, la guarda en el mismo lugar, y vuelve a colocar el zócalo que la protege. Luego sale al jardín donde conversan los demás presentes. Mientras éstos charlan animadamente, se disculpa en silencio ante Isabela por no haber descubierto antes quién era el hombre que la violó, que arruinó la vida de su hijo, y que tanto daño hizo a Francesco. Pero ahora, más que antes, está satisfecho de haberle metido entre rejas. Por suerte, los dos muchachos están vivos y él va a encargarse, por todos los medios, de que Gabriel cumpla su condena lo antes posible. Esa caja llena de letras e imágenes pasadas descansará en esa pared de nuevo habitada. Será el destino quien decida si debe cerrarse para siempre o abrirse algún día. Él ya sabe dónde está, y sabe la verdad... Una verdad en la que Isabela no tuvo romance alguno con Josep sino que, éste, fascinado por su belleza, la forzaría a tener relaciones con él. Y la dejaría encinta de un niño que jamás conocería a su madre. Esa verdad se habría ido a la tumba con Isabela, y más tarde a la de Josep, si esa caja no llega a abrirse.

La mentira nunca llega a buen puerto, y peor aún, cuando inocentes naufragan con ella. Gabriel nunca supo la verdad de su padre. Nadie supo nunca que Josep había violado a Isabela, nadie, excepto la abuela del niño. Si aquella tarde la mujer hubiese llegado más tarde, a Gabriel le hubiese dado tiempo a leer las cartas y habría descubierto que su padre era un ser despreciable que no merecía respeto alguno. Si aquella tarde lo hubiese sabido, quizá, aquel niño inocente, le habría perdido todo respeto a su progenitor y no se habría convertido en un asesino a sueldo. Si aquello hubiese sucedido de otro modo, Gabriel estaría ahora en esa casa con su hermano, su mujer y los demás presentes, porque el engaño no habría surtido efecto.

Si Gabriel supiese la verdad mientras cumple condena, la rabia sería tal que podría interferir en su correcta reinserción.

Fausto opta por dejar el secreto donde estaba. Serán tiempo y azar los encargados del resto.

## CAPÍTULO XXX *El parque de Bomarzo*

El día después de visitar a Oliver en el hospital, Ana se cita con su madre para comer juntas, tal y como le prometiese desde Roma. Lucía le pide que llame al médico.

– Hija, es importante, no puedes dejarlo pasar. Por favor, llama ahora –le insiste.

Cuando regresa al hotel con Fausto marca el número del doctor. Según le cuenta, ella tiene la capacidad de adelantarse a la velocidad de su cerebro y con ello vivir momentos que todavía no han sucedido en su realidad cotidiana. Es un caso sumamente complejo que, gracias al nuevo equipo de neurología y psico-biología del Hospital del Mar, estudiarán a fondo para dar cabida dentro de lo científicamente correcto y demostrable.

– Algunos hablan de física cuántica, no sé, Ana, quizá seas una adelantada a nuestra época.

– Puede –le responde al doctor desde el otro lado del teléfono, mientras evita las cosquillas que le hace Fausto.

v

Tardan cuatro días en volver a Roma. Nada más aterrizar, van hasta el hospital de Bomarzo donde está Francesco para visitarle y celebrar con él que todo ha salido según planease Fausto. Aun así, el joven sufre con la imagen de su hermano entre rejas.

– Tranquilo, tiene un buen abogado, de los mejores. En dos años, puede que antes, conseguirá un tercer grado y podrá visitar a su

familia. Le han trasladado a Barcelona, por lo que está cerca para las visitas semanales. Todo ha terminado de la mejor manera posible, Francesco. Nunca más tendrá que dedicarse a esos negocios, que es lo que tú querías. Todo saldrá bien.

– Eso espero, estoy deseando verle. También a Paola, necesito hablar con ella. Tiene que saber la verdad, sólo así podrá perdonarle.

– Y lo hará, estoy seguro.

Al día siguiente, Lucía se acerca hasta el hospital bomarcés para ver a Francesco, y comunicarle su intención de vivir en Roma cuando le trasladen el expediente académico.

Por su parte, Ana se alegra de que Fausto la convenciese, aquella noche, para no lo alertarla de que Francesco era un “asesino”.

v

A la semana de recibir el alta médica, Lucía y Francesco pasean por las calles romanas que lucen adornadas con motivo de Navidad. Ella ha postergado su vuelta a Granollers hasta que empiecen las clases. De repente, a tan sólo unos metros de distancia, en la acera paralela, Francesco reconoce a Cristina, su ex mujer, que camina del brazo con un hombre de apariencia ricachona que duplica su edad. Al parecer, la joven se ha recuperado rápidamente de la muerte de su marido, pues se la ve feliz con el galán que, por su indumentaria, presume una cuenta corriente rebosante de ceros. Para más sorpresa, el nuevo amor es el socio capitalista del bufete de abogados que ocupaba un rango inferior al del reciente fallecido. Francesco, que conoce al hombre, pero desconoce la parte en que todo ha sido un engaño de Josep, piensa: “Así que Cristina es un viuda negra, ella misma planeó el asesinato de su marido para cobrar la herencia e irse con el otro mientras éste conseguía el trono del buffete”. Con esa conclusión, estrecha a Lucía más fuerte que nunca y le dice: “¿Cómo se puede amar tanto?”

v

Fausto llama al doctor Pedro Trovato para comunicarle su intención de hacer reposo en casa, no quiere volver al hospital. Éste, que sabe que cuando Fausto decide algo no hay marcha atrás, manda trasladar todo el material médico al domicilio para su correcta recuperación. “Pero sólo serán cinco días, Pedro, Ana y yo nos vamos

de viaje a Maiori”, le dice al teléfono.

– Bueno, y ahora que todo ha terminado, ¿qué vamos a hacer, además de viajar a la Costa Amalfitana?

Sus cuerpos aún no se han encontrado, les queda por atender lo más importante: sincerarse el uno respecto al otro.

– Por el momento tienes algo pendiente con esta ciudad y me gustaría mucho ayudarte a saldar tu deuda.

– ¿Y qué deuda es esa, si puede saberse? No me asustes, Fausto, no quiero más sorpresas, por favor –él la mira y sonríe.

– Tranquila, esas historias han terminado. Pero hay algo por lo que viniste aquí, ¿recuerdas?

Ana se queda pensativa. Y cuando está a punto de pedirle que le refresque la memoria, lo recuerda.

– ¡El parque!, casi lo había olvidado.

– Exacto, y me gustaría mucho acompañarte. Si te parece bien mañana mismo.

– Ese parque fue el motivo de mi viaje cierto... ¿Y segundo? – pregunta, intuyendo las intenciones de Fausto de seguir enumerando deudas.

– Segundo, que me digas que te alegras de haber hecho este viaje a pesar de todo, porque ahora consigues “ver” a una persona que sólo sueña contigo.

Fausto reposa a un lado del sofá, como hubieron estado pocas noches atrás. Espera ansioso la respuesta de la chica sin dejar de mirarla. Ella se muestra seria, se limita a aguantar la mirada de él. Finalmente sonríe. Sentada al otro lado, se acerca y le dice acercándose a su cara:

– Doy gracias por este viaje, doy gracias infinitas. Sean saldadas mis deudas.

Un beso sella sus labios. Y con la luz de unas velas que ilumina sus cuerpos sutilmente, consuman la pasión como si fuese el último día de

sus vidas. De pronto, Fausto la eleva entre sus brazos para llevarla al dormitorio, tal y como imaginase ella la primera noche.

v

Por fin conoce el parque desde adentro. Es más grande de lo que había imaginado. Lo forman caminos de vegetación infinita, que lucen hermosas estatuas esculpidas en piedra blanca. Entre ellas, despierta el Dios Neptuno que, alzando su tridente, asciende de las profundidades y destaca su grandeza ante las otras criaturas marinas que le observaban con deleite. Cerca de éste, un dragón enfoca la mirada en el Dios de las aguas, intacto ante la fuerza de los años. Otras estatuas más pequeñas adornan dispersas el lugar. Entre ellas, una tortuga que gusta a Ana especialmente por su sencillez. Y tan sólo a unos metros del guardián de los mares, impera la casa de la que hablaba el programa. De forma rectangular, consiste en dos plantas, y está construida con la misma piedra que el resto de figuras. Luce inclinada, tal y como explicaba el presentador. Suben a la planta de arriba para comprobar si es cierta la sensación de vértigo que cuenta la leyenda.

– Es increíble… ¿Lo sientes, Fausto?, ¿sientes el vértigo?

– Así es, princesa, y me alegra. Hace años, subí a este mismo lugar, me asomé por esta ventana, y sólo sentí la decepción de no sentir nada. Este vértigo que sientes, que sentimos –rectifica–, no es más que el mayor poder de este Universo infinito, el de tener a tu lado a la persona que siempre has soñado. Y estoy enormemente feliz de que así sea. Cierto día, un amigo me aclaró que la leyenda, me refiero a este estado de letargo que ahora mismo nos envuelve, sólo surte efecto si tienes cerca a la persona que es tu opuesta y a la vez complementaria, creando así la sinestría perfecta. Desde los tiempos más remotos, el ser humano ha buscado la antítesis a todo cuanto ha estudiado que, a su vez, es lo que complementa el estudio. Las respuestas a causa y efecto son la simbiosis de dos polaridades distintas que, a su encuentro, hacen que aparezca un resultado: una no es sin la otra. Al igual que el Yin y el Yan, o el negro y el blanco y todas sus tonalidades. Y la mayor creación fundada sobre esos principios de antagonismo, son, a mi entender, dos almas perdidas que, encontradas por el amor, son toda la creación. Ahora sé que esa leyenda era cierta, querida Ana.

Fausto la abraza, mientras ella esboza una enorme sonrisa y asiente. La abraza tan fuerte, que desea que nada ni nadie pueda separarlos. Aunque teme que tal deseo no le sea concedido, que su suerte falle si no está alerta, devolviéndole la creencia de que: su tren

del amor ya ha pasado. La Vida le ha bendecido acercándole a Ana, pero perece en el lamento de que, fruto de un capricho imponderable, se acerque una niebla espesa arrebatándosela sin Misericordia. No es a los ojos de la muerte a los que teme, sino a los de un destino que está escrito; pues recuerda lo sucedido el día que la viese en las escaleras de Piazza Spagne, y una leyenda refuerza su lamento. "¿Y si no soy yo esa persona?", se cuestiona.

Como sucede con innumerables triunfos, que nos hacen volar a lo más inhóspito de la felicidad humana, llega un día en que el final llama a tu puerta para reclamar lo que te fue prestado. Sólo el deseo indeleble de permanecer en el intento, puede afrontar la batalla eterna de yacer exento de culpa entre los brazos de ese amor.

Fausto la mira con ojos abatidos y, separándose unos centímetros de ella, le susurra al oído:

– Deseo que el final de nuestro amor se equivoque infinitas veces para dar con nuestra historia y que no llegue nunca, mi querida esquimal de Hollywood –"pues me quiebra el alma pensar que pueda encontrarnos", piensa.

– Fausto, dime una cosa...

– ¿Sí?

– Aquella tarde en la de Piazza Spagna, entonces, ¿era verdad que no me desmayé?

Fausto la mira asombrado. El don de la chica parece despertar con suma precisión.

– Así es, Ana, no hubo desmayo alguno, por lo menos de la manera que tú crees que lo hubo.

Ana sonríe de nuevo, y acto seguido vuelve a sus brazos con más fuerza que antes. Él le devuelve el gesto, mientras recuerda la historia que le contase aquel amigo suyo.

*– Una vez le pregunté a mi abuela, por qué ella y mi abuelo se habían enamorado; que cómo dos personas llegan a encontrarse y saben que están hechas la una para la otra.*

*"– Querido nieto mío, dice la leyenda que cuando una mujer está por*

*conocer al hombre de su vida puede percibirlo, al igual que cuando algo muy importante está por suceder. El Universo nos habla por señales, nuestra tarea es aprender a descifrarlas. Años antes de conocer a tu abuelo, estaba cogiendo agua en una fuente del pueblo; me senté unos segundos en el bordillo de piedra que había para descansar. El sol aquel día lucía fuerte, era temprano, apenas había comido, y por un momento creí desmayarme. De pronto, algo iluminó mi rostro y la figura de un joven apareció a mi lado. Se presentó por su nombre, Ramón, y me dijo que estuviese tranquila, que había sido un mareo sin importancia, que me pondría bien. Cuando hube retomado la conciencia, me di cuenta que no había sido más que un sueño, aquel joven formaba parte de mi imaginación. Pasaron los meses y empecé a verme con un chico de la aldea de al lado que siempre me cortejaba. Asistimos juntos a algunos bailes del pueblo, después de que éste me insistiera sin cesar. Pasados los meses me pidió comprometernos, pero yo me negué, no estaba enamorada. Algo me decía que él tenía que aparecer…*

*– ¿Él? ¿Quién?*

*– El amor de mi vida. Cuatro años más tarde llegó al pueblo una familia. Sólo tenían un hijo, y ¿sabes cómo se llamaba?*

*– ¿Ramón?*

*– Exactamente. Fue como un flechazo, no sabría explicate, hijo. Nos enamoramos locamente. Un día, tras varias semanas de noviazgo, caí en la cuenta de que era el chico que se me apareció en sueños, en la fuente del pueblo. Por lo visto, mi corazón había elegido y estaba destinado a ser de tu abuelo. Así que la leyenda cuenta que la mujer que sueñe con su amado después de un desmayo está siendo rescatada por su hombre; por más tiempo que pase su ángel del amor terminará encontrándola."*

Tras un silencio nostálgico, Ana saca a Fausto de su ensoñación.

– ¿En qué piensas? Te noto triste de repente...

– No, mi amor, sólo estaba recordando la historia de este parque y la tradición que le envuelve.

– ¿Qué tradición?

– La de cómo el amor puede encontrarte cuando crees que ya lo has vivido todo.

– A veces las tradiciones cambian, siempre hay la excepción que confirma la regla. Como ahora –dice sonriente.

“Ojalá así sea, mi pequeña esquimal, y yo sea el ángel que ha venido a rescatarte. Si no es así, tendré que sufrir el dolor de verte partir, pero lo aceptaré si es tu elección”.

– Fausto, hay algo que no te conté la tarde que vinimos a este parque...

– ¿Y bien?

– La noche de tu trasplante, como ya te dije el otro día, Francesco y yo estuvimos hablando abajo en la entrada. Me habló de su infancia y de un sueño; al parecer, hubo un tiempo en que estuvo interesado en interpretarlos. Me dijo que hacía muchos años tuvo uno en el que pudo vernos.

– ¿A quién? –le corta expectante.

– A ti y a mí. Entonces, recordé algo... Cuando te conocí tu cara me resultaba familiar, pero no acertaba a saber el motivo. Luego, al descubrir que tú y Francesco eráis padre e hijo, supuse que sería por eso, que me recordabas a él. Pero mi recuerdo era anterior. En aquel baile con los árboles, tuve un destello fugaz, una imagen que se me escapó con la llegada de Francesco. Ahora no recuerdo bien qué era, pero creo que sentí como si ya te hubiese visto en algún lugar, y creo que sé dónde. Hará cosa de tres meses, estaba en casa, en mi día de fiesta, y perdí el conocimiento. Cuando desperté en el hospital, mi madre y Oliver estaban a mi lado, pero… juraría que en esa habitación estabas tú. Es más, juraría que eras uno de los doctores que me salvaba la vida. Y además, se llamaba… –la joven caya a la espera de una respuesta por su parte.

– ¿Fausto?

– Así es. Creo que estábamos destinados a encontrarnos, por eso hice este viaje, el parque me sedujo para venir en tu busca. Este lugar tiene magia. Y yo llevaba años esperándote. Fausto, tengo miedo de estar soñando, pero si me dieran a elegir entre despertar o vivir siempre a tu lado no dudes cuál sería mi respuesta.

Son poco más de las once de la mañana. Se asoman por la ventana de la casa. El lugar está desierto. Sólo las figuras que parecen cobrar

vida, mientras ríen a lo lejos, cómplices de ese amor resuelto, preservan un capricho infantil. Desnudos, entre el sinfín de piedra blanca, se entregan a su historia.

v

Cuando Oliver recibe el alta sale por su propio pie. Ha conseguido volver a andar después de tres largas semanas de rehabilitación. Al parecer, el cerebro no se había dañado tanto con el accidente. Pero una terrible circunstancia se dará seguida a su salida del hospital. Josefine no va a dejarle tranquilo tan fácilmente, vive obsesionada con él.

Durante la partida de rol, cada uno de ellos tenía un personaje, a su vez, este personaje tenía un aliado y un enemigo. Tras varias tardes de juego, Oliver descubrió que el enemigo de Josefine era Ana. Ésta le insistía que estaba en peligro, según decía su enemigo quería matarla y ella debía actuar rápido para impedírselo.

– *Quiere terminar con mi vida, del mismo modo que mató a su hijo. Tienes que ayudarme, maestro Kant, yo sola no podré. Es una bruja muy poderosa.*

– *Ella no mató a su hijo, sacerdotisa Rhana, murió porque nació antes de tiempo. Sufrió mucho con aquello, igual que su padre que llegó a culparla.*

Recibida el alta médica, la joven le espera en la puerta del hospital con su coche. Oliver intenta evitarla, pues cree que ha perdido el juicio por completo, pero Josefine le pide que la escuche un momento, “sólo serán dos minutos”, le asegura.

– Algo ha salido mal, maestro Kant, mi enemigo sigue vivo y eso puede suponer mi muerte.

Ella intenta abrazarle, pero él la aparta y la amenaza con denunciarla si no deja de acosarle. Oliver no sabe que más de una noche ha conseguido colarse de incógnito en su habitación de hospital para ver cómo dormía. Es ella quien le tuvo retenido y drogado, y quien algunas tardes merodeaba los alrededores de la casa de Caldes para espiarles, ya no tiene la menor duda. Había aceptado jugar a un juego peligroso, y ahora empieza a sentir cómo las llamas de su personaje comienzan a asfixiarle. No tiene más salida que la de irse otra vez. Tejer una a una las grietas de su vida sin la certeza de salir adelante, y justificar todos los errores cometidos como un infortunio del destino que nada tienen que ver con él. Terminar con esa partida e

involucrase en una más sencilla, donde la sinceridad abra el tablero con la primera ficha.

Tras un par de forcejeos en los que Josefine pierde el control e intenta propinarle un puñetazo, consigue deshacerse de ella. Sube al coche donde le espera su padre, Joan, y se dirigen a la comisaría más cercana. No hay tiempo para más vacilaciones: tiene que denunciarla. Oliver le explica al agente toda la historia, sus sospechas de que la joven le ha tenido secuestrado en su propia casa, además de haberle drogado contra su voluntad. También le detalla la partida de rol y cómo cree que ella, su autora, se la toma demasiado en serio. Josefine debe pagar sus intentos de victoria manchados de sangre. El destino ésta vez no se ha puesto de su parte, pero la próxima puede despistarse y ceder a sus locuras. Se abren diligencias policiales a nombre de Josefine Calabuig i Prats. La policía da con el local clandestino en el que se reunían para dar vida a personajes inventados que luchaban por el bien de la humanidad, e intentaban hacer justicia a modo de batalla bélica del medievo. Se encuentran grabaciones donde los participantes narran sus partidas y dan nombres de personas cercanas a su vida que, según ellos, deben pagar por sus fechorías. Uno de ellos habla de dar su merecido al padre que, durante años, ha intentado robarle su inocencia, aunque no especifica cómo hacerlo. Otro, sólo sueña con encontrar el secreto más preciado de la humanidad escondido en una pirámide de Egipto, donde tiene pensado viajar cuando su aliado le dé órdenes de proceder. La mayoría de esos testimonios no pueden ser juzgados a falta de pruebas que manifiesten que todo aquello no son más que estrategias de un juego llevado a la fantasía más extrema. Algunos de sus participantes son ciudadanos de buena cuna, con negocios no muy claros a sus espaldas. La partida no es condenada, pero sí los asuntos que cada uno pueda tener fuera de la misma. Cuando registran la casa de Josefine, encuentran fotografías de una chica pintadas con rotuladores a modo de virgen ensangrentada, con algún objeto punzante en el corazón y escritos cómo: “debes aceptar la derrota, has robado. Es pecado capital”. El escenario pone de manifiesto el desequilibrio mental de la autora, y sus ansias de venganza. Es detenida, e interrogada durante horas en la comisaría de Vía Layetana. Finalmente, reconoce haber drogado a Oliver para poder cuidarle mientras su novia se ausentaba, ya que prefería viajar sola a Roma que quedarse con él a cargo de la casa y de sus animales. Confiesa que se ha aliado con un guerrero de hierro que la ayudará a vencer a su enemigo: la novia de su amante. Cuando termina el interrogatorio, es ingresada en la unidad psiquiátrica de la cárcel de Brians, hasta próxima vista de juicio y sentencia. No se hallan evidencias físicas que la vinculen con el

intento de asesinato de Ana Alcobas, pero sí queda constancia de su relación laboral y personal con el empresario catalán Josep Alberó, recientemente detenido y encarcelado. Oliver y otros dos jugadores no son culpados de cargo alguno, más que el de estar participando en un juego inofensivo que, dirigido por una muchacha enferma, podría haberles involucrado en algo más serio en tiempos futuribles. La partida ha terminado.

Oliver abandona la ciudad, no sin antes llamar a Ana, para viajar a Londres en busca de un lugar que le otorgue la paz que tanto desea. Y olvidar, de una vez por todas, su vida pasada. Se lleva consigo a Marte. El resto de animales Lilith, Burbuja y Miky viajan con Ana a la costa amalfitana.

– Ana –le dice Oliver al teléfono–, Josefine está detenida, la partida ha terminado.

v

Es enero de 2009, Ana y Fausto viajan a Barcelona. Ella para quedarse y terminar el último curso, y él para acompañarla hasta que empiece las clases. Su vida ya no corre peligro con Josefine detenida, por lo que Fausto puede regresar a Maiori y acomodar el hogar de ambos. El segundo día a su llegada, se dirigen a la librería Calabuig. Ana tiene un regalo para el señor Pere.

Antes de volar a Roma con Fausto tras la detención de Gabriel y Josep, se vio con Pere i Calabuig, entre otros motivos, para hablar sobre su incorporación al trabajo. “Bien sabes, querida Ana, que para mí sería un placer tenerte entre estos libros y que atendieras a los clientes de ese modo tan exquisito y profesional del que haces gala, pero comprendo que ambos tenemos que dejar que pasen los días y recapitular sobre lo sucedido. Josefine sigue desparecida, y tú tienes que descansar y reponerte. En cualquier caso, tu puesto no lo va a ocupar nadie, así que si pasadas las fiestas decides volver, y no se da ninguna otra circunstancia que lo impida, serás bienvenida.”, le había dicho su jefe.

Ya en el *carrer* Canuda, Fausto espera a Ana en la plaza de la Vila de Madrid, donde se haya unos de los yacimientos sepulcrales más importantes de la Barcino romana. Ella, en la puerta de la librería, le hace señas al señor Pere para que salga.

– No hay día que no piense en usted y su mujer, siento tanto lo de

Josefine, señor Pere, pero demos gracias de que ha aparecido. Y para suerte de ella, Josep ha confesado que fue él, y no Josefine, quien ideó lo de mi…

– Sí, gracias a Dios –interviene el hombre para evitar la palabra que sigue después–. Por lo visto, cuando supo de la detención de Josefine confesó enseguida que había sido él quien lo planeó todo. Ana, no tienes que preocuparte de nada, suficiente has pasado ya. Intenta olvidar, ¿de acuerdo? Es lo mejor que puedes hacer. Desde hace unos años sospechaba que nuestra hija padecía algún tipo de trastorno, pero mi mujer se negaba a aceptarlo. Y yo, finalmente, opté por creer que ella estaba en lo cierto. Nunca pensé que el asunto podía ser tan grave. Lo hemos hecho lo mejor que hemos sabido. Cuando la adoptamos, nuestra vida cambió por completo. Mi señora siempre quiso ser madre, y cuando supo que su útero no funcionaba como debía fue el peor día de su vida. Hasta que llegó Josefine, y le devolvió las ganas de vivir. Sí, es una tragedia lo sucedido, pero puede que sea lo mejor. Si nuestra hija necesita ayuda es necesario que la tenga, y mi mujer terminará aceptándolo. No hay mal que cien años dure, María lo superará y volverá a ser la mujer de antes. En cuanto a Josefine... sólo espero que pueda curarse, hija, sólo eso.

– Y así lo hará, seamos positivos, señor Pere. No obstante, me gustaría que contasen conmigo para lo que necesiten, cualquier cosa en la que pueda ayudarles lo haré con mucho gusto. Por otro lado, he estado pensando sobre mi incorporación en la tienda y quizá podríamos probar, a fin de cuentas cuando termine el curso en junio me iré a Maiori con Fausto, así que será algo temporal, sin compromiso alguno.

– En ese caso, y puesto que mi señora no objeta nada al respecto, si así lo deseas el doce de este mes puedes incorporarte. En el caso de darse algún contratiempo, sólo tenemos que hablarlo e intentar dar con una solución. Así que, Ana, date por bienvenida.

– Muchísimas gracias, señor Pere. Lunes doce a la hora de siempre, aquí estaré –sonríe ella a la vez que le da la mano–. Una cosa más, antes de irme, tengo algo para usted.

– ¿Para mí? –pregunta Pere i Calabuig sorprendido, con esa mirada noble que le caracteriza.

– Claro, ¿para quién si no? Es lo menos que puedo hacer. Lo conseguí ayer por la mañana. Llevaba tiempo buscándolo en

agradecimiento a todo lo que ha hecho por mí. Por fin di con un anticuario vía internet, y conseguí que me lo vendiera. Tenga, es todo suyo.

Ana le entrega un paquete cuadrado, envuelto con papel de regalo. El señor Pere i Calabuig lo abre consternado. Como es de esperar, contiene un libro, una reliquia.

– Pero Ana... ¿es lo que creo que es?

– Así es, todos originales. El hombre que me lo vendió se encargó de encuadernarlos él mismo. He tenido suerte de encontrarle.

El libro contiene distintos relatos escritos en puño y letra por el mismísimo Salvador Dalí, durante su trayectoria literaria. Es mucho más de lo que cualquier humilde librero aspira a tener, pero mucho menos de lo que el señor Pere i Calabuig merece para Ana.

– Pero querida, esto es... No doy crédito a lo que tengo entre mis manos. Estos folios no tienen precio, ¡son pieza de museo! ¿Y ahora son míos? Yo…, no puedo creerlo. Ana, no tengo palabras…

– El cariño que he recibido de usted y su mujer estos años tampoco tiene precio.

El señor Pere, siempre tan educado y comedido, abraza a Ana con todas sus fuerzas y le da un beso en la mejilla. Esta le responde el gesto además de soltar una carcajada.

– Perdona, Ana, estoy tan emocionado. Esto significa mucho para mí. Y todo gracias a tu acto de generosidad desmedida.

– No es nada comparado con todo lo que me ha ayudado usted, señor Pere.

Ese hombre siempre apostó por ella. Le dio la oportunidad de trabajar rodeada de libros que amaba, además del cariño y respeto de un padre que nunca tuvo. Desde el primer día que la viese detrás de la barra de aquella cafetería, supo distinguir la esencia de un ser fuerte y noble con mucho camino por recorrer, y tanto o más amor para dar.

“Mi querida Ana, llegarás lejos, siempre lo he sabido”, se dice emocionado, y casi con lágrimas en sus ojos.

– Antes de irme, si gusta, me encantaría que le conociera. Está en la plaza de al lado.

– Será un honor –responde el señor Pere con una enorme sonrisa.

Ana llama a Fausto y le dice que vaya hasta la librería.

Ambos hombres se dan la mano, y se dedican sendas miradas de afecto. Tras unos minutos de conversación se despiden.

– Gracias, señor Calabuig, por su atención con Ana.

– El placer siempre ha sido mío de tener a una empleada como ella.

Instantes después, tuercen la esquina camino Rambla de las Flores. De pronto, Ana detiene su paso, algo insólito acaba de sucederle.

– ¿Todo bien, mi pequeña esquimal de Hollywood? –pregunta Fausto, mientras le acaricia el pelo y sonríe.

– Sí, tan sólo que una emoción enorme recorre mi cuerpo.

Mira el cielo de Barcelona, mientras se seca una lágrima con su chaqueta; luego otra, y otra... Hace más de un año que no llora. Al mismo tiempo, un hombre empieza su jornada laboral guitarra en mano, gorra al suelo, regalándoles la primera canción del día.

*Y el caso es que, nunca había amado tanto*

*Te amo como se ama en el teatro,*
*a sabiendas que no debe suceder.*
*En mi imaginación vuelas libre,*
*acompasada entre caprichos con cien ojos abiertos.*
*Mi mente a tu lado,*
*es ese estado al que tildan de ensoñación*
*(aunque, es tanto lo que yo te amo,*
*que prefiero hablar de devoción).*
*Te amo vestido en color vino,*
*con ojos inyectados en sangre,*
*perdidos en tu oscura melena,*
*oscura como ciertos momentos,*
*vagabundos de historias perdidas e incompletas*
*que se forjan en la penumbra.*

*Y así es como debe ser, muñeca,*
*pues de otro modo,*
*-el cual tan siquiera imagino-,*
*perderían la poca verdad que les queda*
*(y yo ya ando suficiente en desacuerdo).*
*Te amo sin más,*
*y ahora que te amo tanto,*
*soy consciente, más que nunca,*
*de que tu amistad es la más pura de mis victorias,*
*por lo mismo ni debe ni quiero que termine.*
*Contigo sueño bailando separados,*
*bebiendo sin prisas en un banco,*
*mientras te hablo y dibujas arcos en tus labios.*
*Ahora que te amo tanto,*
*distingo esta falta de interés por tocarte con las manos;*
*mas quiero acariciar tu piel con mi mirada,*
*a cambio, te pido tu sonrisa*
*(y si es con carcajadas, mejor).*
*Te amo así, de una forma tan modesta como pretenciosa,*
*la cual deseo que no termine nunca.*
*Te amo entre sorbos de rioja,*
*y diámetros de estrellas extasiadas por la luna.*
*Como te amo tanto,*
*te elijo entre todas las elecciones*
*para averiguar juntos cómo cae la noche.*
*-No me interesa dormir,*
*prefiero deleitarme mientras te observo-.*
*Luego, si me lo permites,*
*es tanta la gracia que desprende tu persona en mi intuición,*
*que mataría por cincelar versos en tu cuerpo.*
*Por lo mismo te escribo ahora,*
*pues sólo quería dejar claro que: así es como yo te amo.*
*…Y el caso es, que nunca había amado tanto.*

*El don de la rectificación* (Ocho meses después)

Desde que Iván se cruzase en su camino, hace tres meses, ha arriesgado lo que su suerte le regalase de la forma más insólita. Pero está dispuesta a dar marcha atrás.

Ocho meses atrás, su amor se despedía de ella rumbo a una costa amalfitana. Mientras, el joven Iván, preso a sus embrujos desde el primer día que la viese, aprovecha su soledad barcelonesa para intentar ocupar *el otro lado de la cama*.

Pero para su suerte, y la de Fausto, una de esas cegueras que de pronto devuelven la vista y te regalan la certeza de que “la vida y él sabrán perdonarte”, llega a tiempo para salvarla. Dispuesta a retroceder, para un taxi cargada de maletas y un título de doctorado bajo el brazo. Ya en el aeropuerto, enciende su radio, compañera infatigable, y una canción la sorprende sonando desde el principio. Una canción que una mañana cantaba un hombre en plena calle, mientras esculpía su rostro con gotas de un mar olvidado. Aquellos versos la trasladan a un recuerdo, apenas lejano, e imposible de borrar. A un viaje, a un parque, a un don, pero sobre todo a un nombre. “Porque sé que sabrás perdonarme”.

(*1) Esta noticia, no transcrita literalmente fue publicada en periódicos del país en 2008.

(*2) No es una transcripción de la fábula, mas la historia es de un cuento escrito por otro autor.

Dedicada a ti, especialmente, por acompañarme.

Gracias.